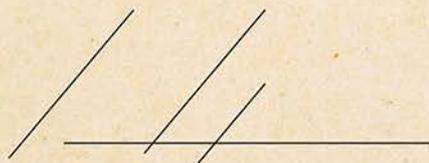




“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023)

**Ciclo de lectura,
debate y prospectiva**

Materiales de trabajo



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUR

**“Historia de la Crisis Mundial”
(1923-2023)
Ciclo de lectura, debate y prospectiva**

Materiales de trabajo

Primera Sesión

Pág. 3

Segunda Sesión

Pág. 16

Tercera Sesión

Pág. 36

Cuarta Sesión

Pág. 81

Quinta Sesión

Pág. 106

Sexta Sesión

Pág. 126

Septima Sesión

Pág. 138

Octava Sesión

Pág. 153



**“Historia de la Crisis Mundial”
(1923-2023)
Ciclo de lectura, debate y prospectiva**

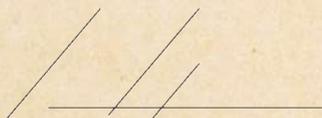
**Materiales de trabajo
Primera Sesión**

Guía de trabajo para
la primera sesión

Conferencia
La Crisis Mundial y el Proletariado Peruano
(Biblioteca Amauta, Lima, 1959)

Programa de las conferencias
(Claridad, año 1, número 2, julio de 1923)

Organiza:



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUR



CONFERENCIA La Crisis Mundial y el Proletariado Peruano (15 junio 1923)

Material de Trabajo – Primera sesión

Sobre el texto

Tal como se ha señalado en la convocatoria a este ciclo, nuestro objetivo es leer, comprender y discutir a Mariátegui. Para esta primera sesión el tema que nos convoca es el de la primera conferencia. Sobre esta conferencia tenemos un texto redactado por José Carlos que se publicó en el número 30 de la revista *Amauta* (abril-mayo 1930) con el título que encabeza estas notas.

¿Dónde encontrar esta primera conferencia?

1. En el Archivo Mariátegui se puede encontrar el texto mecanografiado de la primera conferencia, acompañado de su transcripción. **Anexo 1.**

<https://archivo.mariategui.org/index.php/mecanografiado-primera-conferencia-la-crisis-mundial-y-el-proletariado-peruano>

2. También se puede leer el texto en la versión publicada primero en *Amauta* y luego en el libro *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959), incluida en la versión digitalizada de las Obras Completas de José Carlos¹:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/prime-ra%20conferencia.htm

Adicional

Para ubicar esta primera conferencia en el ciclo en su conjunto se sugiere leer también el Programa de las conferencias, publicado en *Claridad* (año 1, número 2, julio de 1923) y reproducido en el mencionado libro. **Anexo 2.**

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/progr-ama%20de%20conferencias.htm

Algunos apuntes acerca del contexto del ciclo, la coyuntura del movimiento obrero limeño y de la UPMGP en 1923

1

Es conocido, y ampliamente valorado, el desarrollo del movimiento obrero en el Perú, durante los años finales del siglo XIX e inicios del XX. Al respecto hay una importante bibliografía, que incluye las referencias al tema en la monumental obra de Jorge Basadre. Dentro de las historias generales del movimiento obrero destaca el libro de Dennis Sulmont, *Historia del movimiento obrero peruano, 1890-1977*; hay numerosos estudios acerca de la lucha por las ocho horas y otras jornadas de lucha, y cabe resaltar el libro autobiográfico de

¹ Digitalización realizada por el Partido Comunista del Perú, Patria Roja, incluida en la sección en español del Marxist Internet Archive.

Ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial 1923-2023

Julio Portocarrero, *Sindicalismo peruano. Primera etapa. 1911 – 1930*, protagonista directo de dichos episodios.²

Al momento de darse el ciclo de las conferencias, existía la Federación Obrera de Lima (FOL), fundada en abril de 1921 (pero cuyos antecedentes se remontan a la década previa) y cuyos estatutos (aprobados en enero de 1923) y nómina de afiliados conocemos por *Claridad*, n° 1 (mayo de 1923). Cabe resaltar el carácter apolítico de la Federación:

Artículo 1(b): Esta “Entidad” no intervendrá en ningún asunto político, gubernamental ni religioso, dedicándose exclusivamente al mejoramiento económico moral e intelectual de la clase trabajadora.

Destaca también el artículo 8:

(b) Para lo conveniente al mejoramiento moral e intelectual, esta Federación organizará la publicación de un diario obrero, como órgano oficial, contando con el apoyo y colaboración de todas las organizaciones locales, en cuyas oficinas se establecerá una biblioteca popular.

Estaba integrado por un “Comité Administrativo” de seis miembros la Presidencia era rotativa. Además, registraba 18 organizaciones afiliadas, se pueden ver ambas listas en p. 8 de *Claridad*, n° 1³

Más allá del proceso organizativo y de las luchas específicas libradas por el naciente proletariado peruano, interesa para este ciclo hacer referencia al componente ideológico-cultural del proceso. A diferencia de otros países de la región, no hay una presencia de la social-democracia (entendida como movimiento político unificado de las corrientes que se escindirían después de 1914). Algunos personajes del socialismo pasaron por el país — como es el caso del argentino Palacios— o tuvieron cierto eco en los medios. Los encuentros de estudiantes reformistas también contribuyeron a la difusión de ideas socialistas, pero sin trascender más allá de los ámbitos universitarios. Por su parte, las ideas anarquistas tuvieron un poderoso difusor en Manuel Gonzales Prada, a quien se sumaron otros personajes procedentes del radicalismo peruano, tal como se detalla en el texto de Delhom (ver nota 2). Al momento de la revolución rusa hay una disposición favorable al evento en las organizaciones sindicales y en algunos personajes de la escena oficial tal como lo resaltan algunas crónicas de Juan Croniqueur. Sobre esto se volverá en los materiales previos a la sesión respectiva del ciclo.

Las relaciones de José Carlos con el movimiento obrero limeño fueron previas al viaje a Europa como lo testimonian artículos en *El Tiempo* en enero de 1919, que llevaron a la clausura del diario, y luego en *Nuestra Época* y *La Razón*. Sin perder el tono irónico que caracteriza la mayoría de los artículos publicados en la columna “Voces” (que Juan Croniqueur llevó de *El Tiempo* a *La Razón*), es clara la identificación del cronista con las demandas y acciones de los huelguistas del año 1919. Al respecto se pueden leer los siguientes artículos:

- “El maximalismo cunde”, *El Tiempo*, 12 de enero de 1919.

² Para una síntesis de los estudios más recientes al respecto, desde un punto de vista favorable al anarco-sindicalismo, es útil el texto de Jöel Delhom:

<https://www.spdtss.org.pe/wp-content/uploads/2021/09/Laborem24-16.pdf>

³ Véase *Claridad* 1 en: <http://hemeroteca.mariategui.org/index.php/Detail/objects/44>

Ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial 1923-2023

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-viii/4-enero-1919/4.11-maximalismo/>

- “Un paréntesis”, *El Tiempo*, 23 de enero de 1919.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-viii/4-enero-1919/4.12-paretesis/>

- “Durante el paro”, *El Tiempo*, 29 de mayo de 1919.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-viii/5-mayo-1919/5.7-durante/>

2

El otro movimiento para tener en cuenta, para comprender el contexto del ciclo de conferencias es el movimiento estudiantil universitario. De hecho, el Perú había sido el pionero en cuanto a reforma universitaria. Pero no en Lima, sino en Cusco el año 1909.

El balance que hace el Amauta acerca del proceso de la reforma universitaria lo podemos encontrar en el ensayo sobre educación, en *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928). Como parte de un balance detallado y complejo del proceso, José Carlos afirma que el acuerdo más importante del primer congreso nacional de estudiantes (Cusco, 1920) fue “el voto ... que dio vida a las universidades populares, destinadas a vincular a los estudiantes revolucionarios con el proletariado y a dar un vasto alcance a la agitación estudiantil”. En esos espacios se encontraron obreros y estudiantes. Sobre este tema ha trabajado Ricardo Portocarrero, así como antes Jeffrey Klaiber S. J. y otros historiadores. En las sucesivas ediciones de *Claridad* se incluyeron secciones dedicadas a la Universidad Popular Manuel Gonzales Prada (ver pp. 9-10 en el número 1, p. 9 en el número 2). Vale la pena resaltar que la UPMGP era mucho más que una universidad:

La Universidad Popular tendrá intervención en todos los conflictos obreros inspirando su acción en los modernos postulados de la Justicia social. (Claridad 1, p. 9)

Y que su contenido se proyectaba a diversos aspectos de la condición obrera incluyendo la salud y la educación básica. En el número 2⁴, al difundir la campaña de alfabetización desarrollada por la UPMGP, se da cuenta de un precursor avance de la educación bilingüe:

La sección indígena, bajo la dirección de un maestro quechua ha atraído a gran número de hermanos de esa raza ominosamente oprimida. La enseñanza es rápida y los resultados efectivos. En Vitarte se hará extensiva esta campaña con los campesinos. (Claridad 2, p. 9)

3

Es importante tomar nota de la valoración que se tenía en la sociedad peruana, y en particular en los movimientos emergentes (obrero, estudiantil, indigenismos), de la situación internacional. Desde fines del siglo XVIII la recepción acrítica de las corrientes filosóficas, políticas y culturales europeas había sido una característica de las élites criollas. En

⁴ Véase *Claridad* 2 en: <http://hemeroteca.mariategui.org/index.php/Detail/objects/45>

Ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial 1923-2023

general, se trató de una recepción acrítica, que muchas veces suponía sujetos sociales inexistentes en el país. Como afirmó Jorge Guillermo Leguía refiriéndose al primer socialista peruano, el joven Alvarado, “había aprendido en los libros y no en el corazón de las masas”. Los episodios de la historia europeo-occidental, que pasaban por ser episodios de la “historia universal” eran tomados como arquetipos a imitar o a evitar. Ejemplo de esto último fue la Comuna de París (1870) cuya evocación fue permanente motivo de temor en las élites. El historiador Paz Soldán mencionó en su *Historia de la Guerra del Pacífico* que tras la derrota en Miraflores (1881) una delegación de limeños notables urgió al ingreso de las tropas chilenas en la capital ante el temor de una “comuna”. El desarrollo del cable facilitó el acceso a información sobre eventos internacionales, sin que estos hayan tenido un trato sistemático hasta la década de 1920 gracias en particular a la producción de Mariátegui en ese campo. La cantidad de páginas dedicadas por el Amauta a temas internacionales supera largamente las que dedicó a temas nacionales.

El anarco-sindicalismo fue el primer movimiento “político” que se planteó como norte un proyecto emancipatorio “universal”. Y que por tanto hizo un seguimiento de los procesos que se daban en diversos lugares del planeta. Es muy importante dar cuenta de las posiciones que el movimiento anarcosindicalista limeño tenía acerca de la situación internacional y, en particular, acerca de la revolución rusa. Fue uno de los temas de tensión entre público y expositor a lo largo del ciclo de conferencias.

4

Es en este contexto que se da el ciclo que vamos a revisar. Se trataba de “el primer curso de esta clase en Hispano-América”, según Haya de la Torre (carta citada por Servais Thissen, *Mariátegui. La Aventura del Hombre Nuevo*, 2017, p. 269).

Brevemente, habría que señalar que el interés de José Carlos Mariátegui por “la escena contemporánea” es previo a su viaje a Europa. Aunque sea anecdótico, cabe recordar que su primera crónica periodística fue sobre eventos internacionales.⁵ Y que en la frondosa producción periodística y literaria de Juan Croniqueur abundan los textos sobre sucesos internacionales, particularmente -a partir de 1914- sobre la Gran Guerra, su curso y consecuencias incluyendo la revolución rusa y la paz de Versalles. Previamente había escrito ocasionalmente sobre las modas europeas, algunos personajes de la cultura y algunos episodios de la escena política prebélica. Obviamente, su mejor calificación con relación al tema para sus oyentes inmediatos fueron los artículos que habrían leído de él en los años que estuvo fuera, artículos que hoy conocemos como *Cartas de Italia*. La mayor parte de los artículos incluidos en la primera parte del libro (1920-1922) tienen conexión directa con los temas tratados en las conferencias de 1923.

Eduardo Cáceres Valdivia 20-10-23

⁵ “Crónicas Madrileñas” en *La Prensa*, 24 de febrero 1911. Artículo publicado de manera subrepticia por Juan Croniqueur a los 16 años de edad. Accesible en: <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-ii/1-cronicas-1911-1914/1.1-cronicas-madrilenas/>

Anexo 1

Transcripción de la Primera Conferencia

[Primera Conferencia] La crisis mundial y el proletariado peruano

En esta conferencia —llamémosla conversación mas bien que conferencia— voy a limitarme a exponer el programa del curso al mismo tiempo que algunas consideraciones sobre la necesidad de difundir en el proletariado el conocimiento de la crisis mundial. En el Perú falta, por desgracia, una prensa decente que siga con atención, con inteligencia y con filiación ideológica el desarrollo de esta gran crisis; faltan, así mismo, maestros universitarios, del tipo de José Ingenieros, capaces de apasionarse por las ideas de renovación que actualmente transforman el mundo y de liberarse de la influencia. y de los prejuicios de una cultura y de una educación conservadoras y burguesas; faltan grupos socialistas y sindicalistas, dueños de instrumentos propios de cultura popular, y en aptitud, por tanto, de interesar al pueblo por el estudio de la crisis. La única cátedra de educación popular, con espíritu revolucionario, es esta cátedra en formación de la Universidad Popular. A ella le toca, por consiguiente, superando el modesto plano de su labor inicial, presentar al pueblo la realidad contemporánea, explicar al pueblo que está viviendo una de las horas más trascendentales y grandes de la historia, contagiar al pueblo de la fecunda inquietud que agita actualmente a los demás pueblos civilizados del mundo.

En esta gran crisis contemporánea el proletariado no es un espectador; es un actor. Se va a resolver en ella la suerte del proletariado mundial. De ella va a surgir, según todas las probabilidades y según todas las provisiones, la civilización proletaria, la civilización socialista, destinada a suceder a la declinante, a la decadente a la moribunda civilización capitalista, individualista y burguesa. El proletariado necesita, ahora como nunca, saber lo que pasa en el mundo. Y no puedo saberlo a través de las informaciones fragmentarias, episódicas, homeopáticas del cable cotidiano, mal traducidas y peor redactadas en la mayoría de los casos, y provenientes siempre de agencias reaccionarias, encargadas de desacreditar a los partidos, a las organizaciones y a los hombres de la revolución y de desalentar y desorientar al proletariado mundial.

En la crisis europea se están jugando los destinos de todos los trabajadores del mundo. El desarrollo de la crisis debe interesar, pues, por igual, a los trabajadores del Perú que a los trabajadores del Extremo Oriente. La crisis tiene como teatro principal Europa; pero la crisis de las instituciones europeas es la crisis de la civilización occidental. Y el Perú, como los demás pueblos de América, gira dentro de la órbita de esta civilización, no solo porque se trata de países políticamente independientes, pero económicamente coloniales, ligados al carro del capitalismo británico, del capitalismo americano o del capitalismo francés sino porque europea es nuestra cultura, europeo es el tipo de nuestras instituciones. Y son precisamente, estas instituciones democráticas, que nosotros copiamos de Europa, esta cultura, que nosotros copiamos de Europa también, las que en Europa están en un periodo de crisis definitiva, de crisis total. Sobre todo, la civilización capitalista ha internacionalizado la vida de la

humanidad; ha creado entre todos los pueblos lazos materiales que establecen entre ellos una solidaridad inevitable. El internacionalismo no es solo un ideal; es una realidad histórica. El progreso hace que los intereses, las ideas, las costumbres, los regímenes de los pueblos se unifiquen y se confundan. El Perú, como los demás pueblos americanos, no está, por tanto, fuera de la crisis está dentro de ella. La crisis mundial ha repercutido ya en estos pueblos. Y, por supuesto, seguirá repercutiendo. Un periodo de reacción en Europa será también un periodo de reacción en América. Un periodo de revolución en Europa será un periodo de revolución en América. Hace más de un siglo, cuando la vida de la humanidad no era tan solidaria como hoy, cuando no existían los medios de comunicación que hoy existen, cuando las naciones no tenían el contacto inmediato y constante que hoy tienen, cuando no había prensa, cuando éramos aun espectadores lejanos de los acontecimientos europeos, la Revolución Francesa dio origen a la Guerra de la Independencia y al surgimiento de todas estas repúblicas. Este recuerdo basta para que nos demos de la rapidez con que la transformación de la sociedad europea se reflejará en las sociedades americanas. Aquellos que dicen que el Perú, y América en general, viven muy distantes de la revolución europea, no tienen noción de la vida contemporánea, ni tienen una comprensión, aproximada siquiera, de la historia. Esa gente se sorprende de que lleguen al Perú los ideales más avanzados de Europa; pero no se sorprende en cambio de que lleguen el aeroplano, el transatlántico, el telégrafo sin hilos, el radio; todas las expresiones más avanzadas, en fin, del progreso material de Europa. La misma razón para ignorar el movimiento socialista habría para ignorar, por ejemplo, la teoría de la relatividad de Einstein. Y estoy seguro de que al más reaccionario de nuestros intelectuales, -casi todos son impermeablemente reaccionarios- no se ocurrirá que debe ser proscrita del estudio y la vulgarización la nueva física, de la cual Einstein es el más eminente y máximo representante.

Y si el proletariado, en general, tiene necesidad de enterarse de los grandes aspectos de la crisis mundial, esta necesidad es aún mayor en aquella parte del proletariado, socialista, laborista, sindicalista o libertaria que constituye su vanguardia; en aquella parte de proletariado más combativa y consciente, más luchadora y preparada; en aquella parte del proletariado encargada de la dirección de las grandes acciones proletarias; en aquella parte del proletariado a la que toca el rol histórico de representar al proletariado peruano en el presente instante social; en aquella parte del proletariado, en una palabra, que cualquiera que sea su credo particular, tiene conciencia de clase, tiene conciencia revolucionaria. Yo dedico, sobre todo, mis disertaciones, a esta vanguardia del proletariado peruano. Nadie más que los grupos proletarios de vanguardia necesitan estudiar la crisis mundial. Yo no tengo la pretensión de venir a esta tribuna libre de una universidad libre a enseñarles la historia de esa crisis mundial, sino a estudiarla yo mismo con ellos. Yo no os enseño, compañeros, desde esta tribuna, la historia de la crisis mundial; yo la estudio con vosotros. Yo no tengo en este estudio sino el mérito modestísimo de aportar a él las observaciones personales de tres y medio años de vida europea, o sea de los tres y medio años culminantes de la crisis, y los ecos del pensamiento europeo contemporáneo.

Yo invito muy especialmente a la vanguardia del proletariado a estudiar conmigo el proceso de la crisis mundial por varias razones trascendentales. Voy a enumerarlas sumariamente. La primera razón es que la preparación revolucionaria, la cultura revolucionaria, la orientación revolucionaria de esa vanguardia proletaria, se ha formado a base de la literatura socialista, sindicalista y anarquista anterior a la guerra europea. O anterior por lo menos al período culminante de la crisis. Libros socialistas, sindicalistas, libertarios, de vieja data, son los que, generalmente, circulan entre nosotros. Aquí se conoce un poco la literatura clásica del socialismo y del sindicalismo; no se conoce [a] ña [nueva] literatura [revolucionaria].

La cultura revolucionaria es aquí una cultura clásica, además de ser, como vosotros, compañeros, lo sabéis muy bien, una cultura muy incipiente, muy inorgánica, muy desordenada, muy incompleta. Ahora bien, toda esa literatura socialista y sindicalista anterior a la guerra, está en revisión. Y esta revisión no es una revisión impuesta por el capricho de los teóricos, sino por la fuerza de los hechos. Esa literatura, por consiguiente, no puede ser usada hoy sin beneficio de inventario. No se trata, naturalmente, de que no siga siendo exacta en sus principios, en sus bases, en todo lo que hay en ella de ideal y de eterno; sino que ha dejado de ser exacta, muchas veces, en sus inspiraciones tácticas, en sus consideraciones históricas, en todo lo que significa acción, procedimiento, medio de lucha. La meta de los trabajadores sigue siendo la misma; lo que ha cambiado, necesariamente, a causa de los últimos acontecimientos históricos, son los caminos elegidos para arribar, o para aproximarse siquiera, a esa meta ideal. De aquí que el estudio de estos acontecimientos históricos, y de su trascendencia, resulte indispensable para los trabajadores militantes en las organizaciones clasistas.

Vosotros sabéis, compañeros, que las fuerzas proletarias europeas se hallan divididas en dos grandes bandos: reformistas y revolucionarios. Hay una Internacional Obrera reformista, colaboracionista, evolucionista y otra Internacional Obrera maximalista, anticolaboracionista, revolucionaria. Entre una y otra ha tratado de surgir una Internacional intermedia. Pero que ha concluido por hacer causa común con la primera contra la segunda. En uno y otro bando hay diversos matices; pero los bandos son neta e inconfundiblemente sólo dos. El bando de los que quieren realizar el socialismo colaborando políticamente con la burguesía; y el bando de los que quieren realizar el socialismo conquistando íntegramente para el proletariado el poder político. Y bien, la existencia de estos dos bandos proviene de la existencia de dos concepciones diferentes, de dos concepciones opuestas, de dos concepciones antitéticas del actual momento histórico. Una parte del proletariado cree que el momento no es revolucionario; que la burguesía no ha agotado aún su función histórica; que, por el contrario, la burguesía es todavía bastante fuerte para conservar el poder político; que no ha llegado, en suma, la hora de la revolución social. La otra parte del proletariado cree que el actual momento histórico es revolucionario; que la burguesía es incapaz de reconstruir la riqueza social destruida por la guerra e incapaz, por tanto, de solucionar los problemas de la paz; que la guerra ha originado una crisis

cuya solución no puede ser sino una solución proletaria, una solución socialista; y que con la Revolución Rusa ha comenzado la revolución social.

Hay, pues, dos ejércitos proletarios porque hay en el proletariado dos concepciones opuestas del momento histórico, dos interpretaciones distintas de la crisis mundial. La fuerza numérica de uno y otro ejército proletario depende de que los acontecimientos parezcan o no confirmar su respectiva concepción histórica. Es por esto que los pensadores, los teóricos, los hombres de estudio de uno y otro ejército proletario, se esfuerzan, sobre todo, en ahondar el sentido de la crisis, en comprender su carácter, en descubrir su significación.

Antes de la guerra, dos tendencias se dividían el predominio en el proletariado: la tendencia socialista y la tendencia sindicalista. La tendencia socialista era, predominantemente, reformista, social-democrática, colaboracionista. Los socialistas pensaban que la hora de la revolución social estaba lejana y luchaban por la conquista gradual a través de la acción legalitaria y de la colaboración gubernamental o, por lo menos, legislativa. Esta acción política debilitó en algunos países excesivamente la voluntad y el espíritu revolucionarios del socialismo. El socialismo se aburguesó considerablemente. Como reacción contra este aburguesamiento del socialismo, tuvimos al sindicalismo.

El sindicalismo opuso a la acción política de los partidos socialistas la acción directa de los sindicatos. En el socialismo [sindicalismo] se refugiaron los espíritus más revolucionarios y más intransigentes del proletariado. Pero también el sindicalismo resultó, en el fondo, un tanto colaboracionista y reformístico. También el sindicalismo estaba dominado por una burocracia sindical sin verdadera psicología revolucionaria. Y sindicalismo y socialismo se mostraban más o menos solidarios y mancomunados en algunos países, como Italia, donde el Partido Socialista no participaba en el gobierno y se mantenía fiel a otros principios formales de independencia. Como sea, las tendencias, más [o] menos beligerantes o más [o] menos próximas, según las naciones, eran dos: sindicalistas y socialistas. A este período de la lucha social corresponde casi íntegramente la literatura revolucionaria de que se ha nutrido la mentalidad de nuestros proletarios dirigentes.

Pero, después de la guerra, la situación ha cambiado. El campo proletario, como acabamos de recordar, no está ya dividido en socialistas y sindicalistas; sino en reformistas y revolucionarios. Hemos asistido primero a una escisión, a una división en el campo socialista. Una parte del socialismo se ha afirmado en su orientación social-democrática, colaboracionista; la otra parte ha seguido una orientación anti-colaboracionista, revolucionaria. Y esta parte del socialismo es la que, para diferenciarse netamente de la primera, ha adoptado el nombre de comunismo. La división se ha producido, también, en la misma forma en el campo sindicalista. Una parte de los sindicatos apoya a los social-democráticos; la otra parte apoya a los comunistas. El aspecto de la lucha social europea ha mudado, por tanto, radicalmente. Hemos visto a muchos sindicalistas intransigentes de antes de la guerra tomar rumbo hacia el reformismo. Hemos

visto, en cambio, a otros seguir al comunismo. Y entre éstos, se ha contado, nada menos, como en una conversación lo recordaba no hace mucho el compañero Fonkén, el más grande y más ilustre teórico del sindicalismo: el francés Georges Sorel. Sorel, cuya muerte ha sido un luto amargo para el proletariado y para la intelectualidad de Francia, dio toda su adhesión a la Revolución Rusa y a los hombres de la Revolución Rusa.

Aquí, como en Europa, los proletarios tienen, pues, que dividirse no en sindicalistas y socialistas —clasificación anacrónica— sino en colaboracionistas y anti-colaboracionistas en reformistas y maximalistas. Pero para que esta clasificación se produzca con nitidez, con coherencia, es indispensable que el proletariado conozca y comprenda en sus grandes lineamientos, la gran crisis contemporánea. De otra manera, el confusionismo es inevitable.

Yo participo de la opinión de los que creen que la humanidad vive un período revolucionario. Y estoy convencido del próximo ocaso de todas las tesis social-democráticas, de todas las tesis reformistas, de todas las tesis evolucionistas.

Antes de la guerra, estas tesis eran explicables, porque correspondían a condiciones históricas diferentes. El capitalismo estaba en su apogeo. La producción era superabundante. El capitalismo podía permitirse el lujo de hacer sucesivas concesiones económicas al proletariado. Y sus márgenes de utilidad eran tales que fue posible la formación de una numerosa clase media, de una numerosa pequeña-burguesía que gozaba de un tenor de vida cómodo y confortable. El obrero europeo ganaba lo bastante para comer discretamente y en algunas naciones, como Inglaterra y Alemania, le era dado satisfacer algunas necesidades del espíritu. No había, pues, ambiente para la revolución. Después de la guerra, todo ha cambiado. La riqueza social europea ha sido, en gran parte, destruida. El capitalismo, responsable de la guerra, necesita reconstruir esa riqueza a costa del proletariado. Y quiere, por tanto, que los socialistas colaboren en el gobierno, para fortalecer las instituciones democráticas; pero no para progresar en el camino de las realizaciones socialistas. Antes, los socialistas colaboraban para mejorar, paulatinamente, las condiciones de vida de los trabajadores. Ahora colaborarían para renunciar a toda conquista proletaria. La burguesía para reconstruir a Europa necesita que el proletariado se avenga a producir más y consumir menos. Y el proletariado se resiste a una y otra cosa y se dice a sí mismo que no vale la pena consolidar en el poder a una clase social culpable de la guerra y destinada, fatalmente, a conducir a la humanidad a una guerra más cruenta todavía. Las condiciones de una colaboración de la burguesía con el proletariado son, por su naturaleza, tales que el colaboracionismo tiene, necesariamente, que perder, poco a poco, su actual numeroso proselitismo.

El capitalismo no puede hacer concesiones al socialismo. A los Estados europeos para reconstruirse les precisa un régimen de rigurosa economía fiscal, el aumento de las horas de trabajo, la disminución de los salarios, en una palabra, el restablecimiento de conceptos y de métodos económicos abolidos en homenaje a la voluntad proletaria. El proletariado no puede, lógicamente,

consentir este retroceso. No puede ni quiere consentirle. Toda posibilidad de reconstrucción de la economía capitalista está, pues, eliminada. Esta es la tragedia de la Europa actual. La reacción va cancelando en los países de Europa las concesiones económicas hechas al socialismo; pero, mientras de un lado, esta política reaccionaria no puede ser lo suficientemente enérgica ni eficaz para restablecer la desangrada riqueza pública, de otro lado, contra esta política reaccionaria, se prepara, lentamente, el frente único del proletariado. Temerosa a la revolución, la reacción cancela, por esto, no sólo las conquistas económicas de las masas, sino que atenta también contra las conquistas políticas. Asistimos, así, en Italia a la dictadura fascista. Pero la burguesía socava y mina y hiere así de muerte a las instituciones democráticas. Y pierde toda su fuerza moral y todo su prestigio ideológico.

Por otra parte, en el orden de las relaciones internacionales, la reacción pone la política externa en manos de las minorías nacionalistas y antidemocráticas. Y estas minorías nacionalistas saturan de chauvinismo esa política externa. E impiden, con sus orientaciones imperialistas, con su lucha por la hegemonía europea, el restablecimiento de una atmósfera de solidaridad europea, que consienta a los Estados entenderse acerca de un programa de cooperación y de trabajo. La obra de ese nacionalismo, de ese reaccionarismo, la tenemos a la vista en la ocupación del Ruhr.

La crisis mundial es, pues, crisis económica y crisis política. Y es, además, sobre todo, crisis ideológica. Las filosofías afirmativas, positivistas, de la sociedad burguesa, están, desde hace mucho tiempo, minadas por una corriente de escepticismo, de relativismo. El racionalismo, el historicismo, el positivismo, declinan irremediabilmente. Este es, indudablemente, el aspecto más hondo, el síntoma más grave de la crisis. Este es el indicio más definido y profundo de que no está en crisis únicamente la economía de la sociedad burguesa, sino de que está en crisis integralmente la civilización capitalista, la civilización occidental, la civilización europea.

Ahora bien. Los ideólogos de la Revolución Social, Marx y Bakounine, Engels y Kropotkine, vivieron en la época de apogeo de la civilización capitalista y de la filosofía historicista y positivista. Por consiguiente, no pudieron prever que la ascensión del proletariado tendría que producirse en virtud de la decadencia de la civilización occidental. Al proletariado le estaba destinado crear un tipo nuevo de civilización y cultura. La ruina económica de la burguesía iba a ser al mismo tiempo la ruina de la civilización burguesa. Y que el socialismo iba a encontrarse en la necesidad de gobernar no en una época de plenitud, de riqueza y de plétora, sino en una época de pobreza, de miseria y de escasez. Los socialistas reformistas, acostumbrados a la idea de que el régimen socialista más que un régimen de producción lo es de distribución, creen ver en esto el síntoma de que la misión histórica de la burguesía no está agotada y de que el instante no está aún maduro para la realización socialista. En un reportaje a "La Crónica" yo recordaba aquellas frases de que la tragedia de Europa es ésta: el capitalismo no puede más y el socialismo no puede todavía. Esa frase que da la sensación, efectivamente, de la tragedia europea, es la frase de un reformista,

es una frase saturada de mentalidad evolucionista, e impregnada de la concepción de un paso lento, gradual y beatífico, sin convulsiones y sin sacudidas, de la sociedad individualista a la sociedad colectiva. Y la historia nos enseña que todo nuevo estado social se ha formado sobre las ruinas del estado social precedente. Y que entre el surgimiento del uno y el derrumbamiento [del otro ha habido, lógicamente, un período intermedio de crisis. Presenciamos la disgregación, la agonía de una sociedad caduca, senil, decrepita; y, al mismo tiempo, presenciamos la gestación, la formación, la elaboración lenta e inquieta de la sociedad nueva. Todos los hombres, a los cuales, una sincera filiación ideológica nos vincula a la sociedad nueva y nos separa de la sociedad vieja, debemos fijar hondamente la mirada en este período trascendental, agitado e intenso de la historia humana.]

Página de la Universidad Popular González Prada



José Carlos Mariátegui inaugura su curso de conferencias sobre la historia de la crisis mundial.

Publicamos a continuación el vasto e interesantísimo programa que José Carlos Mariátegui desarrolla en su presente curso de conferencias en la Universidad Popular "González Prada". Todo comentario a la importante labor en revelación de este estudioso y brillante escritor, está demás.

La guerra europea. — Sus causas económicas y políticas. La conducta de los partidos socialistas en los países beligerantes. — El fracaso de la II Internacional. — La Triple Alianza y la Triple Entente. — Mentalidad de ambos grupos beligerantes. — La "unión sacré". — La colaboración socialista. — Política de estadismo e intervencionismo. — Características fisiológicas de la guerra. — La intervención de Italia. — Primera y segunda fase de la guerra italiana. — La intervención de Estados Unidos. — Wilson y su programa democrático. — Resonancia de la propaganda wilsoniana en el frente alemán.

La Revolución Rusa. Krensky. Lenin. — Rusia y la Entente después de la Revolución. — Proceso inicial de creación y consolidación de las instituciones rusas. La Tercera internacional. — De las conferencias de Kiental y Ziemmerwald al Congreso de Moscou.

La Revolución Alemana. — El gobierno de la social-democracia. — El espartaquismo. — Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Kurt Eisner. — La disolución de Austria Hungría. — La revolución húngara. El conde Karolyi. — Bela Kun. — Horthy.

La paz de Versalles. — El fracaso del programa wilsoniano. — Fisonomía general y particular del tratado. La liga de las naciones. — La abstención de los Estados Unidos.

La agitación proletaria en Europa. — Italia al borde de la revolución. — Las elecciones de 1919. — La ocupación de las fábricas. — El cisma socialista. — El d'annunzianismo. — El fascismo. — La táctica de la III Internacional. — La Internacional centrista o Internacional dos y medio.

El problema de las reparaciones. — Los déficits fiscales de Francia, Italia, Alemania, etc. — El problema del cambio, el problema de la desocupación y otros problemas de la paz. — La política de reconstrucción europea. Los libros de Keynes, Cailleaux, Nitti, Walter Ratheneau y otros. El hambre en Rusia. — La conferencia de Génova. — La crisis política en Alemania. — Hugo Stinnes y el partido popular alemán. — Sus puntos de vista sobre los problemas de Alemania.

La crisis de la democracia. — La dictadura fascista en Italia. — La democracia cristiana. — El partido popular italiano. — El centro católico alemán. — La Segunda y Tercera internacional. — El frente único proletario.

La paz de Sevres. — La guerra greco-turca. — Mustafá Kemal y el resurgimiento turco. — La derrota griega. — Los problemas Egipto. — La India. — La caída de Lloyd George. — La conferencia de Lausanne.

La crisis filosófica. — La decadencia del historicismo, del racionalismo, del positivismo. — El excepticismo, el relativismo, el subjetivismo. — Einstein. — Oswald Spengler.

La repercusión de la crisis en América. — Los Estados Unidos. — La revolución mexicana. — Su obra constructiva. — La situación argentina. — La situación chilena. — La situación peruana.

Síntesis de la situación actual de Europa. — La ocupación del Ruhr. — Aspectos de la política internacional francesa. — La función del fascismo en el gobierno italiano. — La nueva política económica de los soviets.

LA UNIVERSIDAD POPULAR GONZALEZ PRADA, DE VITARTE

La Universidad Popular González Prada de Vitarte ha reanudado sus labores. Noche de fervorosos entusiasmos fué aquella de la reapertura de las aulas proletarias en que se reincorporan también al sindicato los compañeros Portocarrero y Pazos a quienes la calumnia clerical llevó a la cárcel. Más unidos que nunca, los estudiantes y obreros trabajarán en Vitarte por la abolición de los dogmas y el triunfo de la Razón.

EL CUARTO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE GONZALEZ PRADA

Las Universidades Populares del Perú que lleven el nombre ilustre del maestro, conmemorarán solemnemente el cuarto aniversario de su muerte, el 22 de julio. En la sala de actos de la Federación de Estudiantes, Palacio de la Exposición, se realizará la gran velada memorial que presidirá la viuda del ilustre apóstol de la revolución.

CLARIDAD asociándose al homenaje del proletariado a la memoria del gran revolucionario, le dedicará su próximo número.

NUESTRA CAMPAÑA CONTRA EL ANALFABETISMO

Continúa la Universidad Popular "González Prada" en su intensa campaña contra el analfabetismo. La sección indígena bajo la dirección de un maestro quechua ha atraído a gran número de hermanos de esa raza ominosamente oprimida. La enseñanza es rápida y los resultados efectivos.

En Vitarte se hará extensiva esta campaña con los campesinos. Las Universidades Populares "González Prada" de Trujillo y Arequipa han abierto también, como ya se ha dicho, secciones especiales a cargo de estudiantes universitarios.



“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023) Ciclo de lectura, debate y prospectiva

Materiales de trabajo Segunda Sesión

Guía de trabajo para la segunda sesión

1. La Gran Guerra, el Perú y las impresiones del joven Juan Croniqueur. p.3
2. La Gran Guerra: lucha de clases e imperialismos, colapso de imperios y luchas nacionales. p.4
3. La crisis de la II Internacional: algunas cuestiones del marxismo frente a la guerra. p. 5
4. Complementario: Rosa y Lenin sobre la Social Democracia frente a la guerra. p. 6

Conferencias:

Literatura de guerra

(pronunciada el 22 de junio de 1923) p. 10

El fracaso de la segunda internacional

(pronunciada el 30 de junio de 1923) p. 12

La intervención de Italia en la guerra

(pronunciada el 6 de julio de 1923) p. 15

Organiza:



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUR



CONFERENCIAS

Material de Trabajo – Segunda Sesión

Sobre los textos:

Para la segunda sesión los temas que nos convocán serán los de la segunda, tercera y cuarta conferencia, que se detallan a continuación:

- “Literatura de guerra”, pronunciada el 22 de junio de 1923.

Las notas de la conferencia se publicó en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959), incluida en la versión digitalizada de las Obras Completas de José Carlos¹. **(Anexo 1)**

También se puede revisar la nota periodística del 26 de junio de 1923, la cual se publicó en el diario *El Tiempo*.²

- “El fracaso de la segunda internacional”, pronunciada el 30 de junio de 1923.

Las notas de la conferencia se publicó en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959), incluida en la versión digitalizada de las Obras Completas de José Carlos. **(Anexo 2)**

También se puede revisar la nota periodística del 2 de julio de 1923, la cual se publicó en el diario *La Crónica*.

- La intervención de Italia en la guerra, pronunciada el 6 de julio de 1923.

El material manuscrito se publicó en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959) y se encuentra actualmente en el Archivo José Carlos Mariátegui **(Anexo 3)**

¹ Digitalización realizada por el Partido Comunista del Perú, Patria Roja, incluida en la sección en español del Marxist Internet Archive.

² Revisar la nota periodística aquí:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/segunda%20resena%20periodistica.htm

1. La Gran Guerra, el Perú y las impresiones del joven Juan Croniqueur

Jorge Basadre, quien vivió los impactos de la Gran Guerra en primera persona (tenía 11 años en 1914), afirmó que, a diferencia de las guerras napoleónicas (a inicios del siglo XIX) o la guerra franco-prusiana en 1870 (uno de cuyos efectos fue la gestación de la Comuna de París), que no tuvieron impactos directos sobre el país y la región: “La conflagración europea que estalló en agosto de 1914 dejó surtir sus efectos, en cambio, automáticamente en todos los países americanos. Desde el punto de vista económico esta influencia tuvo una etapa inicial de pánico y aguda crisis, y una etapa posterior de bonanza económica y fiscal por el alza de las exportaciones ... por la mayor producción ... y por el incremento del comercio.”³ Más adelante, Basadre añadió: “Si la guerra europea no hubiese estallado, el Perú se habría encontrado en una difícil situación financiera en 1914.”⁴

Si bien la mayoría de la “opinión pública” limeña se inclinaba por la Entente, principalmente por la simpatía por Francia, el gobierno mantuvo una calculada neutralidad hasta 1917. Dos acontecimientos precipitaron la ruptura con Alemania: el hundimiento de un barco de bandera peruana (el *Lorton*) frente a las costas españolas por parte de un submarino alemán; y el ingreso de los Estados Unidos en la guerra (abril de 1917). La versión de Basadre otorga el peso decisivo en la decisión del Congreso al segundo hecho. El gobierno confiscó barcos alemanes surtos en el Callao, pero no tocó a las importantes empresas propiedad de ciudadanos de origen alemán ni afectó el funcionamiento del prestigioso colegio alemán. A diferencia de Brasil y Cuba, por ejemplo, Perú rompió relaciones, pero no declaró la guerra a Alemania. Acierta Basadre cuando titula el análisis crítico del manejo diplomático y de las reacciones espontáneas en la sociedad limeña como “La ilusión peruana ante las doctrinas de Wilson y ante la etapa postrera de la primera guerra mundial”⁵.

La Gran Guerra fue uno de los temas formativos del punto de vista crítico de Juan Croniqueur frente a la modernidad burguesa. Varias de las afirmaciones que encontraremos, desde “Historia de la Crisis Mundial” en adelante, tienen antecedentes en las crónicas publicadas en La Prensa entre 1914 y 1915. Lo afirmó el editor de los Escritos Juveniles, don Alberto Tauro, en el estudio preliminar que se incluye en el tomo 1 de dichos escritos: [Las crónicas de Juan Croniqueur]... “principalmente signadas por las inquietudes que suscitara la Primera Guerra Mundial, nos hacen revivir la zozobra creada por el estallido trágico, el asesinato perpetrado contra el pacifista Jean Jaurés, la conducta heroica del rey Alberto de Bélgica, las temerarias incursiones efectuadas por el aviador Roland Garros, el hazañoso fin del crucero Dresden, las disímiles actitudes frente a la guerra que ante la contienda asumieron escritores como Mauricio Maeterlinck, Pierre Loti y Gabriel D’Annunzio, así como el severo enjuiciamiento de ideologías belicistas”.⁶

Particularmente relevantes son algunas crónicas de los años 1914 y 1915.⁷ El 1° de agosto de 1914, al tener noticia del inicio de las hostilidades entre Serbia y Austria, intuyendo la generalización del conflicto a toda Europa anticipó que tendría “pavorosos caracteres de catástrofe” ... “Miles de años de evolución y progreso” serían puestos en

³ Jorge Basadre, Historia de la República del Perú, tomo 13, p. 154. <http://blog.pucp.edu.pe/blog/stein/wp-content/uploads/sites/734/2020/07/TOMO-XIII-HP-Basadre.pdf>

⁴ Idem, p. 164.

⁵ Idem, p. 219-220.

⁶ José Carlos Mariátegui, Mariátegui total, tomo 2, p. 2157.

⁷ Las citas textuales de los artículos de Juan Croniqueur están tomadas de la recopilación de los mismos en el tomo 2 de Mariátegui Total. La indicación de la fecha facilita su ubicación en dicho volumen o en la edición en 8 tomos de los Escritos Juveniles (Lima, Empresa Editora Amauta, 1987 y ss.).

cuestión por “hombres brutales y sanguinarios”. A los pocos meses se refirió al componente ideológico de la intervención alemana. El 31 de marzo de 1915 recogió la intervención del general alemán von Bernhardt, que proclamaba el derecho de la fuerza que llevaría a Alemania a reorganizar Europa, y lo definió como “Nietzscheano de la super nación”. Al mes siguiente, el 14 de abril, escribió acerca del homenaje del Kaiser a la memoria de von Bismark, el “canciller de hierro”, recogiendo el paralelo que hizo Guillermo II al definir su tiempo como “la época del hierro”. “Época terrible”, añadió el cronista, en la que quizá es su primera alusión a un concepto que alcanzaría pleno desarrollo en los años posteriores. Dos meses más tarde, el 16 de junio, a raíz del hundimiento del Lusitania, barco británico de pasajeros, por parte de submarinos alemanes, el joven cronista comentó con crispación un artículo de un publicista alemán acerca de la legitimidad del uso del terror contra poblaciones civiles.

El tema volvió con fuerza en los meses finales del conflicto. De hecho, sucumbió a la “ilusión” criticada por Basadre. Cuando en octubre de 1918 se comenzó a vislumbrar la posibilidad de la paz, el cronista escribió para su columna Voces un artículo titulado “Paz en la tierra” en el que saludó “el instante de la paz de Wilson” (14 de octubre). El 8 de noviembre abrió su columna con una frase similar: “La hora es de Wilson”. El 12 de noviembre, el reconocimiento se transformó en euforia: “Ahora estamos seguros de que la guerra se ha acabado... Nos alegramos, en una palabra, de que esta paz que reina desde ayer en el mundo sea la paz de Wilson.” ... “Y nos salimos de nuestras casillas cuando nos acordamos de que somos socialistas. Socialistas convencidos. Socialistas ardorosos. Socialistas máximos.” Vale la pena leer el artículo completo, trasunta un estado de ánimo compartido, en ese momento, por millones de personas en el planeta. Al respecto Basadre describe las manifestaciones masivas que se produjeron en Lima en esos días.

2. La Gran Guerra: lucha de clases e imperialismos, colapso de imperios y luchas nacionales

No es el caso, y no es factible, intentar presentar una síntesis de la Gran Guerra, sus causas inmediatas y remotas, sus diversas fases. Se trata de un período histórico complejo que abarca diversos escenarios. El análisis de José Carlos nos ayudará a entender mejor algunos de los factores que estuvieron en juego.

Sin embargo, es recomendable tener una visión de conjunto de lo que sucedió en Europa, y más allá, entre 1914 y 1918. Para una primera aproximación pueden ser útiles los siguientes materiales:

- **La Primera Guerra Mundial**

<https://www.youtube.com/watch?v=Vbu6tH0Hc-o>

- **Eric Hobsbawm. Guerra y paz en el siglo XXI. Capítulo 1. pp. 25-42.**

<https://filosofiadela guerra.files.wordpress.com/2020/01/hobsbawn-guerra-y-paz-en-el-siglo-xxi.pdf>

Más allá de la disputa entre los grandes actores, las grandes coaliciones que se enfrentaron, hay que detenerse a considerar las tensiones internas que contribuyeron a desencadenar el conflicto y que quedaron irresueltas al culminar este.

Por otro lado, es muy importante entender adecuadamente la noción de “guerra total” que el Amauta toma de Thilger y pone en el centro de su análisis del conflicto.

3. La crisis de la II Internacional: algunas cuestiones del marxismo frente a la guerra

Si bien la II Internacional incluía corrientes socialistas diversas, eran los marxistas quienes marcaban la pauta del desarrollo de las posiciones frente a los desafíos de las diversas coyunturas. No es arbitrario asumir que la mayoría compartía las tesis de Engels sobre el tema de la guerra. En el Anti-Dühring, Engels, quien era el “especialista” en temas militares en la dupla M-E, hizo una sucinta revisión de la guerra como industria de la destrucción. Analizando los efectos de la guerra franco-prusiana, concluyó: “Mas, por otra parte, esta guerra ha obligado a todos los grandes estados continentales a introducir en sus países la versión radical del sistema prusiano del ejército territorial y, con él, una carga militar que les hará necesariamente hundirse en pocos años. El ejército se ha convertido en finalidad principal del Estado, ha llegado a ser fin en sí mismo; los pueblos no existen ya más que para suministrar y alimentar soldados. El militarismo domina y se traga a Europa. Pero este militarismo lleva en sí el germen de su desaparición.”

Más complejo fue el debate en torno al imperialismo. La “cuestión colonial” dividió a los partidos de la II Internacional en tanto varios de ellos justificaban los imperios coloniales aduciendo el papel civilizador de las potencias occidentales en África y Asia. Esta cuestión estaba también presente en Europa como “cuestión nacional” bajo la forma del análisis del status de diversas naciones oprimidas por estados imperiales: Rusia, Turquía, Austria-Hungría. Todos ellos “cárceles de naciones” como afirmó Lenin del imperio zarista.

La misma matriz de pensamiento evolucionista y lineal llevaba a algunos a afirmar que el capitalismo del futuro asumiría la forma de un régimen de producción planetario unificado en torno a un único centro de acumulación y decisión: el “ultra imperialismo” de Karl Kautsky. La izquierda de la II Internacional postulaba una visión más bien dialéctica y contradictoria del desarrollo capitalista e imperialista. Este debate teórico, de enormes consecuencias estratégicas, sin duda estuvo a la base de la fractura que provoca la Gran Guerra entre los socialistas de la II Internacional.

Es difícil imaginar lo que representó la quiebra de la II Internacional al ritmo del voto a favor de la guerra por parte de cada uno de los grandes partidos socialistas europeos. Desde su fundación la II Internacional había afirmado la hermandad de los trabajadores y el señalamiento de que el único enemigo “era el capital sea prusiano, francés o chino” (Paul Lafargue). La Conferencia de Stuttgart (1907) afirmó que “la lucha contra el militarismo no puede ser separada de la lucha de clases socialista”. Un Congreso extraordinario en Basilea (1912) aprobó una moción en la cual algunas afirmaciones rotundas están acompañadas de peligrosas ambigüedades:

“Si existe la amenaza de que estalle la guerra, es obligación de la clase obrera y de sus representantes parlamentarios de los países afectados, con la ayuda de la Oficina Internacional como poder coordinador, hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por todos los medios que parezcan efectivos, medios que naturalmente variarán con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y la situación política general. En caso de que a pesar de todo estalle la guerra, es su obligación intervenir a fin de ponerle término en seguida, y con toda su fuerza aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista.”

No se aceptó la propuesta del ala izquierda para incluir explícitamente el llamado a la huelga general, en caso estallase la guerra, como vía para transformar la guerra en

revolución. Vale la pena leer toda la resolución.⁸ El 29 de julio de 1914 el Buró de la Internacional tuvo una reunión de emergencia en la cual, por unanimidad, se resolvió que “será la obligación de los trabajadores de todas las naciones involucradas no solo continuar sino intensificar sus demostraciones contra la guerra, por la paz, y por el arreglo del conflicto austro-serbio por la vía del arbitraje internacional”.

4. Complementario: Rosa y Lenin sobre la Social Democracia frente a la guerra

1

Para una profundización de la crítica de izquierda a la traición de los principales líderes y partidos de la 2ª Internacional, uno de los materiales más importantes es el llamado “folleto Junius”, escrito por Rosa Luxemburgo durante su prisión en 1915 por su oposición a la guerra.⁹

El texto es un apasionado testimonio y profundo análisis de la “bancarota” de la Internacional, y en particular del Partido Social Demócrata Alemán. Como invitación a su lectura, a continuación, algunos extractos:

En general se reconoce que la socialdemocracia alemana es la encarnación más pura del socialismo marxista. Ha adquirido y utilizado un gran prestigio como maestra y dirigente de la Segunda Internacional.

...

Especialmente en la lucha contra la guerra y el militarismo, la posición de la socialdemocracia ha sido siempre decisiva. Bastaba un “los alemanes no lo podemos aceptar” para determinar la orientación de la internacional. Con ciega confianza se sometía a la dirección de la muy admirada y poderosa socialdemocracia alemana. Era el orgullo de todos los socialistas, el terror de las clases dominantes de todos los países.

¿Y qué ocurrió en Alemania cuando sobrevino la gran crisis histórica? La peor caída, el peor cataclismo. En ningún lugar la organización proletaria se sometió tan dócilmente al imperialismo. En ningún lugar se soportó el estado de sitio con tanta sumisión. En ningún lugar se amordazó así a la prensa, se ahogó tanto a la opinión pública; en ningún lugar se abandonó tan totalmente la lucha política y sindical de la clase obrera como en Alemania.

...

¿Era necesario que ocurriera? Un acontecimiento de tamaña importancia no puede ser un mero accidente. Debe obedecer a profundas causas objetivas. Pero quizás esas causas se encuentren en los errores de la dirección proletaria, la propia socialdemocracia, en el hecho de que nuestra disposición para la lucha ha flaqueado, de que nuestro coraje y nuestras convicciones nos han abandonado. El socialismo científico nos enseñó a reconocer las leyes objetivas del desarrollo histórico. El hombre no hace la historia por propia voluntad, pero la hace de todos modos. El proletariado depende en su acción del grado alcanzado por la evolución social. Pero la evolución social no es algo aparte del proletariado; es a la vez su fuerza motriz y su causa, tanto como su producto y

⁸ Es un texto corto (4 páginas) con orientaciones específicas para los diversos partidos presentes en la 2ª Internacional. <https://www.marxists.org/espanol/tematica/internacionales/2da-internacional/9no-congreso-manifiesto-1912-11-25.pdf>

⁹Rosa Luxemburgo, *El folleto Junius: la crisis de la socialdemocracia alemana*, https://www.marxists.org/espanol/luxem/09E1%20folletoJuniusLacrisisdelasocialdemocraciaalemana_0.pdf

su efecto. Y aunque no podemos saltar una etapa en nuestro proceso histórico, así como un hombre no puede saltar por encima de su propia sombra, está en nuestro poder el acelerarlo o retardarlo.

...

Federico Engels dijo una vez: “La sociedad capitalista se halla ante un dilema: avance al socialismo o regresión a la barbarie”. ¿Qué significa “regresión a la barbarie” en la etapa actual de la civilización europea? Hemos leído y citado estas palabras con ligereza, sin poder concebir su terrible significado. En este momento basta mirar a nuestro alrededor para comprender qué significa la regresión a la barbarie en la sociedad capitalista. Esta guerra mundial es una regresión a la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce a la destrucción de la cultura, esporádicamente si se trata de una guerra moderna, para siempre si el periodo de guerras mundiales que se acaba de iniciar puede seguir su maldito curso hasta las últimas consecuencias.

[El texto de Rosa incluye la declaración oficial del bloque parlamentario del PSD en apoyo a la guerra]:

“Nos encontramos ante el hecho irrevocable de la guerra. Nos amenazan los horrores de la invasión. Hoy no se trata de decidir a favor o en contra de la guerra; para nosotros, el problema es uno solo: ¿cómo conducir esta guerra? Mucho, sí, todo nuestro pueblo y nuestro futuro están en peligro si el despotismo ruso, manchado con la sangre de su propio pueblo, resulta vencedor. Hay que evitar este peligro, salvaguardar la civilización e independencia de nuestro pueblo. De modo que cumpliremos lo que siempre hemos prometido: en la hora de peligro no abandonaremos a nuestra patria. En esto creemos estar de acuerdo con la Internacional, que siempre ha reconocido el derecho de los pueblos a su independencia nacional, así como estamos de acuerdo con la Internacional en la denuncia enérgica de toda guerra de conquista. Llevados por estas motivaciones, votamos a favor del presupuesto de guerra que exige el gobierno.”

...

¿Cuándo y dónde ha habido una guerra, desde que la llamada opinión pública ha tenido cabida en los cálculos del gobierno, en que todos y cada uno de los bandos beligerantes no haya sacado con profundo pesar el sable de la vaina, con el único propósito de defender a su patria y a su santa causa contra los vergonzosos ataques del enemigo? Esta leyenda es tan parte del juego de la guerra como la pólvora y el plomo. El juego es viejo. Lo nuevo es que el Partido Socialdemócrata lo juegue.

...

[Las secciones centrales del documento presentan una apretada síntesis de la historia reciente del capitalismo e imperialismo europeo, y en particular del imperialismo alemán. Y el análisis apunta a desmontar sus argumentaciones “nacionalistas” y sacar a la luz el carácter de clase de la guerra]

¿Qué cambió cuando estalló la guerra? ¿Acaso dejaron de existir la propiedad privada, la explotación capitalista y el dominio de clase? ¿Acaso las clases poseedoras, en un raptó de fervor patriótico, han declarado: “en vista de las necesidades de la guerra entregamos los medios de producción, la tierra, las fábricas y las plantas de elaboración al pueblo”? ¿Han renunciado al derecho de sacar ganancias de dichas posesiones? ¿Se han despojado de sus privilegios políticos, los sacrificarán en el altar de la patria, ahora que ésta se halla en peligro? Lo menos que se puede decir es que se trata de una hipótesis bastante ingenua, que parece sacada de un libro de cuentos del jardín de infantes. Y, sin embargo, la declaración de nuestros dirigentes oficiales de que

la lucha de clases está en suspenso no permite otra interpretación. Desde luego que nada de esto ha ocurrido.

...

Reducida a su significación histórica objetiva, la guerra no es sino la competencia armada de un capitalismo plenamente desarrollado que lucha por la hegemonía mundial, por la explotación de los remanentes de las áreas no capitalistas del mundo. Esto otorga a la guerra y a sus consecuencias políticas un carácter enteramente nuevo. El alto grado de desarrollo industrial mundial de la producción capitalista se refleja en el extraordinario avance tecnológico destructivo de los instrumentos de guerra, así como en el grado de perfección prácticamente uniforme que ha alcanzado en todos los países beligerantes. La organización internacional de la industria bélica se refleja en la inestabilidad militar que vuelve la balanza, a través de estadios y variaciones parciales, a su verdadero punto de equilibrio y posterga la decisión final para un futuro cada vez más remoto. Por otra parte, la indecisión de los resultados militares provoca una afluencia constante de reservas nuevas al frente, provenientes tanto de las naciones beligerantes como de países hasta hoy considerados neutrales. En todas partes la guerra encuentra material suficiente para los deseos y conflictos imperialistas, o crea ella misma combustible para alimentar la hoguera que se extiende como un incendio forestal.

...

[El texto concluye con Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional].

2

Como necesario complemento del texto anterior se puede revisar el texto de Lenin: "Sobre el folleto Junius".¹⁰

Lenin leyó y comentó el folleto Junius en julio de 1916. Tras reconocer que se trataba de un "espléndido trabajo marxista" desarrolló dos críticas al texto. La que consideró más importante es la menos relevante para nosotros —dado que la historia posterior la resolvió en la práctica—: Junius no era explícito en el zanjamiento con el oportunismo centrista (Kautsky), enfilaba exclusivamente contra el "ala derecha" del PSD. La motivación política de la crítica era la evaluación de que mientras no rompiese con el centrismo le iba a ser imposible al ala izquierda pasar a organizarse en partido autónomo.

La crítica más relevante plantea un tema que atravesará los debates y alineamientos de comunistas y socialistas a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI, la cuestión nacional, la posibilidad de movimientos de liberación nacional y la posición frente a ellos. Sin saberlo —dado que desconocía la identidad de la autora— Lenin daba continuidad al debate sobre la cuestión nacional que lo había enfrentado a Rosa en años previos.

La primera posición errónea de Junius se concreta en la quinta tesis del grupo Internationale: "En esta época (era) de imperialismo desatado ya no puede haber guerras nacionales. Los intereses nacionales sólo sirven de pretexto para poner a las masas trabajadoras populares bajo la dominación de su enemigo mortal, el imperialismo."

...

¹⁰ Revisar el texto aquí <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe12/lenin-obrasescogidas06-12.pdf>

Junius acierta plenamente al subrayar la influencia decisiva de la “atmósfera imperialista” de esta guerra, al decir que detrás de Serbia está Rusia, “detrás del nacionalismo servio está el imperialismo ruso”, y que la participación de, digamos, Holanda en la guerra sería igualmente imperialista, porque, en primer lugar, Holanda defendería sus colonias y, en segundo lugar, integraría una de las coaliciones imperialistas.

...

El único error sería, no obstante, exagerar esa verdad, distanciarse del requisito marxista de ser concreto, y aplicar el análisis de esta guerra a todas las guerras que puedan ocurrir bajo el imperialismo, ignorar los movimientos nacionales contra el imperialismo. El único argumento en defensa de la tesis “ya no puede haber guerras nacionales” es que el mundo ha sido repartido entre un pequeño grupo de “grandes” potencias imperialistas y por esta razón la guerra, aunque comience como guerra nacional, se transforma en guerra imperialista que afecta los intereses de una de las potencias o coaliciones imperialistas.

La falacia de este argumento es obvia. Que todas las líneas divisorias, tanto en la naturaleza como en la sociedad, son convencionales y dinámicas, que todo fenómeno, en ciertas circunstancias, puede transformarse en su contrario, es, desde luego, una de las leyes básicas de la dialéctica marxista. Una guerra nacional podría transformarse en una guerra imperialista y viceversa. Las guerras de la Gran Revolución Francesa, por ejemplo, comenzaron como guerras nacionales y lo fueron, en efecto. Fueron guerras revolucionarias: la defensa de la gran revolución contra la coalición de monarquías contrarrevolucionarias. Pero cuando Napoleón fundó el Imperio Francés y sometió a una serie de estados nacionales europeos grandes, viables y bien establecidos, estas guerras nacionales de los franceses se transformaron en guerras imperialistas y a su vez provocaron guerras de liberación nacional contra el imperialismo napoleónico.

...

Es altamente improbable que la guerra imperialista actual de 1914-1916 se transforme en una guerra nacional, puesto que la clase progresiva es el proletariado, que lucha objetivamente por transformarla en una guerra civil contra la burguesía. También esto: no existen grandes diferencias entre las fuerzas de ambas coaliciones y el capital financiero ha creado una burguesía reaccionaria en todas partes. Pero no hay que proclamar la imposibilidad de que ocurra semejante transformación: si el proletariado europeo permanece impotente, digamos, durante veinte años; si esta guerra termina en victorias a lo Napoleón y en el sometimiento de varios estados nacionales viables; si la transición al socialismo del imperialismo no europeo (principalmente el norteamericano y el japonés) también se ve detenida durante veinte años por una guerra entre esos dos países, por ejemplo, entonces podría darse una gran guerra nacional europea. Esto provocaría un retroceso de décadas en Europa. Es improbable pero no imposible porque constituye un error teórico antidialéctico y anticientífico considerar que el curso de la historia universal es siempre parejo y marcha hacia adelante, sin algunos retrocesos gigantescos.

Además, las guerras libradas por las colonias y semicolonias en la era imperialista son no sólo probables, sino inevitables.

[El texto de Lenin, que no es muy largo, continúa con un despliegue de análisis histórico dialéctico, influido sin duda por el redescubrimiento de la dialéctica hegeliana en el aislamiento de su exilio suizo al estallar la guerra en agosto de 1914. Vale la pena leerlo]

Anexo 1

Segunda Conferencia - Literatura de Guerra¹¹

Las notas del autor:

LITERATURA de guerra. La prensa, instrumento bélico. Su función tóxica. Su calidad de instrumento capitalista. Su carencia de altas direcciones morales. El mito de la guerra de la Civilización contra la Barbarie, "Concluye la novela; comienza la historia", 'dijo Bernard Shaw. **In tempo di guerra piú bugie che terra.**

Causas económicas de la guerra: el desarrollo del industrialismo británico y el desarrollo del industrialismo alemán. La guerra económica entre Inglaterra y Alemania. La lucha por los mercados, por las colonias. Efectos del proteccionismo en la economía de los países europeos. La función de la finanzas internacional. Las rivalidades de los grupos capitalistas. Entonces cómo ahora una política de cooperación, de solidaridad económica, habría podido evitar la catástrofe. El fenómeno demográfico ocupa un puesto importante en los orígenes de la guerra. Palabras de Adriano Tilgher: página 106 de La Crisis Mundial, En un siglo la población europea pasó de 180 a 450 millones. El industrialismo, estímulo del crecimiento de la población. Reducción de las tres causas de despoblación: peste, hambre, guerra. Alemania, incomunicada, no podía alimentar a 70 millones de habitantes. Italia no podía permanecer neutral.

Causas políticas: El proceso de las causas de la guerra, según Bernard Shaw. La política y la posición tradicionales de Inglaterra, potencia insular. El desarrollo del poder naval de Alemania. Inglaterra, Francia y Bélgica se entienden. La alianza franco-rusa. Secreta inteligencia militar anglo-francesa. La violación de la neutralidad belga sacó a Inglaterra de un embarazo. Pero hay noticias y antecedentes que establecen la clase de compromiso existente entre Inglaterra y Francia. Si Inglaterra hubiese realmente querido evitar la guerra, dice Shaw, no habría tenido sino que anunciar que combatiría al lado de la nación atacada. La hipótesis de un lazo, de una trampa. Más verosímil es la hipótesis de la imposibilidad de que el gobierno inglés revelase su acuerdo militar con Francia. Luego, desde este punto de vista, la guerra resulta una consecuencia de la diplomacia francesa.

Otra causa: el revanchismo francés, el **Deutschlad uber alles** alemán. El nacionalismo europeo, en una palabra. Psicología de la pequeña burguesía francesa y de la burocracia alemana. Alemania se sentía desposeída al lado de naciones privilegiadas. Poincaré. El Kaiser. El Zar. Palabras de Lloyd George en el Parlamento británico; página 39 del libro de Cailleaux.

Otra causa: la paz armada. El equilibrio de las potencias. Existía en Europa una atmósfera inflamable.

La causa diplomática: el asesinato del heredero de Austria. La guerra ha podido estallar antes. En ocasión de la guerra ruso-japonesa y del incidente de Agadir de 1912. Palabras de Viviani a Rapoport: página 33 del libro de éste.

¹¹ Revisar el documento en:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/segunda%20conferencia.htm

Contraste de la organización capitalista. Necesita de la solidaridad internacional como condición de vida y fomenta el nacionalismo en oposición a la lucha de clases. Cómo se precipita a un pueblo a la guerra. La novela Clarté.

Guerra absoluta y guerra relativa. Guerra de naciones y guerra de ejércitos. El mito de la guerra democrática. La dirección de la opinión en Inglaterra, en Italia, Austria y Rusia, en tanto, no hubo un ideal que solidarizara al pueblo con la empresa militar de sus gobiernos respectivos.

La conducta de los partidos socialistas y las organizaciones sindicalistas. La posición de la Segunda Internacional. Las declaraciones de Stuttgart y Basilea. La cuestión técnica de los medios de evitar la guerra fue dejada al Congreso de Viena que debió reunirse en 1914. Antes sobrevino la guerra. La misión de Müller en Francia. La muerte de Jaures. El caso de Gustavo Hervé.

Por encima de la contienda. El manifiesto de los 93 intelectuales alemanes. El contramanifiesto del fisiólogo Nicolai, del físico Einstein, del filósofo Buek, del astrónomo Foesster, sorprendido este último por los 93 intelectuales. Romain Rolland.

Medite el proletariado en las causas de esta gran tragedia. Piense en que unos cuantos hombres y unos cuantos intereses han podido desencadenar una guerra que ha causado quince millones de muertos, que ha sembrado de odios Europa, que ha destruido tanta riqueza económica y que ha intoxicado deletéreamente el ambiente moral de Europa. Y que se diga el proletariado si vale la pena reconstruir la sociedad capitalista, reconstruir la sociedad burguesa, para que dentro de cuarenta o cincuenta años, antes tal vez, vuelva a encenderse en el mundo otra conflagración y a producirse otra carnicería.

Anexo 2

Tercera Conferencia – El Fracaso de la Segunda Internacional¹²

Las notas del autor:

NO omitiré la exposición del movimiento anarquista. No traeré ningún espíritu sectario. Creo oportuno ratificarme en estas declaraciones. Algunos compañeros temen que yo sea muy poco imparcial y muy poco objetivo en mi curso. Pero soy partidario antes que nada del frente único proletario. Tenemos que emprender juntos muchas largas jornadas. Causa común contra el amarillismo. Antes que agrupar a los trabajadores en sectas o partidos agruparlos en una sola federación. Cada cual tenga su filiación, pero todo el lazo común del credo clasista. Estudiemos juntos las horas emocionantes del presente.

Completaremos el examen de la conducta de los partidos socialistas y sindicatos. Veremos cómo y por qué el proletariado fue impotente para impedir la conflagración.

La guerra encontró impreparada a la Segunda Internacional. No había aún programa de acción concreto, y práctico para asegurar la paz. Congreso de Stuttgart. Moción de Lenin y Rosa Luxemburgo:

«En el caso de que estalle una guerra, los socialistas están obligados a trabajar por su rápido fin y a utilizar la crisis económica y política provocada por la guerra para sacudir al pueblo y acelerar la caída de la dominación capitalista».

Pero en la Segunda Internacional había muy pocos Lenin y Rosa Luxemburgo.

Tres años después, el Congreso de Copenhague. Vaillant y Keir Hardi propusieron la huelga general. Se dejó la cuestión para Viena 1914.

En 1912 la situación grave obligó a la II Internacional a convocar un congreso extraordinario. Basilea 1912 noviembre. De este congreso salió un manifiesto. Y de nuevo se dejó la cuestión técnica para Viena, agosto de 1914.

Antes, Sarajevo. El Bureau Internacional de Bruselas convocó de urgencia para el 29 de julio a los partidos socialistas de Europa. Por Francia, Jaurés, Sembat, Vaillant, Guesde, Loguet. Por Alemania, Haase, Rosa Luxemburgo. Apresurar el congreso. París 9 de agosto en vez de Viena 23 de agosto. Declaración de la Oficina Internacional. Palabras de Jaurés en la noche del 29 de julio.

Dos días después Jaurés muerto. Muller en París, el 1º de agosto. Esterilidad de su misión. La guerra ya incontenible se desencadenó. El Congreso del 9 de agosto no pudo efectuarse. Páginas de *Claridad* describen con vivo color el ambiente de delirante patriotismo y nacionalismo. La mayoría ofuscada, contagiada por la atmósfera guerrera, marcial agresiva. La prensa y los intelectuales instigadores.

¹² Revisar el documento en:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/tercera%20conferencia.htm

¿Por qué la Internacional no pudo oponer una barrera a este desborde de pasión nacionalista? ¿Por qué la Internacional no pudo conservarse fiel a sus principios de solidaridad clasista? Veamos las circunstancias que dictaron la conducta socialista.

Declaración de los diputados alemanes en el parlamento el 4 de agosto. Catorce votos, contra.

Declaración de los socialistas franceses en el parlamento el 6 de agosto. En Francia, nación agredida, la adhesión fue más ardorosa, más viva.

La actitud de los demás partidos obreros. "De la Segunda a la Tercera Internacional".

La conducta de los socialistas italianos reclama especial mención. Manifestaron mayor lealtad al internacionalismo. El 26 de julio, manifiesto socialista. Lucha entre neutralistas e intervencionistas. Los fautores socialistas del intervencionismo. Arturo Labriola. Benito Mussolini. Anécdota de ambos.

Fórmula de los socialistas italianos: "Ni adherirse a la guerra ni sabotearla", Declaración socialista en la Cámara. La reunión de Zimmerwald en setiembre de 1915. Asistieron delegaciones alemana, francesa, italiana, rusa, polaca, balcánica, sueca, noruega, holandesa y suiza. Inglaterra negó los pasaportes. Lenin. El manifiesto de Zimmerwald primer despertar de la conciencia proletaria,

Pero este llamamiento no repercutía en todas las conciencias proletarias. Los fieles, en minoría. La unión sagrada. El frente único nacional. Tregua de la lucha de clases. Un solo partido: el de la defensa nacional.

Para asegurarse al proletariado, la burguesía le dio participación en el poder. Algunas concesiones al programa mínimo. La guerra exigía la mayor disciplina nacional posible. Libertades restringidas. Esta política pareció la inauguración de la era socialista. Guerra revolucionaria.

El Estado subsidiaba a las familias de los combatientes, ofrecía a bajo precio el pan y subvencionaba largamente a la industria. Trabajo abundante bien remunerado. Con esto se adormecía en las masas la idea de la injusticia social, se atenuaban los motivos de la lucha de clases. El proletariado no se fijaba en que esta prodigalidad del Estado acumulaba cargas para el porvenir. Concluida la guerra, los vencidos pagarían. Que el pueblo combatiese hasta el fin. Había que vencer.

Los aliados más que prédica de intereses, prédica de ideales. El pueblo inglés, creía combatir en defensa de los pueblos débiles. El pueblo francés contra la barbarie, la autocracia, el medioevalismo. El odio al boche.

La fuerza de los aliados consistió, precisamente, en estos mitos. Para los austro-alemanes, guerra militar. Para los aliados, guerra santa, cruzada por grandes y sacros ideales humanos. Los líderes, en gran parte, prestaron su concurso a esta propaganda. Adhesión efectiva de gran parte del proletariado. No hablaban sólo los políticos de la burguesía. En Austria y Alemania la adhesión era menos sólida. Guerra de defensa nacional. Las minorías pacifistas más fuertes. Liebknecht, etc., disponían de mayor ambiente. Alemania rodeada de enemigos. Sensación victoria. En nombre defensa nacional y esperanza victoria. Alemania disponía de argumentos suficientes.

Tóelas estas circunstancias hicieron que durante cuatro años los proletarios europeos se asesinasen los unos á los otros. Así fracasó la Segunda Internacional. La experiencia

enseña, que dentro de este régimen las guerras no son inevitables. La democracia capitalista, la paz armada, la política de equilibrio, la diplomacia secreta. Se incuban permanentemente la guerra. Y el proletariado no puede hacer nada. Ahora la experiencia del conflicto franco-alemán. Pesan aún demasiados intereses y sentimientos nacionalistas.

Conforme a estas duras lecciones para combatir la guerra, no basta el grito de abajo la guerra. Grito de la II Internacional, de todos sus congresos, hasta de los pacifistas tipo Wilson. El grito del proletariado: Viva la sociedad proletaria. Pensemos en construirla.

Y la gran frase de Jaurés no debe apartarse de nuestro recuerdo:

«Hay que impedir que el espectro de la guerra salga cada seis meses de su sepulcro para aterrorizar al mundo».

Anexo 3

Transcripción Cuarta Conferencia – La intervención de Italia en la Guerra ¹³

Yo no olvido durante mis lecciones que este curso es, ante todo, un curso popular, un curso de vulgarización. Trato de emplear siempre un lenguaje sencillo y claro y no un lenguaje complicado y técnico. Pero, con todo, al hablar de tópicos políticos, económicos, sociales no se puede prescindir de ciertos términos que tal vez no son comprensibles a todos. Yo uso lo menos que puedo la terminología técnica; pero en muchos casos tengo que usarla, aunque siempre con mucha parquedad. Mi deseo es que esta clase sea accesible no sólo a los iniciados en ciencias sociales y ciencias económicas sino a todos los trabajadores de espíritu atento y estudioso. Y, por eso, cuando uso un léxico oscuro, cuando uso términos poco usuales en el lenguaje vulgar, lo hago con mucha medida. Y trato de que estos períodos de mis lecciones resulten, en el peor de los casos, paréntesis pasajeros, cuya comprensión no sea indispensable para seguir y asimilar las ideas generales del curso. Esta advertencia me parece útil, de una parte para que los iniciados en ciencias sociales y económicas se expliquen por qué, en muchos casos, no recorro a una terminología técnica que consentiría mayor concisión en la exposición de las ideas y en el comentario de los fenómenos; y de otra parte, para que los no iniciados en estos estudios se expliquen por qué, no obstante mi voluntad, no puedo en muchos casos emplear un lenguaje popular y elemental.

A los no iniciados debo recomendarles también que éstas son clases y no discursos. Por fuerza tienen que parecer a veces un poco áridas. En las anteriores conferencias, primero al examinar la mentalidad de ambos grupos beligerantes y, luego, al examinar la conducta de los partidos socialistas y organizaciones sindicales, hemos determinado el carácter de la guerra mundial.

Y hemos visto por qué sus más profundos comentaristas la han llamado guerra absoluta. Guerra absoluta, esto es guerra de naciones, guerra de pueblos y no guerra de ejércitos. Adriano Tilgher llega a la siguiente conclusión: “La guerra absoluta ha sido vencida por aquellos gobiernos que han sabido conducirla con una mentalidad adecuada, dándole fines capaces de resultar mitos, estados de ánimo, pasiones y sentimientos populares. En este sentido nadie más que Wilson, con su predicación quáquero democrática ha contribuido a reforzar los pueblos de la Entente en la persuasión inconvencible de la justicia de su causa y en el propósito de continuar la guerra hasta la victoria final. Quien, en cambio, ha conducido la guerra absoluta con mentalidad de guerra diplomática o relativa o ha sido vencido (Rusia, Austria, Alemania) o ha corrido gran riesgo de serlo (Italia)”.

Esta conclusión de Adriano Tilgher define muy bien la significación principal de la intervención de los Estados Unidos, así como la fisonomía de la guerra italiana. Me ha parecido, por esto, oportuno, citarla al iniciar la clase de esta noche, en la cual nos ocuparemos, primeramente, de la intervención italiana y de la intervención norteamericana.

Italia intervino en la guerra, más en virtud de causas económicas que en virtud de causas diplomáticas y políticas. Su suelo no le permitía alimentar con sus propios productos agrícolas sino, escasamente, a dos tercios de su población. Italia tenía que

¹³ Revisar el documento en: [\[Cuarta Conferencia\] La intervención de Italia en la Guerra - Archivo José Carlos Mariátegui \(mariategui.org\)](#)

importar el trigo y otros artículos indispensables a un tercio de su población. Y tenía, al mismo tiempo, que exportar las manufacturas, las mercaderías, los productos de su trabajo y de su industria en proporción suficiente para pagar ese trigo y esos artículos alimenticios y materias primas que le faltaban. Por consiguiente, Italia estaba a merced, como está también hoy, de la potencia dueña del dominio de los mares. Sus importaciones y sus exportaciones, indispensables a su vida, dependían, en una palabra, de Inglaterra.

Italia carecía de libertad de acción. Su neutralidad era imposible. Italia no podía ser, como Suiza, como Holanda, una espectadora de la guerra. Su rol en la política europea era demasiado considerable para que, desencadenada una guerra continental, no la arrastrase. No habiéndose puesto al lado de los austro-húngaros, era inevitable para Italia ponerse al lado de los aliados. Italia era una verdadera prisionera de las naciones aliadas.

Estas circunstancias condujeron a Italia a la intervención. Las razones diplomáticas eran, comparativamente, de menor cuantía. Probablemente no habrían bastado para obligar a Italia a la intervención. Pero sirvieron, por supuesto, para que los elementos intervencionistas crearan una corriente de opinión favorable a la guerra. Los elementos intervencionistas eran en Italia de dos clases. Los unos se inspiraban en ideales nacionalistas y revanchistas y veían en la guerra ocasión de reincorporar a la nación italiana los territorios irredentos de Trento y Trieste. Veían, además, en la guerra, una aventura militar, fácil y gloriosa, destinada a engrandecer la posición de Italia en Europa y en el mundo. Los otros elementos intervencionistas se inspiraban en ideales democráticos, análogos a los que más tarde patrocinó Wilson, y veían en la guerra una cruzada contra el militarismo prusiano y por la libertad de los pueblos. El gobierno italiano tuvo en cuenta los ideales de los nacionalistas al concertar la intervención de Italia en la guerra.

Entre los aliados e Italia se suscribió el pacto secreto de Londres. Este pacto secreto, este célebre Pacto de Londres, publicado después por los bolcheviques, establecía la parte que tocaría a Italia en los frutos de la victoria. Este pacto, en suma, empequeñecía la entrada de Italia en la guerra. Italia no intervenía en la guerra en el nombre de un gran ideal, en el nombre de un gran mito, sino en el nombre de un interés nacional. Pero ésta era la verdad oculta de las cosas. La verdad oficial era otra. Conforme a la verdad oficial, Italia se batía por la libertad de los pueblos débiles, etc. En una palabra, para el uso interno se adoptaban las razones de los intervencionistas nacionalistas y revanchistas; para el uso externo se adoptaban las razones de los intervencionistas democráticos. Y se callaba la razón fundamental: la necesidad en que Italia se encontraba o se hallaba de intervenir en la contienda, en la imposibilidad material de permanecer neutral. Por eso dice Adriano Tilgher que, en un principio, la guerra italiana fue conducida con mentalidad de guerra relativa, de guerra diplomática. Las consecuencias de esta política se hicieron sentir muy pronto.

Durante la primera fase de la guerra italiana, hubo en Italia una fuerte corriente de opinión neutralista. No solamente eran adversos a la guerra los socialistas. También lo eran los giolittianos, Giolitti y sus partidarios, o sea un numeroso grupo burgués. Justamente la existencia de este núcleo de opinión burguesa neutralista consintió a los socialistas actuar con mayor libertad, con mayor eficacia, dentro de un ambiente menos asfixiantemente bélico que los socialistas de los otros países beligerantes. Los socialistas aprovecharon de esta división del frente burgués para afirmar la voluntad pacifista del proletariado.

La 'unión sagrada', la fusión de todos los partidos en uno solo, el Partido de la Defensa Nacional, no era, pues, completa en Italia. El pueblo italiano no sentía

unánimemente la guerra. Fueron estas causas políticas, estas causas psicológicas, más que toda causa militar, las que originaron la derrota de Caporetto, la retirada desastrosa de las tropas italianas ante la ofensiva austro-alemana. Y la prueba de esto lo tenemos en la segunda fase de la guerra italiana. La 'unión sagrada', la fusión de todos los partidos en uno solo, el Partido de la Defensa Nacional, no era, pues, completa en Italia. El pueblo italiano no sentía unánimemente la guerra. Fueron estas causas políticas, estas causas psicológicas, más que toda causa militar, las que originaron la derrota de Caporetto, la retirada desastrosa de las tropas italianas ante la ofensiva austro-húngara. Y la prueba de esto lo tenemos en la segunda fase de la guerra italiana. Después de Caporetto, hubo una reacción en la política, en la opinión italiana. El pueblo empezó a sentir de veras la necesidad de empeñar en la guerra todos sus recursos. Los neutralistas giolittianos se adhirieron a la 'unión sagrada'. Y desde ese momento no fue ya sólo el ejército italiano, respaldado por un gobierno y una corriente de opinión intervencionista, quien combatió contra los austroalemanes. Fue casi todo el pueblo italiano. La guerra dejó de ser para Italia guerra relativa. Y empezó a ser guerra absoluta.

Comentadores superficiales que atribuyeron a la derrota de Caporetto causas exclusivamente militares, atribuyeron luego a la reacción italiana causas militares también. Dieron una importancia exagerada a las tropas y a los recursos militares enviados por Francia al frente italiano. Pero la historia objetiva y documentada de la guerra italiana nos enseña que estos refuerzos fueron, en verdad, muy limitados y estuvieron destinados, más que a robustecer numéricamente el ejército italiano, a robustecerlo moralmente. Resulta, en efecto, que Italia, en cambio de los refuerzos franceses recibidos, envió a Francia algunos refuerzos italianos. Hubo canje de tropas entre el frente italiano y el frente francés. Todo esto tuvo una importancia secundaria en la reorganización del frente italiano. La reacción italiana no fue una reacción militar; fue una reacción moral, una reacción política.

Mientras fue débil el frente político italiano, fue débil también el frente militar. Desde que empezó a ser fuerte el frente político, empezó a ser fuerte también el frente militar. Porque, así en este aspecto de la guerra mundial, como en todos sus otros grandes aspectos, los factores políticos, los factores morales, los factores psicológicos tuvieron mayor trascendencia que los factores militares.

La confirmación de esta tesis la encontraremos en el examen de la eficacia de la intervención americana. Los Estados Unidos aportaron a los aliados no sólo un valioso concurso moral y político. Los discursos y las proclamas de Wilson debilitaron el frente alemán más que los soldados norteamericanos y más que los materiales de guerra norte-americanos. Así lo acreditan los documentos de la derrota alemana. Así lo establecen varios libros autorizados, entre los cuales citaré, por ser uno de los más conocidos, el libro de Francisco Nitti "Europa sin paz". Los discursos y las proclamas de Wilson socavaron profundamente el frente austro-alemán. Wilson hablaba del pueblo alemán como de un pueblo hermano. Wilson decía: "Nosotros no hacemos la guerra contra el pueblo alemán, sino contra el militarismo prusiano". Wilson prometía al pueblo alemán una paz sin anexiones ni indemnizaciones. Esta propaganda, que repercutió en todo el mundo, creando un gran volumen de opinión en favor de la causa aliada, repercutió también en Alemania y Austria. El pueblo alemán sintió que la guerra no era ya una guerra de defensa nacional. Austria, naturalmente, fue conmovida mucho más que Alemania por la propaganda wilsoniana. La propaganda wilsoniana estimuló en Bohemia, en Hungría, en todos los pueblos incorporados por la fuerza al Imperio Austro-Húngaro, sus antiguos ideales de independencia nacional. Los efectos de este debilitamiento del frente político alemán y del frente político austríaco tenían que manifestarse, necesariamente, a renglón seguido del primer quebranto militar. Y así fue. Mientras el gobierno alemán y el gobierno austríaco pudieron mantener con vida la esperanza de la victoria, pudieron, también, conservar la adhesión de sus pueblos a la

guerra. Apenas esa esperanza empezó a desaparecer las cosas cambiaron. El gobierno alemán y el gobierno austríaco perdieron el control de las masas, minadas por la propaganda wilsoniana.

La ofensiva de los italianos en el Piave encontró un ejército enemigo poco dispuesto a batirse hasta el sacrificio. Divisiones enteras de checo-eslavos capitularon. El frente austríaco se deshizo. Y este desastre militar y moral resonó inmediatamente en el frente alemán. El frente alemán estaba, no obstante la vigorosa ofensiva alemana, militarmente intacto. Pero el frente alemán estaba, en cambio, política y moralmente quebrantado y franqueado. Hay documentos que describen el estado de ánimo de Alemania en los días que precedieron a la capitulación. Entre esos documentos citaré las Memorias de Ludendorff, las Memorias de Hindenburg y las Memorias de Erzberger, el líder del centro católico alemán, asesinado por un nacionalista, por su adhesión a la revolución y a la República Alemana y a la paz de Versalles. Tanto Ludendorff como Hindenburg y como Erzberger nos enteran de que el Káiser, considerando únicamente el aspecto militar de la situación, alentó hasta el último momento la esperanza de una reacción del ejército alemán que permitiese obtener la paz en las mejores condiciones. El Káiser pensaba: "Nuestro frente militar no ha sido roto". Quienes lo rodeaban sabían que ese frente militar, inexpugnable aparentemente al enemigo, estaba ganado por su propaganda política. No había sido aún roto materialmente; pero sí invalidado moralmente. Este frente militar no estaba dispuesto a obedecer a sus generalísimos y a su gobierno. En las trincheras germinaba la revolución.

Hasta ahora los alemanes pangermanistas, los alemanes nacionalistas afirman orgullosamente: "Alemania no fue vencida militarmente". Es que esos pangermanistas, esos nacionalistas, tienen el viejo concepto de la guerra relativa, de la guerra militar, de la guerra diplomática. Ellos no ven del cuadro final de la guerra sino lo que el Káiser vio entonces: el frente militar alemán intacto. Su error es el mismo error de los comentaristas superficiales que vieron en la derrota italiana de Caporetto únicamente las causas militares y que vieron, más tarde, en la reorganización del frente italiano, únicamente causas militares. Esos nacionalistas, esos pangermanistas, son impermeables al nuevo concepto de la guerra absoluta. Poco importa que la derrota de Alemania no fuese una derrota militar. En la guerra absoluta la derrota no puede ser una derrota militar sino una derrota al mismo tiempo política, moral, ideológica, porque en la guerra absoluta los factores militares están subordinados a los factores políticos, morales e ideológicos. En la guerra absoluta la derrota no se llama derrota militar, aunque no deje de serlo; se llama derrota, simplemente. Derrota sin adjetivo, porque su definición única es la derrota integral.

Los grandes críticos de la guerra mundial no son, por esto, críticos militares. No son los generalísimos de la victoria ni los generalísimos de la derrota. No son Foch ni Hindenburg, Díaz ni Ludendorff. Los grandes críticos de la guerra mundial, son filósofos, políticos, sociólogos. Por primera vez la victoria ha sido cuestión de estrategia ideológica y no de estrategia militar. Desde ese punto de vista, vasto y panorámico, puede decirse, pues, que el generalísimo de la victoria ha sido Wilson. Y este concepto resume el valor de la intervención de los Estados Unidos.

No haremos ahora el examen del programa wilsoniano; no haremos ahora la crítica de la gran ilusión de la Liga de las Naciones. De acuerdo con el programa de este curso, que agrupa los grandes aspectos de la crisis mundial, con cierta arbitrariedad cronológica, necesaria para la mejor apreciación panorámica, dejaremos estas cosas para la clase relativa a la paz de Versalles. Mi objeto en esta clase ha sido sólo el de fijar rápidamente el valor de la intervención de los Estados Unidos como factor de la victoria de los aliados. La ideología de la intervención americana, la ideología de Wilson, requiere examen aparte. Y este examen particular tiene que ser conectado con el

examen de la paz de Versalles y de sus consecuencias económicas y políticas. Hoy dedicaremos los minutos que aún nos quedan al estudio de aquel otro trascendental fenómeno de la guerra: la revolución rusa y la derrota rusa. Echaremos una ojeada a los preliminares y a la fase social-democrática de la revolución rusa. Veremos cómo se llegó al gobierno de Kerensky.

En la conferencia anterior, al exponer la conducta de los partidos socialistas de los países beligerantes, dije cuál había sido la posición de los socialistas rusos frente a la conflagración. En Rusia, la mayoría del movimiento obrero y socialista fue contraria a la guerra. El grupo acaudillado por Plejanov no creía que la victoria robustecería el zarismo; pero la mayoría socialista y sindicalista comprendió que le tocaba combatir en dos frentes: contra el imperialismo alemán y contra el zarismo. Muchos socialistas rusos fueron fieles a la declaración del Congreso de Stuttgart que fijó así el deber de los socialistas ante una guerra: trabajar por la paz y aprovechar de las consecuencias económicas y políticas de la guerra para agitar al pueblo y apresurar la caída del régimen capitalista.

El gobierno zarista, es casi inútil decirlo, conducía la guerra con el criterio de guerra relativa, de guerra militar, de guerra diplomática. La guerra rusa no contaba con la adhesión sólida del pueblo ruso. El frente político interno era en Rusia menos fuerte que en ningún otro país beligerante. Rusia fue, sin duda, por estas razones, la primera vencida. Dentro de la burguesía rusa había elementos democráticos y pacifistas inconciliables con el zarismo. Y dentro de la corte del Zar había conspiradores germanófilos que complotaban en favor de Alemania. Todas estas circunstancias hacían inevitables la derrota y la revolución rusas.

Un interesante documento de los días que precedieron a la revolución es el libro de Mauricio Paleologue, "La Rusia de los Zares durante la Gran Guerra". Mauricio Paleologue era el embajador de Francia ante el Zar. Fue un explorador cercano de la caída del absolutismo ruso. Asistió a este espectáculo desde un palco de "avant scene".

Las páginas del libro de Mauricio Paleologue describen el ambiente oficial ruso del período de incubación revolucionaria. Los hombres del zarismo presintieron anticipadamente la crisis. La presintieron igualmente los representantes diplomáticos de las potencias aliadas. Y el empeño de unos y otros se dirigió no a conjurarla, porque habría sido vano intento, sino a encauzarla en la forma menos dañina a sus respectivos intereses. Los embajadores aliados en Petrogrado trataban con los miembros aliadófilos del régimen zarista y con los elementos aliadófilos de la democracia y de la social-democracia rusas. Paleologue nos cuenta cómo en su mesa comían Milukoff, el líder de los cadetes, y otros líderes de la democracia rusa. El régimen zarista carecía de autoridad moral y de capacidad política para manejar con acierto los negocios de la guerra. Cerca de la Zarina intrigaba una camarilla germanófila. La Zarina, de temperamento místico y fanático, era gobernada por el monje Rasputín, por aquella extraña figura, alrededor de la cual se tejieron tantas leyendas y se urdieron tantas fantasías. El ejército se hallaba en condiciones morales y materiales desastrosas. Sus servicios de aprovisionamiento, amunicionamiento, transporte, funcionaban caóticamente. El descontento se extendía entre los soldados. El Zar, personaje imbécil y medioeval, no permitía ni tampoco percibía la vecindad de la catástrofe. Dentro de esta situación se produjo el asesinato del monje Rasputín, favorito de la Zarina, papa negro del zarismo. El Zar ordenó la prisión del príncipe Dimitri, acusado del asesinato de Rasputín. Y comenzó entonces un conflicto entre el Zar y los personajes aliadófilos de la Corte que, avisadamente, presentían los peligros y las amenazas del porvenir. La nobleza demandó la libertad del príncipe Dimitri. El Zar se negó diciendo: 'Un asesinato es siempre un asesinato'. Eran días de gran inquietud para la aristocracia rusa, que arrojaba sobre la Zarina la responsabilidad de la situación. Algunos parientes del Zar se

atreveron a pedirle el alejamiento de la Zarina de la Corte. El Zar resolvió tomar una actitud medioevalmente caballeresca e hidalga. Pensó que todos se confabulaban contra la Zarina porque era extranjera y porque era mujer. Y resolvió cubrir las responsabilidades de la Zarina con su propia responsabilidad. La suerte del Imperio Ruso estaba en manos de este hombre insensato y enfermo. La Zarina, alucinada y delirante, dialogaba con el espíritu de Rasputín y recogía sus inspiraciones. El monje Rasputín, a través de la Zarina, inspiraba desde ultratumba al Zar de todas las Rusias. No había casi en Rusia quien no se diese cuenta de que una crisis política y social tenía necesariamente que explotar de un momento a otro.

Vale la pena relatar una curiosa anécdota de la corte rusa. Paleologue, el embajador francés, y su secretario, estuvieron invitados a almorzar el 10 de enero de 1917, el año de la revolución, en el palacio de la gran duquesa María Pawlova. Paleologue y su secretario subieron la regia escala del palacio. Y al entrar en el gran salón no encontraron en él sino a una dama de honor de la gran duquesa: la señorita Olive. La señorita Olive, de pie ante la ventana del salón, contemplaba pensativamente el panorama del Neva, en el cual se destacaban la catedral de San Pedro y San Pablo y las murallas de la Fortaleza, la prisión del Estado. Paleologue interrumpió cortésmente a la señorita Olive: “Yo acabo de sorprender, si no vuestros pensamientos, al menos la dirección de vuestros pensamientos. Me parece que Ud. mira muy atentamente la prisión”. Ella respondió: “Sí; yo contemplaba la prisión. En días como éstos no puede uno guardarse de mirarla”. Y luego agregó, dirigiéndose al secretario: “Señor de Chambrun, cuando yo esté allá, enfrente, sobre la paja de los calabozos, ¿vendrá Ud. a verme?”. La joven dama de honor, probablemente lectora voluptuosa y espeluznada de la historia de la Revolución Francesa, preveía que a la nobleza rusa le estaba deparado el mismo destino de la nobleza francesa del siglo dieciocho y que ella como, en otros tiempos, otras bellas y elegantes y finas damas de honor, estaba destinada a una trágica y sombría residencia en un calabozo de alguna Bastilla tétrica. Los días de la autocracia rusa estaban contados. La aristocracia y la burguesía trabajaban porque la caída del zarismo no fuese también su caída. Los representantes aliados trabajaban porque la transición del régimen zarista a un régimen nuevo no trajese un período de anarquía y de desorden que invalidase a Rusia como potencia aliada. Indirectamente, la aristocracia divorciada del Zar, la burguesía y los embajadores aliados no hacían otra cosa que apresurar la revolución. Interesados en canalizar la revolución, en evitar sus desbordes y en limitar su magnitud, contribuían todos ellos a acrecentar los gérmenes revolucionarios. Y la revolución vino. El poder estuvo fugazmente en poder de un príncipe de la aristocracia aliadófila. Pero la acción popular hizo que pasara en seguida a manos de hombres más próximos a los ideales revolucionarios de las masas. Se construyó, a base de socialistas revolucionarios y de mencheviques, el gobierno de coalición de Kerensky. Kerensky era una figura anémica del revolucionarismo ruso. Miedoso de la revolución, temeroso de sus extremas consecuencias, no quiso que su gobierno fuera un gobierno exclusivamente obrero, exclusivamente proletario, exclusivamente socialista. Hizo, por eso, un gobierno de coalición de los Socialistas Revolucionarios y de los mencheviques con los kadetes y los liberales. Dentro de este ambiente indeciso, dentro de esta situación vacilante, dentro de este régimen estructuralmente precario y provisional, fue germinada, poco a poco, la Revolución Bolchevique. En la próxima clase veremos cómo se preparó, cómo se produjo este gran acontecimiento, hacia el cual convergen las miradas del proletariado universal, que por encima de todas las divisiones y de todas las discrepancias de doctrina contempla, en la Revolución rusa, el primer paso de la humanidad hacia un régimen de fraternidad, de paz y de justicia.



“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023) Ciclo de lectura, debate y prospectiva

Materiales de trabajo Tercera Sesión

Guía de trabajo para la tercera sesión

1. Antecedentes: Juan Croniqueur y la Revolución Rusa. p.2

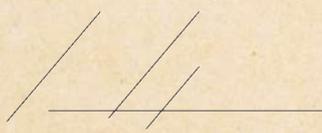
Conferencias:

La revolución rusa
(pronunciada el 13 de julio de 1923) p. 6

Las instituciones del régimen ruso
(pronunciada el 19 de octubre de 1923) p. 12

Elogio de Lenin
(pronunciada el 26 de enero de 1924) p. 15

Organiza:


Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUA 



CONFERENCIAS

Material de Trabajo – Tercera Sesión

Sobre los textos:

Para la tercera sesión los temas que nos convocan serán los de la quinta, decimocuarta y decimoséptima conferencia, que se detallan a continuación:

- “La revolución rusa”, pronunciada el 13 de julio de 1923.

La conferencia se publicó en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959), e incluida en la versión digitalizada de las Obras Completas de José Carlos¹. **(Anexo A)**

El documento original se puede consultar en la web del Archivo José Carlos Mariátegui².

- “Exposición y crítica de las instituciones del régimen ruso”, pronunciada el 19 de octubre de 1923.

Las notas de la conferencia se publicaron en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959), e incluida en la versión digitalizada de las Obras Completas de José Carlos³. **(Anexo B)**

- “Elogio a Lenin”, pronunciada el 26 de enero de 1924.

Las notas de la conferencia se publicaron en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959), e incluida en la versión digitalizada de las Obras Completas de José Carlos⁴. **(Anexo C)**

¹ Revisar la conferencia aquí:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/quinta%20conferencia.htm

² Revisar el documento original aquí:

<https://archivo.mariategui.org/index.php/mecanografiado-quinta-conferencia-la-revolucion-rusa>

³ Revisar la conferencia aquí:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/decima%20cuarta%20conferencia.htm

⁴ Revisar la conferencia aquí:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/decima%20septima%20conferencia.htm

Antecedentes: Juan Croniqueur y la Revolución Rusa

... Y es que, contra lo que digan los teóricos del evolucionismo, puede ser que este impere en las ciencias naturales, a veces la Historia se realiza a través de algo terrible y bello, doloroso y formidable que se llama Revolución. (Jorge Basadre, La Iniciación de la República, 1929)

1

Tal como se ha mencionado en sesiones anteriores, si bien los contenidos de las conferencias sobre la crisis mundial recogen y articulan los resultados de la experiencia europea de José Carlos, los temas y tesis fundamentales de las mismas ya estaban presentes en su obra juvenil, particularmente en los escritos y opciones que se ponen de manifiesto a partir de 1917.

La particular sensibilidad del Amauta frente al mundo como totalidad lo llevó a una temprana comprensión de la época y a identificar algunos acontecimientos como decisivos en la configuración de una nueva época. Al respecto ya se mencionaron las apreciaciones del joven cronista acerca de la “gran guerra”.

Las referencias a Rusia, antes de noviembre de 1917, son escasas. Para el cronista, al igual que para la mayoría de sus contemporáneos se trataba de una tierra “lejana y brumosa”. El único personaje que le llamó la atención fue Rasputín, utilizando su siniestra imagen para atacar a un monseñor limeño que intentaba cumplir similar papel en el entorno del presidente Pardo apuntando a ser propuesto por el gobierno para el cargo de arzobispo de Lima. Monseñor Philips era “nuestro Rasputín criollo”⁵ (al respecto escribe varias veces, entre junio y octubre de 1917). Más allá de la anécdota estos artículos expresan la opinión del cronista en torno al Concordato que regulaba las relaciones entre el estado y la iglesia católica.

Dado que, sea a través de la literatura o de escritos socio-políticos, los sectores “ilustrados” del país tenían idea del atraso ruso y el carácter autocrático del régimen zarista, no debe haber sorprendido la caída de este en febrero (marzo para occidente) de 1917. Sin embargo, debido a las mayoritarias simpatías por la Entente (Francia, Reino Unido y Rusia), las tintas se cargaban sobre el Imperio Alemán cuando se aludía a la barbarie que amenazaba a Europa. Si bien los periódicos limeños dieron cuenta de la revolución rusa de febrero, no hay ecos de esta en las crónicas de Juan Croniqueur. En relación con la guerra, el cronista denunciaba la lentitud con la que la Cancillería estaba respondiendo al hundimiento del *Lorton* en febrero de dicho año en su columna “Somos neutrales”.⁶

2

Los días previos a la revolución de octubre (7 de noviembre en el calendario occidental) fueron remecidos en Lima por el “escándalo del cementerio”, protagonizado por el cronista y algunos de sus amigos más cercanos. El relato detallado del evento se puede leer en la reciente biografía elaborada por Servais Thissen (pp. 144 y ss.). Para ubicar este episodio en el proceso vital de Juan Croniqueur conviene leer la crónica que había publicado días antes, el 4 de noviembre con el título “Bostezando...”, y que comienza con una frase contundente: “Nos aburrimos. Dentro de esta ciudad enferma y dentro de sus cercanías grises y pálidas ... vivimos nosotros sin emoción, sin alegría, sin fervor, sin estremecimiento y sin voluntad”⁷. Después de un almuerzo en La

⁵ José Carlos Mariátegui, “Nuestro Aliado”, *El Tiempo*, 3 de octubre de 1917.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vi/6-octubre-1917/6.3-nuestro/>

⁶ José Carlos Mariátegui, “Somos neutrales”, *El Tiempo*, 12 de abril de 1917.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-v/6-abril-1917/6.9-somos/>

⁷ José Carlos Mariátegui, “Bostezando”, *El Tiempo*, 4 de noviembre de 1917.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vi/7-noviembre-1917/7.2-bostezando/>

Magdalena, el cronista y algunos de sus amigos convencieron a la bailarina suiza Norka Rouskaya para emular a Isadora Duncan en el cementerio de Lima bailando la danza fúnebre de Chopin a la luz de la luna. Lo hizo acompañada por un violinista hasta que irrumpió la policía, siendo detenidos con escándalo mediático al día siguiente. El asunto llegó al Congreso, a la Beneficencia y provocó declaraciones del arzobispo convocando a ceremonias de desagravio del “camposanto”.⁸

3

Si bien el momento culminante de la revolución de octubre tuvo lugar el 7 de noviembre de 1917 con la toma del Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional, la ofensiva revolucionaria se había iniciado días antes. En medio de intensos debates, la mayoría del comité central bolchevique había tomado el acuerdo de proceder a la insurrección.

En su biografía de Mariátegui, Servais Thissen da cuenta de la recepción de la revolución rusa en Lima. *El Tiempo*, el 9 de noviembre afirma: “Petrogrado ha caído en manos de los maximalistas” ... “torvos enemigos del capital y de la aristocracia”. Para *El Comercio*, el mismo día: [Lenin es el] “apóstol de la ruina de la democracia rusa” (Thissen, p. 157). Las crónicas de José Carlos en esos días seguían girando en torno a los personajes y las anécdotas de la política criolla. Sin embargo, hay una alusión indirecta a la revolución en la crónica “Tira y afloja”⁹ en la que comenta el impacto de Mariano Lino Urquieta, afirmando frente al caudillo arequipeño: “nosotros que no acaudillamos multitudes ni preconizamos rojas alboradas revolucionarias”. El 30 de diciembre publica su primer artículo referido explícitamente a la revolución rusa: “Maximalismo peruano” en respuesta a las sucesivas referencias de *El Comercio* a los periodistas de *El Tiempo* como “bolsheviquis y maximalistas”. A lo que el cronista responde: “¡Bueno! ¡Muy bolsheviquis y muy peruanos! ¡Pero más peruanos que bolsheviquis!”.

Más adelante volvió a usar el término en “*Las trompetas de la fama*”¹⁰. A raíz del cese como Canciller de Enrique de la Riva Agüero, se hizo pública la denuncia de que tenía un pacto secreto con Alemania (*Washington Post*). El cronista ironizó sobre el asunto mencionando a la “Rusia de los maximalistas”. Las gentes, escribió: “Se espantan ante la posibilidad de que se le tenga en mal concepto [a Riva Agüero] en la lejana y brumosa Rusia de los maximalistas.” En febrero les devolvió el adjetivo a los periodistas de *El Comercio*. El decano estaba envuelto en conspiraciones con el elusivo “bloque” civilista, “una agrupación de misteriosos revolucionarios, de terribles bolcheviques” ... “bolchevique era para ellos sinónimo de facineroso”¹¹.

El texto central es, sin duda, “Bolcheviques, aquí”¹². El cronista recogía el estereotipo del socialista: “Para esta buena gente criolla un socialista era, más o menos, un facineroso” ... “un descamisado torvo. Sucio, malcontento, greñoso, borracho, holgazán, hereje, cerril, sórdido, criminal, “masón” y poseído por el espíritu inmundo del demonio”. Y constata el cambio a partir de declaraciones de políticos como Víctor Maúrtua, Luis Ulloa, Alberto Secada y otros. El término se “normalizó”, más aún: “Y empiezan a abundar quienes creen que puede haber en la política nacional algo que valga más que la constitución del sesenta, la huaripampeada, Cocharcas ... “Y continúa enumerando eventos y rasgos de la política criolla.

⁸ El estudio más detallado del incidente es el realizado por el antropólogo norteamericano William Stein, *Dance in the Cemetery. Jose Carlos Mariategui and the Lima Scandal of 1917*. Lanham, Maryland: University Press of America. 1997. [William Stein. *Mariátegui y Norka Rouskaya*. Lima, Empresa Editora Amauta, 1989]. De manera complementaria, se puede revisar: <https://repositorio.pucp.edu.pe/index/bitstream/handle/123456789/193062/4.pdf>

⁹ José Carlos Mariátegui, “Tira y Afloja”, *El Tiempo*, 2 de diciembre de 1917.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vi/8-diciembre-1917/8.2-tira/>

¹⁰ José Carlos Mariátegui, “Las trompetas de la fama”, *El Tiempo*, 20 de enero de 1918.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vi/9-enero-1918/9.7-trompetas/>

¹¹ José Carlos Mariátegui, “Disfuerzos”, *El Tiempo*, 4 de febrero de 1918. <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vi/10-febrero-1918/10.11-disfuerzos/>

¹² José Carlos Mariátegui, “Bolcheviques aquí”, *El Tiempo*, 7 de abril de 1918.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vii/2-abril-1918/2.6-bolcheviques/>

A partir de ese momento serán reiteradas las referencias a Maúrtua como “nuestro ministro bolchevique”, así como al grupo de parlamentarios a los que identifica como la extrema izquierda del Congreso el año 1919. Por otro lado, el cronista contraponía revolución y conspiración: “Nosotros, bolcheviques, que creíamos acabada la era de las conspiraciones criollas...”¹³. “Pero no la revolución criolla. No la revolución de la montonera en la quebrada”¹⁴. “Las buenas, rústicas e insípidas gentes de San Mateo, son esencialmente revolucionarias... Son revolucionarias a su manera antigua, inculta y varonil... Para ellas revolución quiere decir montonera, guerrilla, tiroteo y cupo”¹⁵.

El primer texto sobre el proceso revolucionario propiamente dicho lo publicó el 30 de junio: “Cable hostil”¹⁶. Se trata de un texto que oscila entre el drama y la ironía. El contenido lo toma de los cables que dan cuenta de la ofensiva de “Kaledines” (llamado así por un general zarista) y los cosacos contra “la república de Trotsky y Lenin”. “Nos ponemos a pensar con el alma partida en mil pedazos en nuestros lejanos amigos los bolcheviques de Rusia. Y en Trotsky y Lenin. Y en el instituto Smolny. Y en los soviets. Y en la guerra roja” ... “La hora es de prueba para todos los bolcheviques del mundo”.

En las crónicas acerca del final de la gran guerra se entremezclaban, como se ha señalado en la sesión anterior, el entusiasmo por la paz de Wilson con la proclamación de la convicción socialista. Leemos en “Un día grande”¹⁷. “Y nos salimos de nuestras casillas cuando nos acordamos que somos socialistas. Socialistas convencidos... ardorosos... máximos. El día más que de la paz nos parece del socialismo”.

El 12 de enero de 1919, en medio de huelgas obreras en Lima, Mariátegui escribe “El maximalismo cunde”¹⁸. El texto, que ya fue mencionado en la primera sesión, da cuenta de una intuitiva “totalización” de los movimientos obreros en Buenos Aires, Santiago de Chile y Lima, bajo los términos que la revolución rusa irradiaba. Vale la pena releer ese texto así como el siguiente que tiene anticipos de la particular relación que el Amauta establecerá entre política y religión: “Amanecemos un día con una huelga general en la ciudad y en el puerto. Y, por supuesto, nos sentimos presas de un entusiasmo religioso”¹⁹.

Ya en el diario propio, *La Razón*, en la columna “Voces” del 24 de julio, titulada “Las diputaciones por Lima”, escribió: “Todos los jefes de estado actuales son hombres de ciencia. Lo son desde Clemenceau hasta Lenin”²⁰

4

Entre las aproximaciones juveniles y las conferencias de 1923 en torno a la revolución rusa encontramos varios de los artículos escritos desde Italia. El primero, datado en Roma el 12 de febrero de 1920 y publicado en *El Tiempo* el 9 de julio, titulado: “La Entente y los Soviets”. En octubre, desde Génova escribió sobre “Rusia y Polonia” (publicado en *El Tiempo* el 12 de enero

¹³ José Carlos Mariátegui, “Estamos conspirando”, *El Tiempo*, 27 de mayo de 1918.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vii/3-mayo-1918/3.14-estamos/>

¹⁴ José Carlos Mariátegui, “La ciudad y las sierras”, *El Tiempo*, 21 de junio de 1918.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vii/4-junio-1918/4.20-ciudad/>

¹⁵ José Carlos Mariátegui, “La ciudad y las sierras”, *El Tiempo*, 16 de julio de 1919.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-viii/7-julio-1919/7.9-tipica/>

¹⁶ José Carlos Mariátegui, “Cable hostil”, *El Tiempo*, 20 de junio de 1918. <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vii/4-junio-1918/4.27-cable/>

¹⁷ José Carlos Mariátegui, “Un día grande”, *El Tiempo*, 12 de noviembre de 1918.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-viii/2-noviembre-1918/2.12-grande/>

¹⁸ José Carlos Mariátegui, “El maximalismo cunde”, *El Tiempo*, 12 de enero de 1919.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-viii/2-noviembre-1918/2.12-grande/>

¹⁹ José Carlos Mariátegui, “Paréntesis”, *El Tiempo*, 23 de enero de 1919. <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-viii/4-enero-1919/4.12-paretesis/>

²⁰ José Carlos Mariátegui, “Las diputaciones por Lima”, *La Razón*, 24 de julio de 1919.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-iii/7-hacia-un-camino-propio/7.12-las-diputaciones-por-lima/>

de 1921). dando cuenta de la situación de la guerra entre ambos países. En agosto de 1921, estando en Roma escribió sobre “El hambre en Rusia” (publicado el 17 de noviembre de 1921). En los demás artículos escritos en Italia hay numerosas referencias al proceso revolucionario ruso y sus repercusiones en Europa.

Más allá de los textos, entre noviembre de 1917 y el mes de junio de 1923 se vivieron dramáticas decisiones, duros enfrentamientos y sucesivos virajes al interior del proceso soviético. En marzo de 1918 el Tratado de Brest-Litovsk con Alemania imperial, que formalmente puso fin a la guerra en el Frente Oriental e implicó enormes cesiones territoriales. Entre 1918 y 1920 los años más duros de la guerra civil entre el Ejército Rojo y los remanentes del zarismo aliado con tropas de 14 países enemigos del poder soviético. La economía del “comunismo de guerra”. El armisticio con Polonia a fines de 1920, seguido de tratados de paz con otros países limítrofes. En marzo de 1921 la rebelión de los marineros de Kronstadt. La hambruna de 1920-1921. El viraje a la Nueva Política Económica (NEP) en el X Congreso del partido (marzo de 1921). La ausencia de Lenin tras el segundo derrame cerebral a fines de 1922. La agudización de la disputa entre las corrientes al interior del partido.

Mariátegui estaba al tanto de todo eso al momento de dar sus conferencias sobre la revolución rusa, sus instituciones y su principal líder: Vladimir Lenin.

Material Audiovisual

- **La Revolución Rusa en 7 minutos:** <https://www.youtube.com/watch?v=-mnRwShLmXc>
- **Fall of Eagles: Lenin returns to Russia²¹:** <https://www.youtube.com/watch?v=urSaGebApQs>

Lecturas Recomendadas:

- Stefan Zweig. *Momentos estelares de la humanidad*: El tren sellado. Lenin, 9 de abril de 1917.
- Edmund Wilson. *Hacia la estación de Finlandia*: 6. Lenin en la estación de Finlandia.
- John Reed. *Diez días que estremecieron el mundo*: Capítulo V. La caída del gobierno provisional https://www.marxists.org/espanol/reed/diezdias/capitulo_4.htm

²¹ Sobre este tema, se puede consultar: Catherine Merridale. *El tren de Lenin*. Madrid, Crítica, 2017.

Anexo A

Quinta conferencia - La revolución rusa

Conforme al programa de este curso de historia de la crisis mundial, el tema de la conferencia de esta noche es la revolución rusa. El programa del curso señala a la conferencia de esta noche el siguiente sumario: La Revolución Rusa.-Kerensky.-Lenin. La Paz de Brest Litovsk.- Rusia y la Entente después de la Revolución. Proceso inicial de creación y consolidación de las instituciones rusas.

Antes de disertar sobre estos tópicos, considero oportuna una advertencia. Las cosas que yo voy a decir sobre la revolución rusa son cosas elementales. Mejor dicho, son cosas que a otros públicos les parecerían demasiado elementales, demasiado vulgarizadas, demasiado repetidas. Porque esos públicos han sido abundantemente informados sobre la revolución rusa, sus hombres, sus episodios. La Revolución Rusa ha interesado y continúa interesando, en Europa, a la curiosidad unánime de las gentes. La Revolución Rusa ha sido, y continúa siendo, en Europa, un tema de estudio general. Sobre la Revolución Rusa se han publicado innumerables libros. La Revolución Rusa ha ocupado puesto de primer rango en todos los diarios y en todas las revistas europeas. El estudio de este acontecimiento no ha estado sectariamente reservado a sus partidarios, a sus propagandistas: ha sido abordado por todos los hombres investigadores, por todos los hombres de alguna curiosidad intelectual. Los principales órganos de la burguesía europea, los más grandes rotativos del capitalismo europeo, han enviado corresponsales a Rusia, a fin de informar a su público sobre las instituciones rusas y sobre las figuras de la Revolución. Naturalmente esos grandes diarios han atacado invariablemente a la Revolución Rusa, han hecho uso contra ella de múltiples armas polémicas. Pero sus corresponsales —no todos naturalmente— pero sí muchos de ellos, han hablado con alguna objetividad acerca de los acontecimientos rusos. Se han comportado como simples cronistas de la situación de Rusia. Y esto ha sido, evidentemente, no por razones de benevolencia con la revolución rusa, sino porque esos grandes diarios informativos, en su concurrencia, en su competencia por disputarse a los lectores, por disputarse la clientela, se han visto obligados a satisfacer la curiosidad del público con alguna seriedad y con alguna circunspección. El público les reclamaba informaciones más o menos serias y más o menos circunspectas sobre Rusia, y ellos, sin disminuir su aversión a la Revolución Rusa, tenían que darle al público esas informaciones más o menos serias y más o menos circunspectas. A Rusia han ido corresponsales de la Prensa Asociada de Nueva York, corresponsales del Corriere della Sera, del Messaggero y otros grandes rotativos burgueses de Italia, corresponsales del Berliner Tageblatt, el gran diario demócrata de Teodoro Wolf, corresponsales de la prensa londinense. Han ido además, muchos grandes escritores contemporáneos. Uno de ellos ha sido Wells. Lo cito al azar, lo cito porque la resonancia de la visita de Wells a Rusia y del libro que escribió Wells, de vuelta a Inglaterra, ha sido universal, ha sido extensísima, y porque Wells no es, ni aun entre nosotros, sospechoso de bolcheviquismo.

Urgidas por la demanda del público estudioso, las grandes casas editoriales de París, de Londres, de Roma, de Berlín, han editado recopilaciones de las leyes rusas, ensayos sobre tal o cual aspecto de la Revolución Rusa. Estos libros y estos opúsculos, no eran obra de la propaganda bolchevique, eran únicamente un negocio editorial. Los grandes editores, los grandes libreros ganaban muy buenas sumas con esos libros y esos opúsculos. Y por eso los editaban y difundían. Se puede decir que la Revolución Rusa estaba de moda. Así como es de buen tono hablar del relativismo y de la teoría de Einstein, era de buen tono hablar de la revolución rusa y de sus jefes. Esto en lo que toca al público burgués, al público amorfo. En lo que toca al proletariado, la curiosidad acerca de la revolución rusa ha sido naturalmente, mucho mayor. En todas las tribunas, en todos los periódicos, en todos los libros del proletariado se ha comentado, se ha estudiado y se ha discutido la Revolución Rusa. Así en el sector reformista y social-democrático como en el sector anarquista, en la derecha, como en la izquierda y en el centro de las organizaciones proletarias, la Revolución Rusa ha sido incesantemente examinada y observada.

Por estas razones, otros públicos tienen un conocimiento muy vasto de la Revolución Bolchevique, de las instituciones soviéticas, de la Paz de Brest Litovsk, de todas las cosas de que yo voy a ocuparme esta noche, y para esos públicos mi conferencia sería demasiado elemental, demasiado rudimentaria. Pero yo debo tener en consideración la posición de nuestro público, mal informado acerca de éste y otros grandes acontecimientos europeos. Responsabilidad que no es suya sino de nuestros intelectuales y de nuestros hombres de estudio que, realmente, no son tales intelectuales ni tales hombres de estudio sino caricaturas de hombres de estudio, caricaturas de intelectuales. Hablaré, pues, esta noche, en periodista. Narraré, relataré, contaré, escuetamente, elementalmente, sin erudición y sin literatura.

En la conferencia pasada, después de haber examinado rápidamente la intervención de Italia y la intervención de Estados Unidos en la Gran Guerra, llegamos a la caída del zarismo, a los preliminares de la revolución rusa. Examinemos ahora los meses del gobierno de Kerensky. Kerensky, miembro conspicuo del Partido Socialista-Revolucionario, a quien ya os he presentado tal vez poco amablemente, fue el jefe del gobierno ruso durante los meses que precedieron a la revolución de octubre, esto es a la Revolución Bolchevique. Kerensky presidía un gobierno de coalición de los socialistas revolucionarios y los mencheviques con los cadetes y los liberales. Este gobierno de coalición representaba a los grupos medios de la opinión rusa. Faltaban en esta coalición de un lado los monarquistas, los reaccionarios, la extrema derecha y, de otro lado, los bolcheviques, los revolucionarios maximalistas, la extrema izquierda. La ausencia de la extrema derecha era una cosa lógica, una cosa natural. La extrema derecha era el partido derrocado. Era el partido de la familia real. En cambio, la presencia en la coalición, y, por lo tanto, en el ministerio presidido por Kerensky, de elementos burgueses, de elementos capitalistas, como los liberales y los cadetes, convertía la coalición y convertía el gobierno en una aleación, en una amalgama, en un conglomerado heterogéneo, anodino, incoloro. Se concibe un gobierno de conciliación, un gobierno de coalición, dentro de una situación de otro orden. Pero no se concibe un gobierno de conciliación dentro de una situación revolucionaria. Un gobierno revolucionario tiene que ser, por fuerza, un gobierno de facción, un gobierno de partido, debe representar únicamente a los núcleos revolucionarios de la opinión pública; no debe comprender a los grupos intermediarios, no debe comprender a los núcleos virtualmente, tácitamente conservadores. El gobierno de Kerensky adolecía, pues, de un grave defecto orgánico, de un grave vicio esencial. No encarnaba los ideales del proletariado ni los ideales de la burguesía. Vivía de concesiones, de compromisos, con uno y otro bando. Un día cedía a la derecha; otro día cedía a la izquierda. Todo esto cabe, repito, dentro de una situación evolucionista. Pero no cabe dentro de una situación de guerra civil, de luchar armada, de revolución violenta. Los bolcheviques atacaron, desde un principio, al gobierno de coalición, y reclamaron la constitución de un gobierno proletario, de un gobierno obrero, de un gobierno revolucionario en suma. Ahora bien, las agrupaciones proletarias, eran en Rusia cuatro. Cuatro eran los núcleos de opinión revolucionaria.

Los Mencheviques, o sea los minimalistas, encabezados por Martov y Chernov, gente de alguna tradición y colaboracionista. Los socialistas-revolucionarios, a cuyas filas pertenecen Kerensky, Zaretelli y otros, que se hallaban divididos en dos grupos, uno de derecha, favorable a la coalición con la burguesía, y el de la izquierda, inclinado a los bolcheviques. Los bolcheviques o los maximalistas, el partido de Lenin, de Zinoviev y de Trotsky. Y los anarquistas que, en la tierra de Kropotkin y de Bakunin, eran naturalmente numerosos. En las tres primeras agrupaciones, mencheviques, social-revolucionarios y bolcheviques, se fraccionaban los socialistas. Porque, como es natural, en la época de la lucha contra el zarismo todas estas fuerzas proletarias habían combatido juntas. Había habido discrepancias de programa; pero comunidad de fuerzas y sobre todo de esfuerzo contra la autocracia absoluta de los zares.

¿Cuál era la posición, cuál era la fisonomía, cuál era la fuerza de cada una de estas agrupaciones proletarias? Los mencheviques y los socialistas revolucionarios dominaban en el campo, entre los trabajadores de la tierra. Sus núcleos centrales estaban hechos, más que a base de obreros manuales, a base de elementos de la clase media, de hombres de profesiones liberales, abogados, médicos, ingenieros, etc. El ala izquierda de los socialistas revolucionarios reunía, en verdad, a muchos elementos netamente proletarios y netamente clasistas, que, por

esto mismo, se sentían atraídos por la táctica y la tendencia bolcheviques, pero no se decidían a romper con el ala derecha de la agrupación.

Los hombres de la derecha y del centro, como Kerensky, eran los que representaban a los socialistas revolucionarios. Ambos partidos, mencheviques y socialistas revolucionarios, no eran, pues, verdaderos partidos revolucionarios. No representaban el sector más dinámico, más clasista, más homogéneo del socialismo. El proletariado industrial, el proletariado de la ciudad. Los maximalistas eran débiles en el campo; pero eran fuertes en la ciudad.

Sus filas estaban constituidas a base de elementos netamente proletarios. En el estado mayor maximalista prevalecía el elemento intelectual; pero la masa de los afiliados era obrera.

Los maximalistas actuaban en contacto vivo, intenso, constante, con los trabajadores de las fábricas y de las usinas. Eran del partido del proletariado industrial de Petrogrado y Moscú. Los anarquistas eran también influyentes en el proletariado industrial; pero sus focos centrales eran focos intelectuales. Rusia era, tradicionalmente, el país de la intelectualidad anarquista, nihilista.

En los núcleos anarquistas predominaban intelectuales, estudiantes. Por supuesto, los anarquistas combatían tanto como los bolcheviques, y en algunos casos de acuerdo con éstos, a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios de Kerensky. Este era el panorama político del proletariado ruso bajo el gobierno de Kerensky. Conforme a esta síntesis de la situación, la mayoría era de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques coaligados.

Las masas campesinas y la clase media estaban al lado de ellos. Y las masas campesinas significaban la mayoría en la nación agrícola, en una nación poco industrializada como Rusia. Pero en cambio, los bolcheviques contaban con los elementos más combativos, más organizados, más eficaces, con el proletariado industrial, con los obreros de la ciudad.

Por otra parte, los mencheviques y los socialistas revolucionarios no podían conservar su fuerza, su predominio en las masas campesinas si no satisfacían dos arraigados ideales, dos urgentes exigencias de esas masas: la paz inmediata y el reparto de tierras.

El gobierno de Kerensky carecía de libertad para una y otra cosa. Carecía de libertad para la paz inmediata porque las potencias aliadas, de las cuales era ahijado y protegido, no le consentían entenderse separadamente con Alemania. Y carecía de libertad para el reparto de las tierras a los campesinos porque su alianza con los kadetes y los liberales, sus compromisos con la burguesía, sus miramientos con los propietarios de las tierras lo cohibían, lo coactaban para esta audaz reforma revolucionaria. Kerensky no hacía, pues, en el gobierno la política de las masas socialistas que representaba; hacía la política de la burguesía rusa y de las potencias aliadas. Esta política impacientaba a las masas. Las masas querían la paz. Y la paz no venía. Las masas querían el reparto de las tierras. Y el reparto de las tierras tampoco venía.

Pero esta impaciencia de las masas campesinas no habría bastado para traer abajo a Kerensky si hubiera sido, efectivamente, sólo impaciencia de las masas campesinas, en vez de ser, también, impaciencia del ejército. La guerra era impopular en Rusia. He explicado ya cómo el gobierno zarista condujo la guerra con mentalidad de guerra relativa, esto es con mentalidad de guerra de ejércitos y no de guerra de naciones; y como, por consiguiente, el gobierno zarista no había sabido captarse la adhesión del pueblo a su empresa militar.

El pueblo y el ejército esperaban que de la revolución saliese la paz. La incapacidad de Kerensky para llegar a la paz, soliviantaba, pues, en contra de su gobierno al ejército, que no sentía, como los otros ejércitos aliados, el mito de la guerra de la Democracia contra la Autocracia, porque la guerra rusa había sido dirigida por la autocracia zarista. El ejército estaba cansado de la guerra, y reclamaba sordamente la paz. Los bolcheviques orientaron su propaganda en un sentido sagazmente popular. Demandaron la

paz inmediata y demandaron el reparto de las tierras. Y le dijeron al proletariado: "Ni una ni otra cosa podrá ser hecha por un gobierno de coalición con la burguesía. Hay que reemplazar este gobierno con un gobierno proletario, con un gobierno obrero, con un gobierno de los partidos de la clase trabajadora. Este gobierno debe ser el gobierno de los Soviets". Y el grito de combate de los bolcheviques fue: '¡Todo el poder político a los Soviets!'

Los Soviets existieron desde la caída del zarismo. La palabra soviet quiere decir, en ruso, consejo. Victoriosa la Revolución, derrocado el zarismo, el proletariado ruso procedió a la organización de consejos de obreros, campesinos y soldados. Los soviets, los consejos de trabajadores de la tierra y de las fábricas, se agruparon en Soviets locales. Y los Soviets locales crearon un organismo nacional: el Congreso Pan-Ruso de los soviets. Los soviets representaban, pues, íntegramente al proletariado. En los soviets había mencheviques, socialistas revolucionarios, bolcheviques, anarquistas y obreros sin partido.

Kerensky y los socialistas revolucionarios y mencheviques no habían querido que los soviets ejercitaran directa y exclusivamente el poder. Educados en la escuela de la democracia, respetuosos del parlamentarismo, habían querido que ejercitara el poder un ministerio de coalición con los partidos burgueses, con partidos sin base en los soviets. Los órganos del proletariado no eran los órganos de gobierno. Había en Rusia una situación dual. El grito de los bolcheviques: '¡Todo el poder político a los Soviets!', no quería, por tanto, decir: '¡Todo el poder político al Partido Maximalista!'

Quería decir simplemente: '¡Todo el poder político al proletariado organizado!' Los bolcheviques estaban en minoría en los soviets, en los cuales prevalecían los socialistas revolucionarios. Pero su actividad, su dinamismo y su programa les fueron captando cada día mayores afiliados en los soviets de obreros y de soldados. Y pronto los bolcheviques llegaron a ser mayoría en los soviets de la capital y de otros centros industriales.

Kerensky, por consiguiente, no era contrario al advenimiento exclusivo de los bolcheviques al gobierno. Era contrario a que el gobierno pasase a manos del proletariado, dentro de cuyos organismos contaba aún con la mayoría.

Kerensky y sus hombres procedían así porque tenían miedo de la revolución, porque los aterrorizaba la idea de que la revolución fuese llevada a sus extremas consecuencias, a su meta final, y porque comprendían que los bolcheviques, en parte por su valimiento personal, y en parte por su programa que era el programa de las masas, acabarían por conquistar la mayoría en el seno de los soviets.

Bajo la presión de los acontecimientos políticos y las sugerencias de las potencias aliadas, el gobierno de Kerensky cometió una aventura fatal: la ofensiva del 18 de junio contra los austro-alemanes. La ofensiva militar era para Kerensky una carta arriesgada y peligrosa. Pero era, al menos, un diversivo transitorio de la opinión pública.

El gobierno de Kerensky quiso distraer hacia el frente la atención popular. Los bolcheviques impugnaron vigorosamente la ofensiva. Los bolcheviques, como ya he dicho, interpretaban los anhelos de paz de la opinión pública. Además, pensaban que la ofensiva militar entrañaba dos graves peligros para la revolución: si la ofensiva triunfaba, cosa improbable dadas las condiciones del ejército, uniría a la burguesía y a la pequeña burguesía, las fortalecería políticamente, y aislaría al proletariado revolucionario; si la ofensiva fracasaba, cosa casi segura, la ofensiva originaría una completa disolución del ejército, una retirada ruinosa, la pérdida de nuevos territorios y la desilusión del proletariado.

León Trotsky define así en su libro: De la Revolución de Octubre a la Paz de Brest Litovsk, la posición de los bolcheviques ante la ofensiva.

La ofensiva, como se había previsto, tuvo lamentables consecuencias. El ejército ruso sufrió un rudo golpe. El descontento de las masas contra Kerensky, el anhelo de la paz inmediata,

se acentuaron y se extendieron. Los bolcheviques iniciaron una violenta campaña de agitación del proletariado.

El gobierno de Kerensky reprimió, sin miramientos, esta campaña de agitación. Muchos bolcheviques fueron arrestados, otros tuvieron que huir y esconderse. Y dentro de esta situación, sobrevino la tentativa reaccionaria del general Kornilov. Empujado por la burguesía que complotaba intensamente contra la Revolución, se rebeló contra Kerensky. Pero su intencionalidad reaccionaria no tuvo eco en los soldados del frente, que deseaban la paz y miraban con hostilidad a los elementos reaccionarios, conocedores de su mentalidad chauvinista y nacionalista.

Y los obreros de Petrogrado insurgieron vigorosamente en defensa de la Revolución. La insurrección de Kornilov abortó completamente, pero sirvió para aumentar la vigilancia revolucionaria de las masas y para robustecer, consecuentemente, a los bolcheviques. Los bolcheviques redoblaron el grito: '¡Todo el poder gubernativo a los soviets!'.

Los socialistas revolucionarios y los mencheviques recurrieron entonces, para calmar, para adormecer a las masas, a una maniobra artificiosa: reunieron una conferencia democrática, asamblea mixta de los soviets y de otros organismos autónomos, cuya composición aseguraba la mayoría a Kerensky. De la conferencia democrática salió un soviet democrático. Y este soviet democrático, completado con los representantes de los partidos burgueses aliados de Kerensky, se transformó en Parlamento preliminar. Este Parlamento preliminar debía preceder a la Asamblea Constituyente. A los bolcheviques les tocaron, en el Parlamento preliminar, cincuenta puestos, pero los bolcheviques abandonaron el Parlamento preliminar. Invitaron a los socialistas-revolucionarios de izquierda, a aquellos que condividían las opiniones de Kerensky, a abandonarlo también. Pero los socialistas revolucionarios de izquierda no se decidieron a romper con Kerensky y a unirse a los bolcheviques. La situación se hizo cada vez más agitada. La atmósfera cada vez más inflamable. Veamos cómo se encendió la chispa final.

El soviet de Petrogrado, en defensa de la Revolución, había constituido un Comité Militar Revolucionario, destinado a preservar al ejército de tentativas reaccionarias como las de Kornilov. Este Comité Militar Revolucionario, organismo fundamentalmente revolucionario y proletario, vivió en pugna con el Estado Mayor de Kerensky. Kerensky conspiraba contra su existencia basándose en que no era posible que funcionasen en Petrogrado dos estados mayores.

El gobierno veía en el Comité Revolucionario el futuro foco de la revolución bolchevique. Resolvió entonces tomar una serie de medidas militares que le asegurasen el control militar de Petrogrado. Ordenó el alejamiento de Petrogrado de las tropas adictas al soviet y obedientes al Comité Militar Revolucionario, y la llamada del frente de tropas nuevas. Estas disposiciones desencadenaron la revolución bolchevique.

El 22 de octubre, el Estado Mayor de Kerensky convidó a los cuerpos de la guarnición a enviar, cada uno, dos delegados para acordar el alejamiento de las tropas revoltosas. Los cuerpos de la guarnición respondieron que no obedecerían sino una resolución del Soviet de Petrogrado. Era la declaración explícita de la rebelión.

Algunas tropas, sin embargo, se mostraban aún vacilantes. Los bolcheviques realizaron con eficaz actividad, una rápida propaganda para captarlas a su causa. El gobierno de Kerensky llamó a tropas del frente, estas tropas se pusieron en comunicación con los bolcheviques quienes les ordenaron detener su avance. Y llegó la jornada final.

El 25 de octubre las tropas de Petrogrado rodearon el Palacio de Invierno, refugio del gobierno de Kerensky, y León Trotsky, a nombre del Comité Militar Revolucionario, anunció al Soviet de Petrogrado que el gobierno de Kerensky cesaba de existir y que los poderes políticos pasaban desde ese momento a manos del Comité Revolucionario Militar, en espera de la decisión del Congreso Pan-Ruso de los Soviets.

El 26 de octubre se reunió el Congreso de los Soviets. Lenin y Zinoviev, perseguidos bajo el gobierno de Kerensky, reaparecieron, acogidos por grandes aplausos. Lenin presentó dos proposiciones: la paz y el reparto de las tierras a los campesinos. Las dos fueron instantáneamente aprobadas.

Los bolcheviques invitaron a los socialistas revolucionarios de izquierda a colaborar con ellos en la constitución del nuevo gobierno, pero los socialistas revolucionarios, vacilantes e irresolutos siempre, se excusaron de aceptar. Entonces el Partido Bolchevique asumió íntegramente la responsabilidad del gobierno. El Congreso de los Soviets encargó el poder a un Soviet de Comisarios del Pueblo.

La revolución bolchevique tuvo días de viva inquietud y constante amenaza. Los empleados y funcionarios públicos la sabotearon. Los alumnos de la Escuela Militar se insurreccionaron. Las tropas bolcheviques reprimieron esta insurrección. Kerensky, que había logrado fugar del palacio de gobierno, al frente de los cosacos del General Crasnoff amenazó a Petrogrado, pero los bolcheviques lo derrocaron en Zarskoyeselo. Y Kerensky fugó por segunda vez. Los bolcheviques enviaron mensajeros a todas las provincias comunicando la constitución del nuevo gobierno y la dación de los decretos de paz y de reparto de las tierras.

El telégrafo y los servicios de transporte boicoteaban e incomunicaban. Las tropas del frente permanecieron fieles a ellos porque eran el partido de la paz. Vino un período de negociaciones entre los Soviets y la Entente. Los Soviets propusieron a la Entente la negociación conjunta de la paz. Estas proposiciones no fueron tomadas en cuenta. Los bolcheviques se vieron obligados a dirigirse separadamente a los alemanes. Se iniciaron las negociaciones de Brest Litovsk. Antes y después de ellas hubo conversaciones entre los representantes diplomáticos de las potencias aliadas y Rusia. Pero fue imposible un acuerdo. Los aliados creían que los bolcheviques no durarían casi en el gobierno. La paz de Brest Litovsk fue inevitable.

Esta es, rápidamente sintetizada, la historia de la Revolución Rusa. Haré al final de este curso de conferencias, la historia de la República de los Soviets, la explicación de la legislación rusa, el estudio de las instituciones rusas, el análisis de la política soviética. Conforme al programa del curso, que como ya he dicho agrupa los acontecimientos con cierta arbitrariedad, pero permite su mejor comprensión global, en la próxima conferencia hablaré de la Revolución Alemana. Y llegaremos así a otro episodio sustancial, a otro capítulo primario, de la historia de la crisis mundial que es la historia de la descomposición, y de la decadencia o del ocaso de la orgullosa civilización capitalista.

Anexo B

Decima cuarta conferencia - Las instituciones del régimen ruso

Las notas del autor:

EL esquema de la constitución rusa es el siguiente: Principio: Quien no trabaja no come. Fin: supresión de la explotación del hombre por el hombre. Medio: durante la lucha decisiva del proletariado contra sus explotadores el poder debe pertenecer exclusivamente a las masas trabajadoras.

La célula del régimen sovieta es el soviet o consejo urbano y rural. Estos, soviets urbanos y rurales se agrupan primero en congreso de volost, luego en congresos distritales, en seguida en los congresos provinciales, después en los congresos regionales y finalmente en el congreso pan-ruso de los soviets, formado por delegados de los soviets urbanos (uno por cada 25,000 habitantes) y por delegados de los congresos provinciales (uno por cada 125,000 habitantes). El congreso pan-ruso se reúne dos veces al año. Designa un comité central ejecutivo que es la suprema autoridad en los intervalos entró congreso y congreso. El Comité Central Ejecutivo nombra de su seno a los comisarios del pueblo que constituyen un colegio o soviet a su vez. Los comisarios del pueblo son dieciocho.

El período de cada delegado es de tres meses. Pero todos los delegados son revocables en cualquier momento. Son electores todos los trabajadores sin distinción de sexos, nacionalidades, religiones, etc.

No existe el dualismo democrático en el régimen sovieta. Los soviets son al mismo tiempo órganos ejecutivos y legislativos. El consejo de comisarios del pueblo no es sino un comité directivo, un estado mayor de la asamblea de los soviets. El parlamento suele no corresponder, por envejecimiento, a las corrientes del instante. El soviet está en constante renovación, en constante cambio. Todas las ondulaciones de la opinión se reflejan en el soviet. El soviet es el órgano típico del régimen proletario así como el parlamento es el órgano típico del régimen democrático. Es un régimen de representación profesional y de representación de clase.

La dictadura del proletariado, por ende, no es una dictadura de partido sino una dictadura de clase, una dictadura de la clase trabajadora. Cuando se inauguró el régimen sovieta los bolcheviques no predominaban sino en los soviets urbanos, en los centros industriales. En los soviets de campesinos predominaba el partido socialrevolucionario que correspondía más exactamente a la mentalidad poco evolucionada y pequeño burgués de los campesinos. Pero los bolcheviques se atrajeron la colaboración de estas masas campesinas mediante la realización de su programa: celebración de la paz y reparto de las tierras.

La economía, la política del régimen de los soviets constituyen una transacción entre los intereses de los obreros urbanos y los intereses de los trabajadores del campo. Estos últimos no están aún educados, preparados, capacitados para el comunismo. Su actitud ha hecho necesaria por ejemplo la distribución de las tierras en vez de su gestión colectiva. Gorky mira la amenaza del porvenir en el campesino, en su egoísmo, en su ojeriza al obrero de la ciudad. La necesidad de excitar la producción hizo necesaria, por ejemplo, la libertad del pequeño comercio. En un principio, bajo el régimen de las requisiciones, los campesinos redujeron la producción, Ahora, la aumentan porque el comercio libre constituye un atractivo para ellos. Lo mismo ocurre con los obreros industriales. Les es permitido trabajar extraordinariamente para producir manufacturas destinadas al comercio libre. De esta suerte, el régimen consigue un aumento de la producción, y, en tanto que queda ésta normalizada sobre bases netamente comunistas, se confía a la iniciativa y al comercio particular de obreros y campesinos la satisfacción de las necesidades que el Estado no puede todavía atender.

La política internacional de los soviets es eminentemente pacifista. La Federación de las Repúblicas Sovietistas está constituida sobre la base del derecho de sus componentes a salir de ella. Constituye una asociación voluntaria de naciones. Rusia ha renunciado a toda reivindicación territorial en Polonia. Ha reconocido la independencia de Finlandia y de las provincias bálticas. El ejército rojo tiene por objeto sustancial la defensa de la Revolución. Es un instrumento al servicio de la revolución mundial. El ejército rojo es ahora de 600,000 hombres.

Ha salvado al régimen de los asaltos contrarrevolucionarios de Kolchak, Denikin, Judenicht, Wrangel. Y ha impuesto a las potencias europeas el abandono de la política de intervención armada en Rusia. Rusia tiene acreditada embajada en Berlín, en Varsovia, en Angora. Tiene representantes oficiosos o comerciales en Inglaterra, Italia y otros países, importantes. Ha concurrido a la Conferencia de Génova y luego a las de La Haya y Lausanne. Rusia ha concurrido, invitada oficialmente a la Feria de Lyon.

Una comisión de banqueros franceses acaba de visitar Rusia.

El bloqueo; otra arma de la Entente, ha dañado extraordinariamente la producción rusa. Y ha causado la muerte de gran número de campesinos en la región del Volga.

La educación y la instrucción, son objeto de especial cuidado. El obrero tiene acceso a la instrucción superior. En 1917 existían 23 bibliotecas en Petrogrado y 30 en Moscú: En 1919; eran 49 en Petrogrado y 85 en Moscú. Los institutos de Moscú han aumentado de 369 a 1357. La asistencia escolar que era de tres millones y medio ha aumentado a cinco millones. Se ha fundado doce mil escuelas nuevas. El número total de bibliotecas, que en 1919 era de 13,500, en 1920 era de más de 32,000. Se han creado 24 universidades obreras.

Gorky fue encargado de fundar la casa de los intelectuales, en gran parte hostiles a la Revolución. Las artes reciben estímulo. He asistido a una exposición de arte ruso en Berlín. Rusia estuvo representada abundantemente en la última exposición internacional de Venecia.

Se observa rigurosamente la jornada de ocho horas: Para los que se dedican a un trabajo nocturno la jornada es de siete horas. Cada trabajador tiene derecho a 42 horas de reposo continuo a la semana. Cada año, tiene derecho a una vacación de un mes, transitoriamente reducida a quince días. El seguro social se extiende a toda la vida del trabajador: enfermedad, desocupación, accidente, vejez y maternidad. Funciona el control obrero de la producción. Existen casas de reposo para los trabajadores. La residencia veraniega del ex gran duque Sergio en Ilinskoe es el principal sanatorio para obreros fatigados.

Las alianzas profesionales.

La atención a la infancia. Casas de salud para niños. Los niños reciben instrucción, alimento y ropa. La protección a la infancia comienza desde la maternidad. La mujer grávida tiene derecho a la asistencia desde ocho semanas antes del parto.

La mujer y los soviets. Las mujeres tienen todos los derechos políticos y civiles. La primera ministro ha sido rusa: Alejandra Kollontain. En la delegación había varias mujeres. La propaganda entre las mujeres.

El problema religioso. Separación del Estado y de la Escuela de la Iglesia. La propaganda irreligiosa.

El matrimonio y su disolución. La demanda de una sola de las partes basta para el divorcio.

La N.E.P. El Consejo de Economía Pública. Millutin. La electrificación de Rusia. Las concesiones al capital extranjero.

La polémica con los social-democráticos y con los anarquistas. La política de los sóviets ha emergido de la realidad, ha sido dictada por los hechos. En ella ha influido, finalmente, la situación general europea.

Los tribunales populares y el tribunal revolucionario.

Anexo C

Decima séptima conferencia - Elogio de Lenin

Las notas del autor:

LENIN nació en Simbirsk en 1870, hijo de un director de escuela primaria. Estudió derecho en Petrogrado, donde su hermano Alexandro —ejecutado a continuación de un atentado contra Alejandro III— lo hizo conocer El Capital. Se incorporó en el movimiento socialista y se entregó plenamente a la causa obrera. Se dedicó no sólo al estudio de las teorías sino, principalmente, al estudio directo de los problemas y del alma del obrero. Fue desde su vida de estudiante un organizador. Lo arrojaron, finalmente, de la Universidad. A renglón seguido de una huelga de textiles, fue enviado a Siberia. Allí completó sus estudios teóricos y sus observaciones prácticas sobre la cuestión social en el mundo y en Rusia. Basó su ideología en la realidad proletaria; combatió el confucionismo obrero, generado por la situación política rusa; luchó por diferenciar a los marxistas de los que no lo eran. Tomó parte en la revolución de 1905 al lado de los obreros de Moscú. En 1907 emigró a Finlandia y luego al extranjero. En esa época escribió su libro *Materialismo y Empiriocriticismo*. En 1912 estuvo en Cracovia animando el movimiento obrero. En seguida en Suiza.

En 1907 en el congreso de Stuttgart, la Internacional aprobó una moción de Lenin y de Rosa Luxemburgo que en sus conclusiones decía: «Si amenaza el estallido de una guerra es deber de la clase obrera en los países interesados, con la ayuda de la Internacional, el coordinar todos sus esfuerzos para impedir la guerra por todos los medios que le parezcan adecuados y que varían naturalmente según la intensidad de la lucha de clases y la situación política general. Si, no obstante esto, estallase la guerra, los trabajadores tienen el deber de intervenir para hacerla cesar lo más pronto posible y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por ella para agitar a las capas populares más profundas y precipitar la caída del régimen capitalista».

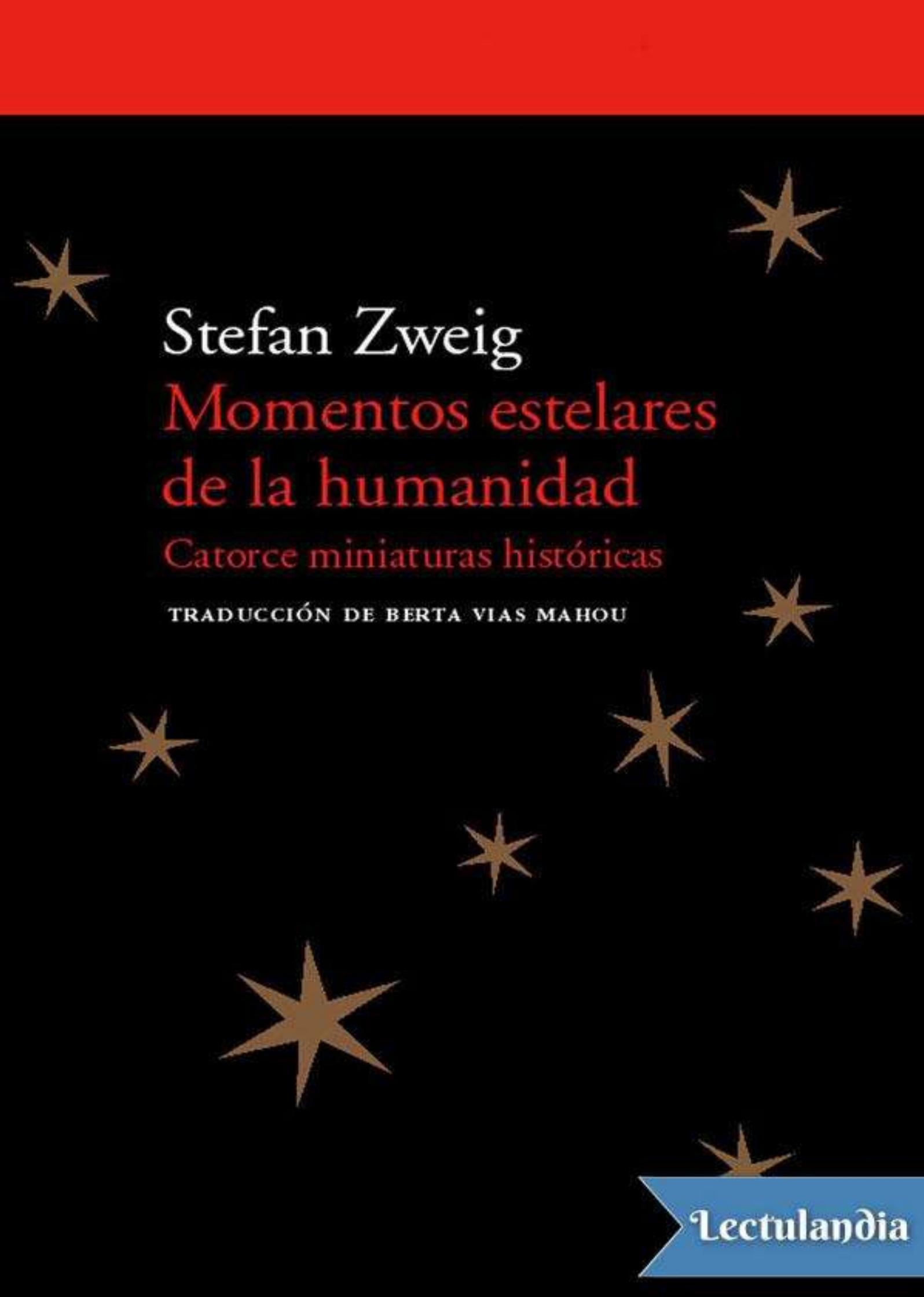
Vinieron los congresos de Zimmerwald y Khiental, durante la guerra, a donde acudieron las fracciones sindicales y socialistas fieles a esos principios. Ahí empezó a germinar la Tercera Internacional.

El rol de Lenin en la revolución rusa.

Sus libros: *La Revolución y el Estado*, *El extremismo, enfermedad de infancia del comunismo*, *La dictadura del proletariado y el renegado Kautsky*, *La lucha por el pan*, *La obra de reconstrucción de los soviets*, *Apuntes críticos sobre una filosofía reaccionaria* y otras.

Su colaboración en *Pravda*, *Izvestia* y la revista de la III Internacional.

Las páginas de Sorel *Defensa de Lenin* en su libro *Reflexiones sobre la violencia*.



Stefan Zweig

Momentos estelares
de la humanidad

Catorce miniaturas históricas

TRADUCCIÓN DE BERTA VIAS MAHOU

Lectulandia

Éste es probablemente el libro más famoso de Stefan Zweig. En él lleva a su cima el arte de la miniatura histórica y literaria. Muy variados son los acontecimientos que reúne bajo el título de *Momentos estelares: el ocaso del imperio de Oriente*, en el que la caída de Constantinopla a manos de los turcos en 1453 adquiere su signo más visible; el nacimiento de *El Mesías* de Händel en 1741; la derrota de Napoleón en 1815; el indulto de Dostoievski momentos antes de su ejecución en 1849; el viaje de Lenin hacia Rusia en 1917... «Cada uno de estos momentos estelares —escribe Stefan Zweig con acierto— marca un rumbo durante décadas y siglos», de manera que podemos ver en ellos unos puntos clave de inflexión de la historia, que leemos en estas catorce miniaturas históricas con la fascinación que siempre nos produce Zweig.

EL TREN SELLADO

LENIN, 9 DE ABRIL DE 1917

EL HOMBRE QUE VIVE EN CASA
DEL ZAPATERO REMENDÓN

El pequeño remanso de paz de Suiza, por todas partes azotado por la marea viva de la guerra mundial, se convierte durante los años de 1915, 1916, 1917 y 1918, sin interrupción, en el escenario de una emocionante novela policíaca. En los hoteles de lujo, los enviados de las potencias enemigas, que hace un año jugaban amistosamente al *bridge* y se invitaban unos a otros a sus respectivas casas, se cruzan ahora fríamente y como si no se conocieran de nada. De sus habitaciones se escurre todo un enjambre de impenetrables figuras. Delegados, secretarios, agregados, comerciantes, damas cubiertas o descubiertas, todos ellos con encargos misteriosos. Delante de los hoteles estacionan lujosos automóviles con emblemas extranjeros, de los que se bajan industriales, reporteros, grandes músicos y turistas aparentemente ocasionales. Pero casi todos tienen una única misión: enterarse de algo, atisbar algo. Y tanto el mozo que les acompaña hasta las habitaciones como la chica que las limpia, son instigados a observar, a estar al acecho. Por todas partes, las organizaciones actúan unas contra otras. En las fondas, en las pensiones, en las oficinas de correos, en los cafés. Lo que se denomina propaganda es la mitad de las veces espionaje. Lo que adopta el aire del amor, traición. Y cada negocio al descubierto de cualquiera de esos apresurados forasteros encubre un segundo y un tercero. Todo es notificado. Todo, controlado. En cuanto un alemán de cierto rango entra en Zúrich, ya lo sabe la embajada rival en Berna. Y una hora después, la de París. Día tras día, los pequeños y grandes agentes envían volúmenes enteros de informes auténticos o falsos a los agregados. Y éstos los reexpiden. Todas las paredes son de cristal. Los teléfonos están intervenidos. Con el contenido de las papeleras y el de las hojas de papel secante se reconstruye cualquier correspondencia. Y al final la confusión llega hasta el absurdo de que muchos no saben ya lo que son: si cazadores o cazados, espías o espiados, traicionados o traidores.

Únicamente sobre un hombre hay pocos informes en aquellos días. Tal vez porque pasa desapercibido y porque no se aloja en los hoteles elegantes, ni se sienta en los cafés, ni asiste a las sesiones de propaganda, sino que con su mujer vive por completo retirado en casa de un zapatero remendón. Se aloja justo detrás del Limmat, en la estrecha, vieja y retorcida Spiegelgasse, en el segundo piso de una de esas sólidas casas de techos abovedados de la parte antigua de la ciudad, ahumada en parte por el tiempo, en parte por la pequeña fábrica de embutidos que se encuentra en el patio. La mujer de un panadero, un italiano y un actor austriaco son sus vecinos. Lo que saben de él los inquilinos de la casa es que no es muy hablador. Y poco más. Que

es ruso y que su nombre resulta difícil de pronunciar. Que hace muchos años huyó de su patria y que no dispone de grandes riquezas, ni está metido en ningún negocio lucrativo, lo sabe la patrona por las frugales comidas y el gastado guardarropa de la pareja, que con todos sus enseres apenas llenan el pequeño cesto que traían consigo cuando llegaron.

Ese pequeño hombre bajo y corpulento es tan poco llamativo y vive tan discretamente como le es posible. Evita la sociedad. Rara vez se encuentran los vecinos con la mirada penetrante y oscura de sus estrechos ojos. Rara vez tiene visita. Pero con regularidad, día tras día, todas las mañanas hacia las nueve, va a la biblioteca y se queda allí hasta que dan las doce. Justo diez minutos después de las doce está otra vez en casa. Y diez minutos antes de que dé la una abandona la casa, para otra vez llegar el primero a la biblioteca, donde se queda hasta las seis de la tarde. Pero como las agencias de noticias sólo prestan atención a la gente que habla mucho y no saben que los hombres solitarios, que siempre están leyendo y aprendiendo, son los más peligrosos a la hora de revolucionar el mundo, nadie escribe un solo informe sobre ese hombre que pasa desapercibido y que vive en casa del zapatero remendón. En los círculos socialistas, por otra parte, se tiene puntual información sobre él. Que ha sido redactor en Londres de una pequeña y radical revista rusa de la emigración y que en San Petersburgo se le considera el líder de algún extraordinario partido de nombre impronunciable. Pero como habla con dureza y desdén de los más prestigiosos miembros del partido y declara que sus métodos son equivocados, como se muestra inabordable y por lo tanto inconciliable, no se preocupan demasiado por él. A las asambleas que organiza algunas noches en un café proletario asisten a lo sumo entre quince y veinte personas, en su mayoría jóvenes. Y así, se tolera a este hombre huraño como a todos los emigrantes rusos, que se calientan la cabeza con mucho té e infinitas discusiones. Nadie tiene al pequeño hombre de frente estrecha por influyente. Ni tres docenas de personas en Zúrich consideran importante aprenderse el nombre de ese tal Vladímir Ilich Uliánov, el hombre que vive donde el zapatero remendón. Y si entonces uno de esos flamantes automóviles que en muy poco tiempo corren a toda velocidad de una embajada a otra, hubiera atropellado a ese hombre en la calle, dejándole muerto, el mundo no lo conocería, ni bajo el nombre de Uliánov ni bajo aquel otro de Lenin.

CONSUMACIÓN...

Un día, el 15 de marzo de 1917, el encargado de la biblioteca de Zúrich se queda perplejo. Las agujas marcan las nueve y el lugar en el que todos los días se sienta el más puntual entre todos los que sacan libros en préstamo está vacío. Dan las nueve y media, las diez. El incansable lector no viene. Y no vendrá nunca más, pues en el camino hacia la biblioteca un amigo ruso le ha abordado, mejor dicho, le ha asaltado con la noticia de que en Rusia ha estallado la revolución.

Al principio, Lenin no puede creerlo. Está como aturdido por la noticia. Pero después con sus pequeños y precisos pasos corre al asalto del quiosco a la orilla del lago. Y tanto allí como ante la redacción del periódico espera hora tras hora, día tras día. Es cierto. La noticia es cierta, y cada día que pasa es para él más espléndidamente cierta. Al principio, sólo el rumor de una revolución palaciega y aparentemente sólo un cambio de ministros. Después, la deposición de los zares, la implantación de un gobierno provisional, la Duma, la libertad rusa, la amnistía de los presos políticos. Todo aquello con lo que ha soñado durante años. Todo aquello por lo que desde hace veinte años ha trabajado en una organización secreta, en el calabozo, en Siberia, en el exilio, se ha consumado por fin. Y por una vez le parece que los millones de muertos que esa guerra ha exigido no han muerto en vano. Ya no le parecen víctimas sin sentido, sino mártires del nuevo reino de la libertad, de la justicia y de la paz eterna que ahora despunta. Este visionario, por lo general sereno, frío y calculador, se siente como si estuviera bebido. Y cómo se estremecen y gritan de júbilo otros cientos de emigrantes en sus humildes viviendas de Ginebra, de Lausana y de Berna con la buena noticia. ¡Pueden volver a Rusia! Pueden volver sin pasaportes ni nombres falsos y sin poner en peligro su vida, como ciudadanos libres. Y no al imperio de los zares, sino a un país libre. Ya preparan su escaso equipaje, pues en los periódicos aparece este lacónico mensaje de Gorki: «¡Volved todos a casa!» De todas partes envían cartas y telegramas. ¡Volved a casa! ¡Volved a casa! ¡Agrupaos! ¡Uníos! Para empeñar de nuevo su vida en la obra a la que se han dedicado desde el momento en que tuvieron uso de razón: la revolución rusa.

... Y DECEPCIÓN

Pero al cabo de unos días tienen que reconocer consternados que la revolución rusa, cuya noticia ha elevado sus corazones como con aleteos de águila, no es la revolución con la que soñaban, ni tampoco una revolución rusa. Ha sido un motín palaciego contra los zares, urdido por diplomáticos ingleses y franceses para impedir que los zares firmaran la paz con Alemania. Tampoco se trata de la revolución del pueblo, que quiere esa paz y sus derechos. No es la revolución para la que han vivido y por la que están dispuestos a morir, sino una intriga de los partidos en guerra, de los imperialistas y de los generales que no quieren verse contrariados en sus planes. Lenin y los suyos pronto reconocen que aquella promesa de que todos tenían que regresar, no vale para quienes desean la verdadera, la radical revolución marxista. Miliukov y los otros liberales ya se han encargado de impedirles el regreso. Y mientras los moderados, los socialistas como Plejánov, útiles para una prolongación de las hostilidades, son trasladados de la manera más amable por Inglaterra con torpederos y con escolta de honor hasta San Petersburgo, Trotski es retenido en Halifax y los demás radicales, en la frontera. En las fronteras de todos los estados de la Entente hay listas negras con los nombres de todos aquellos que han participado en

el Congreso de la III Internacional en Zimmerwald. Desesperado, Lenin envía telegrama tras telegrama a San Petersburgo, pero son interceptados o quedan sin despachar. Lo que no saben en Zúrich y prácticamente nadie en toda Europa, lo saben muy bien en Rusia: lo fuerte, lo enérgico, lo perseverante y mortalmente peligroso que resulta Vladímir Ilich Lenin para sus adversarios.

La desesperación de los que, impotentes, están retenidos no tiene límite. Desde hace años y años han proyectado estratégicamente su revolución rusa en incontables reuniones del alto Estado Mayor en Londres, París, Viena. Han evaluado, probado de antemano y discutido a fondo cada detalle de la organización. Durante decenios, en sus revistas han sopesado una por una las dificultades, los riesgos, las posibilidades, tanto desde el punto de vista teórico como práctico. Toda su vida este hombre ha meditado minuciosamente un complejo de ideas, revisándolo una y otra vez y llevándolo a las más terminantes formulaciones. Y ahora, como él está retenido aquí, en Suiza, quienes han puesto la idea sagrada de la liberación del pueblo al servicio de naciones e intereses extranjeros aguarán y echarán a perder su revolución. En una curiosa analogía, Lenin vive en esos momentos el mismo destino que Hindenburg durante los primeros días de la guerra, que estuvo durante cuarenta años operando y ejercitando a las tropas para la campaña rusa y que cuando estalló la guerra tuvo que quedarse en casa, vestido de civil, marcando con banderines en un mapa los progresos y errores de los generales movilizados. En esos días de desesperación, Lenin, por lo general un férreo realista, pondera y da vueltas a los más disparatados y fantásticos sueños. ¿No podría ir al aeropuerto y sobrevolar Alemania o Austria? Pero ya el primero que se ofrece a prestarle ayuda, se revela como un espía. Las ideas de fuga son cada vez más descabelladas y más confusas. Escribe a Suecia para que le faciliten un pasaporte sueco, pretendiendo hacerse pasar por mudo, para no tener que dar ninguna información. Claro está que a la mañana siguiente, tras todas esas noches de desvarío, Lenin se reconoce siempre a sí mismo que son alucinaciones irrealizables. Pero, esto lo sabe también a pleno día, tiene que regresar a Rusia, tiene que hacer su revolución, en lugar de la de los otros. La verdadera y justa, en lugar de la política. Tiene que regresar, y pronto, a Rusia. Regresar, ¡cueste lo que cueste!

A TRAVÉS DE ALEMANIA, ¿SÍ O NO?

Suiza está encajonada entre Italia, Francia, Alemania y Austria. Como revolucionario, Lenin tiene a través de los países aliados el camino cortado. Como súbdito ruso, miembro, por tanto, de una potencia enemiga, por Alemania y Austria. Pero se produce una situación absurda y es que a Lenin le cabe esperar más facilidades por parte del emperador alemán que del ruso Miliukov o del francés Poincaré. Alemania, en vísperas de la declaración de guerra por parte de Estados Unidos, necesita la paz con Rusia a cualquier precio. Así, un revolucionario, que crea allí dificultades a los representantes de Inglaterra y de Francia, no puede ser para

ellos más que un oportuno colaborador.

Pero ese paso supone una enorme responsabilidad: entablar de repente negociaciones con la Alemania imperial, a la que en sus escritos ha denostado y amenazado cientos de veces. Pues hasta la fecha, poner el pie en un país rival y cruzarlo, en mitad de la guerra y con el consentimiento del Estado Mayor enemigo, desde el punto de vista moral es por supuesto alta traición. Y Lenin, sin duda alguna, tiene que saber que con ello primeramente compromete a su propio partido y a su causa; que será sospechoso, que será enviado a Rusia como agente contratado y pagado por el gobierno alemán y que, en caso de que pueda poner en práctica su programa de una paz inmediata, la Historia le cargará eternamente con la culpa de haber impedido que Rusia obtuviera la auténtica paz, la de la victoria. Naturalmente, no sólo los revolucionarios más moderados, también la mayor parte de los correligionarios de Lenin, se quedan horrorizados al ver cómo hace pública su disposición a recurrir en caso necesario a esa vía, la más peligrosa y la más comprometedora de todas. Estupefactos, insisten en que hace tiempo que se han establecido negociaciones con los socialdemócratas suizos para organizar la repatriación de los revolucionarios rusos por la vía legal y neutral del intercambio de prisioneros. Pero Lenin prevé lo tedioso de esa vía, con qué artificios y segundas intenciones el gobierno ruso retrasará su regreso hasta el infinito, cuando él sabe que cada día, cada minuto es decisivo. Sólo ve el objetivo, mientras que los demás, menos cínicos y menos audaces, no se atreven a cometer una acción que según todas las leyes vigentes y desde todos los puntos de vista es una traición. Pero Lenin, en el fondo de su alma, está decidido, y bajo su responsabilidad inicia personalmente las negociaciones con el gobierno alemán.

EL PACTO

Precisamente porque es consciente de lo sensacional y provocativo de su paso, Lenin procede con la mayor franqueza posible. A instancias suyas, el secretario del sindicato suizo Fritz Platten se presenta ante el representante diplomático alemán, que ya antes ha negociado con los emigrantes rusos en general, y le expone las condiciones de Lenin. Y es que ese insignificante y desconocido refugiado, como si pudiera presentir su autoridad futura, en modo alguno hace una petición al gobierno alemán, sino que presenta las condiciones bajo las cuales los viajeros estarían dispuestos a aceptar la amabilidad del gobierno alemán: que se reconozca al vehículo en el que viajen el derecho de extraterritorialidad; que ni a la entrada ni a la salida se podrán practicar controles de pasaporte o de personas; que ellos mismos pagarán su viaje según las tarifas normales; y que no se podrá ordenar, así como tampoco llevar a cabo por propia iniciativa, el abandono del vehículo. El ministro Romberg transmite estas noticias que llegan a manos de Ludendorff, quien sin duda alguna las apoya, si bien en sus memorias no se encuentra una sola palabra sobre esa decisión histórica,

tal vez la más importante de su vida. En algunos detalles, el ministro trata de conseguir algunos cambios, pues Lenin ha redactado el expediente a propósito de un modo tan ambiguo que en el tren no sólo podrían viajar los rusos de manera incontrolada, sino también un austriaco como Radek. Pero, al igual que Lenin, también el gobierno alemán tiene prisa, pues ese mismo día, el 5 de abril, los Estados Unidos de América declaran la guerra a Alemania.

Y así, el 6 de abril al mediodía, Fritz Platten recibe esta curiosa respuesta: «Asunto dispuesto según lo deseado.» El 9 de abril de 1917, a las dos y media, desde el restaurante Zähringerhof una pequeña tropa de gente mal vestida y cargada de maletas se dirige a la estación de Zúrich. En total son treinta y dos personas, incluyendo mujeres y niños. De los hombres, sólo han quedado los nombres de Lenin, Sinoviev y Radek. Todos juntos han tomado un frugal almuerzo. Y juntos han firmado un documento en el que afirman conocer el comunicado del *Petit Parisien*, según el cual el gobierno provisional ruso tiene intención de tratar como reos de alta traición a las personas que viajen a través de Alemania. Con letra torpe y poco fluida han firmado que ellos mismos cargan con toda la responsabilidad de ese viaje y que han admitido las condiciones. En silencio, decididos, se preparan para el histórico viaje.

Su llegada a la estación apenas se nota. No han acudido reporteros ni fotógrafos, pues ¿quién conoce en Suiza a ese tal Uliánov, que con el sombrero aplastado, envuelto en un abrigo raído y con unas pesadas y ridículas botas de montaña —las lleva hasta Suecia—, en medio de una tropa de hombres y mujeres cargados con cajas y cestos, silencioso y sin llamar la atención, busca un asiento en el tren? Esas gentes no son muy distintas de los incontables emigrantes que, desde Yugoslavia, Rutenia o Rumanía, suelen sentarse aquí en Zúrich sobre sus baúles de madera, para descansar durante un par de horas, antes de que les obliguen a continuar viaje hasta el litoral francés y de allí a ultramar. El Partido Obrero Suizo, que desapruueba la salida de esos hombres, no ha enviado a ningún representante. Sólo han venido unos cuantos rusos para enviar saludos y algunos víveres a la patria. Otros, para, en el último momento, persuadir a Lenin para que no haga «el insensato y criminal viaje». Pero la decisión está tomada. A las tres y diez, el revisor da la señal. Y el tren se pone en marcha en dirección a Gottmadingen, la estación fronteriza alemana. Las tres y diez. Desde ese momento, el reloj del mundo da la hora con otro ritmo.

EL TREN PRECINTADO

Durante la guerra mundial millones de balas alcanzaron su objetivo. Los ingenieros idearon los proyectiles más violentos, más potentes y de más largo alcance. Pero ninguno lo tuvo mayor ni fue más decisivo para la historia reciente que ese tren que, cargado con los más peligrosos y más decididos revolucionarios del siglo y procedente de la frontera suiza, atraviesa silbando toda Alemania, para llegar a San

Petersburgo y allí hacer que el orden de la época salte en pedazos.

Ese singular proyectil se encuentra en Gottmadingen, sobre los raíles. Un coche de segunda y de tercera, en el que las mujeres y los niños ocupan la segunda y los hombres la tercera. Una raya en el suelo hecha con tiza marca la zona neutral de soberanía rusa frente al compartimiento de los dos oficiales alemanes que acompañan a ese transporte de ecrasita viva. El tren avanza durante la noche sin contratiempos. Sólo en Frankfurt es asaltado de pronto por soldados alemanes que han oído hablar del paso de los revolucionarios rusos. En otra ocasión, se aborta un intento de los socialdemócratas alemanes de comunicarse con los viajeros. Lenin sabe las sospechas que infundirá si, estando en suelo alemán, intercambia una sola palabra con un ciudadano de ese país. En Suecia les dan una solemne bienvenida. Muertos de hambre, se abalanzan sobre la mesa del desayuno que les han preparado los suecos y cuyo *smörgas* les parece un increíble milagro. Y ahora Lenin tiene que dejar que le compren unos zapatos, en lugar de sus pesadas botas, y un par de trajes. Por fin han alcanzado la frontera rusa.

EL PROYECTIL ALCANZA SU OBJETIVO

El primer gesto de Lenin en suelo ruso es característico. No se fija en las personas, sino que antes que nada se lanza sobre los periódicos. Durante catorce años no ha pisado Rusia, no ha visto su tierra, ni la bandera, ni el uniforme de los soldados. Pero, a diferencia de los otros, a este inquebrantable ideólogo no se le saltan las lágrimas. No abraza, como las mujeres, a los desprevenidos soldados, a los que cogen por sorpresa. El periódico. Primero, el periódico, el *Pravda*, para comprobar si el diario, su diario, se atiene de modo suficientemente resuelto a la opinión internacional. Con rabia, arruga el periódico. No, aún no. Aún hay demasiada patriotería, demasiado patriotismo. Aún no hay, desde su punto de vista, suficiente revolución pura. Siente que es el momento de cambiar el rumbo y de hacer avanzar la idea de su vida para triunfar o sucumbir. Pero, ¿es el momento? Última preocupación, último temor. En Petrogrado —que así se llama aún la ciudad, aunque ya no por mucho tiempo—, ¿no hará Miliukov que le encierren enseguida? Los amigos, que han viajado con él en el tren, Kámenev y Stalin, muestran una singular y misteriosa sonrisa en el oscuro compartimiento de tercera clase, iluminado por un vacilante cabo de vela. No contestan. O no quieren contestar.

Pero la respuesta que entonces le da la realidad no tiene precedentes. Cuando el tren entra en la estación finlandesa, en la enorme explanada delantera hay cientos de miles de trabajadores. Guardias de honor de todos los batallones y regimientos aguardan al que regresa del exilio. Suena *La Internacional*. Y cuando aparece Vladímir Ilich Uliánov, el hombre que antes de ayer aún vivía en casa del zapatero remendón, es agarrado por cientos de manos y subido a un tanque. Desde las casas y desde la fortaleza, los proyectores le enfocan a él, que desde el carro blindado dirige

su primer discurso al pueblo. Las calles tiemblan. Y pronto empiezan los «diez días que conmocionaron el mundo». El proyectil ha alcanzado y destruido un imperio, un mundo.

Edmund Wilson

Hacia la estación de Finlandia

Ensayo sobre la forma de escribir
y hacer la historia



Lectulandia

En este relato repleto de romance, idealismo, intriga y conspiración, historia intelectual a gran escala, Edmund Wilson rastrea las ideas revolucionarias que dieron forma al mundo moderno desde la Revolución francesa hasta la llegada de Lenin en 1917 a la estación de Finlandia en San Petersburgo. Es una crónica viva y de gran envergadura a la que subyace una idea singular y capaz de cambiar la historia: que es posible construir una sociedad basada en la justicia, la igualdad y la libertad. Anarquistas, socialistas, nihilistas y utópicos cobran vida en estas páginas, y sus ideas permanecen tan provocadoras y relevantes hoy como lo fueron en su tiempo. Se trata de un libro absolutamente actual, que se puede leer y releer como las grandes novelas, y que, con los años transcurridos desde su publicación, ha ganado encanto y vigor, igual que las obras maestras literarias.

6.- LENIN EN LA ESTACIÓN DE FINLANDIA

El 22 de enero de 1917, en una conferencia sobre la Revolución de 1905, Lenin dijo a un auditorio de jóvenes: «Tal vez nosotros, los de la vieja generación, no lleguemos a ver las batallas decisivas de la revolución que se está aproximando». El 15 de febrero escribió a su hermana María para informarse sobre una suma de dinero que le habían enviado desde Rusia sin más explicación: «Nadie me toma el pelo; dice que he empezado a cobrar la pensión. Es una broma graciosa, porque la vida es terriblemente cara y mi capacidad de trabajo extremadamente baja a causa del mal estado de mis nervios».

El matrimonio había estado viviendo de una pequeña herencia que había recibido la madre de Krúpskaia. Un corredor de Viena se había quedado con la mitad por hacerles la transferencia en tiempos de guerra, y no les había quedado mucho más del equivalente a mil dólares. Sus fondos eran tan exigüos en 1917 que Lenin trató de que su cuñado, que vivía en Rusia, gestionara la publicación de una «enciclopedia pedagógica» que escribiría Krúpskaia.

Se alojaron primero en Zurich, en una pensión. «A Ilich le gustaba la sencillez del servicio, el que le sirvieran el café en una taza con el asa rota, que comiésemos en la cocina, que la conversación fuera sencilla». Pero resultó que aquello era un nido de hampones. Allí vivían una prostituta, que «hablaba abiertamente de su profesión», y un hombre que, pese a que «no hablaba mucho», revelaba «en las pocas frases que pronunciaba que era un tipo casi criminal». Aunque aquella gente les interesaba, Krúpskaia insistió en que debían mudarse, por temor a verse envueltos en algún lío. Se fueron a vivir con la familia de un zapatero; alquilaron una sola habitación, en una casa vieja y lúgubre que databa casi del siglo XVI. Podían haber obtenido por el mismo dinero una habitación mejor. Enfrente había una fábrica de salchichas; y el olor era tan nauseabundo que solo podían abrir las ventanas a altas horas de la noche. Pasaban la mayor parte del tiempo en la biblioteca. Pero Vladímir Ilich no quiso marcharse después de oír a la patrona que «los soldados deberían volver sus fusiles contra sus gobiernos». A menudo, solo tenían de comida gachas de avena; cuando estaban quemadas, Lenin solía decir a la patrona: «Usted ve, vivimos a lo grande. Tenemos asado todos los días».

Los años —según escribió Vladímir a su hermana— habían dejado profunda huella en sus nervios. Había sido duro, después de 1905, volver al destierro; y eso había ocurrido hacía doce años. Sus camaradas sufrían trastornos más graves incluso que los que habían producido los encarcelamientos de la década de 1890. Uno de ellos enloqueció en la propia casa de Lenin; en sus alucinaciones veía a su hermana, que había sido ahorcada. Otro enfermó de tuberculosis mientras cumplía una condena en un batallón de castigo; lo enviaron a Davos, pero, a pesar de todo, murió. Otro, un superviviente de la insurrección de Moscú, fue a verles un día y «empezó a hablar en forma excitada e incoherente de carretas llenas de haces de trigo y de hermosas muchachas». Vladímir se quedó haciéndole compañía mientras Nadia iba a buscar un psiquiatra, quien diagnosticó que el hombre se estaba volviendo loco por inanición; algún tiempo después se ató piedras a los pies y al cuello y se tiró al Sena. Otro, un antiguo obrero industrial, a quien por sus actividades políticas le resultaba difícil encontrar trabajo y no podía mantener a su mujer y a sus hijos, terminó por convertirse en un *agente provocateur*. Se dio a la bebida y una noche echó a su familia de la casa, cegó la chimenea y encendió la estufa: a la mañana siguiente lo encontraron muerto. Ahora, los exiliados estaban rodeados de espías de nuevo tipo: no se trataba de la antigua ralea de policías con aire de tal, que solían permanecer de plantón en las esquinas y a quienes se podía despistar fácilmente, sino de jóvenes entusiastas que infundían confianza y que se introducían en el aparato del partido.

Cuando visitaron, algunos años antes, a los Lafargue en París, Krúpskaia, un poco excitada al hallarse en presencia de la hija de Marx, balbuceó de forma más bien incoherente algunas reflexiones acerca del papel que las mujeres desempeñaban en el movimiento revolucionario; la conversación decayó. Lenin habló a Lafargue sobre el libro (*Materialismo y empiriocriticismo*) que estaba escribiendo contra los místicos marxistas, y Lafargue se mostró de acuerdo en que la religión era una falacia. Laura miró a su marido y dijo: «Pronto demostrará la sinceridad de sus convicciones». A Lenin le impresionó profundamente la noticia del suicidio de los Lafargue. «Si uno no puede ya trabajar para el partido —dijo entonces a Krúpskaia— se debe tener el valor de mirar la verdad de frente y morir como lo hicieron los Lafargue»

Elizavéta Vasílevna, su suegra, solía decir a la gente: «Terminará por matar a Nadiúsha y por matarse a sí mismo con esa vida que lleva». La madre de Krúpskaia murió en 1915. El año anterior había querido ir a Rusia, pero no

pudo hacerlo porque no había allí nadie para cuidarla. Poco antes de su muerte, dijo a Nadia: «Esperaré hasta que pueda ir con vosotros». Elizavéta Vasílevna había trabajado duramente para los camaradas que iban y venían, había cosido en las faldas y chalecos «refuerzos» que servían para pasar de contrabando literatura clandestina, y había preparado infinidad de cartas que llevaban mensajes escritos entre líneas. Vladímir solía comprarle regalos para hacerle la vida más agradable; en cierta ocasión en que su suegra no había hecho provisión de cigarrillos para un día de fiesta, buscó por toda la ciudad hasta encontrárselos. Elizavéta Vasílevna siempre se consideró una creyente, y no solía hablar con su hija y con su yerno de temas religiosos; sin embargo, un día dijo de pronto, poco antes de morir: «Cuando joven era religiosa, pero a medida que han pasado los años y he aprendido las cosas de la vida he visto que todo eso no tenía ningún sentido». Y pidió ser incinerada después de su muerte. Falleció en un cálido día de marzo después de un paseo durante el cual ella y su hija permanecieron sentadas durante media hora en un banco del bosque de Berna.

La propia Krúpskaia enfermó después de la muerte de su madre. Era la agravación de una dolencia que por vez primera le había asaltado en 1913. Algo le fallaba en el corazón y le temblaban las manos. El doctor diagnosticó que tenía el corazón débil y que sus nervios no andaban bien. La mujer del zapatero, que le hacía la compra —vivían entonces en Cracovia—, se indignó: «¿Quién ha dicho que padece usted de los nervios? ¡Las señoras elegantes son las que sufren de los nervios y rompen la vajilla!». Nadia comprobó que no podía trabajar, y Vladímir se la llevó a descansar a la montaña. Resultó que tenía bocio exoftálmico. A Nadia siempre le había molestado un poco que la gente dijera que parecía un pescado. En una de sus primeras cartas allá en su juventud, se quejaba de que Ana, la hermana de Vladímir, hubiera dicho que tenía aspecto de arenque; sus nombres clandestinos habían sido «Lamprea» y «Pez»; una vez oí a cierta señora que la había visitado en el Kremlin describirla como «un viejo bacalao».

Ahora, el bocio, al hincharle el cuello y ocasionar la protuberancia de los ojos, intensificaba el efecto. Vladímir logró que la operaran en Berna; la intervención, sin anestesia, resultó difícil y duró tres horas; Lenin quedó muy impresionado, como siempre que tenía que ser testigo del sufrimiento ajeno. Las cartas de Lenin a lo largo de todo este período ponen de manifiesto la tensión que le producía la enfermedad de Nadia.

Un día de mediados de marzo, inmediatamente después de comer y cuando Nadia había fregado ya los platos e Ilich se disponía a ir a la

biblioteca, entró un camarada polaco gritando: «¿No han oído las noticias? ¡Ha estallado la revolución en Rusia!».

Esta vez la marea de las derrotas de la Gran Guerra había derribado las barreras que habían contenido la revolución en 1905. Rusia había perdido las minas de carbón y las fábricas de Polonia, y la mitad de la producción del país se destinaba a fines militares. El 22 de enero, aniversario de la manifestación del Padre Gapón, 150.000 trabajadores de Petrogrado se declararon en huelga; el 8 de marzo estalló otra huelga general, y los trabajadores se lanzaron a la calle. En esta ocasión, el ejército, formado en su inmensa mayoría por reclutas de origen campesino, no pudo ser movilizadado contra los obreros. Incluso los cosacos, y hasta el regimiento Semiónovski, el mismo que había reprimido la insurrección de Moscú en 1905, se pusieron del lado de los rebeldes. El pueblo estaba harto de la guerra y había perdido por completo su confianza en el zar; la familia real, dominada por Rasputin, trataba en secreto de firmar la paz con los alemanes; los grandes terratenientes y la burguesía, interesados en continuar la guerra, también deseaban liberarse de la autocracia. El zar se había marchado al Cuartel General para permanecer alejado de los disturbios; y cuando quiso regresar a Petrogrado, los trabajadores ferroviarios detuvieron el tren. Toda la maquinaria de la monarquía se paralizó: el zar fue obligado a abdicar mediante telegrama y pocos días después fue arrestado. Intentó disolver la IV Duma, como había hecho con las anteriores, pero esta vez los diputados se negaron a disolverse y formaron un Comité Provisional que designó, a su vez, un gobierno provisional. El Soviet de Trabajadores, con un Comité Ejecutivo que incluía mencheviques y bolcheviques, resucitó del sueño en que se hallaba sumido desde 1905, como si fuera una de las víctimas de Koshchéi, el encantador inmortal del cuento tradicional ruso, muerto finalmente al cascar un huevo. El Comité Ejecutivo decidió incluir al ejército dentro del Soviet y convertirlo en un Soviet de diputados de trabajadores y soldados.

Lenin no tenía más información que la que los periódicos extranjeros le suministraban; pero, a través de los confusos y tendenciosos despachos, logró comprender los factores fundamentales de los acontecimientos. En los pocos artículos que escribió para *Pravda* —que había vuelto a publicarse— antes de regresar a Rusia, expuso los presupuestos generales sobre los que descansaría su actuación posterior. Compartían el poder dos órganos: el Gobierno Provisional y el Soviet de Petrogrado, los cuales representaban dos grupos de intereses irreconciliables entre sí. El Soviet era el portavoz del pueblo, que quería paz, pan, libertad y tierra. El Gobierno Provisional, pese a que

proclamara otra cosa, estaba formado por elementos de la burguesía, cuya tendencia hacia el liberalismo se circunscribía al deseo de desembarazarse de los Románov: el ministro de Guerra y Marina era Guchkóv, un gran terrateniente e industrial de Moscú; el ministro de Asuntos Exteriores era Miliúkov, profesor de Historia y fundador del Partido Cadete, principal dirigente de la burguesía rusa, y el ministro de Justicia era un joven abogado, apenas algo más a la izquierda que los cadetes. Se trataba del hijo del viejo Kérenski, aquel director de *gimnaziya* de Simbirsk que, como vimos, había dado buenas referencias de Vladímir Uliánov después de la ejecución de su hermano y asegurado a las autoridades que su madre le mantendría alejado de la política. Kérenski hijo se había convertido en un orador de éxito, de estilo retórico y emocional, muy mimado por las señoras de Petrogrado, que acariciaba la convicción casi mística de ser un elegido destinado a desempeñar un papel ilustre.

Tal gobierno, afirmó Lenin, nunca podría dar al pueblo lo que este quería. No podía darle la paz, porque dependía de la ayuda de Francia e Inglaterra y se había comprometido a proseguir la guerra: jamás había pronunciado una palabra para repudiar la política imperialista que perseguía la anexión de Armenia, Galitzia y Turquía, así como la conquista de Constantinopla. Tampoco podía dar pan al pueblo, porque el único medio de hacerlo implicaba la violación del carácter sacrosanto del capital y de la propiedad de la tierra, y la burguesía, por definición, estaba obligada a defender el principio de la propiedad. Y tampoco podía darle libertad porque era el gobierno de esos mismos terratenientes y capitalistas que siempre había temido al pueblo. Los únicos aliados posibles del Soviet eran: en primer lugar, los pequeños campesinos y demás grupos empobrecidos de Rusia; y en segundo lugar, el proletariado de las otras naciones beligerantes.

La Revolución se encontraba todavía en su primera fase transitoria; todavía tenía que arrebatar el poder de manos de la burguesía. Los trabajadores, los campesinos y los soldados tenían que organizarse a lo ancho de toda Rusia bajo la dirección del Soviet de Petrogrado. Tenían que liquidar a la antigua policía y establecer una «milicia del pueblo»; milicia que se encargaría de distribuir los víveres que hubiera, procurando «que todos los niños tengan una botella de leche pura y que ningún adulto de familia rica se atreva a tomar una ración extraordinaria de leche en tanto que todos los niños no hayan sido alimentados» y «que los palacios y las lujosas mansiones dejadas por el zar y la aristocracia no queden vacíos, sino que alberguen a los necesitados y sin hogar». «Una vez que haya asumido todo el poder, el Soviet

deberá declarar que no se hace responsable de los tratados firmados por la monarquía o por cualquier gobierno burgués, y hará públicos todos los tratados secretos; propondrá un armisticio inmediato a todas las naciones; insistirá en la liberación de todas las colonias y pueblos dependientes; propondrá a los trabajadores de todos los países que derriben a sus gobiernos burgueses y transfieran el poder a los soviets de trabajadores; declarará que las deudas por valor de miles de millones de dólares, contraídas por los gobiernos de la burguesía para proseguir la guerra deberán pagarla los propios capitalistas, ya que para los trabajadores y campesinos el responsabilizarse de los intereses de estas deudas “significaría pagar durante un período de muchos, muchísimos años un tributo a los capitalistas por haber permitido estos generosamente que los trabajadores se maten entre sí por el reparto de los despojos entre los capitalistas”. Y ahora contestaremos —continúa Lenin— a las objeciones de Kautsky, quien, al escribir sobre la situación en Rusia, nos advierte que “dos cosas son absolutamente necesarias para el proletariado: la democracia y el socialismo”. Pero, ¿qué significa esto exactamente? Miliúkov diría que democracia; Kérenski, que socialismo»

Pero aquí se interrumpe la quinta carta. Lenin iba camino de Rusia y ya no necesitaba acabarla. Pasó en blanco las noches de los primeros días tratando de inventar alguna manera de regresar. Ni los franceses ni los británicos le darían pasaporte, por las mismas razones por las que los británicos harían descender a Trotski de su barco en Halifax, pero en cambio mandarían de regreso a Rusia a Plejánov y a otros socialistas nacionalistas en un navio de guerra inglés con una escolta de torpederos. La verdad era que el propio Miliúkov había teleografiado a los consulados rusos que no permitieran la repatriación de los socialistas internacionales. Lenin pensó seriamente en la posibilidad de viajar en avión, pero por la mañana se dio cuenta de que era imposible. Después decidió que tenía que conseguir un pasaporte falso; y si fuera posible uno sueco, porque sería mucho menos sospechoso. Desgraciadamente no hablaba el sueco, y tampoco estaba seguro de poder aprender lo bastante para pasar la frontera; luego llegó a la conclusión de que, para no exponerse a ningún riesgo, no debería hablar en absoluto, y escribió entonces a un camarada de Suecia para que buscara dos sordomudos suecos que se parecieran a Zinóviev y a él. Krúpskaia le dijo: «Te quedarás dormido, verás mencheviques en sueños y empezarás a maldecir y a gritar “¡Canallas, canallas!” y echarás a perder todo el plan».

El 19 de marzo se celebró una reunión de exiliados para discutir el regreso a Rusia. Mártoov había ideado un plan para convencer al gobierno alemán de que les permitiera volver a través de Alemania en un canje con prisioneros alemanes y austríacos. A Lenin le entusiasmó la idea, que no se le había ocurrido; pero nadie más quería arriesgarse. Al mismo Mártoov le dio después miedo la iniciativa, y tuvo que ser Lenin quien llevara a cabo el plan. Las apelaciones al gobierno suizo no dieron resultado, y los telegramas a Rusia no tuvieron respuesta: los patriotas del gobierno provisional no deseaban el regreso de los internacionalistas, e incluso los socialistas vacilaban. «¡Qué tortura para nosotros —escribió Lenin al camarada de Estocolmo— estar aquí sentados en tales momentos!». Se sentaba en su habitación de techo bajo y escribía sus *Cartas desde lejos*. Finalmente, Lenin cablegrafió al camarada de Suecia para que enviara a alguien a entrevistarse con Chjeidze, menchevique y presidente del Soviet de Petrogrado, y le hiciera ver que era deber suyo hacer regresar a Rusia a los mencheviques encallados en Suiza. También se hicieron otras presiones. Al fin llegó la autorización, telegrafada en la siguiente forma: «Uliánov debe venir inmediatamente». Se negoció con el embajador alemán en Suiza el viaje de un grupo a través de Alemania; los alemanes esperaban que Lenin desorganizara más el gobierno ruso. Se acordó que, en su recorrido a través de Alemania, ninguno de los viajeros podría bajar del tren ni comunicarse con nadie del exterior, y que tampoco se le permitiría a nadie subir al vagón sin permiso del socialista suizo que les acompañaba. El gobierno alemán insistió en que Lenin recibiese a un representante de los sindicatos alemanes. Lenin contestó que si alguien subía al tren se negaría a hablar con él.

Cuando Lenin recibió la noticia de que podían marcharse, insistió en tomar el próximo tren, que partía un par de horas después. Krúpskaia pensó que no tendría tiempo de preparar las maletas, arreglar las cuentas con la patrona y devolver los libros a la biblioteca, y se ofreció a marchar más tarde por su cuenta. Pero Vladímir insistió en que debía acompañarle. Dejaron buena parte de sus cosas en un cajón para el caso de que tuvieran que regresar. Su casero, que ha escrito un relato de la estancia de los Lenin en su casa, nunca se había fijado especialmente en ellos. Cuando *frau* Lenin llegó por primera vez preguntando si tenían una habitación libre, la esposa del dueño no había querido admitirla: «Se veía que era una rusa» y «llevaba un vestido algo corto»; pero cuando Lenin apareció causó mejor impresión. Irradiaba energía: «¡Dios mío —solía exclamar su hijo— tiene cuello de toro!». Por lo demás eran puntuales en el pago y *herr* Lenin se llevaba bien

con su mujer. «Creo que nunca regañaron entre sí. Era fácil llevarse bien con *frau* Lenin. Le permitíamos guisar en nuestra cocina con mi mujer. Las dos mujeres siempre se llevaron bien, lo que es de extrañar si se tiene en cuenta que la cocina era un cuarto estrechísimo en el que tenían que apretarse para poder pasar. *Frau* Lenin podía haber sido una buena *Hausfrau*, pero siempre tenía la cabeza en otros trabajos». Cuando *frau* Lenin le mencionó a *frau* Kammerer que quería regresar a Rusia, esta expresó su preocupación de que se marchara a «ese país inseguro en unos momentos tan inciertos». «Ya ve, *frau* Kammerer —dijo *frau* Lenin— es allí donde tengo una labor que realizar. Aquí no tengo nada que hacer». Lenin dijo a *herr* Kammerer, antes de marcharse: «Bueno, *herr* Kammerer, ahora habrá paz».

En el tren que partió la mañana del 8 de abril viajaban treinta rusos exiliados, entre los que no figuraba ni un solo menchevique. Les acompañaba el socialista suizo Platten, que decidió asumir la responsabilidad del viaje, y el socialista polaco Radek. Algunos de entre sus mejores camaradas estaban horrorizados por la imprudencia de Lenin de recurrir a la ayuda alemana y de viajar a través de un país enemigo. Acudieron a la estación y rodearon a los viajeros, rogándoles que no partieran. Lenin subió al tren sin decir una palabra. En el vagón encontró a un camarada del que se sospechaba era un delator. «¡Muy seguro estaba el hombre en su asiento! De pronto vimos que Lenin le agarraba por el cuello y con naturalidad increíble lo tiraba al andén»

Los alemanes abrumaron a los viajeros con gran cantidad de provisiones, cosa a la que no se hallaban acostumbrados, para así demostrarles la abundancia de alimentos en Alemania. A Lenin y a Krúpskaia, que no habían estado en ninguno de los países beligerantes durante el último período de la guerra, les chocó, a su paso por Alemania, la ausencia de hombres adultos: en las estaciones, en los campos y en las calles de las ciudades solo se veían algunas mujeres y niños, y muchachos y muchachas de menos de veinte años. Lenin temía que tanto él como sus acompañantes pudieran ser detenidos tan pronto como pisaran Rusia, y discutió con sus camaradas el discurso de descargo que estaba preparando para tal ocasión. Pero, en general, se mantenía apartado del resto de los viajeros. En Stuttgart, el representante de los sindicatos subió al tren con un capitán de caballería y se sentó en un compartimento especial. Envió sus saludos a los rusos a través de Platten, en nombre de la liberación de los pueblos, y solicitó una entrevista. Platten

contestó que los rusos no deseaban hablar con él y que tampoco podían devolverle sus saludos. La única persona que habló con los alemanes fue un niño de cuatro años, hijo de uno de los viajeros rusos, que metió la cabeza en el compartimento y dijo en francés: «¿Qué hace el conductor?».

Camino de Estocolmo, Lenin declaró que el Comité Central del partido debía tener una oficina en Suecia. Cuando llegaron a este país, acudieron a recibirles y agasajarles los diputados socialistas suecos. En una sala de espera, donde ondeaba una bandera roja, les aguardaba un gigantesco banquete compuesto de platos suecos. Radek llevó a Lenin a una tienda y le compró un par de zapatos nuevos, insistiendo en que ahora era un hombre público y que tenía que preocuparse un poco por su aspecto exterior, pero Lenin no aceptó un abrigo nuevo o una muda extra, declarando que no iba a Rusia para abrir una sastrería.

Pasaron de Suecia a Finlandia en trineos finlandeses. A Platten y a Radek no les dejaron cruzar la frontera rusa. Lenin puso un telegrama a sus hermanas anunciándoles que llegaba el lunes a las once de la noche. En la Finlandia rusificada, cuenta Krúpskaia, «todo nos resultaba ya familiar y querido: los vagones desvencijados de tercera clase, los soldados rusos. Era maravilloso». Los soldados andaban por las calles y llenaban los andenes de la estación. Un viejo cogió en brazos al niño y le dio queso de pascua. Un camarada se asomó por la ventanilla y exclamó «¡Viva la revolución mundial!», pero los soldados le miraron perplejos. Lenin consiguió algunos ejemplares de *Pravda*, que Kámenev y Stalin dirigían, y descubrió que hablaban en moderados términos de ejercer presión sobre el gobierno provisional para que este abriera negociaciones de paz, proclamando lealmente que en tanto que el ejército alemán obedeciera al emperador, el soldado ruso tenía que «permanecer firmemente en su puesto y responder bala con bala y obús con obús».

Estaba reflexionando sobre este tema cuando la locomotora silbó y subieron al tren algunos soldados. Un teniente de pálido rostro se paseaba delante de Lenin y de Krúpskaia; y cuando estos se fueron a acomodar en un vagón casi vacío, se sentó al lado de ellos. También el oficial creía en una guerra defensiva. Lenin le replicó que debería ponerse término a la guerra por completo, y también se puso muy pálido. Entraron en el vagón otros soldados y se agruparon en torno a Lenin, algunos en pie sobre los bancos. Estaban tan apiñados que casi era imposible moverse. «A medida que pasaban los minutos —dice Krúpskaia— se mostraban más interesados y sus rostros se volvían más tensos». Lenin les interrogaba acerca de sus vidas y, en general, sobre el

estado de ánimo del ejército: «¿Cómo?, ¿por qué?, ¿en qué medida?», cuenta un suboficial que presencié la escena. «¿Quiénes eran sus jefes?». «En su mayoría, oficiales con ideas revolucionarias». «¿Había una plana mayor de oficiales jóvenes? ¿Participaban estos en el mando? [...]. ¿Por qué había tan pocos ascensos?». No estaban al tanto de las operaciones militares, que dependían del viejo Estado Mayor. Sería mejor ascender a los suboficiales. La tropa tenía más confianza en su propia gente que en los oficiales provenientes de las clases superiores. Sugirió que pidieran al interventor que les permitiera trasladarse a un vagón más espacioso para poder celebrar algo así como una reunión, y les habló durante toda la noche acerca de sus «tesis».

A primera hora de la madrugada, en Beloóstrov, subió al tren una delegación de bolcheviques, Kámenev y Stalin entre ellos. Nada más divisar a Kámenev, a quien no veía hacía varios años, Lenin le espetó: «¿Qué está escribiendo en *Frauda*? ¡Acabamos de ver algunos números y le hemos puesto bueno!». También estaba en la estación María, la hermana mayor de Lenin, así como una delegación de obreras. Las mujeres quisieron que Krúpskaia dijera algunas palabras, pero esta no pudo pronunciar ni despegar los labios. Otros pidieron a Lenin que hablara, y los empleados del tren, que no sabían nada del viajero salvo que se trataba de alguien importante, le cogieron en volandas y lo llevaron a la cantina, donde lo pusieron sobre una mesa. La multitud se agrupó lentamente a su alrededor; el conductor entró para decir a los empleados del tren que era hora de partir. Lenin interrumpió su discurso. El tren abandonó la estación. Lenin preguntó a sus camaradas si el grupo sería detenido tan pronto como llegara a Petrogrado. Los bolcheviques se limitaron a sonreír.

Doscientos años antes, Giambattista Vico, escribiendo en un apartado rincón de Europa situado al otro extremo del continente, al afirmar que «el mundo social» era «ciertamente obra del hombre», se había cuidado de ir más lejos y de declarar, como Grocio hiciera, que las instituciones sociales de los hombres podían explicarse en función únicamente del hombre. Grocio, uno de los maestros de Vico, era protestante y hereje; su gran obra había sido incluida en el Índice, por lo que Vico tuvo miedo hasta de citarla. En la católica ciudad de Nápoles, bajo la sombra de la Inquisición, Vico mantuvo a Dios en su sistema.

A finales del siglo XVIII, Babeuf, que no solo creía que la sociedad humana era obra del hombre sino que además quería rehacerla, había

afirmado al explicar su fracaso: «No tenemos más que reflexionar un instante sobre la multitud de pasiones que dominan en este período de corrupción en que vivimos para persuadirnos de que solo tenemos una probabilidad sobre cien de realizar tal proyecto».

En 1917, Lenin, con un vestigio del Dios de Vico todavía oculto en la dialéctica, pero sin ningún temor al Papa de Roma o al Sínodo protestante, no tan seguro de los controles de la sociedad como el maquinista lo estaba de la locomotora que le estaba llevando a Petrogrado, pero sí en condiciones de calcular sus posibilidades con una precisión mayor que las de ciento a uno, estaba en vísperas del momento en que por vez primera en la epopeya humana la llave de una filosofía de la historia iba a encajar en una cerradura histórica.

Aunque la puerta que Lenin iba a abrir no daría paso a los horizontes que él esperaba, hemos de recordar que, de entre todos los grandes marxistas, fue el menos aficionado a las visiones proféticas y el más dispuesto a modificar con la mayor presteza sus previsiones. «La clasificación teórica no importa ahora», acababa de escribir en *Cartas desde lejos*, a propósito de si las medidas inmediatas que preveía para alimentar al pueblo ruso debían considerarse «una dictadura del proletariado» o una «dictadura democrática-revolucionaria del proletariado y del campesinado pobre»... «Sería verdaderamente un gran error que tratáramos en estos momentos de adaptar las tareas complejas, urgentes, y en rápido desarrollo de la revolución al hecho de Procusto de una “teoría” estrechamente concebida, en lugar de considerar la teoría, antes que nada y sobre todo, como una *guía para la acción*»

Examinamos ya la tentativa de Michelet de hacer revivir los acontecimientos del pasado como una creación artística coherente, y vimos también cómo el material histórico siempre hace estallar la forma artística. Lenin tratará ahora de hacer encajar los acontecimientos presentes en un patrón de dirección práctica que determinará la historia del futuro. No debe extrañarnos que los acontecimientos posteriores no se ajustaran siempre a este patrón. Lo que importa es que pueda contemplarse el hombre occidental de estos momentos como artífice de algunos progresos definidos para dominar la codicia, el temor y los descarríos en los que ha vivido.

La estación terminal de los trenes procedentes de Finlandia es hoy día una pequeña estación de estuco deteriorado, de colores gris y rojizo deslustrados,

con un largo cobertizo sostenido por delgadas columnas que se ramifican al unirse con el techo. Los trenes entran por un lado; en el otro, hay puertas que dan a la sala de espera, la cantina y la consigna. Las dimensiones y diseño del edificio corresponderían en cualquier otro país más moderno de Europa a la estación de una ciudad de provincia, no a los esplendores de una capital; con sus bancos gastados por las esperas, sus bollos y pastelillos con etiquetas tras unas vitrinas, es la típica pequeña estación europea, con esa uniformidad característica de todas las instituciones utilitarias que se han propagado por todas partes con el progreso de la clase media. Ahora las campesinas, con grandes pañuelos en la cabeza, se sientan en silencio en los bancos con sus bultos y cestas.

Pero en la época a que me refiero había una sala reservada para el zar; y cuando llegó el tren, muy tarde, aquella noche del 16 de abril, allí condujeron a Lenin los camaradas que fueron a recibirle. En el andén se había encontrado con hombres que habían regresado de la cárcel o del destierro y que le saludaron con las lágrimas deslizándose por las mejillas.

N. Sujánov, un socialista sin partido, testigo presencial de la escena, nos ha dejado una descripción de la recepción ofrecida a Lenin. Lenin se encaminó hacia la sala del zar a tal velocidad que casi iba corriendo. Llevaba la chaqueta sin abotonar; su cara daba la sensación de frío; empuñaba un gran ramo de rosas que acababan de ofrecerle. Cuando se topó con Chjeidze, menchevique y presidente del Soviet de Petrogrado, se detuvo en seco, como si hubiera tropezado con un obstáculo inesperado. Chjeidze, sin abandonar la triste expresión que había mostrado mientras esperaba a Lenin, se dirigió a él en el tono sentencioso de los discursos convencionales de bienvenida:

Camarada Lenin, en nombre del Soviet de Petrogrado y de la Revolución te damos la bienvenida a Rusia [...], pero consideramos que en los momentos actuales la tarea principal de la democracia revolucionaria es defender nuestra Revolución contra toda clase de ataques, tanto del interior como del exterior [...]. Esperamos que te unas a nosotros para lograr este objetivo.

Lenin permanecía en pie, dice Sujánov, «como si todo lo que estaba ocurriendo solo a unos metros de distancia no tuviera nada que ver con él; miraba de un lado para otro; observaba al público que le rodeaba y hasta examinó el techo del “salón del zar”, mientras ordenaba el ramo de flores (que desentonaba bastante con toda su figura)». Por último, haciendo caso omiso del comité y sin contestar directamente al discurso, se dirigió a la muchedumbre que estaba detrás de aquel:

Queridos camaradas, soldados, marineros y trabajadores: Me complace saludar en vosotros a la victoriosa Revolución rusa y saludaros como la vanguardia del ejército proletario internacional [...]. La guerra de bandidaje imperialista es el comienzo de la guerra civil en Europa [...]. No está lejos la hora en que, siguiendo a nuestro camarada Karl Liebknecht, el pueblo alemán vuelva las armas contra sus explotadores capitalistas [...]. ¡En Alemania todo está en fermento! No hoy, pero sí mañana, cualquier día, presenciaremos el derrumbamiento general del capitalismo europeo. La Revolución rusa que habéis llevado a cabo ha asestado el primer golpe y ha abierto una nueva era [...]. ¡Viva la Revolución Socialista Internacional!

Abandonó la sala. En el andén exterior un oficial se le acercó y le saludó. Lenin, sorprendido, devolvió el saludo. El oficial dio la orden de firmes a un destacamento de marineros con bayoneta calada. Focos eléctricos iluminaban el andén y bandas de música tocaban la *Marsellesa*. Una tempestad de aplausos y vítores se elevó de una multitud que se apiñaba en rededor. «¿Qué es esto?», preguntó Lenin, retrocediendo unos pasos. Le contestaron que era la bienvenida a Petrogrado que le tributaban los trabajadores y marinos revolucionarios; la multitud había estado gritando una palabra: «Lenin». Los marineros presentaron armas y el comandante se puso a sus órdenes. Le dijeron al oído que querían que hablara. Avanzó unos pasos y se quitó el sombrero hongo.

Camaradas marineros —comenzó—, os saludo sin saber si creéis o no en las promesas del gobierno provisional. Pero afirmo que cuando os hablan amablemente, cuando os prometen tantas cosas, os están engañando a vosotros y a todo el pueblo ruso. El pueblo necesita paz; el pueblo necesita pan; el pueblo necesita tierras. Y lo que os dan es guerra y hambre, y permiten a los terratenientes que sigan disfrutando de la tierra [...]. Hemos de luchar por la Revolución social, luchar hasta el fin, hasta la completa victoria del proletariado. ¡Viva la Revolución Socialista Mundial!

«¡Qué extraordinario fue! —comenta Sujánov—. Para nosotros, que habíamos estado siempre ocupados, que nos habíamos sumergido completamente en las tareas corrientes y vulgares de la Revolución, en las necesidades del momento, en las cosas inmediatas y urgentes que no son visibles “en la historia”», fue como si resplandeciera de pronto una luz deslumbradora. «La voz de Lenin, que salía del vagón, era una “voz del exterior”. En medio de nosotros, en el seno de la Revolución, estalló la verdad, en modo alguno disonante, en modo alguno violando su contexto: era

una nota *nueva* y brusca, un tanto aturdidora». Fueron sacudidos por la toma de conciencia de «que Lenin tenía indiscutiblemente razón, no solo en anunciarnos que la Revolución Mundial Socialista había comenzado, no solo en señalarnos la vinculación indisoluble entre la guerra europea y el derrumbamiento del sistema imperialista, sino en subrayar y en traer a primer plano la “Revolución Mundial” en sí, en insistir en que esta debería orientar nuestro camino y que deberíamos valorar a su luz todos los acontecimientos de la historia contemporánea». Ahora podían ver que todo esto era irrefutable; ¿pero sabía Lenin realmente, se preguntaban, cómo aquellas ideas podían utilizarse prácticamente en la política de su propia revolución? ¿Conocía en realidad Lenin la situación de Rusia? Pero esto no importaba por el momento. ¡Era todo tan enormemente extraordinario!

La multitud llevó a Lenin en hombros a uno de los autos blindados estacionados delante de la estación. El Gobierno Provisional, que había hecho todo lo posible para impedir que en las calles se formaran grupos numerosos, había prohibido que se sacaran los autos blindados, elementos formidables en una eventual manifestación de masas; pero esto no había tenido efecto alguno sobre los bolcheviques. Lenin tuvo que pronunciar otro discurso, de pie en el techo del auto blindado, sobre las cabezas de la multitud. La plaza frente a la estación se hallaba repleta de gente: estaban allí los trabajadores textiles, los trabajadores metalúrgicos, los soldados y marineros de origen campesino. En la plaza no había luz eléctrica, pero los reflectores iluminaban banderas rojas con inscripciones doradas.

Desde la estación el auto blindado se puso en marcha, encabezando una procesión. Los demás vehículos disminuyeron sus luces para que las del auto blindado que llevaba a Lenin resaltaran. Los faros permitían ver la guardia obrera que se alineaba a lo largo de ambos lados de la calzada. Krúpskaia dice que «quienes no han vivido la Revolución, no pueden imaginar su grandiosa y solemne belleza». Los marineros pertenecían a la guarnición de Cronstadt; los reflectores eran de la fortaleza Pedro y Pablo. La comitiva se dirigió al palacio Kshesínskaia, antigua residencia de la bailarina que había sido amante del zar, mansión que los bolcheviques, con un gesto deliberadamente simbólico y ante la indignación de su dueña, habían elegido como sede del partido.

El interior del palacio estaba decorado con grandes espejos, arañas de cristal, frescos en los techos, tapicería de raso, amplias escaleras y grandes armarios blancos. Los invasores habían roto numerosas estatuas de bronce y cupidos de mármol, pero los muebles de la bailarina habían sido

cuidadosamente guardados y reemplazados por sillas, mesas y bancos sencillos, puestos aquí y allá, bastante espaciados, donde era preciso. Solo algunos jarrones chinos, entre los periódicos y los manifiestos, estorbaban todavía el paso de la gente. Los bolcheviques querían ofrecerle té a Lenin y saludarle con discursos de bienvenida, pero Lenin les obligó a hablar de táctica. El palacio estaba rodeado por una multitud que pedía a gritos que hablase Lenin. Salió al balcón. Era como si toda la rebelión sofocada —sobre la que la gran ciudad, plana y aplastante, había gravitado, con sus pomposas fachadas desde los tiempos en que fue construida en las marismas por aquellos artesanos a quienes Pedro el Grande envió a la muerte— hubiera estallado en una sola noche. Y Lenin, que solo había hablado en reuniones de partido, ante auditorios de estudiantes marxistas, que apenas había aparecido en público en 1905, ahora les habló con una voz de autoridad que habría de encauzar toda la energía sin dirección de aquel pueblo, dirigir su confianza indecisa y alcanzar súbitamente una resonancia de alcance mundial.

Al principio, sin embargo, la multitud que le escuchó aquella noche —dice Sujánov, que estaba también en la calle— mostró síntomas de sorpresa y temor. A medida que la voz ronca de Lenin restallaba sobre sus cabezas con sus frases sobre los «capitalistas ladrones [...] la destrucción de los pueblos de Europa en beneficio de una banda de explotadores [...] lo que la defensa de la patria significa es la defensa de los capitalistas contra todos los demás», a medida que estas frases estallaban como metralla, hasta los soldados de la guardia de honor murmuraban: «¿Qué es esto? Pero ¿qué está diciendo? ¡Si bajara aquí, le daríamos una lección!». Sin embargo, dice Sujánov, no intentaron «darle una lección» cuando les habló cara a cara, y nunca oyó Sujánov que lo hicieran más tarde.

Lenin abandonó el balcón, pero tuvo que salir de nuevo a pronunciar un segundo discurso. Cuando terminó se celebró una reunión. Los largos discursos de bienvenida empezaron a brotar de nuevo en el gran salón de baile. Trotski dice que Lenin aguantó aquel chaparrón de alocuciones «como un peatón impaciente que espera en un portal a que deje de llover». De vez en cuando miraba el reloj. Cuando tomó la palabra, habló durante dos horas y sembró en el auditorio el desconcierto y el terror.

«Durante el viaje —dijo— esperaba que al llegar nos llevaran a mí y a mis camaradas directamente de la estación a Pedro y Pablo. Parece que estamos muy lejos de eso. Sin embargo, no perdamos la esperanza de pasar todavía por esa experiencia». Dejó a un lado el tema de la reforma agraria y de otras disposiciones legales propuestas por el Soviet, y declaró que los

propios campesinos deberían organizarse y apoderarse de las tierras sin la ayuda del gobierno. En las ciudades, los trabajadores armados deberían hacerse cargo de la dirección de las fábricas. Habló con desprecio de la mayoría que controlaba el Soviet y puso a los propios bolcheviques sobre carbones encendidos. La Revolución proletaria era inminente: los bolcheviques no tenían que apoyar al Gobierno Provisional. «¡No necesitamos una república parlamentaria! ¡No necesitamos una democracia burguesa! ¡No necesitamos otro gobierno que no sea el del Soviet de diputados obreros, soldados y campesinos!»

El discurso, dice Sujánov, a pesar de su «explosivo contenido y de su elocuencia lúcida y brillante», evidentemente adolecía de «una cosa: un análisis de las “condiciones objetivas”, de las bases socioeconómicas para el socialismo en Rusia». Pero, sigue diciendo Sujánov, «salí a la calle como si me hubieran golpeado la cabeza. Solo una cosa era clara: un hombre sin partido como yo nada tenía que hacer siguiendo a Lenin. Respiré con placer el aire, ya primaveral. Estaba amaneciendo, había llegado el día». Un joven bolchevique, oficial de marina, que tomó parte en la reunión escribe: «Las palabras de Ilich trazaron un Rubicón entre la táctica de ayer y la de hoy».

Pero los dirigentes bolcheviques quedaron en su mayoría estupefactos. Aquella noche no hubo ningún debate sobre el discurso, pero la indignación estalló al día siguiente, cuando Lenin lanzó otra de sus andanadas en una reunión general de los socialdemócratas. «Lenin —declaró un bolchevique— acaba de presentar su candidatura para un trono europeo que ha estado vacante treinta años: el trono de Bakunin. Lenin nos está contando con nuevas palabras la misma vieja historia: se trata otra vez de los desechados y viejos conceptos del anarquismo primitivo. ¡Lenin el socialdemócrata, Lenin el marxista, Lenin el dirigente de nuestra socialdemocracia militante [...] ese Lenin ya no existe!». Y el izquierdista Bogdánov, que se hallaba sentado precisamente bajo la tarima, increpó furiosamente al auditorio: «¡Vergüenza debería daros aplaudir semejante sandez! ¡Os estáis cubriendo de ignominia! ¡Y os llamáis marxistas!».

EL objetivo del discurso de Lenin había sido impedir la proyectada fusión de bolcheviques y mencheviques, pero en aquellos momentos parecía como si fuese a tener el efecto de empujar a los bolcheviques en la otra dirección. A muchos de los propios bolcheviques les pareció —igual que les había ocurrido a sus rivales después de la ruptura de 1903— que Lenin se había condenado voluntariamente al limbo.

La noche de su llegada, relata Krúpskaia, después de la recepción en el palacio Kshesínskaia, «nos fuimos (ella y Lenin) a casa de Ana Uinishna y Mark Timoféievich». María Uinishna vivía con su hermana y su cuñado. A Vladímir Ilich y a Nadia les dieron una habitación independiente, y en ella encontraron que el hijo adoptivo de Ana había colgado encima de sus camas la última frase del *Manifiesto comunista*: «¡Trabajadores del mundo, uníos!».

Krúpskaia dice que apenas cruzó palabra con Ilich. «Todo se daba por entendido sin necesidad de hablar».



“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023) Ciclo de lectura, debate y prospectiva

Materiales de trabajo Cuarta Sesión

Guía de trabajo para la tercera sesión

Sobre las revoluciones en Alemania y Hungría. p. 3

Conferencias:

La Revolución Alemana
(pronunciada el 20 julio de 1923) p. 7

La Revolución Húngara
(pronunciada el 18 agosto de 1923) p. 15

La actualidad política alemana
(pronunciada el 24 de agosto de 1923) p. 24

Organiza:



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUR



Material de Trabajo –Cuarta sesión

Lecturas de la cuarta sesión:

- Sexta conferencia: “La Revolución Alemana”, pronunciada el 20 julio 1923.

El material manuscrito se publicó en el libro de las Obras Completas Historia de la crisis mundial (Biblioteca Amauta, Lima, 1959) y se encuentra actualmente en el Archivo José Carlos Mariátegui. **(Anexo 1)**

- Séptima conferencia: “La Revolución Húngara”, pronunciada el 18 agosto 1923.

El material manuscrito se publicó en el libro de las Obras Completas Historia de la crisis mundial (Biblioteca Amauta, Lima, 1959) y se encuentra actualmente en el Archivo José Carlos Mariátegui. **(Anexo 2)**

- Octava conferencia: “La actualidad política alemana”, pronunciada el 24 de agosto de 1923. Notas del autor y reseña periodística.

El material manuscrito se publicó en el libro de las Obras Completas Historia de la crisis mundial (Biblioteca Amauta, Lima, 1959). **(Anexo 3)**

Sobre las revoluciones en Alemania y Hungría

La Revolución Húngara, al igual que la Revolución Alemana, fue, en un principio, la huelga general de un ejército vencido, conforme a la frase de Walther Rathenau.

...

Como ya dije a propósito de la Revolución Alemana, una revolución no es un golpe de estado, no es una insurrección, no es una de aquellas cosas que aquí llamamos revolución por uso arbitrario de esta palabra. Una revolución no se cumple sino en muchos años. Y con frecuencia tiene períodos alternados de predominio de las fuerzas revolucionarias y de predominio de las fuerzas contrarrevolucionarias.

Así como el proceso de una guerra es un proceso de ofensivas y contraofensivas, de victorias y derrotas, mientras uno de los bandos combatientes no capitule definitivamente, mientras no renuncie a la lucha, no está vencido. Su derrota es transitoria; pero no total. Y, conforme a esta interpretación de la historia, la reacción, el terror blanco, el gobierno de Horthy no son sino episodios de la lucha de clases en Hungría, un capítulo ingrato de la Revolución Húngara.

(Extractos de la séptima conferencia)

1

Tres observaciones preliminares acerca de los textos de esta sesión

La primera tiene que ver con el papel de los ejércitos, en particular de los ejércitos derrotados en los procesos revolucionarios. Lo anotamos al comentar el caso ruso. Aparece con más intensidad en los ejemplos alemán y austriaco. Vale la pena recordar el texto de Engels citado en la segunda sesión acerca de los ejércitos europeos tras la guerra franco prusiana en 1870:

Mas, por otra parte, esta guerra ha obligado a todos los grandes estados continentales a introducir en sus países la versión radical del sistema prusiano del ejército territorial y, con él, una carga militar que les hará necesariamente hundirse en pocos años. El ejército se ha convertido en finalidad principal del Estado, ha llegado a ser fin en sí mismo; los pueblos no existen ya más que para suministrar y alimentar soldados. El militarismo domina y se traga a Europa. Pero este militarismo lleva en sí el germen de su desaparición. (Anti Dühring)

En segundo lugar, llamar la atención sobre los perfiles personales que José Carlos retrata en estos textos. Su capacidad de "fisonomista político" es notable y la despliega con los líderes del grupo Espartaco alemán y con el conde Karolyi de Hungría. Esta capacidad se construyó en el seguimiento de los personajes de la política peruana en sus años de cronista parlamentario y alcanzará niveles superlativos en los años posteriores como se puede comprobar, por ejemplo, con los "retratos" de Mussolini, Wilson, Lloyd George, Nitti y otros en La Escena Contemporánea.

En tercer lugar, resaltar la calidad del relato de la revolución húngara en sus diversas fases. Aunque mucho más breve, tiene la vivacidad y profundidad del relato de John Reed sobre la revolución rusa. Hilvana personajes y eventos con apreciaciones de conjunto e incluso con tesis generales sobre la historia, como la definición de revolución que se inserta como epígrafe de estas notas.

2

Son numerosas las referencias a Alemania en la obra juvenil de José Carlos. Las más importantes han sido mencionadas en las notas relacionadas con la segunda sesión. También hay algunas referencias al Imperio Austro-húngaro, en todos los casos como aliado de Alemania. A diferencia del proceso revolucionario ruso, que tuvo ecos en la prensa local y en particular en Juan Croniqueur, el proceso alemán —que se desencadenó a los pocos meses del final de la guerra— no captó la atención del joven cronista. Probablemente tampoco tuvo ecos en la prensa local.

3

El interés por el proceso alemán está directamente vinculado con el viaje que José Carlos emprendió por el este de Europa¹ antes de su retorno al país. En agosto de 1920 había escrito un artículo sobre “La Entente y Alemania”² —publicado posteriormente en *Cartas de Italia*— que no iba más allá de considerar a este país en tanto Estado derrotado, cuya reconstrucción era a la vez una necesidad y un peligro para la estabilización europea. No incluía referencias a la lucha de clases al interior de Alemania. Tal como mencionó Mariátegui en su conferencia, el asesinato de Rosa y Liebknecht se había producido en 1919 en medio de varios intentos revolucionarios.

Podemos suponer que el proceso alemán no tenía mayor difusión e impacto en la Europa meridional. El proceso húngaro, sin embargo, sí ocupa un lugar en la producción periodística de José Carlos en su fase italiana. En marzo de 1921 escribió un artículo titulado “El conde Karolyi, expulsado por bolchevique”³ que da cuenta de su encuentro con el mencionado personaje. El interés se originó en la orden de expulsión del conde de territorio italiano. Al final de la crónica se resume en dos párrafos los tópicos de la entrevista: la política húngara y en particular el régimen de terror que había reemplazado al conde; la política europea y las simpatías maximalistas del conde.

4

Las conferencias que serán tema de nuestra cuarta sesión, así como una buena cantidad de artículos posteriores sobre sociedad, política y cultura alemanas, fueron el resultado de una relación directa de José Carlos —acompañado de Anita y su primogénito Sandro— con la realidad alemana en el segundo semestre del año 1922 y los primeros meses del año siguiente. Este viaje lo compartió con César Falcón. Luego se les sumó Palmiro Machiavello, otro de los integrantes de la primera célula comunista peruana, formada en Génova en abril de 1922.

Visitó Múnich (Baviera), Passau, Viena, Budapest y Praga (en viaje por el Danubio), para finalmente llegar a Berlín, donde permaneció entre agosto de 1922 y febrero de 1923. Se dedicó a estudiar alemán y a tomar contacto con los protagonistas del momento político y cultural en la convulsa ciudad. La crisis económica había llegado a extremos, la hiperinflación estaba desatada. En diciembre visitó a Gorky, convaleciente de TBC en una

¹ Para conocer el periplo europeo de Mariátegui, se puede revisar la línea temporal realizada por el Archivo Mariátegui en <https://www.mariategui.org/exposiciones/experiencia-europea-jose-carlos-mariategui/>

² Mariátegui, J. C. (1920, 30 de agosto.). La Entente y Alemania. *El Tiempo*. https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/cartas_de_italia/paginas/la%20entente%20y%20alemania.htm

³ Mariátegui, J. C. (1921, 21 de junio). El conde Karolyi, expulsado por bolchevique. *El Tiempo*. https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/cartas_de_italia/paginas/el%20conde%20calolyi.htm

Ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial 1923-2023

ciudad al sur de Berlín. En enero de 1923 su vena periodística lo lleva —junto con Falcón— a visitar la cuenca del Ruhr que acababa de ser tomada por tropas francesas como prenda por las reparaciones de guerra impagas de parte de Alemania. En el Ruhr es que se les sumó Palmiro Machiavello. Regresaron a Berlín y luego pasaron a Leipzig donde se realizaría el 8 Congreso del PCA (28 enero - 1° de febrero). En ese momento el PCA estaba tensionado por una aguda disputa en torno a la posibilidad de un nuevo intento insurreccional en Alemania.

En tanto la crisis alemana pasaría por diversas fases a lo largo de la década de 1920 —hasta su resolución contrarrevolucionaria con la toma del poder por Hitler en 1933— el tema motivó sucesivos artículos de José Carlos. El último de ellos en enero de 1930, en torno a un acuerdo (el Plan Young⁴) para arreglar el problema pendientes de las reparaciones. En cuanto a la influencia cultural, el “aprendizaje” alemán se reflejó claramente en artículos propios y en los textos e imágenes que incluyó en sucesivas entregas de *Amauta*.

Más allá de los aprendizajes políticos y culturales que hizo Mariátegui en Alemania, vale la pena resaltar el impacto existencial de su recorrido por los países derrotados en la Gran Guerra y en particular de la experiencia berlinesa. Es probablemente en esta última estación de su periplo europeo que adquiere pleno contenido la noción de “crisis de civilización”. Al respecto es indispensable leer el texto escrito en esos meses y publicado en *Varietades* el 16 de diciembre de 1922 con el título: “El crepúsculo de una civilización”⁵. El impacto de la escena de la mujer muriendo de hambre en una calle de Viena fue tan fuerte que el *Amauta* la volvió a mencionar en un artículo de julio de 1927 titulado “Austria y la paz europea”⁶. El correlato de la percepción de la crisis como totalidad es la interiorización de la misma como descubrimiento del propio destino. El testimonio más claro de esto es el primer párrafo del comentario que hizo José Carlos a la novela *Pueblo sin Dios* obra de su “yunta” César Falcón:

Escrita en 1923, esta novela no alcanza a muchas nuevas adquisiciones del espíritu y el estilo de César Falcón, a quien nada singulariza tanto como un pensamiento en incesante elaboración, en impetuoso movimiento. Conozco la preparación espiritual de estas páginas, presurosa, febrilmente escritas por Falcón en Madrid, poco después de que nos despidiéramos en la Friedrich Bahnhof de Berlín, él para regresar a España, yo para volver al Perú. Habíamos pasado juntos algunos densos y estremecidos días de historia europea: los de la ocupación del Ruhr. La cita para esta última jornada común nos había reunido en Colonia. La atracción del drama renano, esa atracción del drama, de la aventura a la que ni él ni yo hemos sabido nunca resistir, nos llevó a Essen, donde la huelga ferroviaria nos tuvo bloqueados algunos días. Nos habíamos entregado sin reservas, hasta la última célula, con una ansia subconsciente de evasión, a Europa, a su existencia, a su tragedia. Y descubriríamos, al final, sobre todo, nuestra propia tragedia, la del Perú, la de Hispano-América. El itinerario de Europa había sido para nosotros el del mejor, y más tremendo, descubrimiento de América⁷.

⁴ Mariátegui, J. C. (1930, 25 de enero). El plan Young en vigencia. Tardieu y el parlamento francés. La conferencia naval de Londres. *Mundial*, 10(501). <https://archivo.mariategui.org/index.php/el-plan-young-en-vigencia-la-conferencia-naval-de-londres>

⁵ Mariátegui, J. C. (1922, 16 de diciembre). El crepúsculo de una civilización. *Varietades*, 18(772). https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/signos_y_obras/paginas/el%20crepusculo%20de%20la%20civilizacion.htm

⁶ Mariátegui, J. C. (1927, 23 de julio). Austria y la paz europea. *Varietades*, 23(1012). <https://archivo.mariategui.org/index.php/austria-y-la-paz-europea>

⁷ Mariátegui, J. C. (febrero-marzo 1929). El pueblo sin Dios de César Falcón. *Amauta*, (21), 102-103. <http://hemeroteca.mariategui.org/index.php/Detail/objects/23>

Ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial 1923-2023

Las conferencias de Mariátegui sobre las revoluciones alemana y húngara no son, por tanto, solamente conferencias sobre eventos históricos externos. Son también un testimonio de parte sobre un proceso de maduración subjetiva y descubrimiento de la propia realidad.

Eduardo Cáceres Valdivia 30-10-23

Anexo 1

Sexta conferencia: “La Revolución Alemana”⁸

El tema de la conferencia de esta noche es la Revolución Alemana.

En las conferencias precedentes, he expuesto los aspectos principales del proceso de generación, de incubación de la Revolución Alemana.

He dicho ya que la guerra no fue popular en Alemania, que el gobierno alemán condujo la guerra con el viejo criterio de guerra relativa, de guerra militar, de guerra no total; que el gobierno alemán no supo crear ningún mito popular capaz de asegurarle la adhesión sólida de las clases populares; y que la guerra fue presentada al pueblo alemán exclusivamente como guerra de defensa nacional. Mientras el gobierno alemán mantuvo viva la esperanza de la victoria, mientras ningún fracaso militar desacreditó su aventura; mientras pudo evitar al pueblo el hambre y las privaciones, consiguió que la opinión pública sufriese, sin rebelión, la guerra. Pero no consiguió apasionar a las masas por sus ideales imperialistas. La guerra no era popular en el proletariado. Los intelectuales, la inteligencia alemana, se pusieron, en su mayoría, al servicio de la guerra, al servicio de la agresión, y crearon una cínica, una delirante literatura de guerra.

Los poetas alemanes cantaron la guerra y denigraron la paz. Tomás Mann escribió: “El hombre se malogra en la paz. El reposo perezoso es la tumba del corazón. La ley es la amiga del débil; ella quiere aplanarlo todo; si ella pudiera, achataría al mundo; pero la guerra hace surgir la fuerza”.

Heinrich Vierordt escribió su Deutschland, hasse (Alemania, odia). El profesor Ostwald escribió: “Alemania quiere organizar Europa, pues Europa hasta ahora no ha estado organizada”.

Finalmente, los famosos 93 intelectuales alemanes suscribieron aquel célebre manifiesto auspiciando y defendiendo, servilmente, la guerra alemana. Pero, no obstante toda esta literatura bélica, únicamente la burguesía y la pequeña burguesía deliraron de nacionalismo. El proletariado declaró apoyar la guerra no por convicción, sino por deber. El proletariado no suscribió nunca los cínicos conceptos de los intelectuales burgueses y pequeño burgueses.

Además, casi desde el primer momento, apenas pasado el período de intoxicación y de confusión de la declaratoria, se alzaron en Alemania algunas honradas y valientes voces de protesta.

Cuatro sabios alemanes tomaron posición contra los noventitrés intelectuales del manifiesto y publicaron un contra-manifiesto. Ya os he hablado de estos cuatro sabios que fueron el físico Einstein, el fisiólogo Nicolai, el filósofo Buek y el astrónomo Foerster. El poeta Hermann Hesse, asilado como Romain Rolland en Suiza, escribió un canto a la paz y un llamado a los pensadores de Europa, invitándolos a salvar lo poco de paz que podía todavía ser salvado y a no saquear, ellos también, con su pluma el porvenir europeo. La revista Die Weissen Blaetter fue un hogar de los intelectuales alemanes fieles a la causa de la unidad moral de Europa y de la civilización occidental. Y varios líderes del proletariado, Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Kurt Eisner, Franz Mehring, León Joguiches y otros más, reaccionaron contra la guerra y denunciaron su meta imperialista y contra-revolucionaria. Carlos Liebknecht, fue uno de los catorce diputados contrarios a los créditos de guerra el

⁸ Mariátegui. J.C. (20 de julio de 1923). [Sexta Conferencia. La revolución alemana]. Archivo José Carlos Mariátegui. <https://archivo.mariategui.org/index.php/sexta-conferencia-la-revolucion-alemana>

Ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial 1923-2023

4 de agosto; pero estos catorce diputados no votaron contra los créditos en el Parlamento sino en el seno del grupo socialista parlamentario.

La gran mayoría del grupo acordó votar los créditos. Y los catorce diputados de la minoría, Carlos Liebknecht entre ellos, resolvieron someterse a la decisión de la mayoría. Pero Carlos Liebknecht sintió muy pronto la necesidad de salvar su propia y personal responsabilidad de líder y de intelectual socialista. Y en diciembre de 1914 votó contra los nuevos créditos de la guerra, sin hacer caso de la voluntad del grupo socialista parlamentario.

Por supuesto, dentro y fuera del Reichstag, del parlamento alemán una tempestad se desencadenó contra Carlos Liebknecht. Y en enero de 1915 Carlos Liebknecht fue movilizado en el ejército. Se le envió a Kustrin. Liebknecht se negó a aceptar el fusil. Se le trasladó entonces a una compañía de obreros, de sospechosos, a Lorena. Luego se le mandó al frente de Rusia. Y, desde el frente, Carlos Liebknecht escribió a sus hijos el 21 de diciembre: "Yo no dispararé". Asistió aún, a otras sesiones del Reichstag, donde nuevamente surgió repetidas veces contra el gobierno alemán y contra la guerra. Los clamores de la Cámara cubrieron, ahogaron, acallaron invariablemente su voz solitaria y heroica. Pero Carlos Liebknecht no renunció a su propaganda; unido a Rosa Luxemburgo, a Franz Mehring, a Clara Zetkin, escribió aquellas célebres cartas, suscritas con el seudónimo de Spartacus, que más tarde fue el nombre del Partido Comunista Alemán.

El 1º de mayo de 1918 se realizó en Berlín la primera demostración pública contra la guerra. Carlos Liebknecht, disfrazado de civil, asistió a ella. Fue arrestado y procesado por traición a la patria. El tribunal militar lo condenó entonces a cuatro años de trabajos forzados. Un año más tarde, la revolución le abrió las puertas de la cárcel. La figura de Liebknecht, como vemos, no era la única en las filas dirigentes del proletariado alemán que luchaba contra la guerra.

Al lado de Liebknecht se agrupan varias figuras gloriosas.

He mencionado ya a Rosa Luxemburgo, a Clara Zetkin, a Eugenio Levinés. Todos estos líderes reconocieron que su deber era combatir a la guerra, como reconocieron, más tarde, que su deber era llevar a su meta final la revolución. Todos ellos militaron, con Carlos Liebknecht, en el grupo Spartacus, célula inicial del Partido Comunista Alemán. Pero de su conducta durante la revolución misma me ocuparé oportunamente. Ahora no está en examen sino su conducta durante la pre-revolución, porque, basándome en ella, estoy sosteniendo que existía en el movimiento proletario alemán un ambiente distinto acerca de la guerra que en el movimiento proletario en las naciones aliadas. Un numeroso núcleo de opinión proletaria, reprimido, es verdad, marcialmente por la acción del gobierno, luchaba por rebelar contra la guerra al proletariado alemán. Y los cien diputados del socialismo alemán, la mayoría de los líderes de la social-democracia, no podían dar a la guerra una adhesión ardorosa, un apoyo incondicional. La burguesía y la clase media alemanas peleaban por los ideales del militarismo prusiano, por el dominio del mundo, por el Deutschland Uber Alles, por el ubervolk, por el sometimiento de Europa a la organización alemana; pero el proletariado alemán, conforme a las palabras de orden de sus líderes mayoritarios, no peleaba sino por un interés de defensa nacional. El proletariado alemán no sentía la necesidad absoluta de la guerra jusqu'au bout, de la guerra hasta el fin, de la guerra absoluta y, sobre todo, hasta el anonadamiento total del enemigo.

Wilson y su propaganda democrática, Wilson y sus Catorce Puntos, Wilson y sus ilusiones de un nuevo código de justicia internacional, encontraron, por consiguiente, en el frente alemán, un frente permeable, un frente vulnerable, un frente franqueable. Ya he dicho la resonancia revolucionaria que tuvo en el pueblo el programa wilsoniano. Desde que al pueblo austríaco le fue dicho que los aliados no combatían contra ellos sino contra sus

gobiernos, desde que les fue asegurado que no se les impondría una paz de anexiones, ni de indemnizaciones, el pueblo alemán y el pueblo austríaco empezaron a sentir cada vez menos la necesidad de la guerra. Además, como ya he dicho también, la propaganda wilsoniana estimuló y despertó en las nacionalidades encerradas en el Imperio Austro-Húngaro viejos y arraigados ideales de independencia nacional.

Y, de otra parte, la Revolución Rusa repercutió también revolucionariamente en el proletariado austríaco y en el proletariado alemán. Dos propagandas se juntaron para minar y franquear el frente austro-alemán: la propaganda democrática de Wilson y la propaganda maximalista de los bolcheviques.

Los efectos de estas propagandas tuvieron que manifestarse a continuación del primer quebranto militar austro-alemán. La ofensiva italiana en el Piave encontró al ejército austríaco mal dispuesto al sacrificio.

Las tropas checoslovacas capitularon casi en masa. Y en el frente alemán, la noticia de este desastre y la ofensiva francesa, desencadenaron la explosión de los gérmenes revolucionarios durante tanto tiempo acumulados.

El pueblo alemán y el ejército alemán manifestaron su voluntad de paz y de capitulación. E insurgieron contra el Káiser y la monarquía, contra el régimen responsable de la guerra, culpable de la derrota. Deslindaron la responsabilidad del gobierno y del pueblo alemán, Y barrieron a la monarquía y a todas sus instituciones.

El 9 de noviembre de 1918, a poco más de un año de distancia de la Revolución Rusa, se produjo la Revolución Alemana. La historia de los acontecimientos de esos días es conocida. Estalló una guerra revolucionaria en Kiel y Hamburgo. Se insurreccionaron los marineros, quienes en automóviles marcharon sobre Berlín. La huelga general fue proclamada. Las tropas se negaron a reprimir al proletariado insurgente. El Káiser abdicó y abandonó Berlín. Y los revolucionarios proclamaron la República en Alemania. La revolución tuvo en ese instante un carácter netamente proletario.

Se constituyeron en Alemania los consejos de obreros y soldados, los soviets en suma. Y se formó un ministerio de socialistas mayoritarios. Pero este ministerio no comprendió al ala izquierda del socialismo, al grupo de Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring, Clara Zetkin, etc., contrario a un compromiso con los socialistas mayoritarios que habían amparado la guerra. Más aún, entre el grupo de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo y los socialistas gobernantes se abrieron rápidamente las hostilidades. Carlos Liebknecht fundó la Unión Spartacus, el Partido Comunista Alemán y el órgano periodístico de los espartaquistas Die Rote Fahne (La Bandera Roja).

Los espartaquistas propugnaron la realización del socialismo a través de la dictadura del proletariado, del gobierno de los soviets. Reclamaron la confiscación de todas las propiedades de la Corona en beneficio de la colectividad; la anulación de las deudas del Estado y los empréstitos de guerra; la expropiación de la propiedad agrícola grande y media y la constitución de cooperativas agrícolas encargadas de administrarlas, mientras las pequeñas propiedades permanecían en manos de sus pequeños poseedores hasta que quisieran voluntariamente unirse a las cooperativas; la nacionalización de todos los bancos, minas, fábricas y grandes establecimientos industriales y comerciales. En suma, los espartaquistas propusieron la actuación en Alemania del programa actuado en Rusia por los maximalistas. Los socialistas mayoritarios, Ebert, Scheidemann, etc., eran adversos a este programa. Y las masas que los seguían no estaban espiritualmente preparadas para una transformación tan radical del régimen de Alemania. Los socialistas independientes, Kautsky, Hasse, Hilferding, etc., se mostraron vacilantes. No se inclinaban por el limitado y opacado reformismo de los socialistas mayoritarios ni por el revolucionarismo de los

espartaquistas. Los espartaquistas iniciaron, a la manera bolchevique, una campaña de agitación progresiva. Las figuras que acaudillaban la Unión Spartacus eran, ciertamente, figuras de primer rango en el movimiento proletario alemán. Carlos Liebknecht, era hijo de Guillermo Liebknecht, uno de los patriarcas del socialismo alemán. Era, pues, heredero de un nombre glorioso en la historia del socialismo alemán, además dueño de una figuración brillante, intensa, continua en la vanguardia del proletariado. Su pura intranquilidad e intransigencia durante la guerra daba a su nombre una aureola llena de sugestión. Rosa Luxemburgo, figura internacional y figura intelectual y dinámica, tenía también una posición eminente en el socialismo alemán. Se veía, y se respetaba en ella, su doble capacidad para la acción y para el pensamiento, para la realización y para la teoría. Al mismo tiempo era Rosa Luxemburgo un cerebro y un brazo del proletariado alemán. Franz Mehring era uno de los teóricos más profundos, más luminosos y más eruditos del marxismo, autor de una serie de obras profundas y admirables, había escrito, precisamente, un libro fundamental sobre Marx y sobre el marxismo. Era viejo, tenía 72 años, pero conservaba el temple y el fervor de la juventud. Eugenio Levinés, polaco ruso, que participó en Rusia en la revolución de 1905 y que entonces sufrió la prisión en Siberia, era otra noble y bizarra figura revolucionaria, provenía de una familia rica y poseía una vasta cultura literaria y científica. Había renunciado, sin embargo, a sus prerrogativas de intelectual y se había hecho obrero.

León Jogisches, periodista polaco, también era un notable tipo de agitador, de propagandista y de revolucionario, era el colaborador, el confidente, el amigo de Rosa Luxemburgo. En el partido socialista polaco había tenido una actuación sobresaliente, en la Unión Spartacus era el organizador enérgico e incansable de la acción y de la propaganda.

Clara Zetkin, en fin, la única figura que sobrevive de este grupo de líderes, de conductores y de apóstoles, era de la misma estatura moral e intelectual.

Este fuerte, homogéneo e inteligente estado mayor del espartaquismo, consiguió agitar, sacudir potentemente al proletariado alemán. Las masas obreras alemanas carecían de preparación espiritual y revolucionaria, y de esto os hablaré dentro de un instante al hacer la crítica de la revolución. Sin embargo, los jefes espartaquistas consiguieron organizar una nueva vanguardia proletaria. Esta vanguardia proletaria era una vanguardia de acción; pero los jefes espartaquistas no pretendían lanzarla prematuramente a la conquista del poder. Se proponían usarla para despertar la conciencia del proletariado, capacitarla cada día más para la acción, robustecerla numéricamente, prepararla para el asalto decisivo en la hora oportuna.

La táctica de los socialistas mayoritarios, del gobierno de Ebert y de Scheidemann, consistió por esto en precipitar la acción revolucionaria de los espartaquistas, en traer a los espartaquistas al combate antes de tiempo, en obligarlos a empeñar la batalla inmaduramente. Los socialistas mayoritarios necesitaban de la violencia de los espartaquistas a fin de reprimir su violencia con una violencia mayor y eliminar de esta suerte a un enemigo crecientemente peligroso. Las masas espartaquistas, imprudentemente, no midieron sus pasos. El gobernador de Berlín, Eichorn, era socialista de izquierda, un revolucionario, extensamente popular en la capital alemana. Era un elemento indócil a la reacción y leal a la revolución y al proletariado. El gobierno socialista mayoritario resolvió exigirle su renuncia. Era ésta una provocación al proletariado revolucionario de Berlín.

El domingo 5 de enero de 1919 hubo grandes demostraciones revolucionarias en Berlín. Al día siguiente se declaró la huelga. Las masas, indignadas contra el órgano oficial del Partido Socialista, el Vorwaerts, del cual se habían adueñado algunos socialistas mayoritarios, resolvieron ocupar por la fuerza éste y algunos otros diarios. Construyeron barricadas, pero

se esforzaron por evitar efusiones de sangre, invitando a las tropas por medio de grandes carteles, a no disparar contra sus hermanos proletarios. Los choques comenzaron, sin embargo, muy en breve. Algunos agentes provocadores, según parece, fueron utilizados para encender la lucha. El caso es que entre las tropas y las masas espartaquistas se empeñó el combate. Noske, un socialista mayoritario, se encargó del Ministerio de Guerra y con el concurso entusiasta de los oficiales del antiguo régimen organizaron la represión de los insurrectos. Hubo en Berlín varios días de sangrientas batallas.

El domingo 12 los espartaquistas que ocupaban el Vorwaerts enviaron seis parlamentarios desarmados a negociar la paz con los sitiadores de la imprenta ocupada. Los seis parlamentarios fueron fusilados. Los combates prosiguieron. Los jefes espartaquistas no habían querido nunca conducir a las masas a la lucha, pero una vez emprendida ésta, una vez iniciada la batalla, sintieron que su deber era ocupar su puesto al lado de las masas.

Las autoridades les atribuyeron la responsabilidad íntegra de la insurrección de las masas espartaquistas y se echaron en su persecución. En la tarde del 15 de enero, Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, que se habían refugiado en una casa amiga, en un barrio del oeste de Berlín, en Wilmersdorf, fueron arrestados por la tropa. Horas más tarde fueron asesinados.

La versión oficial de su muerte dice que, tanto el uno como el otro, intentaron escapar de manos de sus custodios, y que éstos, para evitar la fuga, se vieron obligados entonces a disparar y matarles. Pero la verdad fue otra.

Liebknecht y Rosa Luxemburgo cayeron en manos de oficiales del antiguo régimen, enemigos fanáticos de la revolución, reaccionarios delirantes, que odiaban a todos los autores de la caída del Káiser por conceptuarlos responsables de la capitulación de Alemania. Y esta gente no quiso que los dos grandes revolucionarios ingresasen vivos en una prisión.

Pero con este sangriento episodio de la muerte de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo no se extinguió la ola revolucionaria. La vanguardia del proletariado alemán seguía reclamando del gobierno una política socialista. Los socialistas mayoritarios que, con el concurso y el beneplácito de la burguesía, habían reprimido truculentamente la insurrección espartaquista, resultaban cada día más embarazados para desenvolver en el gobierno un programa de socialización.

En febrero y marzo el proletariado vuelve, gradualmente, a asumir una posición de combate. Se suceden de nuevo las huelgas que, de la región del Rin y de Westfalia, se extienden a la Alemania central, a Baden, a Baviera, a Wurtemberg. En estas huelgas los trabajadores pasan de las reclamaciones de aumento de salarios a la demanda de la socialización y de la instauración de un gobierno soviético. El gobierno mayoritario aplaca estos movimientos con una serie de vagas y pomposas promesas. Y con estas promesas consigue aquietar a las masas. Pero una parte de ellas manifestó una decidida voluntad revolucionaria. Y se produjeron en Berlín nuevas jornadas sangrientas. Las víctimas de la represión se contaron una vez más por millares. Y el espartaquismo perdió a otro de sus mejores jefes. León Jogisches, capturado poco después de las jornadas de marzo, tuvo una suerte análoga a Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo. No fue asesinado en el camino de la prisión, sino en la prisión misma. Se dijo que había intentado fugar (la eterna historia de la fuga), y que por esto había sido preciso disparar contra él.

Pero con estas batallas de la vanguardia proletaria de Berlín no cesó aquel período de actividad revolucionaria en Alemania. También el proletariado de Munich libró valientes batallas. Y la represión en Munich fue más sangrienta, más dura, más costosa todavía para el proletariado que la represión en Berlín.

Ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial 1923-2023

En Munich, en Baviera, se llegó a instaurar el régimen de los soviets. La república soviética de Munich, fue de un soviétismo artificial, de un comunismo de fachada, y esto era natural. Predominaban en este gobierno elementos reformistas, elementos semi-burgueses que no daban a la República Bávara una orientación realmente revolucionaria. La vida de esta república soviética no podía, pues, ser larga. De una parte, porque este gobierno soviético en la forma, reformista en el contenido, no era capaz de desarmar a la burguesía, de abolir sus privilegios ni de desalojarla de sus posiciones. De otra parte, porque la Baviera era la región de Alemania menos adecuada a la instauración del socialismo.

La Baviera es la región agrícola de Alemania. La Baviera es un país de haciendas y de latifundios: no es un país de fábricas.

El proletariado industrial, eje de la revolución proletaria, se encuentra, pues, en minoría. El proletariado agrícola, la clase media agrícola, predomina absolutamente. Y, como es sabido, el proletariado agrícola no tiene la suficiente saturación socialista, la suficiente educación clasista para servir de base al régimen socialista.

El instrumento de la revolución socialista será siempre el proletariado industrial, el proletariado de las ciudades. Además, no era posible la realización del socialismo en Baviera, subsistiendo en el resto de Alemania el régimen capitalista. No era concebible siquiera una Baviera socialista, una Baviera comunista dentro de una Alemania burguesa.

Vencida la revolución comunista en Berlín, estaba vencida también en Munich. Los comunistas bávaros no renunciaron, sin embargo, a la lucha, y combatieron sin tregua por transformar la república soviética de Munich en una verdadera república comunista. Poco a poco esta transformación empezó a operarse. La conciencia del proletariado bávaro se desarrolló más día a día. A los puestos directivos fueron llevados obreros efectivamente revolucionarios. Ese fue, simultáneamente, el instante de la contraofensiva burguesa. Vencedora del proletariado en Berlín, la burguesía alemana inició el ataque contra el proletariado en Munich. Las masas comunistas de Munich no tuvieron mejor fortuna que las de Berlín.

Y otro de los líderes del espartaquismo, Eugenio Levinés, aquel intelectual polaco-ruso de que os he hablado hace pocos momentos, fue el mártir de esta jornada revolucionaria. Eugenio Levinés no fue asesinado como Carlos Liebknecht, como Rosa Luxemburgo, etc., sino fusilado en una prisión de Munich. Se le siguió un proceso relámpago y se le condenó a muerte. Frente al pelotón de ejecución, Eugenio Levinés se portó valientemente. Y murió con el grito de “¡Viva la Revolución Universal!”, en los labios.

Estos son, ligeramente narrados, los principales episodios espartaquistas de la Revolución Alemana. Este fue el instante más agudo y culminante de la revolución. El pueblo alemán, pasado este período de agitación que los líderes del espartaquismo crearon con su acción incansable, mostró una capacidad revolucionaria, una voluntad revolucionaria cada día menor.

El poder estuvo, primeramente, en manos de los socialistas mayoritarios, apoyados por los socialistas independientes o sea los socialistas centristas. Estuvo, después, en manos de los socialistas mayoritarios únicamente. Luego, los socialistas mayoritarios, educados en la escuela democrática, necesitaron la colaboración de dos partidos burgueses: el Centro Católico, el Partido de Erzberger, y el Partido Demócrata, el partido de Walther Rathenau y del Berliner Tageblatt.

Como los socialistas mayoritarios, contrarios a la tesis de la dictadura del proletariado, habían convocado a elecciones parlamentarias, quedaron a merced de las combinaciones del equilibrio parlamentario. Faltándoles la colaboración de una parte de los votos socialistas, tenían que buscar la cooperación de igual o mayor número de votos burgueses.

Ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial 1923-2023

La asamblea nacional sancionó en Weimar una constitución democrática; pero no una constitución socialista. Los socialistas mayoritarios, dentro del régimen parlamentarista, no podían conservar íntegramente el poder; pero eran indispensables para la constitución de una mayoría. Por eso, los hemos visto entrar en todos los gabinetes de coalición que se han sucedido. Pero en el gabinete actual, en el gabinete de Cuno, no figuran ya los socialistas mayoritarios.

Su neutralidad benévola en el parlamento sigue siendo necesaria para la vida del ministerio. Pero el ministerio no es ya un ministerio con participación de los socialistas mayoritarios, sino un ministerio de coalición de los partidos burgueses alemanes, coalición en la cual no falta sino la extrema derecha burguesa, el partido pan-germanista, o sea el partido de la monarquía.

La Revolución Alemana, después de la insurrección espartaquista, no ha hecho sino virar a la derecha, siempre a la derecha. Primero, el poder fue ejercido por los socialistas de la derecha y del centro, unidos; después por los socialistas de la derecha solamente. Más tarde, por los socialistas de la derecha, en colaboración con los partidos burgueses más liberales.

Actualmente, por estos partidos burgueses, amparados en la neutralidad benévola de los socialistas de derecha, la Revolución Alemana ha ido perdiendo cada vez más todo carácter socialista, y afirmándose cada vez más en su carácter democrático, en su carácter burgués. Por eso, ahora, se dice que la Revolución Alemana no se ha consumado aún. Que la Revolución Alemana se ha iniciado no más.

Rodolfo Hilferding, antiguo líder de los socialistas independientes, dijo en el Congreso de Halle en 1920: "Nosotros hemos dicho siempre que el 9 de diciembre no fue en un cierto sentido una verdadera revolución. Nosotros hicimos todo lo posible, primero durante la guerra y después al comienzo de la revolución, por dar a ésta el aspecto más decisivo". Y Walther Rathenau, líder demócrata, pensador notable de la burguesía alemana, que, como recordaréis, fue asesinado hace un año por un nacionalista alemán, en su notable libro La Triple Revolución, emite opiniones muy interesantes sobre la fisonomía y el alcance de la Revolución Alemana. Walther Rathenau dice: "Nosotros llamamos Revolución Alemana, a algo que fue la huelga general de un ejército vencido".

A continuación Walter Rathenau señala que, mientras en Rusia existía una antigua preparación revolucionaria, en Alemania no había preparación revolucionaria ninguna. El proletariado alemán carecía de estímulos revolucionarios. Gozaba de un tenor de vida discretamente cómodo. Le era permitido vivir con higiene, con desahogo, con limpieza. Y hasta le era permitido ahorrar modestamente. El Estado ayudaba a las familias numerosas. En el orden económico, el proletariado alemán había hecho mayores conquistas que proletariado alguno. Y por esto mismo se había desinteresado de las conquistas en el orden político.

El Káiser, la monarquía, se reservaban el manejo, la dirección de la política exterior e interior del Estado. Al proletariado esto no le preocupaba casi porque no rozaba ningún interés inmediato suyo. En el proletariado alemán no había, por consiguiente, un real estado de conciencia revolucionaria. Mejor dicho, este estado de conciencia era demasiado embrionario, demasiado naciente, demasiado incipiente. La revolución sorprendió, pues, impreparado al proletariado alemán. Naturalmente, de entonces acá la preparación revolucionaria del proletariado alemán ha hecho camino. Hoy esa preparación es mucho mayor que en 1918.

El Estado burgués vira cada día más a la derecha; pero las masas populares viran cada día más a la izquierda. Cada día manifiestan mayor saturación, mayor conciencia, mayor

Ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial 1923-2023

preparación revolucionarias. Precisamente, este apartamiento de los socialistas mayoritarios del gobierno, se ha operado bajo la presión de las masas.

Por todas esas razones, los actuales acontecimientos alemanes no son sino episodios de la Revolución Alemana, el actual gobierno burgués de Alemania no es sino un período, un capítulo de la Revolución Alemana. La Revolución Alemana no se ha consumado, porque una revolución no se consume ni en meses ni en años; pero tampoco ha abortado, tampoco ha fracasado. La Revolución Alemana se ha iniciado únicamente. Nosotros estamos presenciando su desarrollo.

Un período de reacción burguesa es un período de contraofensiva burguesa, pero no de derrota definitiva proletaria. Y, desde este punto de vista, que es lógico, que es justo, que es exacto, que es histórico, el gobierno fascista, la reacción fascista en Italia, es un episodio, un capítulo, un período de la Revolución Italiana, de la guerra civil italiana. El fascismo está en el gobierno; pero el proletariado italiano no ha capitulado, no se ha desarmado, no se ha rendido. Se prepara para la revancha.

Mientras tanto, el fascismo para llegar al gobierno ha necesitado pisotear los principios de la democracia, del parlamentarismo, socavar las bases institucionales del viejo orden de cosas, enseñar al pueblo que el poder se conquista a través de la violencia, demostrarle prácticamente que se conserva el poder sólo a través de la dictadura. Y todo esto es eminentemente revolucionario, profundamente revolucionario. Todo esto es un servicio a la causa de la revolución.

En la próxima conferencia me ocuparé de la disolución del Imperio Austro-Húngaro y de la Revolución Húngara. Y entraré luego en el examen de la Paz de Versalles, de aquella paz que ha sido el fracaso de las ilusiones democráticas de Wilson, y que ha dejado a Europa la herencia de esta situación.

Pero esto no podrá ser el próximo viernes porque el próximo viernes será el 27 de julio, día de fuegos artificiales y de nochebuena, sino el viernes 4 de agosto.

Anexo 2

Séptima conferencia: “La Revolución Húngara”⁹

Reanudamos esta noche nuestras conversaciones sobre la historia de la crisis mundial, interrumpidas por tres semanas de vacaciones. Llegamos hoy a un capítulo intensamente dramático de la historia de la crisis mundial. El programa de este curso de conferencias nos señala así el tema. La Revolución Húngara. El Conde Karolyi. Bela Kun. Horthy. Estos tres nombres, Karolyi, Bela Kun, Horthy, sintetizan las fases de la Revolución Húngara: la fase insurreccional y democrática, la fase comunista y proletaria, la fase reaccionaria y terrorística. Karolyi fue el hombre de la insurrección húngara; Bela Kun fue el hombre de la revolución proletaria; Horthy es el hombre de la reacción burguesa, del terror blanco y de la represión brutal y truculenta del proletariado.

Aquí, donde se conoce mal la revolución rusa, se conoce menos todavía la revolución húngara, y esto se explica. La historia de la revolución rusa es la historia de una revolución victoriosa, mientras la historia de la Revolución Húngara es, hasta ahora, la historia de la revolución vencida. El cable no ha cesado de contarnos cosas espeluznantes de la Revolución Rusa y de sus hombres, pero casi nada nos ha contado de la reacción húngara ni de sus hombres. Y los buenos burgueses, tan consternados con el terror rojo, con el terror ruso, no se consternan absolutamente con el terror blanco, con el terror de la dictadura de Horthy en Hungría; sin embargo, nada más sangriento, nada más trágico que este período sombrío y medioeval de la vida húngara. Ninguno de los crímenes imputados a la revolución rusa es comparable a los crímenes cometidos por la reacción burguesa en Hungría.

Veamos, ordenadamente, las tres fases de la Revolución Húngara. He explicado ya el proceso de la Revolución Alemana y de la Revolución Austríaca. Bien. El proceso de la Revolución Húngara es, en sus grandes lineamientos, el mismo. Pero tiene siempre algo de fisonómico, algo de particularmente propio. Además del cansancio, de la fatiga, del descontento de la guerra, prepararon la Revolución Húngara los anhelos de independencia nacional súbitamente despertados, excitados y estimulados por la propaganda wilsoniana. Wilson soliviantaba a los pueblos contra la autocracia y contra al absolutismo y los soliviantaba, al mismo tiempo, contra el yugo extranjero. Hungría, como sabéis, sufría la dominación de la dinastía austríaca de los Hansburgos. Los húngaros, diferentes como raza, como idioma y como historia de los austríacos, no convivían voluntariamente con los austríacos dentro del imperio austro-húngaro. La derrota, por eso, no causó en Austria-Hungría únicamente la revolución: causó también la disolución. Las nacionalidades que componían el imperio austro-húngaro se independizaron y separaron. Y, naturalmente, las potencias vencedoras estimularon este fraccionamiento de Austria-Hungría en varios pequeños estados.

Como ya he dicho en otra ocasión, el frente austríaco fue debilitado antes que el frente alemán, precisamente a causa de los ideales separatistas de las nacionalidades que formaban parte de Austria-Hungría, y, consecuentemente, el frente militar austríaco cedió antes que el frente militar alemán. Ante la ofensiva victoriosa de los italianos en el Piave, los soldados checoslovacos y los soldados húngaros, fatigados de la guerra, improvisadamente tiraron las armas y se negaron a seguir combatiendo. Acontecía esto a

⁹ Mariátegui. J.C. (18 de agosto de 1923). [Séptima conferencia. La revolución húngara]. Archivo José Carlos Mariátegui. <https://archivo.mariategui.org/index.php/septima-conferencia-la-revolucion-hungara>

finés de octubre de 1918. La rebelión de las tropas del frente contra la guerra, se propagó velozmente en todo el ejército húngaro.

Y se inició así la Revolución Húngara que, al igual que la Revolución Alemana, fue, en un principio, la huelga general de un ejército vencido, conforme a la frase de Walther Rathenau. Como la Revolución Alemana, la Revolución Húngara empezó con la insurrección militar, pero en Hungría esta insurrección militar no fue seguida, inmediatamente, con una insurrección proletaria. El movimiento proletario era todavía demasiado inmaduro, demasiado incipiente. El proletariado húngaro carecía aún de una sólida conciencia revolucionaria clasista. El Conde Miguel Karolyi presidió el primer gobierno revolucionario. Este gobierno, emergido de la insurrección del 31 de octubre, fue un gobierno de la burguesía radical coaligada con la social-democracia.

El conde Karolyi fue, en cierta forma, el Kerensky de la Revolución Húngara. Pero fue un Kerensky menos sectario, más revolucionario, más interesante, más sugestivo. El Conde Karolyi era un viejo agitador del nacionalismo húngaro. Un agitador de tipo radical, y proveniente de la aristocracia húngara, pero contagiado de la mentalidad social-democrática de su época. Un agitador de temperamento romántico, fácilmente inflamable, capaz de cualquier bizarra locura, exento de las supersticiones democráticas y burguesas del mediocre Kerensky.

La distancia mental y espiritual que separa a ambas figuras resulta más clara y ostensible después de su gobierno que durante éste. Mientras Kerensky no ha cesado de orientarse hacia la derecha y de aproximarse a los capitalistas y hasta a los monárquicos rusos, Karolyi ha evolucionado cada día más hacia la izquierda. Tanto que hace dos años, aproximadamente, fue expulsado de Italia, acusado de agente bolchevique. Yo tuve oportunidad de conocerlo en Florencia en enero de 1921. O sea hace dos años y medio. Era en vísperas del famoso Congreso Socialista de Livorno, donde el Partido Socialista italiano se escisionaría.

César Falcón y yo aguardábamos en Florencia, que no está sino a cuatro horas de Livorno, la fecha de la reunión del Congreso. Ocupábamos nuestro tiempo visitando los museos, los palacios y las iglesias de Florencia. Yo conocía ya Florencia perfectamente. Hacía, pues, de cicerone de Falcón que, por primera vez, la visitaba.

Un día un periodista amigo nos enteró de que el Conde Karolyi residía de incógnito en una pensión de Florencia. Naturalmente, resolvimos en seguida buscarlo; el instante no era propicio para entrar en relación con el ex-presidente húngaro. Los periodistas acababan de descubrir su presencia de incógnito en Florencia y lo asediaban para reportarlo. El Conde Karolyi, por consiguiente, evitaba las entrevistas de los desconocidos. Sin embargo, Falcón y yo conseguimos conversar con él. Charlamos extensamente sobre la situación europea en general y sobre la situación húngara, en particular. En aquellos días, cinco comunistas húngaros, Agosto, Nyisz, Sgabado, Bolsamgi y Kalmar, comisarios del pueblo del Gobierno de Bela Kun, habían sido condenados a muerte por el gobierno de Horthy. Karolyi estaba profundamente consternado por esta noticia, y puesto que su incógnito había sido violado por varios periodistas, decidió renunciar definitivamente a él para suscitar una campaña de opinión internacional en favor de los ex-comisarios del pueblo húngaro condenados a muerte. Aprovechó de todos los reportajes que se le hicieron para solicitar la intervención de los espíritus honrados de Europa en defensa de esas vidas nobles y próceres. A Falcón y a mí nos pidió que actuáramos en este sentido sobre los periodistas españoles. En esa época, en suma, Karolyi hacía causa común con los comunistas húngaros, de igual suerte que Kerensky hacía causa común con los capitalistas y aun con los monarquistas rusos.

Esta nota anecdótica contribuye a delinear, a fijar la personalidad de Karolyi, y por esto la he intercalado en mi disertación. Pero volvamos ahora a la historia ordenada de la Revolución. Examinemos el gobierno precario de Karolyi.

Al gobierno de Karolyi en Hungría –no obstante la disimilitud, la diferencia moral entre uno y otro líder– le acontecía aproximadamente lo mismo que al gobierno de Kerensky en Rusia. No representaba los ideales y los intereses del capitalismo, y tampoco representaba los ideales y los intereses del proletariado. Los soldados de vuelta del frente y de la guerra, querían un pedazo de tierra. Las viudas y los huérfanos de los caídos y los inválidos reclamaban el auxilio pecuniario del Estado. Y el gobierno de Karolyi no podía satisfacer ni una ni otra demanda porque únicamente a expensas de la burguesía, a expensas del capitalismo, era posible satisfacerlas. Pero estas demandas insatisfechas, crecían día a día cada vez más exasperadas. El proletariado húngaro adquiría una conciencia revolucionaria. Surgían aquí y allá consejos de fábrica. El ala izquierda del proletariado rompió con los social-democráticos colaboracionistas y constituyó un Partido Comunista acaudillado por Bela Kun. Este Partido Comunista, al igual que los espartaquistas alemanes, preconizaba la ejecución del programa maximalista. Algunas fábricas fueron ocupadas por los obreros. Esta creciente ola revolucionaria alarmaba, por supuesto en grado extremo, a los elementos reaccionarios. El capitalismo sentía amenazada la propiedad privada de las tierras y de las fábricas y organizaba rápida y activamente la reacción. Los nobles, los latifundistas, los jefes militares, la extrema derecha en una palabra, se aprestaban para derrocar al débil gobierno de Karolyi, que no contentaba a las masas proletarias, pero tampoco garantizaba debidamente la seguridad del capitalismo.

Simultáneamente, la situación internacional conspiraba también contra el gobierno de Karolyi. Eran los días del armisticio y de la gestación de la paz. Las potencias aliadas eran adversas a la constitución de una Hungría fuerte, o, más bien, estaban interesadas en que Yugoslavia, por una parte, y Checoeslavia, por otra, se engrandecieran a costa del territorio húngaro. Los elementos nacionalistas exigían de Karolyi una política enérgicamente reivindicacionista. Cada pérdida de terreno de Karolyi en el terreno internacional, era una pérdida de terreno en el terreno de la política interna.

Y llegó un día fatal para el gobierno de Karolyi. Los gobiernos aliados le notificaron, por medio de su representante en Budapest, el Teniente Coronel Vyx, que las fronteras de entonces de Hungría debían ser consideradas como definitivas. Estas fronteras significaban para Hungría la pérdida de enormes territorios. Karolyi no podía someterse a estas condiciones. Si lo hubiera hecho, una revuelta chauvinista lo habría traído abajo en pocos días. No le quedó, pues, más camino que la dimisión, el abandono del poder, del cual se apoderó inmediatamente el proletariado. Frecuentemente se ha acusado a Karolyi de traición del orden burgués. Se le ha acusado de haber entregado el gobierno a la clase trabajadora. Pero, en realidad, los acontecimientos fueron superiores a la voluntad de Karolyi y a toda voluntad individual. De un lado la ola reaccionaria, y de otro lado la ola revolucionaria amenazaban el gobierno de Karolyi, condenado, por consiguiente, a desaparecer tragado por la una o por la otra. A un mismo tiempo, se preparaban para el asalto al poder la reacción y la revolución. Y bien, la hora era de la revolución. Abierto por el gobierno de Karolyi, el período revolucionario tenía que tocar a su máximo, tenía que llegar a su plenitud, antes de declinar. Y, cuando Karolyi dimitió, el proletariado se apresuró a recoger en sus manos el poder, para evitar que se enseñorease en él la reacción de la nobleza y de la burguesía más retrógrada.

Surgió así el gobierno de Bela Kun. El 21 de marzo de 1919, o sea a menos de cinco meses de la constitución del gobierno de Karolyi, se constituyó el Consejo Gubernativo Revolucionario que declaró a Hungría República Sovietista.

A la creación de este gobierno revolucionario concurrieron comunistas y social democráticos. Y este es el signo que distingue la revolución comunista húngara de la revolución comunista rusa. La dictadura del proletariado fue asumida en Rusia exclusivamente por el Partido Maximalista, con la neutralidad benévola de los social-revolucionarios de izquierda, pero con la aversión de los social-revolucionarios de derecha y centro y de los mencheviques. En Hungría, en cambio, la dictadura del proletariado fue ejercida por los comunistas y social-democráticos juntos. Aparentemente, esto daba fuerza al gobierno obrero de Hungría porque, en virtud del entendimiento entre comunistas y social-democráticos, ese gobierno obrero representaba a la unanimidad del proletariado, a la unanimidad más uno. Todas las grandes tendencias proletarias en el poder; pero esto era, también, la debilidad de la República Sovietista Húngara.

El Partido Social Democrático no tenía suficiente conciencia revolucionaria. Su masa dirigente estaba compuesta de elementos reformistas, mental y espiritualmente adversos al maximalismo. Estos elementos provenían de la burocracia de los sindicatos. Eran viejos organizadores sindicales, envejecidos en la acción minimalista y contingente de la vida sindical, supersticiosamente respetuosos de la fuerza de la burguesía, desprovistos de capacidad y de voluntad para colaborar solidariamente con los maximalistas, a quienes tachaban de jóvenes, inexpertos, de extremistas. ¿Por qué entonces los social-democráticos húngaros cooperaron y participaron decisivamente en la revolución? La explicación está en la situación política de Hungría, bajo el gobierno de Karolyi, que he descrito anteriormente. El gobierno de Karolyi, en el cual participaron los social-democráticos, estaba irremisiblemente condenado a caer arrollado por la revolución o por la reacción. Los social-democráticos se vieron, pues, en la necesidad de elegir entre la revolución comunista y la reacción feudalista y aristocrática, y, naturalmente, tuvieron que optar por la revolución comunista. Algo más, tuvieron que apresurarla para eliminar el peligro de que la reacción ganase tiempo. Cuando dimitió Karolyi, el directorio del Partido Comunista estaba en la cárcel. Los social-democráticos y los líderes comunistas trataron y pactaron entre ellos, pero, los primeros desde el poder, los segundos desde la prisión. Alrededor de los líderes comunistas estaba la mayoría de las masas, decidida a la revolución. Los social-democráticos no capitulaban, luego, ante los líderes comunistas; capitulaban ante la mayoría del proletariado. Se rendían a la voluntad de las masas. Su capitulación fue, en apariencia, completa. Los social-democráticos aceptaron íntegramente la ejecución del programa comunista. Pero la aceptaron sin convencimiento, sin fe, sin verdadera adhesión mental ni moral. La aceptaron, constreñidos, empujados, presionados por las circunstancias. En cambio de su adhesión al programa de los comunistas, no demandaron sino el derecho de participar en su realización.

Les dijeron a los comunistas: “Nosotros aceptamos vuestro programa; pero queremos colaborar en el gobierno destinado a ejecutarlo”. Era una demanda lógica, era una demanda natural y era una demanda lícita. Los comunistas accedieron a ella. Y este fue su primer error. Porque, en virtud del carácter de la coalición social-democrático-comunista, el gobierno soviético de Hungría resultó un gobierno híbrido, un gobierno mixto, un gobierno compuesto. El programa de este gobierno obrero era de un color uniforme; pero los hombres encargados de cumplirlo eran de dos colores diferentes. Una parte del gobierno quería de veras la realización del programa, sentía su necesidad histórica; otra parte del gobierno no creía íntimamente en la posibilidad de la realización de ese programa, lo había admitido a regañadientes, sin optimismo, sin confianza. Los social-democráticos, en su mayoría, veían en la revolución general europea la única esperanza de salvación de la revolución proletaria húngara. Carecían de preparación intelectual y espiritual para defender a la revolución proletaria húngara, aun en el caso de que el proletariado de las grandes potencias europeas no respondiese al llamamiento, a la incitación de la Revolución

Rusa. Esta es la causa espiritual, esta es la causa moral del fin de la dictadura del proletariado en Hungría.

Durante sus breves meses de existencia, a pesar del sabotaje sordo de los social-democráticos, el gobierno de Bela Kun desarrolló, en gran parte, el programa económico y social del proletariado. Procedió a la expropiación de los latifundios y haciendas, de los medios de producción y de los establecimientos industriales. Los latifundios, las haciendas, antigua propiedad de la aristocracia húngara, fueron entregados a los campesinos, organizados en cooperativas de producción. En cada latifundio, en cada hacienda, en reemplazo del propietario feudal, surgió una cooperativa. Al mismo tiempo, se atendió solícitamente a las víctimas de la guerra, cuyas demandas no habían podido ser satisfechas por el gobierno de Karolyi, entrabado por sus miramientos y sus respetos al régimen capitalista. Los inválidos, los mutilados, las viudas, los huérfanos y los desocupados fueron socorridos. Los sanatorios de lujo fueron transformados en hospitales populares. Los palacios, los castillos y los chalets de los aristócratas fueron destinados al alojamiento de los inválidos, de los viejos o de los niños proletarios enfermos. Simultáneamente, se reorganizaba clasísticamente, revolucionariamente, la instrucción pública, la cultura general, para convertirlas en instrumentos de educación socialista. Y para que la cultura, la capacidad técnica, antes patrimonio exclusivo de la burguesía, se socializasen a beneficio del proletariado.

Pero contra el gobierno de Bela Kun conspiraban, de una parte el escepticismo y la resistencia de los social-democráticos, de otra parte las asechanzas de las potencias vencedoras. Las potencias capitalistas miraban en Hungría soviética un peligroso foco de propagación de la idea comunista. Y se esforzaban en eliminarlo, empujando contra la República Húngara a las naciones vecinas, colocadas bajo la tutela de la Entente vencedora. En tanto los social-democráticos limitaban y entrababan las medidas del gobierno obrero contra los preparativos y complots reaccionarios. Encastillados en sus prejuicios democráticos y liberales, en su superstición de la libertad, los social-democráticos no consentían que el gobierno suspendiese las garantías individuales para los aristócratas, burgueses y militares conspiradores. El Ministro de Justicia del gobierno de Bela Kun era un social-democrático. Un social-democrático que parecía más preocupado de amparar la libertad de los elementos contrarrevolucionarios que de defender la existencia de la revolución.

La Revolución Húngara es atacada, por ende, en dos frentes, en el frente externo y en el frente interno. Externamente, la amenazaba la intervención contrarrevolucionaria de las potencias aliadas, que bloqueaban económicamente a Hungría para sitiarse por hambre. Internamente, la amenazaba la impreparación revolucionaria de la social-democracia, la inconsistencia revolucionaria de una de las bases, de los soportes fundamentales de la Revolución, de uno de los dos partidos del gobierno.

En estas condiciones llegó el gobierno de Bela Kun, inaugurado el 21 de marzo, a la mitad de abril. Hacia la mitad de abril Rumania, uno de los peones de la Entente en esta gran partida política, invadió Hungría. Las tropas rumanas se apoderaron de la mejor zona agrícola de Hungría. Y avanzaron hasta el río Tibisco amenazando Budapest. Casi simultáneamente, los checos se movieron también contra la República Húngara. El ejército checo penetró en territorio húngaro, llegando a setenta u ochenta kilómetros tan sólo de Budapest. El instante era crítico. El 2 de mayo, en una sesión dramática del Consejo Obrero de Budapest, Bela Kun expuso la situación. Y planteó la siguiente cuestión: ¿Convenía organizar la resistencia o convenía rendirse a las potencias aliadas? Muchos social-democráticos se pronunciaron por la segunda tesis, pero el Consejo Obrero se adhirió a la tesis de Bela Kun. Había que resistir hasta el fin. No cabía sino una victoria completa o una derrota completa de la Revolución. No era posible un término medio. Capitular ante las

potencias capitalistas, era renunciar totalmente a la Revolución y a sus conquistas. El Consejo Obrero votó por la resistencia a todo trance. Y el gobierno puso manos a la obra, los obreros de las fábricas de Budapest, la vanguardia del proletariado húngaro, constituyeron un gran ejército rojo que detuvo a la ofensiva de los rumanos e infligió una derrota total a los checo-eslavos. Los revolucionarios húngaros penetraron en Checo-eslavia ocupando una gran porción del territorio checo-eslavo. El instante se tornaba crítico para la ofensiva aliada contra Hungría soviética. Cundían en el ejército checo-eslavo gérmenes revolucionarios.

La astuta diplomacia capitalista cambió entonces de táctica. Las potencias aliadas invitaron a Hungría a retirar el ejército rojo del territorio checoslavo, ofreciéndole en compensación el retiro del ejército rumano del territorio ocupado más allá del río Tibisco. Los social-democráticos se pronunciaron por la aceptación de esta propuesta, y explotaron la impopularidad de la prosecución de la guerra en el ánimo del proletariado, agotado por los cinco años de fatigas bélicas. Los comunistas no pudieron contrarrestar enérgicamente esta propaganda. Faltaban de Budapest, los elementos más numerosos y combativos del Partido Comunista, enrolados voluntariamente en el ejército rojo. La vanguardia del proletariado de Budapest estaba en el frente combatiendo contra los enemigos externos de la Revolución. El gobierno y el Congreso de los soviets, bajo la influencia de la atmósfera social-democrática de Budapest, acabaron, por esto, inclinándose ante la propuesta aliada. El ejército rojo se retiró de Checoeslavia, descontento y deprimido en su voluntad combativa. Y su sacrificio fue inútil, las potencias aliadas no cumplieron, por su parte, su compromiso. Los rumanos no se retiraron del territorio húngaro. Esta decepción, este fracaso descorazonaron inmensamente al proletariado húngaro, cuya fe revolucionaria era minada, de otro lado por la propaganda derrotista de los social-democráticos, quienes empezaron a negociar secretamente con los representantes diplomáticos de las potencias aliadas una solución transaccional. La reacción entre tanto, se aprestaba para el asalto al poder. El 24 de junio los elementos reaccionarios, unidos a trescientos alumnos de la escuela militar, se adueñaron de los monitores del Danubio. Esta sedición fue dominada, pero los tribunales revolucionarios trataron con excesiva generosidad a los sediciosos. Los trescientos oficiales alumnos rebeldes fueron perdonados. Trece instigadores y organizadores de la insurrección fueron condenados a muerte; pero, cediendo a la presión de las misiones diplomáticas aliadas, se acabó también por indultarlos.

El régimen comunista, en tanto, continuaba luchando con enormes dificultades. A causa del bloqueo, por una parte, y a causa de la ocupación rumana de la fértil región agrícola del Tibisco, por otra, escaseaban las provisiones. Los víveres disponibles no bastaban para el abastecimiento total de la población. Esta escasez contribuía a crear un ambiente de descontento y de desconfianza en el régimen comunista. El gobierno de Bela Kun decidió entonces intentar una ofensiva contra los rumanos para desalojarlos de los territorios de más allá del Tibisco. Pero esta ofensiva, iniciada el 20 de julio, no tuvo suerte. El ejército rojo, descorazonado por tantas decepciones, fue rechazado y derrotado por el ejército rumano. Este revés militar condenó a muerte al régimen comunista.

Los líderes social-democráticos y sindicales entraron en negociaciones formales de paz con las misiones diplomáticas aliadas. Estas misiones prometieron el reconocimiento de un gobierno social-democrático. Pusieron en suma, como precio de la paz, la eliminación de los comunistas y la destrucción de su obra. El partido Social-Democrático y los sindicatos, con la ilusión de que un gobierno social-democrático, protegido por las misiones diplomáticas aliadas, podría conservar el poder, aceptaron las condiciones de la Entente. Y cayó así el gobierno de Bela Kun.

El 2 de agosto, el Congreso de Comisarios del Pueblo abdicó el mando. Lo reemplazó un gobierno social-democrático. Este gobierno social-democrático, para contentar y satisfacer

a las potencias aliadas, derogó las leyes del gobierno comunista. Restableció la propiedad privada de las fábricas, de los latifundios y las haciendas; restableció la libertad de comercio; restableció en sus cargos gubernativos a los funcionarios y empleados de la administración burguesa; restableció, en suma, el régimen capitalista, individualista y burgués. Pero, con todo, este gobierno social-democrático no duró sino tres días. Vencida la Revolución, el poder tenía que caer inevitablemente en manos de la reacción, y así fue. El gobierno social-democrático no duró sino el tiempo indispensable para abolir la legislación comunista y para que la aristocracia, el militarismo y el capitalismo organizaran el asalto al poder. Los social-democráticos no podían resistir la ola reaccionaria, no contaban ni aun con las masas desengañadas del gobierno democrático desde su primera hora de vida, desde que emprendió la destrucción de la obra de la revolución. Tuvieron que caer al primer embate de los reaccionarios.

Así concluyó el régimen comunista en Hungría. Así nació el gobierno reaccionario del Almirante Horthy. Así empezó el martirio del proletariado húngaro. Nunca una revolución proletaria fue tan cruelmente castigada, tan brutalmente reprimida. El gobierno de Horthy se dio, en cuerpo y alma, a la persecución de todos los ciudadanos que habían participado en la administración comunista. El terror blanco asoló Hungría como un horrible flagelo. Se ensañó primero contra los comunistas, luego contra los social-democráticos, más tarde contra los hebreos, masones, protestantes, finalmente contra los propios burgueses sospechosos de excesiva devoción liberal y democrática. Pero se encarnizó, sobre todo, contra el proletariado. Las ciudades y los pueblos culpables de entusiasmo revolucionario bajo el gobierno comunista fueron espantosamente castigados. En las regiones transdanubianas algunas localidades, caracterizadas por su sentimiento comunista, fueron verdaderamente diezmadas. Innumerables trabajadores eran fusilados o masacrados; otros eran encarcelados; otros eran obligados a emigrar para escapar de análogos castigos o de constantes maltratos. A Austria, a Italia llegaban todos los días numerosos contingentes de prófugos, ejércitos de trabajadores que abandonaban Hungría huyendo del terror blanco. Viena estaba llena de refugiados húngaros. Y en casi todas las principales ciudades italianas recorridas por mí, entonces, los refugiados húngaros eran también legión.

Toda descripción del terror blanco en Hungría resultará siempre pálida en relación con la realidad. A partir de agosto de 1919 en Hungría se han sucedido los fusilamientos, los descuartizamientos, los apresamientos, los incendios, las mutilaciones, los estupro, los saqueos, como medios de represión y de castigo al proletariado. Ha sido necesario que la sed de sangre de los reaccionarios se calme y que un grito de horror de hombres civilizados de Europa la cohiba, para que los crímenes y las persecuciones disminuyan y enrarezcan.

Tengo a la mano un libro que contiene algunos relatos sobre el terror blanco en Hungría.

Pero estos relatos podrían parecer exagerados a los corazones de los burgueses. Se dirá que esta es una versión italiana y que los italianos son siempre, como buenos latinos, excesivos y apasionados en sus impresiones. Mas ocurre que las mismas cosas, aproximadamente, han sido contadas por una comisión de los Trade Unions y del Partido Laborista Inglés, que visitó Hungría en mayo de 1920, para informarse directamente de lo que allí pasaba. El dictamen de la comisión británica es de una circunspección ejecutoriada, y, muchos más, el dictamen de una comisión de personas muy moderadas, muy graves y muy concienzudas de las Trade Unions y del Labour Party. Formaban la delegación inglesa el Coronel Wedgwood miembro de la Cámara de los Comunes, y cuatro miembros distinguidos de la burocracia de las Trade Unions y del Labour Party. La delegación no pudo, naturalmente, recorrer toda Hungría. No visitó sino Budapest y uno que otro centro poblado importante. Durante su visita, además, hubo una tregua prudente del terror blanco. El gobierno reaccionario de Horthy trató de encubrir las cosas en lo posible. Los medios de información de la delegación fueron, en una palabra, limitados, insuficientes para el

conocimiento de la verdadera magnitud, de la verdadera realidad del terrorismo de las bandas de Horthy. El dictamen de la Comisión inglesa, por consiguiente, es una pálida, una benévola narración de los acontecimientos húngaros. Peca de moderación, peca de optimismo, sin embargo corroboran las afirmaciones del libro del cual acabo de leer una página. Según los cálculos de la comisión, en la época en que ella estuvo en Hungría, el número de presos y detenidos políticos era al menos de doce mil. Según las informaciones oficiales eran de seis mil. El gobierno de Horthy confesaba que tenía encarceladas a seis mil personas por motivos políticos. En su informe, la Comisión refiere que le había sido asegurado que el número complejo de personas arrestadas o detenidas era superior a 25,000.

El informe de la Comisión británica contiene varias anécdotas atroces del terror blanco en Hungría. Voy a dar lectura a una de ellas para que os forméis una idea de la ferocidad con que se perseguía a los miembros y funcionarios del gobierno comunista y hasta a sus parientes. Es el caso de la señora Hamburger. El informe de la comisión dice así:

¿Para qué seguir? Ya sabéis cómo actuaba el 'terror' rojo en Hungría. Ya sabéis muchas cosas que nos han contado los cablegramas de los diarios, tan pródigos en detalles espeluznantes cuando se trata de narrar un fusilamiento en la Rusia de los Soviets.

El gobierno de Horthy semeja una misión pavorosa de la Edad Media. No en balde sus características son, precisamente, las de intentar restablecer en Hungría el medioevalismo y el feudalismo. La reacción en Hungría no es sólo enemiga del socialismo y del proletariado revolucionario. Es, además, enemiga del capitalismo industrial. Como el capitalismo industrial, como las fábricas, como la gran industria crean el proletariado industrial, el proletariado organizado de la ciudad, o sea el instrumento de la revolución social, la reacción húngara detesta instintivamente el capitalismo industrial, las grandes fábricas, la gran industria. El gobierno de Horthy es el imperio despótico y sanguinario del feudalismo agrícola, de los terratenientes y de los latifundistas. Horthy gobierna Hungría con el título de Regente, porque para la reacción Hungría sigue siendo un reino. Un reino sin rey, pero un reino siempre. Hace año y medio, como recordaréis, Carlos de Austria, ex-Emperador de Austria-Hungría, hijo de Francisco José, fue llamado por los monarquistas húngaros para restaurar la monarquía en Hungría. El plan abortó porque a la restauración de la dinastía de los Hapsburgos, de la antigua casa reinante de Austria-Hungría, son adversas todas las naciones independizadas a consecuencia de la disolución del Imperio Austro-Húngaro, temerosas de que, instalada en Hungría, la monarquía acabe por constituir el antiguo Imperio. Abortó, además, porque a la restauración de la monarquía en Hungría es adversa, por las mismas razones, Italia, alarmada de la posibilidad de que renazca el Imperio Austro-Húngaro. Todas estas naciones opusieron su veto a la reposición de Carlos en el trono de Hungría. Finalmente, insurgieron contra esta reposición los campesinos no aristócratas, hostiles al socialismo, pero hostiles igualmente al viejo régimen.

Por esto, no tenemos actualmente a Hungría transformada en una monarquía, absoluta, medioeval y feudal, con un rey a la cabeza. Pero, de hecho, el régimen del regente Horthy es un régimen absoluto, medioeval y feudal. Es el dominio del latifundio sobre la industria; es el dominio del campo sobre la ciudad. Hungría a consecuencia de este régimen, está empobrecida. Su moneda depreciada carece de expectativas de convalecencia y de estabilización. La miseria del proletariado intelectual y manual es apocalíptica. Un periodista me dijo en Budapest, en junio del año pasado, que en esta ciudad existía gente que no podía comer sino interdiariamente, un día sí y un día no. Ese pobre periodista, que era sin duda un ser privilegiado al lado de otros trabajadores intelectuales, parecía afligido por el hambre y la miseria. Conocí luego a un intelectual, autor de varios estudios sobre estética musical, que actuaba de portero en una casa de vecindad. La miseria lo había obligado a

aceptar la función de portero. He ahí, en el orden económico, las consecuencias de la reacción y del terror blanco.

Pero un período de reacción, un período de absolutismo, no puede ser sino un período transitorio, un período pasajero. Una nación contemporánea, y mucho más una nación europea, no pueden retrogradar a un sistema de vida primitivo y bárbaro. Una resurrección del feudalismo y del medioevalismo no puede ser duradera. Las necesidades de la vida moderna, la tendencia de las fuerzas productivas, la relación con las demás naciones no consienten la regresión de un pueblo a un régimen anti-industrial ni anti-proletario.

Gradualmente, se reanima ya en Hungría el movimiento proletario. El Partido Social-Democrático, los sindicatos, conquistan de nuevo su derecho a una existencia legal. Al parlamento húngaro han ingresado algunos diputados socialistas, tímidamente socialistas al fin y al cabo. El Partido Comunista, condenado a una vida ilegal y clandestina, prepara sigilosamente la hora de su reaparición. Algunos elementos democráticos o liberales de la burguesía empiezan también a moverse y a polarizarse. Temeroso de este renacimiento de las fuerzas proletarias y de las fuerzas democráticas, se ha organizado, por eso, en Hungría, una banda fascista. Su caudillo es el famoso reaccionario Friedrich. Todo es sintomático.

Como ya dije a propósito de la Revolución Alemana, una revolución no es un golpe de estado, no es una insurrección, no es una de aquellas cosas que aquí llamamos revolución por uso arbitrario de esta palabra. Una revolución no se cumple sino en muchos años. Y con frecuencia tiene períodos alternados de predominio de las fuerzas revolucionarias y de predominio de las fuerzas contra-revolucionarias. Así como el proceso de una guerra es un proceso de ofensivas y contraofensivas, de victorias y derrotas, mientras uno de los bandos combatientes no capitule definitivamente, mientras no renuncie a la lucha, no está vencido. Su derrota es transitoria; pero no total. Y, conforme a esta interpretación de la historia, la reacción, el terror blanco, el gobierno de Horthy no son sino episodios de la lucha de clases en Hungría, un capítulo ingrato de la Revolución Húngara. Este capítulo llegará algún día a su última página. Y empezará entonces un capítulo más, un capítulo que, tal vez sea el capítulo de la victoria del proletariado húngaro. El gobierno de Horthy es para el proletariado húngaro una noche sombría, una pesadilla dolorosa. Pero esta noche sombría, esta pesadilla dolorosa pasarán. Y vendrá entonces la aurora.

El próximo viernes, conforme al programa de este curso de conferencias, hablaré sobre la conferencia y el tratado de Paz de Versalles. Haré la historia, la exposición y la crítica de ese tratado de paz que, como sabéis, no ha resultado un tratado de paz sino un tratado de guerra. Expondré la fisonomía moral, el perfil ideológico de ese documento, fresco todavía y, ya totalmente desacreditado, tumba y lápida de las candidas ilusiones democráticas del Presidente Wilson.

Anexo 3

Octava Conferencia – “La actualidad política alemana”¹⁰

Las notas del autor:

Los grandes grupos políticos alemanes son: pangermanistas, populistas, católicos, demócratas, socialistas, comunistas. Organización Cónsul, Organización Eschrich, fascismo bávaro de Hitler y Ludendorff.

Antecedentes de la situación actual. La caída del gabinete Wirth. La constitución del gabinete Cuno. Retorno al gobierno de los populistas de Hugo Stinnes. Posición de los socialistas frente a este gobierno. Efectos de la ocupación del Ruhr en la política alemana. La crisis alemana actual no es sino la exasperación de la crisis política originada por el fracaso de la colaboración de la social-democracia con la burguesía. La renuncia de Cuno. El gabinete Stressemann. Hilferding, Ministro de Finanzas.

El separatismo renano. Las fracciones separatistas de Smeets y Porten. Su agitación y su próxima fusión. El auspicio francés.

Las consecuencias de la ocupación del Ruhr en la economía alemana. La catástrofe del marco. Imposibilidad de que Alemania, mutilada, fraccionada; se reorganice. Una nación constituye un organismo vivo. No es posible lesionarlo ni herirlo sin trastornar, sin desordenar su funcionamiento. La ocupación del Ruhr condena a Alemania a la ruina, a la miseria. Pero una Alemania arruinada significa un agravamiento de la crisis económica europea. No pueden coexistir naciones moribundas, naciones hambrientas y naciones vitales, naciones plétóricas. El organismo económico del mundo se ha hecho demasiado solidario para que esto ocurra. Una nación primitiva; insignificante, poco evolucionada económicamente puede caer, en la miseria sin afectar sensiblemente a las demás naciones del continente. Pero una nación de un dinamismo internacional tan complejo y tan vasta no puede ser abatida y destruida sin daño mortal para sus vecinos. Los problemas de la paz han descubierto esta solidaridad de vencedores y vencidos que impide a los primeros aplastar a los segundos.

Las causas verdaderas de la ocupación del Ruhr. Los chauvinistas, los nacionalistas, quieren el aniquilamiento de Alemania. Tienen la pesadilla de la reconstrucción alemana, de la revancha alemana. Los metalúrgicos aspiran a la posesión del carbón alemán. La prensa de los metalúrgicos explota el patriotismo de las clases Pequeño-burguesas. El block nacional, el Block de izquierdas y los comunistas.

El programa de Stinnes: la supresión de la jornada de ocho horas, la reducción del Personal del Estado, la entrega de los ferrocarriles a empresas privadas. En una palabra, la abolición, la derogación de todas las conquistas del programa mínimo socialista. Una coalición burguesa carece de fuerza para actuar este plan.

La disensión en la social-democracia. La tendencia de derecha y la tendencia de izquierda. El temor a la concurrencia comunista.

¹⁰ Mariátegui. J.C. (24 de agosto de 1923). [Octava conferencia. Notas del autor. La actualidad política alemana]. Archivo José Carlos Mariátegui. https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/octava%20conferencia.htm

Ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial 1923-2023

La política de los comunistas alemanes Dacussig, Stöcker. Los consejos de fábrica. El frente único proletario. El gobierno obrero. La estatización del 51 por ciento de las empresas, bajo el control de los trabajadores. Los social-democráticos y sus aprehensiones y miedos.

El fenómeno nacionalista. El pauperismo de las clases medias y pequeño-burguesas. La miseria de los intelectuales. Radek propone que se combata al fascismo no sólo con armas bélicas sino también con armas políticas. La clase media, dominada por el recuerdo de su pasado bienestar, tiende al restablecimiento del antiguo régimen. Le falta una mentalidad de clase, una conciencia de clase. Un gobierno de la clase inedia no puede desenvolver sino una política capitalista. La clase media necesita incorporarse en la clase capitalista o en la clase asalariada. No cabe para ella una posición media ni independiente.

¿Cuales son las perspectivas de la hora presente? No es probable una rectificación inmediata de la política francesa. La ocupación del Ruhr seguirá, pues; desorganizando, empobreciendo y arruinando a Alemania. Se habla de la posibilidad de que los industriales alemanes y los industriales franceses se coordinen y se arreglen. Esta alianza del capitalismo francés con el capitalismo alemán no se liaría sino a expensas de la clase trabajadora. Ya ha habida preludeos de una inteligencia de esta naturaleza: el convenio Loucheur Lubersac. Esta inteligencia inquietaría a Inglaterra. La industria alemana y la industria francesa constituirían un formidable block continental. Igualmente se habla de la posibilidad de que Inglaterra proponga la constitución de un conglomerado anglo-franco-alemán. Mussolini finalmente sueña con un block continental: Alemania, Francia e Italia, Pero todos estos proyectos tropiezan con la dificultad de los egoísmos nacionalistas. Cada potencia suspira por una alianza dentro de la cual le toque la parte del león. La atmósfera dejada por la guerra es una atmósfera emponzoñada y asfixiante. Está envenenada por odios, rencores y pasiones egoístas. El razonamiento de que el sentido común, el interés común, predominara en la mentalidad de los diversos grupos capitalistas de Europa, es un razonamiento que desconoce la influencia oscura y misteriosa, pero decisiva que tienen en la marcha de la historia los factores psicológicos.



**“Historia de la Crisis Mundial”
(1923-2023)
Ciclo de lectura, debate y prospectiva**

**Materiales de trabajo
Quinta Sesión**

Guía de trabajo para
la quinta sesión

Los arreglos postbélicos. p. 2

Conferencias:
**La Paz de Versalles y la Sociedad de las
Naciones**
(pronunciada el 31 de agosto de 1923) p. 8

Los problemas económicos de la paz
(pronunciada el 14 de septiembre de 1923) p. 16

Organiza:



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUR



Segundo ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial:

Quinta sesión

Los arreglos post bélicos

I

Contra la idea, atribuida a Gandhi, de que “la paz es hija de la justicia”, en la historia de la humanidad la “paz” ha sido hija de la guerra. Para ser más precisos: los tratados de paz se han firmado después de grandes conflictos armados. En la historia de Europa esta secuencia tiene como hitos la paz de Westfalia (1648), el Congreso de Viena (1814-1815) y la Conferencia de Versalles (1919). Simultáneamente se fue desarrollando la codificación del tema bajo la forma de Derecho Internacional. Se atribuye a Hugo Grocio (1583-1645) el haber puesto los fundamentos de esta disciplina al margen de consideraciones teológicas. En los siglos posteriores los enfoques se diversificaron. Las relaciones internacionales, entendidas como relaciones entre Estados, fueron analizadas desde un punto “descriptivo” (lo que son) o “normativo” (lo que deberían ser). Con lo cual se perfilaron dos grandes campos, con significativas variantes al interior de cada uno de ellos: el realismo que analiza las relaciones internacionales como relaciones de fuerza a partir de los intereses específicos de cada Estado; el utopismo que las entiende como resultado de acuerdos a partir de valores universales compartidos. Uno de los temas intensamente discutidos en la teoría política sobre las relaciones internacionales ha sido el de la posibilidad o no de una institucionalidad internacional vinculante, de un “imperium” universal. Para la Europa moderna los antecedentes eran el Imperio Romano y el Sacro Imperio Romano Germánico (que formalmente existió hasta 1806 aun cuando su “imperium” real se debilitó de manera acelerada desde fines del siglo XVI). A partir del s XVII, desde diversas perspectivas, se planteó más bien la posibilidad de una suerte de confederación de Estados capaz de garantizar una deseable “paz perpetua”. Mientras para Hobbes esto se podría argumentar a partir del interés de cada Estado por preservarse, para Rousseau una confederación de Estados moralmente imperfectos sería peligrosa, dependiendo la deseada paz en el nivel de perfección moral de cada uno de los Estados. Kant por su parte fundamentó una propuesta “gradualista” en la cual el requisito es la conformación de Estados republicanos que, en las condiciones reales de su tiempo, a lo más que podrían aspirar sin correr el riesgo de perder sus libertades internas es a una “federación pacífica de pueblos”. El debate doctrinario sobre estos temas ha sido muy intenso en el siglo XX y lo que va del XXI.

El asunto de los tratados internacionales no ocupa un lugar central en la obra de Marx, pero sí existen algunos análisis interesantes. Como es fácil suponer estos análisis toman como punto de partida el curso de la lucha de clases. Un ejemplo es el artículo “Excentricidades de la política” publicado en el New York Daily Tribune, en julio 1855. Allí Marx afirma que el principal resultado del Congreso de Viena fue el establecer el predominio de Rusia sobre la política

européa: “La guerra contra Francia, que era al mismo tiempo una guerra contra la revolución, una guerra anti jacobina, condujo naturalmente a una transferencia de la influencia de Occidente a Oriente, de Francia a Rusia. El Congreso de Viena fue el retoño natural de la guerra anti jacobina; el Tratado de Viena, el producto legítimo del Congreso de Viena; y la supremacía de Rusia, hija natural del Tratado de Viena”.

Se suele ubicar al marxismo en el campo de los enfoques “realistas” acerca de las relaciones internacionales. La centralidad de los intereses, el conflicto y las relaciones de fuerza justifica esta adscripción. Hay, sin embargo, un matiz importante. El marxismo incluye un componente “universalista” que es propio de los enfoques más bien “utópicos”: la afirmación de un sujeto universal, el proletariado, que trasciende a los Estados y cuyos intereses son la base para la configuración de un proyecto de emancipación universal que también va más allá de los Estados. Como veremos, este enfoque está presente en varios momentos de las conferencias que son motivo de esta sesión.

II

Las dos conferencias que proponemos para la conversación durante la siguiente sesión de nuestro ciclo no solo son extraordinarias por el estilo, ágil y profundo a la vez, sino por la cantidad de pistas de reflexión que nos sugieren.

Desde la primera línea, la novena conferencia, “La paz de Versalles y la Sociedad de las Naciones”, explicita un juicio crítico del tratado que culmina con su definición como “tratado de guerra”. Para ello, JCM apeló no solo a las opiniones de estadistas y publicistas diversos -todos ellos del campo de los vencedores- sino también a las evidencias del fracaso de los acuerdos al momento de dictarse la conferencia (agosto de 1923). Antes de detallar su contenido, José Carlos explicitó las razones por las cuales nos debe interesar “el examen de la Paz de Versalles”. Y aquí insertó las tesis básicas de todo el ciclo acerca del “ocaso” del orden burgués y en particular del pacifismo a lo Wilson. En los párrafos siguientes el conferencista retoma y amplía el relato de la capitulación alemana. La tesis básica es que Alemania capituló asumiendo que el marco de referencia eran los 14 puntos de Wilson (ver en anexo una síntesis de los mismos). La mayoría de los grandes actores de la conferencia (en principio, el llamado “Consejo de los Cuatro”, de los cuales fueron tres los decisivos: Wilson, Lloyd George y Clemenceau) no compartían tal perspectiva. Mariátegui nos propone una forma muy original de comprender el proceso de construcción de las decisiones políticas. Para cada personaje identifica el temperamento, su capacidad de sintonía con el momento de su sociedad, el cálculo inmediato y la tensión entre los intereses (burgueses) nacionales y los intereses (burgueses) “universales” (no precisamente la paz sino la estabilidad y reproducción del sistema capitalista). Es particularmente interesante la caracterización de Wilson y su diferencia con sus aliados: “falaces zorros de la política burguesa” ... “los más sagaces y mañosos abogados del mundo”.

El resultado de la negociación entre los tres personajes fue un tratado en las antípodas de los 14 puntos, tal como José Carlos explicó en detalle: amputaciones territoriales, indemnizaciones, restricciones a la soberanía, expropiación de flota mercante, colonias, minas, etc. La presentación no se

quedó en el análisis de los efectos de cada medida, sacó a la luz su carácter contradictorio con la continuidad misma del capitalismo en Alemania e incluso en toda Europa. De ahí la discrepancia entre Inglaterra y Francia en torno a hasta dónde apretar “el nudo corredizo puesto al cuello de Alemania”. ¿Por qué tolero esto Wilson? ¿Hasta qué punto se opuso Lloyd George a estos “excesos”? Para cada una de las preguntas José Carlos propuso respuestas. En un párrafo resume ambas: “El pensamiento de Wilson, en una palabra, era: El tratado es imperfecto; pero la Sociedad de las Naciones lo mejorará. El pensamiento de Lloyd George era: El Tratado es absurdo; pero la fuerza de la realidad, la presión de los hechos se encargará de corregirlo”.

La conferencia culminó con un detallado análisis de la Sociedad de las Naciones, “ilusión de la ideología de Wilson”, y de su fracaso. Más adelante la definió como “Internacional del capitalismo”. Y le reconoció el mérito de ser “un homenaje involuntario de la burguesía a nuestro ideal proletario y clasista del internacionalismo.” Una suerte de coda de la conferencia es la aclaración acerca de su distancia frente a cualquier francofilia o germanofilia: “Mis simpatías están con el proletariado universal.”

III

La otra conferencia propuesta para esta sesión es la décima primera: “Los problemas económicos de la paz”. Los primeros párrafos detallan los daños económicos que significó la guerra, la valoración de su costo (más de un billón de francos oro)¹ y el señalamiento de su causa: “la decadencia del régimen capitalista apresurada por la guerra”. La situación económica postbélica es explicada en clave neoclásica: producir más y consumir menos para ahorrar y pagar las deudas, siendo imposibles tanto lo primero como lo segundo. Y la causa fundamental del entrapamiento la ubica José Carlos en “el agravamiento de la lucha de clases”. Lo que sigue a continuación merece una lectura atenta, es un fino análisis de la dinámica de los conflictos sociales y políticos en la Europa de los años 1920. Para su exposición José Carlos retomó lo que había afirmado en la primera conferencia acerca de la nueva demarcación de campos en el proletariado. Allí, la diferencia entre reformistas y revolucionarios la estableció a partir de la actitud frente a la revolución rusa; aquí, la demarcación se establece en relación con la posible colaboración con la burguesía para la reconstrucción europea: los reformistas colaborarían a cambio de la aceptación de su “programa mínimo”, los revolucionarios se opondrían para garantizar la continuidad de su marcha al logro del programa máximo. A continuación, JCM analizó el campo burgués, su casi unánime oposición a aceptar “el programa mínimo de las clases trabajadoras”; en última instancia la inviabilidad de cualquier acuerdo. La “diferencia” la encontró en el líder británico, Lloyd George. De hecho, en la década previa a la guerra, este político liberal había impulsado un audaz plan de reformas sociales y de impuestos que fueron el inicio del estado de bienestar en el Reino Unido. José Carlos le atribuyó intenciones similares con relación a la Europa de la post guerra.

¹ Equivalentes a 442 mil millones de dólares del año 2023.

Las limitaciones de recursos para la reconstrucción y/o reformas sociales lleva a la necesidad de profundizar el colonialismo capitalista. Aquí también la clave explicativa es la lucha de clases: se trata de desplazar la explotación a aquellas sociedades en las cuales “la guerra social, la lucha de clases ... no existe casi o existe bajo otras formas atenuadas o elementales”. La presentación de la lógica de la expansión colonial del capitalismo es una clara muestra del nivel de asimilación del marxismo por parte de Mariátegui.² Frente a esta ofensiva, Mariátegui identificó un poderoso obstáculo, una “dificultad histórica”: “países coloniales (que) se agitan por conquistar su independencia nacional”. La relación, apenas mencionada, entre “la Rusia de los soviets” y las “insurrecciones nacionalistas” da cuenta del cambio estratégico operado a partir de 1922 en la IC. Y retoma la tesis leninista sobre la cuestión nacional, tema de debate con Rosa Luxemburgo y otros marxistas en la década previa.³ En una posterior conferencia JCM volvió sobre el tema de las revoluciones fuera de Europa. Cabe notar que la conferencia incluyó la rápida presentación de algunos conceptos generales que luego aparecerán en Siete Ensayos, en particular en el primero.

La sección final de la conferencia presenta un análisis detallado de cada uno de “los problemas económicos de la paz”. En primer lugar, las reparaciones. José Carlos sintetizó la historia del asunto, de los cálculos y recálculos del monto y de la capacidad de pago de Alemania. El retraso en los pagos había llevado (en enero de 1923) a la ocupación de la cuenca carbonífera del Ruhr por tropas francesas. La decisión, sin embargo, generó nuevos impasses: costo de la ocupación, caída en la producción de carbón, menos capacidad de pago, riesgo mayor de contagio de la crisis a toda Europa, etc. Una vez más, José Carlos sacó a la luz la tensión entre la voluntad francesa de “aniquilar” Alemania y la necesidad de reconstruir Alemania para garantizar la salud del capitalismo europeo. Años más tarde Mariátegui escribiría: “Francia llevó a Versalles un espíritu nacionalista; Inglaterra un espíritu imperialista.” (27-11-29). La conferencia se cierra con el título apenas de otro problema económico de la paz, “el problema de las deudas interaliadas.” Este asunto fue un mecanismo de redefinición de la hegemonía en el campo de los vencedores, contribuyó a la consolidación de Estados Unidos como la primera potencia mundial.

IV

La lectura atenta y reflexiva de las conferencias seguramente suscitará reflexiones que las vinculen con nuestra actualidad. En la primera sección se han mencionado algunos temas: la teoría y la práctica de los tratados de paz en la modernidad; la posibilidad, alcances y límites, de los acuerdos internacionales bajo las condiciones del capitalismo; el rol del “internacionalismo proletario” como posible factor regulador de las relaciones de fuerza entre los Estados.

Puede ser útil, para captar mejor la peculiaridad de Mariátegui en relación con estos temas, revisar la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional

² Marx desarrolla en tema en los capítulos 25 y 33 del tomo 1 de El Capital.

³ Este asunto fue discutido en la segunda sesión de nuestro primer ciclo.

Comunista sobre el Tratado de Versalles (mayo 1919).⁴ Así mismo, puede revisarse la posición de Lenin sobre la táctica frente al Tratado. En el capítulo VIII de Izquierdismo enfermedad infantil del comunismo, titulado: “¿Ningún compromiso?”, el líder soviético critica al ala izquierda del Partido Comunista Alemán que levantaba la demanda de desconocer el Tratado de Versalles. La argumentación pone en el centro la valoración de la correlación de fuerzas en Alemania y en Europa, así como la centralidad de la cuestión del poder. Con su habitual contundencia Lenin afirma: “Colocar obligatoriamente en primer plano, a toda costa y enseguida la liberación del Tratado de Versalles, antes que la cuestión de liberar del yugo imperialista a los demás países oprimidos por el imperialismo es una manifestación de nacionalismo pequeño-burgués (digno de los Kautsky, Hilferding, Otto Bauer y cía.), pero no de internacionalismo revolucionario”.⁵

En estas notas se ha mencionado varias veces la importancia del análisis de clase, así como sus peculiaridades en el caso de Mariátegui, para el análisis de los procesos y las relaciones internacionales. Este es, sin duda, un asunto de actualidad dada la “infiltración” de visiones geopolíticas en muchos análisis de izquierda. Y, por supuesto, la relación entre movimientos de clase y movimientos nacionales sigue siendo uno de los desafíos teóricos y prácticos, presente de diversas maneras a lo largo del siglo que nos separa de las conferencias del Amauta.

Eduardo Cáceres Valdivia, 3 de febrero 2024

⁴https://www.marxists.org/espanol/tematica/internacionales/comintern/1919/13_v.htm

Lamentablemente la traducción al español es pésima.

⁵<https://centromarx.org/images/stories/PDF/la%20enfermedad%20infantil%20web%20centro%20marx.pdf> página107. Vale la pena leer todo el capítulo y en especial su conclusión.

Anexos

Anexo 1 - Los 14 puntos de Wilson

1. Convenios abiertos y no diplomacia secreta en el futuro.
2. Libertad de navegación en la paz y en la guerra fuera de las aguas jurisdiccionales, excepto cuando los mares quedasen cerrados por un acuerdo internacional.
3. Desaparición, tanto como sea posible, de las barreras económicas.
4. Garantías adecuadas para la reducción de los armamentos nacionales.
5. Reajuste de las reclamaciones coloniales, de tal manera que los intereses de los pueblos merezcan igual consideración que las aspiraciones de los gobiernos, cuyo fundamento habrá de ser determinado.
6. Evacuación de todo el territorio ruso, dándose a Rusia plena oportunidad para su propio desarrollo con la ayuda de las potencias.
7. Plena restauración de Bélgica en su completa y libre soberanía.
8. Liberación de todo el territorio francés y reparación de los perjuicios causados por Prusia en 1871.
9. Reajuste de las fronteras italianas de acuerdo con el principio de la nacionalidad.
10. Oportunidad para un desarrollo autónomo de los pueblos del Imperio austrohúngaro.
11. Evacuación de Rumanía, Serbia y Montenegro, concesión de un acceso al mar a Serbia y arreglo de las relaciones entre los Estados balcánicos de acuerdo con sus sentimientos y el principio de nacionalidad.
12. Seguridad de desarrollo autónomo de las nacionalidades no turcas del Imperio otomano, y el Estrecho de los Dardanelos libres para toda clase de barcos.
13. Declarar a Polonia como un estado independiente, que además tenga acceso al mar.
14. La creación de una asociación general de naciones, a constituir mediante pactos específicos con el propósito de garantizar mutuamente la independencia política y la integridad territorial, tanto de los Estados grandes como de los pequeños.

Anexo 2

Instituto Antequera — Nuestro Resumen del Libro de Keynes: The Economic Consequences of the Peace (Video)

https://www.youtube.com/watch?v=H_kySI72WvE

Conferencias

NOVENA CONFERENCIA LA PAZ DE VERSALLES Y LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES⁶

La Paz de Versalles es el punto de partida de todos los problemas económicos y políticos de hoy. El tratado de paz de Versalles no ha dado al mundo la tranquilidad ni el orden que de él esperaban los Estados. Por el contrario ha aportado nuevas causas de inquietud, de desorden y de malestar. Ni siquiera ha puesto definitivamente fin a las operaciones marciales. Esta paz no ha pacificado al mundo. Después de firmarla, Europa ha continuado en armas. Y hasta ha continuado batiéndose y ensangrentándose parcialmente. Asistimos hoy mismo a la ocupación del Ruhr que es una operación militar. Y que crea entre Francia y Alemania una situación casi bélica. El tratado no merece, por tanto, el nombre de tratado de paz, Merece, más bien, el nombre de tratado de guerra.

Todos los estadistas, que acarician la ilusión de una reconstrucción europea, juzgan indispensable la revisión, la rectificación, casi la anulación de este tratado que separa, enemista y fracciona a las naciones europeas; que hace imposible, por consiguiente, una política de colaboración y solidaridad europeas; y que destruye la economía de Alemania, parte vital del organismo europeo. Con este motivo, el tratado de paz está en discusión permanente. Su sanción, su ratificación, su suscripción resultan provisionales. Uno de los principales beligerantes, Estados Unidos, le ha negado su adhesión y su firma. Otros beligerantes lo han abandonado. Alemania, en vista de la ocupación del Ruhr, se ha negado a seguir cumpliendo las obligaciones económicas que sus cláusulas le imponen. El estudio del tratado es, pues, de gran actualidad.

A los hombres de vanguardia, a los hombres de filiación revolucionaria, el conocimiento y el examen de la Paz de Versalles nos interesa también extraordinariamente. Primero, porque este tratado y sus consecuencias económicas y políticas son la prueba de la decadencia, del ocaso y de la bancarrota de la organización individualista, capitalista y burguesa. Segundo, porque ese tratado, su impotencia y su desprestigio, significan la impotencia y el desprestigio de la ideología democrática de los pacifistas burgueses del tipo de Wilson, que creen compatible la seguridad de la paz con la subsistencia del régimen capitalista.

Veamos qué cosa fue la Conferencia de Versalles. Y qué cosa es el tratado de paz. Tenemos que remontarnos a la capitulación, a la rendición de Alemania. Bien sabéis que Estados Unidos, por boca de Wilson, declararon oficialmente sus fines de guerra, a renglón seguido de su intervención. En enero de 1918, Wilson formuló sus catorce famosos puntos. Estos catorce puntos, como bien sabéis, no eran otra cosa que las condiciones de paz, por las cuales luchaban contra Alemania y Austria las potencias aliadas y asociadas. Wilson

⁶ José Carlos Mariátegui, "La Paz de Versalles y la Sociedad de las Naciones", 31 de agosto de 1923. Archivo José Carlo Mariátegui. [\[Novena Conferencia\] La paz de Versalles y la Sociedad de Naciones - Archivo José Carlos Mariátegui \(mariategui.org\)](#)

ratificó, aclaró y precisó estas condiciones de paz en varios discursos y mensajes, mientras los ejércitos se batían. Inglaterra, Francia e Italia aceptaron los catorce puntos de Wilson. Alemania estaba entonces en una posición militar ventajosa y superior. Como he explicado en mis anteriores conferencias, la propaganda wilsoniana debilitó primero y deshizo después la fortaleza del frente alemán, más que los refuerzos materiales norteamericanos. Las condiciones de paz preconizadas por Wilson ganaron a la mayoría de la opinión popular alemana. El pueblo alemán dejó sentir su cansancio de la guerra, su voluntad de no seguir batiéndose, su deseo de aceptar la paz ofrecida por Wilson. Los generalísimos alemanes advirtieron que esta misma atmósfera moral cundía en el ejército. Comprendieron que, en tales condiciones morales, era imposible proseguir la guerra. Y propusieron el entablamiento inmediato de negociaciones de paz. Lo propusieron, precisamente, como un medio de mantener la unidad moral del ejército. Porque era necesario, demostrarle al ejército, en todo caso, que el gobierno alemán no prolongaba caprichosamente los sacrificios de la guerra y que estaba dispuesto a ponerles término, a cambio de una paz honrosa. Bajo esta presión, el gobierno alemán comunicó al Presidente Wilson que aceptaba los catorce puntos y que solicitaba la apertura de negociaciones de paz. El 8 de octubre el Presidente Wilson preguntó a Alemania si aceptadas las condiciones planteadas, su objeto era simplemente llegar a una inteligencia sobre los detalles, de su aplicación. La respuesta de Alemania, de fecha 12 de octubre, fue afirmativa. Alemania se adhería, sin reservas, a los catorce puntos. El 14 de octubre, Wilson planteó las siguientes cuestiones previas: las condiciones del armisticio serían dictadas por los consejeros militares de los aliados; la guerra submarina cesaría inmediatamente; el gobierno alemán daría garantías de su carácter representativo. El 20 de octubre Alemania se declaró de acuerdo con las dos primeras cuestiones. En cuanto a la tercera respondió que el gobierno alemán estaba sujeto al control del Reichstag. El 23 de octubre Wilson comunicó a Alemania que había enterado oficialmente a los aliados de esta correspondencia, invitándoles a que, en el caso de que quisiesen la paz en las condiciones indicadas, encargasen a sus consejeros militares la redacción de las condiciones del armisticio. Los consejeros militares aliados, presididos por Foch, discutieron y elaboraron estas condiciones. En virtud de ellas, Alemania quedaba; desarmada e incapacitada para proseguir la guerra. Alemania, sin embargo, se sometió. Nada tenía que temer de las condiciones de paz. Las condiciones de paz estaban ya acordadas explícitamente. Las negociaciones sólo tenían, por finalidad, sino "la protocolización de la forma de aplicarlas.

Alemania capituló, pues, en virtud del compromiso aliado de que la paz se ceñiría a los catorce puntos de Wilson y a las otras condiciones sustanciales enunciadas por Wilson en sus mensajes y discursos. No se trataba sino de coordinar los detalles de una paz, cuyos lineamientos generales estaban ya fijados. La paz ofrecida por los aliados a Alemania era una paz sin anexiones ni indemnizaciones, una paz que aseguraba a los vencidos su integridad territorial, una paz que no echaba sobre sus espaldas el fardo de las obligaciones económicas de los vencedores, una paz que garantizaba a los vencidos su derecho, a la vida, a la independencia, a la prosperidad. Sobre la base de estas garantías Alemania y Austria depusieron las armas. ¡Qué importaba moralmente

que esas garantías no estuviesen aún escritas en un tratado, en un documento suscrito por unos y otros beligerantes! No, por eso, eran menos categóricas, menos explícitas, ni menos terminantes.

Veamos ahora cómo fueron respetadas, cómo fueron cumplidas, cómo fueron mantenidas por los aliados. La historia de la Conferencia de Versalles es conocida en sus aspectos externos e íntimos. Varios de los hombres que intervinieron en la conferencia han publicado libros relativos a su funcionamiento, a su labor y a su ambiente. Son universalmente conocidos el libro de Keynes, delegado económico de Inglaterra, el libro de Lansing, Secretario de Estado de Norteamérica, el libro de Andrés Tardieu, delegado de Francia y colaborador principal de Clemenceau, el libro de Nitti, delegado italiano y Ministro del Tesoro de Orlando. Además, Lloyd George, Clemenceau, Poincaré, Foch, han hecho diversas declaraciones acerca de las intimidades de la conferencia de Versalles. Se dispone, por tanto, de la cantidad necesaria de testimonios autorizados para juzgar, documentadamente, la conferencia y el tratado. Todos los testimonios que he enumerado son testimonios aliados. No deseo recurrir a los testimonios alemanes para que no se les tache de parcialidad, de despecho, de encono.

Todas las potencias participantes enviaron a la conferencia delegaciones numerosas. Principalmente, las grandes potencias aliadas rodearon a sus delegados de verdaderos ejércitos de peritos, técnicos y auxiliares. Pero estas comisiones no intervinieron sino en la elaboración de las cláusulas secundarias del tratado. Las cláusulas sustantivas, los puntos cardinales de la paz, fueron acordados exclusivamente por cuatro hombres: Wilson, Clemenceau, Lloyd George y Orlando. Estos cuatro hombres constituían el célebre Consejo de los Cuatro. Y de ellos Orlando tuvo en las labores del Consejo una intervención intermitente, localista y limitada. Orlando casi no se ocupó de las cuestiones especiales de Italia. La paz fue así, en consecuencia, obra de Wilson, Clemenceau y Lloyd George únicamente. De estos tres hombres, ten sólo Wilson ambicionaba seriamente una paz basada en los catorce puntos y en su ideología democrática. Clemenceau aspiraba, sobre todo, a una paz ventajosa para Francia, dura, áspera, inexorable para Alemania. Lloyd George se oponía a que Alemania fuese tratada inclementemente, no por adhesión al programa wilsoniano sino por interés de que Alemania no resultase expoliada hasta el punto de comprometer su convalecencia y, por consiguiente, la reorganización capitalista de Europa. Pero Lloyd George tenía, al mismo tiempo, que considerar la posición parlamentaria de su gobierno. La opinión pública inglesa quería una paz que impusiese a Alemania el pago de todas las deudas de guerra. El contribuyente inglés no quería que recayesen sobre él las obligaciones económicas de la guerra. Quería que recayesen sobre Alemania. Las elecciones legislativas se efectuaron en Inglaterra antes de la suscripción de la paz. Y Lloyd George, para no ser vencido en las elecciones, tuvo que incorporar en su plataforma electoral esa aspiración del contribuyente inglés. Lloyd George, en su palabra, se comprometió con el pueblo inglés a obligar a Alemania al pago integral del costo de la guerra. Clemenceau, a su turno, era solicitado por la opinión pública francesa en igual sentido. Eran los días delirantes de la victoria. Ni el pueblo francés, ni el pueblo inglés, disponían de serenidad para razonar, para reflexionar: su pasión y su instinto oscurecían su inteligencia, su

discernimiento. Tras de Clemenceau y tras de Lloyd George habían, por consiguiente, dos pueblos que deseaban la expoliación de Alemania. Tras de Wilson, no había, en tanto, un pueblo devotamente solidario con los catorce puntos. Antes bien, la opinión norteamericana se inclinaba, egoístamente, al abandono de algunos anhelos líricos de Wilson. Wilson trataba, con jefes de Estado, parlamentariamente fuertes, dueños de mayorías numerosas en sus cámaras respectivas. A él le faltaba, en tanto, en los Estados Unidos, esta firme adhesión parlamentaria. Tenemos aquí una de las causas de las transacciones y de las concesiones de Wilson en el curso de las conferencias. Pero otra de las causas no era, como ésta, una causa externa. Era una causa interna, una causa psicológica. Wilson se encontraba frente a dos políticos redomados, astutos, expertos en la trapacería, en el sofisma y en el engaño. Wilson era un ingenuo profesor universitario, un personaje un poco sacerdotal, utopista y hierático, un tipo algo místico de puritano y de pastor protestante. Clemenceau y Lloyd George eran, en cambio, dos políticos cautos, consumados y duchos, largamente entrenados para el enredo diplomático. Dos estrategias hábiles y experimentados. Dos falaces zorros de la política burguesa. Keynes dice, además, que Wilson no llevó a la conferencia de la paz sino principios generales, pero no ideas concretas en cuanto a su aplicación, Wilson no conocía detalladamente las cuestiones europeas consideradas por sus catorce puntos. A los aliados les fue fácil, por esto, presentarle la solución en cada una de estas cuestiones con un ropaje idealista y doctrinario. No regateaban a Wilson la adhesión a ninguno de sus principios; pero se daban maña para burlados en la práctica y en la realidad, Redactaban astutamente las cláusulas del tratado, de suerte que dejasen resquicio a las interpretaciones convenientes para invalidar los mismos principios que, aparentemente, esas cláusulas consagraban y reconocían. Wilson carecía de experiencia, de perspicacia para descubrir el sentido de todas las interlíneas, de todos los giros gramaticales de cada cláusula. El tratado de Versalles ha sido, desde este punto de vista, una obra maestra de tinterillismo de los más sagaces y mañosos abogados del mundo. El programa de Wilson garantizaba a Alemania la integridad de su territorio. El Tratado de Versalles separa de Alemania la región del Sarre, poblada por seiscientos mil alemanes. El sentimiento de esa región es indiscutiblemente alemán. El tratado establece, sin embargo, que después de quince años un plebiscito decidirá la nacionalidad definitiva de esa región. En seguida, el tratado amputa a Alemania otras poblaciones alemanas para dárselas a Polonia y a Checoslovaquia. Finalmente decide la ocupación por quince años de las provincias de la ribera izquierda del Rin, que contienen una población de seis millones de alemanes. Varios millones de alemanes han sido arbitrariamente colocados bajo banderas extrañas a su nacionalidad verdadera, en virtud de un tratado que, conforme al programa de Wilson, debió ser un tratado de paz sin anexiones de ninguna clase.

El programa de Wilson garantizaba a Alemania una paz sin indemnizaciones. Y el Tratado de Versalles la obliga, no sólo a la reparación de los daños causados a las poblaciones civiles, a la reconstrucción de las ciudades devastadas, sino también al pago de las pensiones de los parientes de las víctimas de la guerra y de los inválidos. Además, la computación de estas sumas es hecha inapelablemente por los aliados, interesados naturalmente en

exagerar el monto de esas sumas. La fijación del monto de esta indemnización de guerra no ha sido aún concluida. Se discute ahora la cantidad que Alemania está en aptitud de pagar.

El programa de Wilson garantizaba la ejecución del principio de los pueblos a disponer de sí mismos. Y el tratado de paz niega a Austria este derecho. Los austríacos, como sabéis, son hombres de raza, de tradición y de sentimiento alemanes. Las naciones de raza diferente, Bohemia, Hungría, Croacia, Dalmacia, incorporadas antes en el Imperio Austro-Húngaro, han ido independizadas de Austria que ha quedado reducida a una pequeña nación de población netamente germana, netamente alemana. A esta nación, el tratado de paz le niega el derecho de unirse a Alemania. No se lo niega explícitamente, porque el tratado, como ya he dicho, es un documento de refinada hipocresía; pero se lo niega disfrazada e indirectamente. El tratado de paz dice que Austria no podrá unirse a otra nación sin la anuencia de la Sociedad de las Naciones. Y dice, en seguida, en una disposición de apariencia inocente, que el consentimiento de la Sociedad de las Naciones debe ser unánime. Unánime, esto es que si un miembro de la Sociedad de las Naciones, uno solo, Francia, por ejemplo, rehúsa su consentimiento, Austria no puede disponer de sí misma. Esta es una de las astutas burlas de sus catorce puntos, que los gobernantes aliados consiguieron jugar a Wilson en el tratado de paz.

El tratado de paz, por otra parte, ha despojado a Alemania de todos sus bienes inmediatamente negociables. Alemania, en virtud del tratado, ha sido desposeída no sólo de su marina de guerra sino, además, de su marina mercante. Al mismo tiempo, se le ha vetado, indirectamente, la reconstrucción de esta marina mercante, imponiéndosele la obligación de construir en, sus astilleros, durante cinco años, los vapores que los aliados necesiten. Alemania ha sido desposeída de todas sus colonias y de todas las propiedades del Estado alemán existentes en ellas: ferrocarriles, obras públicas, etc. Los aliados se han reservado, además, el derecho de expropiar, sin indemnización alguna, la propiedad privada de los súbditos alemanes residentes en esas colonias. Se han reservado el mismo derecho respecto a la propiedad de los súbditos alemanes residentes en Alsacia y Lorena y en los países aliados o sus colonias. Alemania ha sido desposeída de las minas de carbón del Sarre, que pasan a propiedad definitiva de Francia, mientras a los habitantes de la región se les acuerda el derecho a elegir, dentro de quince años, la soberanía que prefieran. El pretexto de la entrega de estas minas de carbón a Alemania reside en los daños causados por la invasión alemana a las minas de carbón de Francia; pero el tratado contempla en otra cláusula la reparación de estos daños, imponiendo a Alemania la obligación de consignar anualmente a Francia una cantidad de carbón, igual a la diferencia entre la producción actual de las minas destruidas o dañadas y su producción de antes de la guerra. Esta imposición del tratado a Alemania asegura a Francia una cantidad de carbón anual idéntica a la que le daban sus minas antes de la invasión alemana. A pesar de esto, en el nombre de los daños sufridos por las minas francesas durante la guerra, se ha encontrado necesario, además, despojar a Alemania de las minas del Sarre. Alemania, en fin, ha sido desposeída del derecho de abrir y cerrar sus fronteras a quien le convenga. El tratado la obliga a dispensar a las naciones aliadas, sin derecho alguno a reciprocidad, el tratamiento aduanero acordado a la nación

más favorecida. En una palabra, la obliga a que franquee sus fronteras a la invasión de mercaderías extranjeras, sin que sus mercaderías gocen de la misma franquicia aduanera para ingresar en los países aliados y asociados. Para enumerar todas las expoliaciones que el tratado de paz inflige a Alemania necesitaría hablar toda la noche. Necesitaría, además, entrar en una serie de pormenores técnicos o estadísticos, fatigantes y áridos. Basta a mi juicio con la ligera enumeración que ya he hecho para que os forméis una idea de la magnitud de las cargas económicas arrojadas sobre Alemania por el tratado de paz. El tratado de paz ha quitado a Alemania todos los medios de restaurar su economía; ha mutilado su territorio; y ha suprimido virtualmente su independencia y su soberanía. El tratado de paz ha dado a la Comisión de Reparaciones, verdadero instrumento de extorsión y de tortura, la facultad de intervenir a su antojo en la vida económica alemana.

Los aliados han cuidado de que el tratado de paz ponga en sus manos la suerte económica de Alemania. Ellos mismos han tenido que renunciar a la aplicación de muchas cláusulas que les entregaban la vida de Alemania. El tratado, por ejemplo, da derecho a los aliados a reclamar el oro que posee el estado alemán; pero, como este oro es el respaldo de la moneda alemana, los aliados han tenido que abstenerse de exigir su entrega, para evitar que, por falta de respaldo metálico, la moneda alemana perdiese todo valor. El tratado es así, en gran parte, inejecutable. Y tiene por eso toda la virtualidad de un nudo corredizo puesto al cuello de Alemania. Los aliados no tienen sino que tirar de ese nudo corredizo para matar a Alemania. Actualmente la discusión entre Francia e Inglaterra no tiene otro sentido que éste: Francia cree en la conveniencia de asfixiar a Alemania, cuya vida está en sus manos; Inglaterra no cree en la conveniencia de acabar con la vida de Alemania. Teme que la descomposición del cadáver alemán infecte mortalmente la atmósfera europea.

El tratado de paz, en suma, reniega los principios de Wilson, en el nombre de los cuales capituló Alemania. El tratado de paz no ha respetado las condiciones ofrecidas a Alemania para inducirla a rendirse. Los aliados suelen decir que Alemania debe resignarse a su suerte de nación vencida. Que Alemania ha perdido la guerra. Que los vencedores son dueños de imponerle una paz dura. Pero estas afirmaciones tergiversan y adulteran la verdad. El caso de Alemania no ha sido éste. Los aliados, precisamente con el objeto de decidir a Alemania a la paz, habían declarado previamente sus condiciones. Y se habían empeñado solemnemente a respetarlas y mantenerlas. Alemania capituló, Alemania se rindió; Alemania depuso las armas, sobre la base de esas condiciones. No había, pues, derecho para imponer a Alemania, desarmada, una paz dura e inclemente. No había derecho a cambiar las condiciones de paz. ¿Cómo pudo tolerar Wilson este desconocimiento, esta violación de su programa? Ya he explicado en parte este hecho. Wilson, en unos casos, fue colocado ante una serie de tergiversadores hábiles, tinterillescas, hipócritas, de la aplicación de sus principios. Wilson, en otros casos, transigió con los puntos de vista de Francia, Bélgica, Inglaterra, a sabiendas de que atacaban su programa. Pero transigió a cambio de la aceptación de la idea de la Sociedad de las "Naciones. A juicio de Wilson, nada importaba que algunas de sus aspiraciones, la libertad de los mares, por ejemplo, no consiguiese una

realización inmediata en el tratado. Lo esencial, lo importante era que el número cardinal de su programa no fracasase. Ese número cardinal de su programa era la Sociedad de las Naciones. La Sociedad de las Naciones, pensaba Wilson, hará realizable mañana lo que no es realizable hoy mismo. La reorganización del mundo, sobre la base de los catorce puntos, estaba automáticamente asegurada con la existencia de la Sociedad de las Naciones. Wilson se consolaba, en medio de sus más dolorosas concesiones; con la idea de que la Sociedad de las Naciones se salvaba.

Algo análogo pasó en el espíritu de Lloyd George. Lloyd George resistió a muchas de las exigencias francesas. Lloyd George combatió, por ejemplo, la ocupación militar de la ribera izquierda del Rin. Lloyd George se esforzó porque el tratado no mutilase ni atacase la unidad alemana. Pero Lloyd George cedió a las demandas francesas porque pensó que no era el momento de discutir las. Creyó Lloyd George que, poco a poco, a medida que se desvaneciese el delirio de la victoria, se conseguiría la rectificación paulatina de las cláusulas inejecutables del tratado. Por el momento lo que urgía era entenderse. Lo que urgía era suscribir el tratado de paz, sin reparar en muchos de sus defectos. Todo lo que en el tratado existía de absurdo iría desapareciendo sucesivamente en virtud de progresivas rectificaciones y progresivos compromisos. Por lo pronto, urgía firmar la paz. Más tarde se vería la manera de mejorarla y de componerla. No había necesidad de reñir teóricamente sobre las consecuencias del Tratado de Versalles. La realidad se encargaría de constreñir a las naciones interesadas a reconocer esas consecuencias y a acomodar su conducta a las necesidades que esas consecuencias creasen.

El pensamiento de Wilson, en una palabra, será: El tratado es imperfecto; pero a Sociedad de las Naciones lo mejorará. El pensamiento de Lloyd George era: El Tratado es absurdo; pero la fuerza de la realidad, la presión de los hechos se encargarán de corregirlo.

Pero la Sociedad de las Naciones era una ilusión de la ideología de Wilson. La Sociedad de las Naciones ha quedado reducida a un nuevo e impotente tribunal de La Haya. Conforme a la ilusión de Wilson, la Sociedad de las Naciones debía haber comprendido a todos los países de la civilización occidental. Y a través de ellos a todos los países del mundo, porque los países de la civilización occidental serían mandatarios de los países de las otras civilizaciones del Africa, Asia, etc. Pero la realidad es otra. La Sociedad de las Naciones no comprende siquiera a la totalidad de las naciones vencedoras. Estados Unidos no ha ratificado el Tratado de Versalles ni se ha adherido a la Sociedad de las Naciones. Alemania, Austria, Turquía y otras naciones europeas son excluidas de la Sociedad y colocadas bajo su tutelaje. Rusia, que pesa en la economía europea con todo el peso de sus ciento veinte millones de habitantes, no forma parte de la Sociedad de las Naciones. Más aún, domina en ella un régimen antagónico del régimen representado por la Sociedad de las Naciones. Dentro de la Sociedad de las Naciones se reproduciría el peligroso equilibrio continental. Unas naciones se aliarían con otras. La Sociedad de las Naciones debía haber puesto término al sistema de las alianzas. Vemos, sin embargo, que Checoeslavia, Yugoslavia y Rumania han constituido una alianza, la Petite Entente; que los pactos de grupos de naciones se renuevan. La Sociedad de las Naciones, sobre todo, no es tal Sociedad de las Naciones.

Es una sociedad de gobiernos; es una sociedad de Estados, es una liga del régimen capitalista. La Sociedad de las Naciones cuenta con la adhesión de las clases dominante; pero no cuenta con la adhesión de la, clase dominada. La Sociedad de las Naciones es la Internacional del Capitalismo; pero no la Internacional de los Pueblos. Ninguna nación quiere renunciar a un derecho dado en favor de la Sociedad de las Naciones. Decidle a Francia que someta el problema de las reparaciones a la Sociedad de las Naciones. Francia responderá que el problema de las reparaciones es un problema suyo; que no es un problema de la Sociedad de las Naciones. La Sociedad de las Naciones es, a lo sumo, interesante como una expresión del fenómeno internacionalista. La burguesía ha concebido la idea de la Sociedad de las Naciones bajo la presión de fenómenos que le indican que la vida humana se ha solidarizado, se ha internacionalizado. La idea de la Sociedad de las Naciones es desde este punto de vista, compañeros, un homenaje involuntario de la burguesía a nuestro ideal proletario y clasista del internacionalismo.

Yo he hablado, compañeros, de estas cuestiones, igualmente lejano de toda francofilia y de toda germanofilia. Yo no soy, no puedo ser ni germanófilo ni francófilo. Mis simpatías no están con una nación ni con otra. Mis simpatías están con el proletariado universal. Mis simpatías acompañan del mismo modo al proletariado alemán que al proletariado francés. Si yo hablo de la Francia oficial con alguna agresividad de lenguaje y de léxico es porque mi temperamento es un temperamento polémico, beligerante y combativo. Yo no sé hablar unciosamente, eufemísticamente, mesuradamente, como hablan los catedráticos y los diplomáticos. Tengo ante las ideas, y ante los acontecimientos, una posición de polémica. Yo estudio los hechos con objetividad; pero me pronuncio sobre ellos sin limitar, sin cohibir mi sinceridad subjetiva. No aspiro al título de hombre imparcial; porque me ufano por el contrario de mi parcialidad, que coloca mi pensamiento, mi opinión y mi sentimiento al lado de los hombres que quieren construir, sobre los escombros de la sociedad vieja, el armonioso edificio de la sociedad nueva.

DECIMA PRIMERA CONFERENCIA LOS PROBLEMAS ECONOMICOS DE LA PAZ⁷

Nuestro tema de hoy, son los problemas económicos de la paz: reparaciones, déficits fiscales, deudas interaliadas, desocupación, cambio. Estos problemas son aspectos diversos de una misma cuestión: la decadencia del régimen capitalista apresurada por la guerra. La guerra ha destruido una cantidad ingente de riqueza social. Los gastos de la guerra se calculan en un billón trescientos mil millones de francos oro.

Además la guerra ha dejado otras herencias trágicas: millones de inválidos, millones de tuberculosos, millones de viudas y huérfanos, a los cuales los Estados europeos deben asistencia y protección; ciudades, territorios, fábricas y minas devastadas que los Estados europeos tienen que reconstruir. A todas estas obligaciones económicas Europa podría hacer frente, aunque no sin grandes dificultades, si la guerra no hubiera disminuido exorbitantemente su capacidad de producción, su capacidad de trabajo. Pero la guerra ha causado la muerte de diez millones de hombres y la invalidez de otros tantos. El capital humano de Europa ha disminuido, pues, considerablemente. Europa dispone hoy de muchos millones menos de brazos productores que antes de la guerra. Además, en la Europa central la guerra ha causado la desnutrición, la subalimentación de la población trabajadora. Esta desnutrición, consecuencia de largas privaciones alimenticias, ha reducido la productividad, la vitalidad de la población de la Europa central. Un hombre enfermo o débil, produce menos, trabaja menos, que un hombre sano y vigoroso. Asimismo, un pueblo mal alimentado, extenuado por una serie de hambres y miserias, produce mucho menos, trabaja mucho menos que un pueblo bien nutrido.

Europa se encuentra en la necesidad de producir más y de consumir menos que antes de la guerra para ahorrar anualmente la cantidad correspondiente al pago de las deudas dejadas por la guerra; y se encuentra, al mismo tiempo, en la imposibilidad de aumentar su producción y casi en la imposibilidad de disminuir su consumo, Porque las importaciones de Europa no son importaciones de artículos de lujo, de artículos industriales, sino importaciones de artículos alimenticios, carne, trigo, grasa indispensables a la nutrición de sus poblaciones, o de materias primas, metales, algodón, maderas indispensables a la actividad de sus fábricas y de sus industrias.

Para el aumento de la población existe, además, un obstáculo insuperable: el agravamiento de la lucha de clases, la intensificación de la guerra social. Las clases trabajadoras no quieren colaborar a la reconstrucción del régimen capitalista. Antes bien, una parte de ellas, la que marcha con la Tercera Internacional trata de conquistar definitivamente el poder y de poner fin al régimen capitalista. Luego, por razones políticas o por razones económicas, las huelgas, los obstruccionismos, los lock-out, se suceden aquí y allá. Y estas interrupciones completas o parciales del trabajo impiden no sólo el aumento de la producción sino también el mantenimiento de la producción normal. Los

⁷ José Carlos Mariátegui, "Los problema económicos de la paz", Conferencia dictada el 14 de septiembre de 1923. Archivo José Carlo Mariátegui. [Onceava Conferencia\] Los problemas económicos de la paz - Archivo José Carlos Mariátegui \(mariategui.org\)](http://Onceava Conferencia Los problemas económicos de la paz - Archivo José Carlos Mariátegui (mariategui.org))

estadistas europeos que preconizan una política de reconstrucción económica de Europa tienden, por esto, a una tregua, a un tratado de paz entre el capitalismo y el proletariado. Quieren un entendimiento, un acuerdo, una transacción, más o menos duradera, entre el capital y el trabajo. Pera, ¿cuáles podrían ser las bases, las condiciones de esta transacción, de este acuerdo? Tendrían que ser, necesariamente, la ratificación y el desarrollo de las conquistas del proletariado: jornada de ocho horas, seguros sociales, etc.; la extirpación de las especulaciones que encarecen la vida; salarios altos en relación con el costo de ésta; control de las fábricas; la nacionalización de las minas y las florestas.

En una palabra, la colaboración del proletariado no podría ser adquirida sino mediante la aceptación del programa mínimo de las clases trabajadoras. A esta transacción se oponen los intereses de los grandes capitanes de la industria y de la banca, de los Stinnes, de los Tyissen, de los Loucheur, y, sobre todo, de la nube de especuladores que prospera a la sombra. Y se oponen también la voluntad de las masas maximalistas, adherentes a la Tercera Internacional, que aspiran a la destrucción final del régimen capitalista y rechazan, por consiguiente, la hipótesis de que el proletariado concurra y colabore a su restauración y a su convalecencia. Además, es dudoso que, simultáneamente, se pueda conseguir la reconstrucción de la riqueza social destruida y el mejoramiento del tenor de vida del proletariado. Es probable, más bien, que por mucho que la producción crezca, por mucho que las ganancias de Europa aumenten, no den lo bastante para atender al pago de las deudas y al bienestar de los trabajadores. El socialismo más que un régimen de producción es un régimen de distribución. Y los problemas actuales del capitalismo son problemas de producción más que problemas de distribución. ¿Cómo podrá, pues, el régimen capitalista aceptar y actuar el programa mínimo del proletariado? He ahí la dificultad sustancial de la situación, ante la cual se desconciertan todos los economistas.

Algunos estadistas europeos, Lloyd George, entre ellos, acarician una intención audaz, un plan atrevido. Piensan que no es posible salvar el régimen capitalista sino a condición de conceder un poco de bienestar a los trabajadores. Piensa que este poco de bienestar debe serles concedido, en parte a costa, de los capitalistas. Pero que los sacrificios de los capitalistas no bastarán para mejorar considerablemente la vida de los trabajadores. Y que hay que buscar por consiguiente otros recursos.

Estos recursos que no es posible encontrar en Europa, que no es posible encontrar en las naciones capitalistas, es posible a su juicio encontrarlos, en cambio, en África, en Asia, en América, en las naciones coloniales.

¿Quiénes insurgen, quiénes se rebelan contra el régimen capitalista? Los trabajadores, los proletarios de los pueblos pertenecientes a la civilización capitalista, a la civilización occidental. La guerra social, la lucha de clases, es aguda, es culminante en Europa, es menor en los Estados Unidos, es menor aún en Sudamérica; pero en los países correspondientes a otras civilizaciones no existe casi, o existe bajo otras formas atenuadas y elementales. Luego, se trata de reorganizar y ensanchar la explotación económica de los países coloniales, de los países incompletamente evolucionados, de los países primitivos de África, Asia, América, Oceanía y de la misma Europa.

Se trata de esclavizar las poblaciones atrasadas a las poblaciones evolucionadas de la civilización occidental. Se trata de que el bracero de Oceanía, de América, de Asia o de África pague el mayor confort, el mayor bienestar, la mayor holgura del obrero europeo o americano. Se trata de que el bracero colonial produzca a bajo precio la materia prima que el obrero europeo transforma en manufactura y que consuma abundantemente esta manufactura. Se trata de que aquella parte menos civilizada de la humanidad trabaje para la parte más civilizada.

Así se espera, no solucionar definitivamente la lucha social, porque la lucha social existirá mientras exista el salario, sino atenuar la lucha social, aplazar su crisis definitiva, postergar su último capítulo. Las generaciones humanas son egoístas. Y la actual generación capitalista se preocupa más de su propia suerte que de la suerte del régimen capitalista. Después de nosotros, el diluvio se dicen a sí mismos. Pero su plan de reorganizar científicamente la explotación de los países coloniales, de transformarlos en sus solícitos proveedores de materias primas y en sus solícitos consumidores de artículos manufacturados, tropieza con una dificultad histórica. Esos países coloniales se agitan por conquistar su independencia nacional. El Oriente hindú se rebela contra el dominio europeo. El Egipto, la India, Persia, despiertan. La Rusia de los Soviets fomenta estas insurrecciones nacionalistas para atacar al capitalismo europeo en sus colonias. La independencia nacional de los países coloniales estorbaría su explotación metódica. Sin disponer de un protectorado o de un mandato sobre los países coloniales, Europa no puede imponerles con entera facilidad, la entrega de sus materias primas o la absorción de sus manufacturas.

Un país políticamente independiente puede ser económicamente colonial. Estos países sudamericanos, por ejemplo, políticamente independientes, son económicamente coloniales. Nuestros hacendados, nuestros mineros son vasallos, son tributarios de los trusts capitalistas europeos. Un algodónero nuestro, por ejemplo, no es en buena cuenta sino un yanacón de los grandes industriales ingleses o norteamericanos que gobiernan el mercado de algodón. Europa puede, pues, acordar a los países coloniales la soberanía política, sin que estos países se independicen, por esto, políticamente; Pero, actualmente Europa necesita perfeccionar en vasta escala la explotación económica de esas colonias. Y necesita, por tanto, manejarlas a su antojo, disponer de la mayor agilidad y libertad de acción sobre ellas. Reservo para la conferencia en que me ocuparé de los problemas coloniales y de las cuestiones de Oriente el examen detenido de este aspecto de la crisis mundial. Ahora no quiero sino señalar su vinculación con la crisis económica de Europa. Veamos rápidamente en qué consisten cada uno de los problemas económicos de la paz. Principiemos por el problema de las reparaciones. ¿Qué son las reparaciones? Las reparaciones son las indemnizaciones que Alemania, en virtud del tratado de paz, debe pagar a los aliados. El tratado de paz de Versalles obliga a Alemania a pagar el cesto de los territorios devastados de Francia, Bélgica e Italia, y el monto de las pensiones de los inválidos de guerra, de las viudas y de los huérfanos aliados.

Cuando se firmó la paz, los aliados, especialmente Francia, creían que Alemania podría pagar una indemnización fabulosa. Poco a poco, a medida que

se conoció la verdadera situación de Alemania, la suma de la indemnización se fue reduciendo.

En 1919, Lord Cunliffe, hablaba de una anualidad de 28,000 millones de marcos de oro; en 1919, en setiembre, Mr. Klotz indicaba 18,000 millones; en abril de 1921 la Comisión de Reparaciones reclamaba poco más de 8,000 millones; en mayo de 1921, el acuerdo aliado fijaba 4,600 millones. Este acuerdo de Londres establece en 138 mil millones el total de la indemnización debida por Alemania a los aliados. Esta suma parecía entonces el mínimo que los aliados podían exigir. Posteriormente ha comprobado la experiencia que esa misma suma era exagerada.

Actualmente se considera imposible que Alemania logre pagar una suma mayor de treinta o cuarenta mil millones de marcos oro. Alemania ha ofrecido a los aliados como un máximo la cantidad de treinta mil millones. Pero Francia se ha negado a discutir siquiera estas propiedades o proposiciones que ha declarado irrisorias y temerarias.

Con el pretexto del incumplimiento por Alemania, de las condiciones del acuerdo de Londres, Francia ha ocupado la región del Rhur que es la más rica región industrial y carbonífera de Alemania.

El pretexto específico ha sido la impuntualidad y la deficiencia de las entregas del carbón que Alemania, conforme al Tratado, tiene la obligación de hacer a Francia. Ahora bien. Efectivamente Alemania había empezado a suministrar a Francia, carbón, pero en cantidad menor de la que estaba forzada a consignarle. Pero desde que Francia se ha instalado en el Rhur ha extraído de esa región menos carbón todavía, que el que Alemania le proporcionaba voluntariamente. Francia ha calificado siempre la ocupación del Rhur como la toma de una prenda productiva. Ha dicho: ¿Qué hace un acreedor cuando su deudor no cumple con pagarle? Pone intervención en su negocio; le embarga uno de sus bienes para explotarlo hasta que la deuda quedé cancelada.

Pero en este caso, el Rhur es para Francia no sólo una prenda improductiva sino, por el contrario, gravosa. El mantenimiento de las tropas del ejército administrativo destacadas por Francia en el Rhur para gobernar ésa, Constituye un gasto formidable. Teóricamente el pago de ese gasto corresponde a Alemania; pero prácticamente Francia necesita extraer de su erario las cantidades precisas para satisfacerlo. Y es que, positivamente, los políticos que gobiernan actualmente Francia no quieren sinceramente que Alemania pague, sino que Alemania no pague, a fin de tener así un pretexto para desmembrarla y mutilarla. Tienen la pesadilla de que Alemania resurja, de que Alemania se reconstruya, y aspiran a librarse de esta pesadilla aniquilándola. Pero, como ya he dicho y, he tenido la oportunidad de explicar, la ruina económica de Alemania causaría la ruina económica de la Europa continental. El organismo económico de Europa es demasiado solidario para que pueda soportar el quebrantamiento de Alemania que es uno de los órganos más vitales. Vemos así que la guerra que trajo como consecuencia la caída del marco alemán ocasionó una depreciación del franco francés. Y este es un fenómeno claro. El crédito de Francia depende en parte de la solvencia de Alemania.

Para que el mecanismo de la producción europea recupere su ritmo normal es indispensable que Alemania recobre su funcionamiento tranquilo. Y la política de Francia respecto a Alemania tiende, contrariamente a esta

necesidad, a desmenuzar a Alemania. Muchos banqueros, economistas y peritos aliados han comprobado la imposibilidad de que Alemania pague una indemnización exagerada. Sus argumentos son lógicos. Se podría sacar de Alemania una gran cantidad de dinero si se le devolviesen sus antiguos instrumentos de comercio; sus colonias, sus mercados extranjeros; su flota mercante; si se le consintiese incrementar infinitamente su producción industrial; si se le facilitase la venta de esta producción al extranjero. Y estas franquicias son imposibles. Imposibles porque a la industria de Inglaterra, de Francia y de Italia no les conviene esta Competencia de la industria alemana. Imposible porque Francia no puede tolerar, por recibir de Alemania algunos o muchos millones de francos, que Alemania resurja más potente, más vigorosa que nunca.

Si las potencias vencedoras, si Francia, si Italia no consigue nivelar su presupuesto ni pagar sus deudas, es absurdo suponer que una potencia vencida pueda no sólo regularizar sus finanzas sino además llenar los bolsillos de los vencedores. La imposibilidad de que Alemania pague está, pues, documentadamente demostrada. Sin embargo, Francia insiste en que Alemania debe pagar, y en que debe pagar millares de millones, porque así dispone de un pretexto para castigarla, para desmembrarla, para quitarle sus más ricos territorios. La reorganización de Europa según los técnicos, no es posible sino a condición de que se inaugure una política de solidaridad, de colaboración entre los países europeos. De aquí la importancia del problema de las reparaciones que enemista y aleja a Alemania y a Francia, a las dos naciones más importantes de la Europa continental. El gobierno de Francia, cuando se le pone delante los peligros que constituye para el porvenir europeo este conflicto franco-alemán, responde que no es justo que Alemania sea exonerada de todo pago, mientras que Francia sigue obligada a pagar a EE. UU. sus deudas de guerra. Francia dice: que Inglaterra y EE. UU. nos perdonen nuestras deudas si quieren que seamos generosos y blandos con Alemania.

Llegamos así a otro problema económico de la paz. Al problema de las deudas interaliadas íntimamente ligado al problema de las reparaciones.



“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023) Ciclo de lectura, debate y prospectiva

Materiales de trabajo Sexta Sesión

Guía de trabajo para la quinta sesión

La crisis de la democracia. p. 2

Conferencias: La crisis de la democracia. Notas del autor

(pronunciada el 21 de septiembre de 1923) p. 7

La crisis de la democracia. Reseña periodística

(publicada el 25 de septiembre de 1923) p. 9

La Patria Nueva. Un personal senil y claudicante

(publicada el 3 de agosto de 1919) p. 11

Organiza:



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUR



Segundo ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial

Sexta Sesión

La crisis de la democracia

El título de la conferencia se reitera varias veces en la obra de José Carlos. En noviembre de 1925 publicó en *Mundial* un artículo con dicho título. Años después ese artículo fue incluido entre los textos a ser publicados tras su muerte en *El Alma Matinal*. También en 1925 el título encabezó la segunda sección de *La Escena Contemporánea*. En ella José Carlos incluye sus artículos sobre eventos y personajes de los cuales hemos hablado en la sesión anterior: Wilson, Keynes, Nitti, Amendola, la Sociedad de las Naciones, las deudas interaliadas, etc.

Dada la amplitud, por no decir ambigüedad, del término democracia, vale la pena recoger la precisión que el Amauta hizo en la primera línea del artículo de 1925: “el término democracia es empleado como equivalente del término Estado demo-liberal-burgués.” Más adelante habrá que leer y comentar dicho artículo en el que desarrolla una crítica filosófica muy aguda a los intentos de diferenciar y salvar la idea de democracia liberal frente al fracaso de sus realizaciones concretas.

El tema de la crisis de la democracia en Europa entre las dos grandes guerras es un tópico en la historiografía y en la ciencia política del siglo XX. Los síntomas eran múltiples y evidentes. Asediada por ambos flancos (el comunismo por la izquierda, el fascismo por la derecha), parecía estar destinada a su ocaso definitivo. Tal como recogió José Carlos en sus textos, las estrategias de supervivencia de la democracia liberal incluían transacciones con aspectos de los programas que le eran hostiles.

I

Para el joven cronista, sin embargo, el tema tuvo antecedentes previos a la experiencia europea. La generación que maduró en el contexto de las primeras décadas del siglo XX peruano experimentó con particular intensidad el agotamiento del régimen político denominado por Jorge Basadre, no sin ironía, República Aristocrática.¹

La obra de Juan Croniqueur estuvo marcada por un temprano desencanto frente a la política criolla, expresada principalmente a través de la ironía y la burla. Esta actitud inspiró el título de su columna en *La Prensa* durante el mes de enero de 1916: “Guignol del día”. Guignol o teatro de marionetas, cuyos principales protagonistas eran los parlamentarios en los días finales de la legislatura. Espectáculo que el cronista prefería frente a las funciones del cine o la zarzuela. Luego, en la columna *Voces* (publicada en *El Tiempo*, entre julio de 1916 y enero de 1919, y en *La Razón*, entre mayo y julio de 1919), comentó una y otra vez episodios y personajes de la política peruana: parlamentarios, ministros, el mismo presidente Pardo y los

¹ Junto con los tres volúmenes que le dedica a este período el historiador tacneño en su monumental *Historia de la República*, es altamente recomendable el libro de Alberto Flores Galindo y Manuel Burga: *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Particularmente importante para nuestro tema es la segunda sección (“El consenso y la violencia”) donde se analiza el régimen de dominación vigente.

candidatos que compitieron para sucederle en la elección de 1919. La apelación a la figura de la marioneta, muñeco manejado por cuerdas y que flota sobre la realidad, se correspondía con la descripción de sus discursos vacuos, sus pleitos altisonantes, sus proyectos de papel. “La pirotecnia es aquí una industria símbolo. Pirotecnia en la política, pirotecnia en la vida, pirotecnia en todo” (El Tiempo, 28 de julio de 1916). Mientras tanto, la República de los pocos seguía su curso, en piloto automático, hacia su crisis terminal.

II

El proceso de “extrañamiento” frente al sistema político peruano culmina con los artículos publicados en Nuestra Época y La Razón. En la primera revista de José Carlos, la “Exposición” que la abre se encara a los “ramplones y estólidos partidos que, alternándose en el poder, se alternan también en el desprecio popular” ... “Nos proponemos quemar, acaso inútilmente, el organismo político del país, tan corrompido” ... “Aportamos a esta obra [la renovación, la reacción nacional frente a la descomposición] el conocimiento de la realidad nacional que hemos adquirido durante nuestra labor en la prensa. Situados en el diarismo, casi desde la niñez, han sido los periódicos para nosotros magníficos puntos de apreciación del siniestro panorama político peruano. Nuestros hombres figurativos suelen inspirarnos, por haberlos mirado de cerca, un poco de desdén y otro poco de asco” (Nuestra Época, n° 1, 22 de junio de 1918). En la segunda entrega de la revista, el “Tema del día” estuvo dedicado a criticar la idea de Matías Manzanilla acerca de la reorganización de los partidos políticos tradicionales. Para ello se retomó un texto anterior de César Ugarte quien no lamentaba la ruina de los partidos tradicionales. Uno a uno Mariátegui diseccionó a los partidos aún vigentes a mediados de 1918: Civil, Constitucional, Demócrata, Liberal. Sobre el primero, el más notable, afirmó que no era sino “la razón social de una empresa de negocios políticos en quiebra y liquidación”. En cada caso, acuñó una frase lapidaria, dejando para una nota al pie de página al naciente Partido Nacional Democrático de Riva Agüero (los “futuristas”): “Un partido sin pasado y sin presente... un intento de partido... club intelectual con corresponsales en provincias y con afición a la política” (Nuestra Época, n° 2, 6 de julio de 1918).

A pesar de su corta existencia, La Razón fue un espacio decisivo para el perfilamiento de una nítida posición por parte de José Carlos no solo frente a la moribunda República Aristocrática sino también frente a la Patria Nueva de Leguía. El desconcierto que dominaba la escena en los meses previos a la elección de Leguía se reflejó bastante bien en el artículo “Oportunismo político” (La Razón n° 4, 17 de mayo de 1919). El Archivo Mariátegui puso en circulación un extracto del mismo que pareciera escrito en estos días. Bien vale la pena leerlo íntegro.² Sobre el Leguismo, que inicialmente atrajo algunos líderes sindicales, estudiantiles e indigenistas, la posición fue nítida. A los pocos días del golpe que convalidó el triunfo electoral de Leguía (4 de julio de 1919) publicó un artículo titulado “Después de la revolución” (La Razón, n° 50, 7 de julio de 1919). Tras cuestionar la composición mayoritariamente conservadora del primer gabinete de Leguía se enunció como criterio central para la valoración del nuevo gobierno un punto de vista de clase: “Ya no se discute en el mundo cuál régimen político es el

² José Carlos Mariátegui, “Oportunismo político,” La Razón, n°4, 17 de mayo de 1919, <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-iii/7-hacia-un-camino-propio/7.7-oportunismo-politico/>

mejor. Este es un jacobinismo trasnochado. Hoy se debate cómo debe ser menos injusta, económicamente la sociedad. Cuando hay un pueblo que se muere de hambre, cuando las utilidades de la industria no están equitativamente repartidas entre el capital y el trabajo, cuando el capital tiene privilegios anacrónicos e intangibles, cuando la carestía de la vida es tan intensa como ahora, lo que menos importa al pueblo es cambiar su sistema electoral.”³

El juicio definitivo sobre Leguía y su Patria Nueva no pudo publicarse en La Razón, debido a la censura impuesta por la imprenta, propiedad del arzobispado de Lima. El editorial de la última edición del diario circuló como volante. Se reproduce como anexo dada su importancia en tanto punto culminante del zanjamiento de José Carlos con la política criolla en todas sus variantes.⁴

III

La 12ª conferencia de Mariátegui hay que leerla teniendo muy en cuenta no solo el contexto inmediato -del cual dan cuenta las conferencias anteriores- sino también procesos de mediano plazo. Por un lado, el impacto de la transición a la fase imperialista del capitalismo sobre las formas democrático-liberales. Por otro, el impacto de la crisis civilizatoria sobre los fundamentos mismos de los regímenes políticos vigentes en las primeras décadas del siglo XX.

La historia del movimiento socialista da cuenta de su origen “extra parlamentario” a la vez que de su desarrollo como fuerza democratizadora que rompió una y otra vez los límites de la democracia liberal. La demanda de voto universal y secreto (con la seria restricción de excluir a las mujeres en la mayoría de los casos) fue compartida por los movimientos obreros y socialistas en Europa y América a lo largo del siglo XIX. Fue bandera de las revoluciones europeas en 1830 y 1848 y primera demanda del movimiento cartista en el Reino Unido desde el momento de su fundación (1838). Sin embargo, los principales teóricos del socialismo compartieron una posición crítica frente a las posibilidades de ir más allá del programa mínimo por la vía del voto y el parlamento. Hay, sin embargo, diferencias significativas que tienen que ver, más que con principios abstractos, con diferentes experiencias históricas.

Desde sus escritos juveniles acerca de la filosofía del derecho de Hegel, Marx sacó a la luz y criticó las contradicciones inherentes al liberalismo en sus diversas variantes. La existencia misma de la esfera política por encima de la sociedad civil, como supuesta síntesis de esta, encierra una contradicción insalvable: el supuesto “interés general” no es sino la generalización compulsiva de “intereses particulares”. Por otro lado, la esfera política se fundamenta en la atomización de la sociedad. La legitimidad del Estado y su legalidad reposa sobre el reconocimiento del individuo/ciudadano como el gran decisor. Con ello, tal como escribieron en La Ideología Alemana: “En una democracia los individuos ejercen su soberanía solo por un momento y luego, de inmediato, renuncian a su autoridad”.

³ José Carlos Mariátegui, “Después de la revolución,” La Razón, nº 50, 7 de julio de 1919, <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-iii/7-hacia-un-camino-propio/7.11-despues-de-la-revolucion/>

⁴José Carlos Mariátegui, “La patria nueva. Un personal senil y claudicante,” La Razón, 3 de agosto de 1919 <https://www.mariategui.org/2021/12/02/editorial-de-la-razon-la-patria-nueva/>

A partir de estos fundamentos y de las experiencias históricas del movimiento obrero y socialista se fueron perfilando diversas valoraciones políticas de las formas demo-liberales vigentes en Europa y América entre el siglo XIX e inicios del XX. No es posible resumir aquí esa historia, baste recordar algunos hitos que sirvan para problematizar algunas versiones esquemáticas del debate en torno a la democracia liberal-burguesa.

En el mismo Marx podemos encontrar valoraciones diversas que responden a lecturas diferenciadas de los contextos históricos y coyunturales. Quienes han seguido la pista del tema en la obra de Marx señalan que era más crítico con relación a los peligros de la participación en las instituciones políticas liberales en países con regímenes autoritarios (como Alemania y la Francia de Napoleón III) y estaba dispuesto a avalarla en otros contextos. Así, mientras que, tras la Comuna, en 1871, escribió “la clase trabajadora no puede simplemente capturar la maquinaria estatal existente y usarla para sus propósitos ... El instrumento político de su esclavitud no puede ser el instrumento político de su emancipación”; al año siguiente, en un discurso pronunciado en Ámsterdam, afirmó: “Sabemos que hay que tener en cuenta las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países; y nosotros no negamos que existan países como América, Inglaterra y, si yo conociera mejor vuestras instituciones, agregaría Holanda, en los que los trabajadores pueden llegar a su objetivo por medios pacíficos.” En 1918, en su folleto “La dictadura del proletariado”,⁵ Kautsky citó diez veces este texto y otros similares para criticar la revolución bolchevique.

Fue la revolución rusa la que inauguró un nuevo capítulo en el proceso de crítica marxista a la democracia liberal-burguesa. Incluso antes de su realización, como puede verificarse revisando Dos tácticas de la social democracia en la revolución democrática escrito por Lenin en 1905. Y luego, no solo en el debate con las críticas de “derecha” como las de Kautsky, sino también en el debate con la “izquierda” a partir de las críticas de Rosa Luxemburgo.⁶ Sin duda estos debates son de primera importancia hoy si queremos renovar el proyecto socialista en las condiciones del mundo contemporáneo.

IV

Por último, una breve referencia al entorno inmediato de la conferencia: el Perú en septiembre de 1923.

A un año de culminar el primer gobierno de Leguía (1919-1924) el régimen político peruano estaba bastante lejos de haberse renovado en un sentido u otro. Ni “social demócrata y reformista” ni “democrático liberal”, simplemente autoritario, represivo y pro yanqui. Más aún, el 18 de septiembre, el presidente del Senado, don Foción Mariátegui, había promulgado la ley que enmendaba la Constitución para permitir la reelección presidencial. A los pocos días fueron detenidos, para ser deportados, varios disidentes del leguismo, entre otros Germán Leguía y Martínez y José Antonio Encinas. A ellos se sumaron, en las semanas siguientes Víctor Raúl Haya de la Torre y Manuel Seoane.

⁵ <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1918/1918-dictaduraprole-kautsky.pdf>

⁶ Rosa Luxemburgo. La revolución rusa. Un análisis crítico (1918).

https://www.redmovimientos.mx/2016/wp-content/uploads/2019/06/la_revolucion_rusa.pdf

La reelección de Leguía, sin candidato opositor, se produjo al año siguiente. Sin oposición política visible, el dictador llegó a su momento cumbre en el marco del centenario de la Batalla de Ayacucho.

En ese contexto, las mentes más lúcidas del país estaban lejos de pensar que la salida era volver a intentar organizar la República sobre fundamentos liberales. Al respecto serán reveladoras las propuestas que se llevaron al Congreso Constituyente en 1931-33. Abundaron fórmulas mixtas, equivocadamente calificadas de “fascistoides”. Y en el terreno intelectual cabe mencionar dos textos publicados en *Amauta* en la segunda fase del Leguñismo: de Jorge Basadre: “Caudillaje y acción directa” (*Amauta*, año 1, n° 5, febrero de 1927, p. 11) y de Manuel Seoane: “Contra los sufragistas” (*Amauta*, año 2, n° 17, págs. 78-81). Vale la pena leer ambos textos.⁷

Eduardo Cáceres Valdivia, 16-02-24

⁷ La colección completa de *Amauta*, en facsímil, es accesible en <https://www.mariategui.org/revista-amauta/numeros-de-la-revista/>

Anexos

Décima segunda conferencia “La crisis de la democracia”⁸

Las notas del autor

DESDE antes de la guerra se percibían los síntomas de una crisis del régimen democrático. ¿Cuál ha sido el motor de esta crisis? El acrecentamiento y concentración paralelas del capitalismo y del proletariado. La vida económica, las fuerzas económicas de los países, han pasado a las manos de estos dos grandes poderes, al lado de los cuales el Estado ha adquirido una posición no de árbitro sino más bien de mediador. Los conflictos, los contrastes entre una y otra fuerza, no han podido ser solucionadas por el Estado sino por transacciones, por compromisos directos entre ellas. El Estado en esas transacciones no ha jugado sino un rol de componedor. Dentro de las formas de la sociedad vieja se han ido gestando, se han ido incubando las formas de una sociedad nueva. La nación, en virtud de la nueva realidad social, ha dejado de ser, una entidad predominantemente política para transformarse en una entidad predominantemente económica. Esta transformación sustancial de la nación ha determinado la crisis del Estado político. La historia nos enseña que las formas de organización social y política de una sociedad corresponden a la estructura, a la tendencia de las fuerzas productivas. La sociedad burguesa, por ejemplo, no tiene otro origen que el nacimiento de la industria. Dentro de la sociedad medioeval, la burguesía era la clase industrial, la clase artesana. A medida que la burguesía se enriqueció, a medida que la industria se desarrolló, los privilegios de la aristocracia, de la nobleza se hicieron insoportables. El obrero y el burgués se confundían entonces en una clase única: el pueblo. La burguesía era la vanguardia del pueblo y era la clase conductora de la revolución. Obrero y burgués coincidían en la aspiración de la abolición de los privilegios de la aristocracia. La caída de la aristocracia, del régimen medioeval fue, pues, determinada más que por razones abstractas de ideal por razones concretas de la aparición de una nueva forma de producción: la industria. Bajo el régimen democrático, bajo el régimen burgués, se ha creado nuevas formas de producción. La industria se ha desarrollado extraordinariamente impulsada por la máquina. Han surgido enormes empresas industriales. La expansión de estas nuevas fuerzas productivas no permite la subsistencia de los antiguos moldes políticos. Ha transformado la estructura de las naciones, y exige la transformación de la estructura del régimen. La democracia burguesa ha cesado, de corresponder a la organización de las fuerzas económicas formidablemente transformadas y acrecentadas. Por esto la democracia está en crisis. La institución típica de la democracia es el parlamento. La crisis de la democracia es una crisis del parlamento. Hemos visto ya cómo los dos grandes poderes contemporáneos son el capital y el trabajo y cómo, por encima del parlamento, estas tuerzas transigen o luchan. Los teóricos de la democracia podrían suponer que estas fuerzas están o deben estar proporcionalmente representadas en el parlamento. Pero no es así. Porque la sociedad no se divide netamente en capitalistas y proletarios. Entre la clase capitalista y la clase proletaria hay una serie de capas amorfas e intermedias. Además,

⁸ José Carlos Mariátegui, “La crisis de la democracia”, Conferencia dictada el 21 de septiembre de 1923. Archivo José Carlo Mariátegui.

así como toda la clase proletaria no tiene conciencia exacta de sus necesidades históricas y clasistas, así también toda la clase capitalista no está dotada de una conciencia precisa. La mentalidad del gran industrial o del gran banquero no es igual a la mentalidad del rentista medio o del comerciante minorista. Esta dispersión de las clases sociales se refleja en el parlamento que no representa así netamente los dos grandes intereses en juego. El Estado político resulta la representación integral de todas las capas sociales. Pero la fuerza conservadora y la fuerza revolucionaria se polariza en dos agrupaciones únicas de intereses: capitalismo y proletariado. Dentro del régimen parlamentario no caben sino gobiernos de coalición. Ahora se tiende a los gobiernos de facción.

Actualmente, la intensificación de la lucha de clases, el acrecentamiento de la guerra social, ha acentuado esta crisis de la democracia. El proletariado intenta el asalto decisivo del Estado y del poder político para transformar la sociedad. Su crecimiento en los parlamentos resulta amenazante para la burguesía. Los instrumentos legales de la democracia han resultado insuficientes para conservar el régimen democrático. El conservadorismo ha necesitado apelar a la acción ilegal, a los medios extra legales. La clase media, la zona intermedia y heterogénea de la sociedad, ha sido el nervio de este movimiento. Desprovista de una conciencia de clase propia, la clase media se considera igualmente distante y enemiga del capitalismo y del proletariado. Pero en ella están representados algunos sectores capitalistas. Y como la batalla actual se libra entre el capitalismo y el proletariado toda intervención de un tercer elemento tiene que operarse en beneficio de la clase conservadora. El capitalismo y el proletariado son dos grandes y únicos campos de gravitación que atraen las fuerzas dispersas. Quien reacciona contra el proletariado sirve al capitalismo. Esto le acontece a la clase media, en cuyas filas ha reclutado su proselitismo el movimiento fascista. El fascismo no es un fenómeno italiano, es un fenómeno internacional. El primer país de Europa donde el fascismo ha aparecido ha sido Italia porque en Italia la lucha social estaba en un período más agudo, porque en Italia la situación revolucionaria era más violento y decisiva.

Proceso del fascismo. Su encumbramiento. Sus sistemas. Sus métodos.

El fascismo en Alemania, en Francia, en Hungría, etc. Lugones en la Argentina.

La crisis de la democracia. Conferencia de José Carlos Mariátegui

Conforme al programa de su curso de conferencias sobre la historia de la crisis mundial, José Carlos Mariátegui se ha ocupado, en su duodécima disertación en la Universidad Popular, de la crisis de la democracia. En la sala de la Federación de Estudiantes se dieron cita para escuchar su conferencia numerosos estudiantes y obreros.

Comenzó Mariátegui recordando que desde antes de la guerra se venía advirtiendo diversos síntomas de crisis del régimen democrático. El acrecentamiento y la concentración del capitalismo y del proletariado disminuían cada vez más de la eficacia del parlamento político. Esas dos grandes fuerzas tendían a resolver sus contrastes y sus conflictos mediante transacciones y compromisos directos. El estado político no podía ya contenerlas dentro de su antiguo mecanismo, que ellas pugaban, con intensidad creciente, por romper y sustituir. El sentido de la crisis de las instituciones democráticas era éste: el Estado cesaba de corresponder a la nueva realidad. La nación ha dejado de ser en nuestra época una entidad prevalentemente política para convertirse en una entidad predominantemente económica. Y, por consiguiente, el estado político —superado y sobrepasado por los nuevos problemas— ha entrado en un período de crisis.

Hizo Mariátegui un resumen sumario de los orígenes del régimen representativo democrático, conforme a la interpretación materialista de la historia que mira en los acontecimientos políticos una manifestación o un resultado de las transformaciones económicas. El régimen medioeval y aristocrático declinó y desapareció porque así lo imponía el desarrollo de las nuevas formas productivas: porque el crecimiento de la industria había creado una burguesía rica y poderosa cuyos intereses eran incompatibles e inconciliables con los fueros y privilegios de la aristocracia. Igualmente, ahora el antiguo régimen democrático individualista decae y envejece porque no se aviene con las nuevas tendencias y necesidades de producción. El parlamento político no representa neta y proporcionalmente los dos grandes intereses en juego: capital y trabajo, que libran, por consiguiente, sus batallas y celebran sus pactos fuera del parlamento, al cual no le toca sino ratificar y perfeccionar los pactos de tregua concertados directamente entre las dos fuerzas de contraste. Sintetizó, en seguida, el conferencista, las razones por las cuales los parlamentos políticos carecen de las condiciones técnicas y del espíritu de continuidad necesarios para la solución científica de los complejos problemas económicos, educacionales, etc., que emergen de la realidad nueva. Citó las opiniones de algunos estadistas que se pronuncian contra el sistema uniparlamentario. Se refirió entre ellos a Walter Rathenau, quien en su ensayo "El Nuevo Estado" preconiza el sistema de estados especializados y sostiene que el estado económico puede apoyarse sobre consejos, el estado educador sobre parlamentos de especialistas y simples ciudadanos y que el estado unitario, instancia superior y directriz, debe encarar el principio de la democracia en su teoría absoluta. Mencionó también la tesis de Caillaux, quien habla de "la síntesis de la democracia de tipo occidental y del soviétismo ruso" como la finalidad que hay que alcanzar.

⁹ Publicado en *La Crónica* n° 4142, p. 12, 25 de septiembre de 1923, https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/decima%20segunda%20resena%20periodistica.htm

A continuación estudió Mariátegui la influencia de los problemas económicos de la post-guerra en la crisis de la democracia; las consecuencias políticas de la intensificación, del agravamiento de la guerra social, de la lucha de clases; y la posición de la clase media ante el contraste, ante el conflicto entre los intereses conservadores y los intereses revolucionarios. Explicó las razones políticas, económicas y psicológicas que habían llevado a la clase media a abastecer las filas de los movimientos fascistas. Expuso cómo se generó y desarrolló el fascismo italiano. Y dijo que el fascismo no era un fenómeno exclusivamente italiano sino un fenómeno europeo. Aludió a las organizaciones fascistas de Francia, Alemania, Hungría. Se ocupó, sobre todo, de la repercusión del reaccionarismo fascista en la crisis de la democracia. El fascismo mina y desvaloriza las dos instituciones fundamentales del régimen democrático: el parlamento y el sufragio universal. Señaló Mariátegui el proceso de la conquista del poder por Mussolini en Italia y por Primo de Rivera en España. Después de otras consideraciones y observaciones, terminó anunciando que el tema de su conferencia del próximo viernes será la agitación en Oriente y los problemas orientales. La concurrencia lo aplaudió vivamente.

La Patria Nueva. Un personal senil y claudicante¹⁰

Ya está plasmada la fisonomía del régimen de la “Patria Nueva”. Ha habido una serie de indecisiones, de tropiezos y tanteos para formarla. Se ha formado como no podía dejar de formarse. Como era inevitable que fuera. Algunos ingenuos pensaron en un régimen de renovación efectiva. Creyeron posible la organización de un gobierno sano y fuerte, nuevo e idealista.

Olvidaron, por supuesto, que los gobiernos de esta índole son gobiernos de opinión. Se funden en el crisol del ardor popular. No de un ardor histérico y circunstancial. Sino en el convencimiento cálido y adoctrinado de la masa colectiva.

El señor Leguía no se preocupó ni mucho ni poco, antes de llegar al poder, de formar ese volumen de opinión ciudadana. Creyó que le bastaba para constituirse en gobierno las alharacas y las desordenadas actividades de sus partidarios. Y efectivamente ha sido así. El señor Leguía ha llegado al poder. Pero no ha conseguido formar un gobierno de verdad. Para conseguir esto debió anticipadamente formar un núcleo potente y disciplinado, unido por el nexo de la doctrina y por la unanimidad de aspiración ideal. En brazos de esa mesocracia ignorante y alucinada que lo ha seguido no podía sino llegar al poder. Y llegar al poder es muy poca cosa para un hombre con vastas aspiraciones, con clara conciencia de su deber histórico con profundo concepto de su misión en la vida pública con aguda percepción de las corrientes sentimentales de su tiempo y con talla, en fin de verdadero héroe popular. Muchos estadistas se han inmortalizado y viven en la memoria de los pueblos sin haber escalado jamás las gradas del poder

Cómo se ha formado la plana mayor del gobierno leguista

No forman la plana mayor de la banda del señor Leguía ningún ejemplar de esta turbulenta y bulliciosa fauna partidista que en su nombre aturdió al país durante tres años. Toda esta mancha de sus partidarios ha quedado a la zaga. La plana mayor se ha formado de tipos clásicos. De hombres catalogados. De figuras gastadas en la vida pública que han experimentado los desengaños del funcionarismo y el desprecio del país.

No hay un solo solo hombre nuevo en el alto grupo del gobierno. No ha ni una inteligencia joven ni una arrogancia primaveral. Tampoco hay ímpetus de renovación. Se amalgaman allí los hombres de fatales horas pretéritas. Hombres que no pudieron mantenerse a flote en los vaivenes de la política de acomodados, transacciones y vergüenzas que ha llenado las tres últimas décadas de nuestra historia república.

Todos los hombres que pensaron y se alimentaron para una lucha moderna y elevada. Para la gran controversia de las ideas y las doctrinas. Que creyeron que el tiempo nos traería un aliento de modernidad y de efluio de idealismo. Nuestro propia pueblo que ha sentido las urgencias infinitas de la vida nueva del mundo. todos estos absolutamente todos se sienten a esta hora defraudados y vencidos.

¹⁰ Editorial de la edición del 3 de agosto [de 1919], suprimido por la censura arzobispal, <https://www.mariategui.org/2021/12/02/editorial-de-la-razon-la-patria-nueva/>

Otra vez vuelven a ser primeras figuras del gobierno nacional el general Cáceres y el general Canevaro, el señor Malpartida y el señor Villanueva, el señor Valcárcel y el señor Torre González. Estos son los pronombres del gobierno actual. Son los mismos hombres que en hora iluminada se borró del escalofón político. Son los negros autores del atraso del país. Son los incapaces, los protervos, los que arrancaron al pueblo todos sus derechos y toda la libertad, los que han llegado al borde del sepulcro sin dejar más que una pantanosa huella de su paso por la vida gubernamental. Esos son los pronombres del señor Leguía.

¿Puede hacerse con estos hombres un gobierno propulsor y moderno?

El señor Leguía no es un genio. No es un talento. No es una cultura. Es apenas un hombre inteligente e intuitivo, avezado en asuntos comerciales y en las habilidades de la política criolla. ¿Puede con estos sencillos elementos mentales imponerse a su estado mayor? Seguramente no. Junto a él están los hombres expertos en todas las trapisondas, en todas las maquinaciones, en todos los subterfugios y en todos los vicios. Los hombres responsables de muchos delitos y signados por todos los pecados. A estos hombres no puede vencerlos sino el ostracismo. El alejamiento permanente del poder. Rodeado por ellos, el señor Leguía tendrá que sucumbir inevitablemente. Y sucumbirla también sin ellos. Porque el señor Leguía no representa en el gobierno un volumen de opinión adoctrinada. Representa solo su criterio personal y el apetito de mucha gente. Cuando el señor Leguía cambiase su estado mayor, lo formaría con los hombres de 1910. El país, entonces, no podría saber si la incapacidad por ignorancia y por inmoralidad es peor a la incapacidad por senectud y por perversión.

Ya se están viendo los primeros frutos del gobierno formado con tales hombres. Se ha hecho retrogradar al país al individualismo gubernamental. Se ha subordinado la autoridad del congreso al capricho del presidente de la república. Se ha constituido un pequeño organismo burocrático para la fabricación de representantes. Y se está realizando la más tranquila y segura imposición electoral que se han efectuado en la república.

Así comienza la era de la Patria Nueva. comienza con la resurrección de hombres que debían estar políticamente inhumados. Con el resurgimiento de políticos de lo que el país no quería acordarse. De los que es piadoso no acordarse. De los que ahora provocan una execración; pero, más tarde cuando actúe directamente el siniestro cacique de Cajamarca o el torno ministro de Santa Catalina, provocarán la verdadera revolución del pueblo. Tal vez, por esto, sería mejor que actuaran prontamente.



“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023) Ciclo de lectura, debate y prospectiva

Materiales de trabajo Séptima Sesión

Guía de trabajo para la quinta sesión

Las revoluciones fuera de Europa. p. 2

Conferencias:

La agitación revolucionaria y socialista del mundo oriental

(pronunciada el 28 de septiembre de 1923) p. 6

Internacionalismo y Nacionalismo

(pronunciada el 2 de noviembre de 1923) p. 10

La Revolución Mexicana. Reseña periodística

(publicada el 22 de noviembre de 1919) p. 15

Organiza:



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUR



Séptima sesión

Las revoluciones fuera de Europa

Conferencias:

- La agitación revolucionaria y socialista del mundo oriental (28 septiembre de 1923)
- Internacionalismo y nacionalismo (2 noviembre de 1923)
- La revolución mexicana (22 noviembre de 1923)

I

El título de la primera conferencia que comentaremos en esta sesión incluye un término cargado de sentidos: “oriente”. Automáticamente evoca su contraparte: “occidente”. Ambos términos, como resultado de una historia política y cultural en clave hegemónica han perdido su carácter relativo (cualquier punto del planeta está a la vez al oriente y al occidente de otros) y han pasado a marcar una división absoluta del mundo: hay un occidente y un oriente. Europa es el occidente del mundo, Asia (otro término que resulta de una invención político-cultural) es el oriente del mundo. Y el medio, o detrás de ambos, América o Abya Yala dividida entre sus componentes “occidentales” más modernos y sus similitudes arcaicas con Asia.

En el proceso de expansión del capitalismo y de tránsito al imperialismo en tanto dominación global del capital, el “orientalismo” ha sido un dispositivo político-cultural de primer orden. Al respecto existe un estudio del tema escrito por el marxista palestino-norteamericano Edward Said: *Orientalismo*. Si bien el trabajo de Said se enfoca en el llamado Oriente Medio (los países de población árabe mayoritariamente islámica) da claves para entender la construcción de la visión estereotipada acerca del conjunto de los pueblos y culturas “asiáticas”.

No está de más recordar la enorme producción de Marx sobre la India, China y Turquía. Y en particular el enriquecimiento de la concepción materialista de la historia con la elaboración del concepto de “modo de producción asiático”.

II

La versión exótica, misteriosa, distante e inmutable de “oriente” estuvo bastante extendida en Indoamérica en las primeras décadas del siglo XX. El modernismo literario, y en particular Rubén Darío, contribuyeron a difundir esta visión. El joven cronista/poeta Juan Croniqueur no escapó a esta influencia. En algún verso aludió a “mis ensueños de fakir”, en otro mencionó “la lámpara de Aladino”, más tarde escribió un cuento sobre un príncipe indio. Cuando en 1916 entrevistó a Tórtola Valencia resaltó en la crónica el interés de esta por “los bailes indios”.¹ Simultáneamente había cierta idea de los cambios en Japón, la transición autoritaria hacia una modernización estatal y militar. Mariátegui había dado cuenta del conflicto que significaba ese proceso en uno de sus primeros artículos: “El sacrificio bárbaro de Nodgi”.² Este héroe de la batalla de Port Arthur (1905) decisiva en la guerra ruso-japonesa se había suicidado para

¹“Tórtola Valencia, en la de casa de *El Tiempo*”. *El Tiempo*. Lima, 30 noviembre 1916. <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-iii/1-reportajes/1.5-tortola-valencia-en-la-casa-de-el-tiempo/>

²“El sacrificio bárbaro de Nodgi”. *El Tiempo*. Lima, 14 de setiembre de 1912. <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-ii/1-cronicas-1911-1914/1.9-el-sacrificio-de-nodgi/>

acompañar a su fallecido emperador. Vale la pena leer este texto, una primera aproximación a la relación entre tradición y modernidad a los 18 años.

Contra este telón de fondo que presenta a las sociedades “orientales” como misteriosas, exóticas e inmóviles es que comienzan a sucederse noticias dispersas acerca de movimientos nacionalistas revolucionarios en dichos países.

III

La importancia del “mundo oriental” en la agenda de la revolución mundial responde a la conjunción de diversos factores. El más importante es el interno, es decir la “agitación” endógena que sacude a los países del “mundo oriental” como consecuencia del desenlace de la Gran Guerra y en particular de la Paz de Versalles.

La Gran Guerra había llevado, de una manera u otra a redefinir la relación entre las metrópolis europeas y sus colonias. Necesitadas de combatientes y ante el peligro de perder colonias por intromisión de potencias enemigas o por procesos de liberación nacional, las metrópolis tuvieron que hacer concesiones, o al menos promesas, a sus colonias. Uno de los casos más importantes fue el de la relación entre el Reino Unido y la India. Allí, desde 1885 existía el Congreso Nacional Indio (el partido que más tarde lideraría Gandhi y luego Nehru) que promovía reformas a favor de un autogobierno limitado. En función de lograrla, los líderes moderados promovieron el alistamiento de indios en el ejército británico, alrededor de un millón de indios lo hicieron y participaron en la Gran Guerra en las trincheras europeas. Terminada la guerra, el dominio británico se reforzó con medidas que incluían algunas reformas y mayor represión a los independentistas. En ese contexto Gandhi -que había retornado de Sud África con fama de reformador social en 1915- tomó el liderazgo espiritual del Congreso Nacional Indio e inició el proceso de resistencia no violenta que lo caracterizó en adelante.

Las relaciones de las potencias “occidentales” con Japón quedaron seriamente dañadas con el desaire que los representantes del imperio oriental vivieron en la conferencia. Japón se había sumado a la Entente, a pesar de conflictos previos con los británicos en el sudeste asiático, para apropiarse de las colonias alemanas en el Pacífico y ganar terreno en Corea y China. Terminado el conflicto efectivamente tomaron posesión de algunos territorios, pero no lograron que se incluya en el Tratado de Versalles una cláusula sobre la igualdad racial (obviamente entre los imperios). Tras lo cual abandonaron la Conferencia.

En China, la República que se había establecido en 1912, tras la revolución del año previo, estaba en una profunda crisis. Sun Yat Sen, líder del Kuomintang, gobernaba solo sobre una parte del territorio chino. La mayoría del mismo estaba bajo el control de los “señores de la guerra”, caudillos militares regionales con ejércitos propios. El 4 de mayo de 1919 se produjo una masiva movilización juvenil contra la creciente presencia japonesa, el evento es considerado el antecedente inmediato de la fundación del Partido Comunista Chino en julio de 1921 y marcó el inicio de un ciclo ascendente de movilizaciones urbanas y rurales con un carácter revolucionario. La relación entre comunistas y nacionalistas, dentro y fuera del Kuomintang, sería uno de los temas de intenso debate en el movimiento comunista internacional. Al respecto hay varios artículos en *Amauta* y textos del mismo José Carlos.

Más cerca de “occidente”, Irán (o Persia), Palestina (o Jordania), Irak, Egipto y en particular Turquía vivieron sus propios procesos de redefinición estatal y nacional. A cada uno de los primeros —salvo Turquía que fue una de las potencias derrotadas en la guerra— los británicos les había ofrecido concesiones a cambio de su participación en el conflicto. Después de la victoria el Imperio se dedicó a instalar monarquías títeres. Turquía vivió un proceso distinto dado el protagonismo de los llamados “jóvenes turcos” movimiento nacional reformista integrado por oficiales y funcionarios estatales que hicieron el “balance y liquidación” del Imperio Turco y pusieron en marcha un proceso de laicización y modernización del estado cuyos efectos llegan hasta el presente. Justamente en los días en que Mariátegui daba sus

conferencias, el 29 de octubre de 1923, tras una cruenta guerra que enfrentó a los jóvenes turcos con potencias europeas aliadas con movimientos separatistas (la “guerra de liberación”), se fundó la República de Turquía con Mustafá Kemal Atatürk como su primer presidente.

A la agitación en el “mundo oriental” se sumó el descenso del ciclo revolucionario en “occidente”, es decir en Europa. Ya en 1920, Lenin y la mayoría del partido bolchevique habían descartado la posibilidad de una revolución victoriosa en algún país europeo, en particular en Alemania. El segundo congreso de la Internacional Comunista le había dado lugar al tema de la cuestión colonial, tema que en los eventos posteriores ganó importancia. La Conferencia de Bakú (1920) fue un hito en ese proceso. Las resoluciones del 4º Congreso de la IC (diciembre de 1922) definieron una orientación central de alianza con los movimientos nacionalistas en los países coloniales. Mariátegui, sin duda, conocía esos textos.

La IC tenía, sin embargo, un serio problema para implementar sus acuerdos: la ausencia de partidos con capacidad de organización y dirección sobre los movimientos que estaban en curso. Hay que recordar que los partidos fundadores de la IC fueron casi todos europeos. Pasaron como delegados de “oriente” los representantes de partidos de las repúblicas soviéticas “orientales”. Y se incluyeron algunos expatriados en Rusia que prácticamente no tenían lazos con sus países de origen. Tales son los casos del japonés Sen Katayama, el turco Mustafá Suphi, el indio Manabendra Nath Roy (quien fundó el Partido Comunista Mexicano y luego el de la India), así como el de los coreanos residentes en Moscú que fundaron la Liga de Trabajadores Coreanos y los chinos que habían fundado, también en Moscú, el Partido de los Trabajadores Socialistas Chinos. De allí que, en simultáneo con el impulso a los PC en “oriente”, la IC tomara relación directa y estableciese acuerdos de cooperación con partidos y movimientos nacionalistas. El ejemplo más avanzado de esto fue la relación entre Moscú y el Kuomintang que se concretizó incluso en ayuda militar. La propuesta más radical apuntaba a disolver el PCCH en el Kuomintang y ganar la hegemonía a su interior. También hubo avances de la diplomacia soviética en México en la década de 1920.

IV

No pretenden estas notas resumir o comentar las conferencias de José Carlos. Apuntan a contextualizarlas y provocar la lectura de las intervenciones en la UPMGP. Para esto último es útil plantearnos algunas preguntas. En la 13ª conferencia (“La agitación revolucionaria...”), tras una explicación rigurosamente marxista, de clase, de la explotación colonial, el conferencista propone diversas argumentaciones anti coloniales. ¿Cuál es la matriz de estas argumentaciones? ¿Qué tienen en común? ¿Qué las diferencia? Por otro lado en la misma conferencia, José Carlos dedica buena parte de la sesión a explicar las diferencias entre el “internacionalismo proletario” de la Primera, la Segunda y la Tercera Internacional. ¿Cuál es el punto de deslinde entre una y otra? ¿Cuáles podrían ser las consecuencias contemporáneas de ese deslinde? Por último, en la sección final de la conferencia, citando a Zinoviev, Mariátegui asume plenamente la tesis sobre el carácter de las revoluciones en los países coloniales. ¿Hasta qué punto esa tesis tenía argumentos sólidos en ese momento? ¿Cómo se redefinió el asunto a lo largo de la década de 1920?

La 15ª conferencia profundiza y amplía la comprensión de temas tratados en la 13ª y otras previas. Es además una hermosa síntesis, con rasgos poéticos, acerca de la comprensión que tenía el Amauta acerca de la concepción materialista de la historia. En lo que toca a nosotros cabría inventariar los procesos que Mariátegui identifica como característicos de la internacionalización material que promueve el capitalismo y preguntarnos en qué está cada uno en este momento, si alguno ha declinado o desaparecido, o si han aparecido factores nuevos.

Probablemente con estos dos textos tendremos suficiente para la sesión del sábado 9 de marzo. El texto sobre la Revolución Mexicana, apenas una reseña periodística, queda para lectura personal y comentario más adelante.

Eduardo Cáceres Valdivia, 4 de marzo.

Anexos

Décimotercera conferencia³

La agitación revolucionaria y socialista del mundo oriental

El tema de esta noche es la agitación revolucionaria y nacionalista en Oriente. He explicado ya la conexión que existe entre la crisis europea y la insurrección del Oriente. Algunos estadistas europeos encuentran en una explotación más metódica, más científica y más intensa del mundo oriental, el remedio del malestar económico del Occidente. Tienen el plan audaz de extraer de las naciones coloniales los recursos necesarios para la convalecencia y la restauración de las naciones capitalistas. Que los braceros de la India, del Egipto, del África o de la América Colonial, produzcan el dinero necesario para conceder mejores salarios a los braceros de Inglaterra, de Francia, de Alemania, de Estados Unidos, etc. El capitalismo europeo sueña con asociar a los trabajadores europeos a su empresa de explotación de los pueblos coloniales. Europa intenta reconstruir su riqueza, dilapidada durante la guerra, con los tributos de las colonias. El capitalismo occidental no consigue la resignación del proletariado occidental a un tenor de vida miserable y paupérrimo. Se da cuenta de que el proletariado europeo no quiere que recaigan sobre él las obligaciones económicas de la guerra. Y acomete, por esto, la colonial empresa de reorganizar y ensanchar la explotación de los pueblos orientales. El capitalismo europeo trata de sofocar la revolución social de Europa con la distribución entre los trabajadores europeos de las utilidades obtenidas con la explotación de los trabajadores coloniales. Que los trescientos millones de habitantes de Europa occidental y Estados Unidos esclavicen a los mil quinientos millones de habitantes del resto de la tierra. A esto se reduce el programa del capitalismo europeo y norteamericano. Al esclavizamiento de la mayoría atrasada e inculta en beneficio de la minoría evolucionada y culta del mundo. Pero este plan es demasiado simplista para ser realizable. A su realización se oponen varios factores. Europa ha predicado durante mucho tiempo el derecho de los pueblos a la libertad y la independencia. La última guerra ha sido hecha por Inglaterra, por Francia, por los Estados Unidos y por Italia, en el nombre de la libertad y la democracia, contra el imperialismo y la conquista. Al lado de los soldados europeos, han luchado por estos mitos y por estos principios, muchos soldados africanos y asiáticos. Y estos mitos y estos principios, de los cuales el capitalismo aliado y norteamericano ha hecho tan imprudente y desmedido abuso, han echado raíces en el Oriente. La India, el Egipto, Persia, el África septentrional, reclaman hoy, invocando la doctrina europea, el reconocimiento de su derecho a disponer de sí mismos. El Asia y el África quieren emanciparse de la tutela de Europa, en el nombre de la ideología, en el nombre de la doctrina que Europa les ha enseñado y que Europa les ha predicado. Existe, además, otro motivo psicológico para la insurrección del Oriente. Hasta antes de la guerra, las poblaciones orientales tenían un respeto supersticioso por las sociedades europeas, por la civilización occidental, creadoras de tantas maravillas y depositarias de tanta cultura. La guerra y sus consecuencias han aminorado, han debilitado mucho ese respeto supersticioso. Los pueblos de Oriente han visto a los pueblos de Europa combatirse, desgarrarse y devorarse con tanta crueldad, tanto encarnizamiento y tanta perfidia, que han dejado de creer en su superioridad y su progreso. Europa, más que su autoridad material sobre Asia y África, ha perdido su autoridad moral. Tiene todavía armas suficientes para imponerse; pero sus armas morales son cada día menores.

³ Pronunciada el 28 de septiembre de 1923 en el local de la Federación de Estudiantes. Se publicó por primera vez en la revista *Caretas*, vol. 2, nro. 8, 1951. [\[Treceava Conferencia\] La agitación revolucionaria y socialista del mundo oriental - Archivo José Carlos Mariátegui \(mariátegui.org\)](#)

Además la conciencia moral de los países occidentales ha avanzado también mucho para que una política de conquista y de opresión sea amparada y consentida por las masas populares. Antes, el proletariado, no oponía a la política colonizadora e imperialista de sus gobiernos una resistencia eficaz y convencida. Los trabajadores ingleses, franceses, alemanes, eran más o menos indiferentes a la suerte de los trabajadores asiáticos y africanos. El socialismo era una doctrina internacional; pero su internacionalismo concluía en los confines de Occidente, en los límites de la civilización occidental. Los socialistas, los sindicalistas, hablaban de liberar a la humanidad, pero, prácticamente, no se interesaban sino por la humanidad occidental. Los trabajadores occidentales consideraban tácitamente natural la esclavitud de los trabajadores coloniales. Hombres occidentales, al fin y al cabo, educados dentro de los prejuicios de la civilización occidental, miraban a los trabajadores de Oriente como hombres bárbaros. Todo esto era natural, era justo. Entonces la civilización occidental vivía demasiado orgullosa de sí misma. Entonces no se hablaba de civilización occidental y civilizaciones orientales, sino se hablaba de civilización a secas. Entonces la cultura imperante no admitió la coexistencia de dos civilizaciones, no admitía la equivalencia de civilizaciones, ninguno de esos conceptos que impone ahora el relativismo histórico. Entonces, en los límites de la civilización occidental, comenzaba la barbarie egipcia, barbarie asiática, barbarie china, barbarie turca. Todo lo que no era occidental, todo lo que no era europeo, era bárbaro. Era natural, era lógico, por consiguiente, que dentro de esta atmósfera de ideas, el socialismo occidental y el proletariado occidental, hubiesen hecho del internacionalismo una doctrina prácticamente europea también. En la Primera Internacional no estuvieron representados sino los trabajadores europeos y los trabajadores norteamericanos. En la Segunda Internacional ingresaron las vanguardias de los trabajadores sudamericanos y de otros trabajadores incorporados en la órbita del mundo europeo, del mundo occidental. Pero la Segunda Internacional continuó siendo una Internacional de los trabajadores de Occidente, un fenómeno de la civilización y de la sociedad europeas.

Todo esto era natural y era justo, además, porque la doctrina socialista, la doctrina proletaria, constituían una creación, un producto de la civilización europea y occidental. Ya he dicho, al disertar rápidamente sobre la crisis de la democracia, que la doctrina socialista y proletaria es hija de la sociedad capitalista y burguesa. En el seno de la sociedad medioeval y aristocrática se generó y maduró la sociedad burguesa. De igual modo, en el seno de la sociedad burguesa se genera y madura, actualmente la sociedad proletaria. La lucha social no tiene, pues, el mismo carácter en los pueblos de Occidente y en los pueblos de Oriente. En los pueblos de Oriente, sobrevive hasta el régimen esclavista. Los problemas de los pueblos de Oriente son diferentes de los pueblos de Occidente. Y la doctrina socialista, la doctrina proletaria, es un fruto de los problemas de los pueblos de Occidente, un método de resolverlos. La solución aparece donde existe el problema. La solución no puede ser planteada donde el problema no existe aún. En los países de Occidente la solución ha sido planteada porque el problema existe. El socialismo, el sindicalismo, las teorías que apasionaban a las muchedumbres europeas, dejaban por esto indiferentes a las muchedumbres asiáticas, a las muchedumbres orientales. No existía por esto en el mundo una solidaridad de muchedumbres explotadas, sino una solidaridad de muchedumbres socialistas. Éste era el sentido, éste era el alcance, ésta era la extensión de las antiguas internacionales, de la Primera Internacional y de la Segunda Internacional. Y de aquí que las masas trabajadoras de Europa no combatiesen enérgicamente la colonización de las masas trabajadoras de Oriente, tan distantes de sus costumbres, de sus sentimientos y de sus direcciones. Ahora, este estado de ánimo se ha modificado. Los socialistas empiezan a comprender que la revolución social no debe ser una revolución europea, sino una revolución mundial. Los líderes de la revolución social perciben y comprenden la maniobra del capitalismo que busca en las colonias los recursos y los medios de evitar o de retardar la revolución en Europa. Y se esfuerzan por combatir al capitalismo, no sólo en Europa, no sólo en el Occidente, sino en las colonias. La Tercera Internacional inspira

su táctica en esta nueva orientación. La Tercera Internacional estimula y fomenta la insurrección de los pueblos de Oriente, aunque esta insurrección carezca de un carácter proletario y de clases, y sea, antes bien, una insurrección nacionalista. Muchos socialistas han polemizado, precisamente, por esta cuestión colonial, con la Tercera Internacional. Sin comprender el carácter decisivo que tiene para la revolución social la emancipación de las colonias del dominio capitalista, esos socialistas han objetado a la Tercera Internacional la cooperación que este organismo presta a esa emancipación política de las colonias. Sus razones han sido éstas: el socialismo no debe amparar sino movimientos socialistas. Y la rebelión de los pueblos orientales es una rebelión nacionalista. No se trata de una insurrección proletaria, sino de una insurrección burguesa. Los turcos, los persas, los egipcios, no luchan por instaurar en sus países el socialismo, sino por independizarse políticamente de Inglaterra y de Europa. Los proletarios combaten y se agitan en esos pueblos, confundidos y mezclados con los burgueses. En el Oriente no hay guerra social, sino guerras políticas, guerras de independencia. El socialismo no tiene nada de común con esas insurrecciones nacionalistas que no tienden a liberar al proletariado del capitalismo, sino a liberar a la burguesía india, o persa, o egipcia, de la burguesía inglesa. Esto dicen, esto sostienen algunos líderes socialistas que no estiman, que no advierten todo el valor histórico, todo el valor social de la insurrección del Oriente. En un congreso memorable, en el Congreso de Halle, Zinovief, a nombre de la Tercera Internacional, defendía la política colonial de ésta de los ataques de Hilferding, líder socialista, actual Ministro de Finanzas. Y en esa oportunidad decía Zinovief: "La Segunda Internacional estaba limitada a los hombres de color blanco; la Tercera no divide a los hombres según el color. Si vosotros queréis una revolución mundial, si vosotros queréis liberar al proletariado de las cadenas del capitalismo, no debéis pensar solamente en Europa. Debéis dirigir vuestras miradas también al Asia. Hilferding dirá despreciativamente: ¡Estos asiáticos, estos tártaros, estos chinos! Compañeros, yo os digo: una revolución mundial no es posible si no ponemos los pies también en el Asia. Allá habita una cantidad de hombres cuatro veces mayor que en Europa, y estos hombres son oprimidos y ultrajados como nosotros". Vamos a aproximarlos, a acercarlos al socialismo o no debemos hacerlo? Sí Marx ha dicho que una revolución europea sin Inglaterra se parecería solamente a una tempestad en un vaso de agua, nosotros os decimos, oh compañeros de Alemania, que una revolución proletaria sin el Asia no es una revolución mundial. Y esto tiene para nosotros mucha importancia. También ayo soy europeo como vosotros; pero siento que Europa es una pequeña parte del mundo. En el Congreso de Moscú hemos comprendido qué cosa nos faltó hasta ahora en el movimiento proletario. Allá hemos sentido qué cosa es necesario para que arribe la revolución mundial. Y esta cosa es: el despertar de las masas oprimidas del Asia. Yo os confieso: cuando en Bakú ví centenares de persas y de turcos entonar con nosotros la Internacional, sentí lágrimas en los ojos. Y entonces oí el soplo de la revolución mundial» Y es, por todo esto, que la Tercera Internacional no es ni ha querido ser una Internacional exclusivamente europea. Al congreso de fundación de la Tercera Internacional asistieron delegados del Partido Obrero Chino y de la Unión Obrera Coreana. A los congresos siguientes han asistido delegados persas, turquestanos, armenios y de otros pueblos orientales. Y el 14 de agosto de 1920 se reunió en Bakú ese gran congreso de los pueblos de Oriente, al cual alude Zinovief, al que concurrieron los delegados de 24 pueblos orientales. En ese congreso quedaron echados los cimientos de una Internacional del Oriente, no de una Internacional socialista, sino revolucionaria e insurreccional únicamente.

Bajo la presión de estos acontecimientos y de estas ideas, los mismos socialistas reformistas, los mismos socialistas democráticos, tan saturados de los antiguos prejuicios occidentales, han concluido por interesarse mucho más que antes de la cuestión colonial. Y han comenzado a reconocer la necesidad de que el proletariado europeo se preocupe seriamente de combatir la opresión del Oriente y a amparar el derechos de estos pueblos a disponer de sí mismo. Está actitud nueva de los partidos socialistas cohibe y coacta a las

grandes naciones capitalistas para emplear contra los pueblos de Oriente la fuerza de las expediciones guerreras. Y así vimos el año pasado que Inglaterra, desafiada por Mustafá Kemal en Turquía, no pudo responder a este reto con operaciones de guerra. El partido laboralista inglés inició una violenta agitación contra todo envío de tropas al Oriente. Los dominios ingleses, Australia, el Transvaal, declararon su voluntad de no consentir un ataque a Turquía. El gobierno inglés se vio obligado a transigir con Turquía, a ceder ante Turquía, a la cual, en otros tiempos, habría aplastado sin piedad. Igualmente, hace tres años vimos al proletariado italiano oponerse resueltamente a la ocupación de Albania por Italia. El gobierno italiano fue obligado a retirar sus tropas del suelo albanés. Y a firmar un tratado amistoso con la pequeña Albania. Estos hechos revelan una situación nueva en el mundo.

Esta situación se puede resumir en tres observaciones:

1. Europa carece de autoridad material para sojuzgar a los pueblos coloniales.
2. Europa ha perdido su antigua autoridad moral sobre esos pueblos.
3. La conciencia moral de las naciones europeas no permite en esta época, al régimen capitalista, una política brutalmente opresora y conquistadora contra el Oriente.

Existen, en una palabra, las condiciones históricas los elementos políticos necesarios para que el Oriente resurja, para que el Oriente se independice, para que el Oriente se libere. Así como, a principios del siglo pasado, los pueblos de América se independizaron del dominio político de Europa porque la situación del mundo era propicia, era oportuna para su liberación, así ahora los pueblos del Oriente se sacudirán también del dominio político de Europa porque la situación del mundo es propicia, es oportuna su liberación. Tenemos así panorámicamente contempladas las relaciones entre la situación europea y la insurrección oriental. Estudiemos ahora la agitación revolucionaria de Oriente en sí misma. Recorramos, velozmente, sus principales acontecimientos.

El fenómeno sustantivo de la agitación del Oriente es la resurrección de Turquía.

Décimoquinta conferencia⁴

Internacionalismo y Nacionalismo

En varias de mis conferencias he explicado cómo se ha solidarizado, cómo se ha conectado, cómo se ha internacionalizado la vida de la humanidad. Más exactamente, la vida de la humanidad occidental. Entre todas las naciones incorporadas en la civilización europea, en la civilización occidental, se han establecido vínculos y lazos nuevos en la historia humana. El internacionalismo no es únicamente un ideal; es una realidad histórica. El internacionalismo existe como ideal porque es la realidad nueva, la realidad naciente. No es un ideal arbitrario, no es un ideal absurdo de unos cuantos soñadores y de unos cuantos utopistas. Es aquel ideal que Hegel y Marx definen como la nueva y superior realidad histórica que, encerrada dentro de las vísceras de la realidad actual, pugna por actuarse y que, mientras no está actuada, mientras se va actuando, aparece como ideal frente a la realidad envejecida y decadente. Un gran ideal humano, una gran aspiración humana no brota del cerebro ni emerge de la imaginación de un hombre más o menos genial. Brota de la vida. Emerge de la realidad histórica. Es la realidad histórica presente. La humanidad no persigue nunca quimeras insensatas ni inalcanzables; la humanidad corre tras de aquellos ideales cuya realización presente cercana, presente madura y presente posible. Con la humanidad acontece lo mismo que con el individuo. El individuo no anhela nunca una cosa absolutamente imposible. Anhela siempre una cosa relativamente posible, una cosa relativamente alcanzable. Un hombre humilde de una aldea, a menos que se trate de un loco, no sueña jamás con el amor de una princesa ni de una multimillonaria lejana y desconocida, sueña en cambio con el amor de la muchacha aldeana a quien él puede hablar, a quien él puede conseguir. Al niño que sigue a la mariposa puede ocurrirle que no la aprese, que no la coja jamás; pero para que corra tras ella es indispensable que la crea o que la sienta relativamente a su alcance. Si la mariposa va muy lejos, si su vuelo es muy rápido, el niño renuncia a su imposible conquista. La misma es la actitud de la humanidad ante el ideal. Un ideal caprichoso, una utopía imposible, por bellos que sean, no conmueven nunca a las muchedumbres. Las muchedumbres se emocionan y se apasionan ante aquella teoría que constituye una meta próxima, una meta probable; ante aquella doctrina que se basa en la posibilidad; ante aquella doctrina que no es sino la revelación de una nueva realidad en marcha, de una nueva realidad en camino. Veamos, por ejemplo, cómo aparecieron las ideas socialistas y por qué apasionaron a las muchedumbres. Kautsky, cuando aún era un socialista revolucionario, enseñaba, de acuerdo con la historia, que la voluntad de realizar el socialismo nació de la creación de la gran industria. Donde prevalece la pequeña industria, el ideal de los desposeídos no es la socialización de la propiedad sino la adquisición de un poco de propiedad individual. La pequeña industria genera siempre la voluntad de conservar la propiedad privada de los medios de producción y no la voluntad de socializar la propiedad, de instituir el socialismo. Esta voluntad surge allí donde la gran industria está desarrollada, donde no exista ya duda acerca de su superioridad sobre la pequeña industria, donde el retorno a la pequeña industria sería un paso atrás, sería un retroceso social y económico. El crecimiento de la gran industria, el surgimiento de las grandes fábricas mata a la pequeña industria y arruina al pequeño artesano; pero al mismo tiempo crea la posibilidad material de la realización del socialismo y crea, sobre todo, la voluntad de llevar a cabo esa realización. La fábrica reúne a una gran masa de obreros; a quinientos, a mil, a dos mil obreros; y genera en esta masa no el deseo del trabajo individual y solitario, sino el deseo de la explotación colectiva y asociada de ese instrumento de riqueza. Fijaos cómo comprende y cómo siente el obrero de la fábrica la idea sindical y la idea colectivista; y fijaos, en cambio, cómo la misma idea es difícilmente comprensible para el trabajador aislado del pequeño taller, para el obrero solitario que trabaja

⁴ Pronunciada el 2 de noviembre de 1923 en el local de la Federación de Estudiantes. Se publicó por primera vez *Generación*, abril-mayo de 1951. [OBRAS COMPLETAS DE JOSE CARLOS MARIATEGUI \(marxists.org\)](http://marxists.org)

por su cuenta. La conciencia de clase germina fácilmente en las grandes masas de las fábricas y de las negociaciones vastas; germina difícilmente en las masas dispersas del artesanado y de la pequeña industria. El latifundio industrial y el latifundio agrícola conducen al obrero primero a la organización para la defensa de sus intereses de clase y, luego, a la voluntad de la expropiación del latifundio y de su explotación colectiva. El socialismo, el sindicalismo; no han emanado así de ningún libro genial. Han surgido de la nueva realidad social, de la nueva realidad económica. Y lo mismo acontece con el internacionalismo.

Desde hace muchos lustros, desde hace un siglo aproximadamente, se comprueba en la civilización europea la tendencia a preparar una organización internacional de las naciones de Occidente. Esta tendencia no tiene sólo manifestaciones proletarias; tiene también manifestaciones burguesas. Ahora bien. Ninguna de estas manifestaciones ha sido arbitraria ni se ha producido porque sí; ha sido siempre, por el contrario, el reconocimiento instintivo de un estado de cosas nuevo, latente. El régimen burgués, el régimen individualista, libertó de toda traba los intereses económicos. El capitalismo, dentro del régimen burgués, no produce para el mercado nacional; produce para el mercado internacional. Su necesidad de aumentar cada día más la producción lo lanza a la conquista de nuevos mercados. Su producto, su mercadería no reconoce fronteras; pugna por traspasar y por avasallar los confines políticos. La competencia, la concurrencia entre los industriales es internacional. Los industriales, además de los mercados, se disputan internacionalmente las materias primas. La industria de un país se abastece del carbón, del petróleo, del mineral de países diversos y lejanos. A consecuencia de este tejido internacional de intereses económicos, los grandes bancos de Europa y de Estados Unidos resultan entidades complejamente internacionales y cosmopolitas. Esos bancos invierten capitales en Australia, en la India, en la China, en el Transvaal. La circulación del capital, a través de los bancos, es una circulación internacional. El rentista inglés que deposita su dinero en un banco de Londres ignora tal vez a dónde va a ser invertido su capital, de dónde va a proceder su rédito, su dividendo. Ignora si el banco va a destinar su capital, por ejemplo, a la adquisición de acciones de la Peruvian Corporation, en este caso, el rentista inglés resulta, sin saberlo, copropietario de ferrocarriles en el Perú. La huelga del Ferrocarril Central puede afectarlo, puede disminuir su dividendo. El rentista inglés lo ignora. Igualmente, el carrilano, los maquinistas peruanos ignoran la existencia de ese rentista inglés, a cuya cartera irá a parar una parte de su trabajo. Este ejemplo, este caso, nos sirven para explicarnos la vinculación económica, la solidaridad económica de la vida internacional de nuestra época. Y nos sirven para explicarnos el origen del internacionalismo burgués y el origen del internacionalismo obrero que es un origen común y opuesto al mismo tiempo. El propietario de una fábrica de tejidos de Inglaterra tiene interés en pagar a sus obreros menor salario que el propietario de una fábrica de tejidos de Estados Unidos, para que su mercancía pueda ser vendida más barata y más ventajosa y abundantemente. Y esto hace que el obrero textil norteamericano tenga interés en que no baje el salario del obrero textil inglés. Una baja de salarios en la industria textil inglesa es una amenaza para el obrero de Vitarte, para el obrero de Santa Catalina. En virtud de estos hechos, los trabajadores han proclamado su solidaridad y su fraternidad por encima de las fronteras y por encima de las nacionalidades. Los trabajadores han visto que cuando libraban una batalla no era sólo contra la clase capitalista de su país sino contra la clase capitalista del mundo. Cuando los obreros de Europa lucharon por la conquista de la jornada de las ocho horas, luchaban no sólo por el proletariado europeo sino por el proletariado mundial. A vosotros, trabajadores del Perú, os fue fácil conquistar la ley de ocho horas porque la ley de ocho horas estaba ya en marcha en Europa. El capitalismo peruano cedió ante vuestra demanda porque sabía que el capitalismo europeo cedía también. Y, del mismo modo, por supuesto, no son indiferentes a vuestra suerte las batallas que libran en la actualidad los trabajadores de Europa. Cada uno de los obreros que cae en estos momentos en las calles de Berlín o en las barricadas de Hamburgo no cae sólo por la causa del proletariado alemán. Cae también por vuestra causa; compañeros del Perú.

Es por esto, es por esta comprobación de un hecho histórico que desde hace más de medio siglo, desde que Marx y Engels fundaron la Primera Internacional, las clases trabajadoras del mundo tienden a crear asociaciones de solidaridad internacional que vinculen su acción y unifiquen su ideal.

Pero al mismo efecto de la vida económica moderna no es insensible, en el campo opuesto, la política capitalista. El liberalismo burgués, el liberalismo económico que consintió a los intereses capitalistas expandirse, conectarse y asociarse, por encima de los Estados y de las fronteras, tuvo por fuerza que incluir en su programa el libre cambio. El libre cambio, la teoría libre-cambista corresponde a una necesidad honda y concreta de un período de la producción capitalista. ¿Qué cosa es el libre-cambio? El libre-cambio, la libre circulación, es el libre comercio de las mercaderías a través de todas las fronteras y de todos los países. Entre las naciones existen no sólo fronteras políticas, fronteras geográficas. Existen también fronteras económicas. Esas fronteras económicas son las aduanas. Las aduanas que, a la entrada al país, gravan la mercadería con un impuesto. El libre-cambio pretende abatir esas fronteras económicas, abatir las aduanas, franquear el paso libre de las mercaderías en todos los países. En este período de apogeo de la teoría libre-cambista la burguesía fue, en suma, eminentemente internacionalista, ¿Cuál era la causa de su librecambismo, cuál era la causa de su internacionalismo? Era la necesidad económica, la necesidad comercial de la industria de expandirse libremente en el mundo. El capitalismo de algunos países muy desarrollados económicamente encontraba un estorbo para su expansión en las fronteras económicas y pretendía abatirlas. Y este capitalismo librecambista, que no abarca por supuesto todo el campo capitalista sino sólo una parte de él, fue también pacifista. Preconizaba la paz y preconizaba el desarme porque miraba en la guerra un elemento de perturbación y de desordenamiento de la producción. El librecambismo era una ofensiva del capitalismo británico, el más evolucionado del mundo, el más preparado para la concurrencia contra los capitalismo rivales. En realidad, el capitalismo no podía dejar de ser internacionalista porque el capitalismo es por naturaleza y por necesidad imperialista. El capitalismo crea una nueva clase de conflictos históricos y conflictos bélicos. Los conflictos no entre las naciones, no entre las razas, no entre las nacionalidades antagónicas, sino los conflictos entre los bloques, entre los conglomerados de intereses económicos e industriales. Este conflicto entre dos capitalismo adversarios, el británico y el alemán, condujo al mundo a la última gran guerra. Y de ella como ya he tenido ocasión de explicaros, la sociedad burguesa ha salido hondamente minada y socavada, precisamente a causa del contraste entre las pasiones nacionalistas de los pueblos, que los enemistan y los separan, y la necesidad de la colaboración y la solidaridad y la amnistía recíproca entre ellos, como único medio de reconstrucción común. La crisis capitalista, en uno de sus principales aspectos, reside justamente en esto: en la contradicción de la política de la sociedad capitalista con la economía de la sociedad capitalista. En la sociedad actual la política y la economía han cesado de coincidir, han cesado de concordar. La política de la sociedad actual es nacionalista; su economía es internacionalista. El Estado burgués está construido sobre una base nacional; la economía burguesa necesita reposar sobre una base internacional. El Estado burgués ha educado al hombre en el culto de la nacionalidad, lo ha inficionado de ojerizas y desconfianzas y aun de odios respecto de las otras nacionalidades; la economía burguesa necesita, en cambio, de acuerdos y de entendimientos entre nacionalidades distintas y aun enemigas. La enseñanza tradicionalmente nacionalista del Estado burgués, excitada y estimulada durante el período de la guerra, ha creado, sobre todo en la clase media, un estado de ánimo intensamente nacionalista. Y es ahora ese estado de ánimo el que impide que las naciones europeas se concierten y se coordinen en torno de un programa común de reconstrucción de la economía capitalista. Esta contradicción entre la estructura política del régimen capitalista y su estructura económica es el síntoma más hondo, más elocuente de la decadencia y de la disolución de este orden social. Es, también, la revelación, la confirmación mejor dicho de que la antigua organización política de la sociedad

no puede subsistir porque dentro de sus moldes, dentro de sus formas rígidamente nacionalistas no pueden prosperar, no pueden desarrollarse las nuevas tendencias económicas y productivas del mundo, cuya característica es su internacionalismo. Este orden social declina y caduca porque no cabe ya dentro de él el desenvolvimiento de las fuerzas económicas y productivas del mundo. Estas fuerzas económicas y productivas aspiran a una organización internacional que consienta su desarrollo, su circulación y su crecimiento. Esa organización internacional no puede ser capitalista porque el Estado capitalista, sin renegar de su estructura, sin renegar de su origen, no puede dejar de ser Estado nacionalista.

Pero esta incapacidad de la sociedad capitalista e individualista para transformarse, de acuerdo con las necesidades internacionales de la economía, no impide que aparezcan en ella las señales preliminares de una organización internacional de la humanidad. Dentro del régimen burgués, nacionalista y chauvinista, que aleja a los pueblos y los enemista, se teje una densa red de solidaridad internacional que prepara el futuro de la humanidad. La burguesía misma puede abstenerse de forjar con sus manas organismos e institutos internacionales que atenúen la rigidez de su teoría y de su práctica nacionalistas. Hemos visto así aparecer la Sociedad de las Naciones. La Sociedad de las Naciones, como lo dije en la conferencia respectiva, es en el fondo un homenaje de la ideología burguesa a la ideología internacionalista. La Sociedad de las Naciones es una ilusión porque ningún poder humano puede evitar que dentro de ella se reproduzcan los conflictos, las enemistades y los desequilibrios inherentes a la organización capitalista y nacionalista de la sociedad. Suponiendo que la Sociedad de las Naciones llegara a comprender a todas las naciones del mundo, no por eso su acción sería eficientemente pacifista ni eficazmente reguladora de los conflictos y de los contrastes entre las naciones, porque la humanidad, reflejada y sintetizada en su asamblea, sería siempre la misma humanidad nacionalista de antes. La Sociedad de las Naciones juntaría a los delegados de los pueblos; pero no juntaría a los pueblos mismos. No eliminaría los motivos de contraste entre éstos. Las mismas divisiones, las mismas rivalidades que aproximan o enemistan a las naciones en la geografía y en la historia, las aproximarían o las enemistarían dentro de la Sociedad de las Naciones, Subsistirían las alianzas, los compromisos, las ententes que agrupan a los pueblos en bloques antagónicos y enemigos. La Sociedad de las Naciones finalmente, sería una Internacional de clase, una Internacional de Estados; pero no sería una Internacional de pueblos. La Sociedad de las Naciones sería un internacionalismo de etiqueta, un internacionalismo de fachada. Esto sería la Sociedad de las Naciones en el caso de que reuniese en su seno a todos los gobiernos, a todos los Estados. En el caso actual, en que no reúne sino a una parte de los gobiernos y a una parte de los Estados, la Sociedad de las Naciones es mucho menos todavía. Es un tribunal sin autoridad, sin jurisdicción y sin fuerza, al margen del cual las naciones contratan y litigan, negocian y se atacan.

Pero, con todo, la aparición, la existencia de la idea de la Sociedad de las Naciones, la tentativa de realizarla es un reconocimiento, es una declaración de la verdad evidente del internacionalismo de la vida contemporánea, de las necesidades internacionales de la vida de nuestros tiempos. Todo tiende a vincular, todo tiende a conectar en este siglo a los pueblos y a los hombres. En otro tiempo el escenario de una civilización era reducido, era pequeño; en nuestra época es casi todo el mundo. El colono inglés que se instala en un rincón salvaje del Africa lleva a ese rincón el teléfono, la telegrafía sin hilos, el automóvil. En ese rincón resuena el eco de la última arenga de Poincaré o del último discurso de Lloyd George. El progreso de las comunicaciones ha conectado y ha solidarizado hasta un grado inverosímil la actividad y la historia de las naciones. Se da el caso de que el puñetazo que tumba a Firpo en el ring de Nueva York sea conocido en Lima, en esta pequeña capital sudamericana, a los dos minutos de haber sido visto por los espectadores del match. Dos minutos después de haber conmovido a los espectadores del coliseo norteamericano, ese puñetazo consternaba a las buenas personas que hacían cola a las puertas de los periódicos limeños. Recuerdo este

ejemplo para dar a ustedes la sensación exacta de la intensa comunicación que existe entre las naciones del mundo occidental, debido al crecimiento y al perfeccionamiento de las comunicaciones. Las comunicaciones son el tejido nervioso de esta humanidad internacionalizada y solidaria. Una de las características de nuestra época es la rapidez, la velocidad con que se propagan las ideas, con que se transmiten las corrientes del pensamiento y la cultura. Una idea nueva, brotada en Inglaterra, no es una idea inglesa, sino el tiempo necesario para que sea impresa. Una vez lanzada al espacio por el periódico esa idea, si traduce alguna verdad universal, puede transformarse instantáneamente en una idea universal también. ¿Cuánto habría tardado Einstein en otro tiempo para ser popular en el mundo? En estos tiempos, la teoría de la relatividad, no obstante su complicación y su tecnicismo, ha dado la vuelta al mundo en poquísimos años. Todos estos hechos son otros tantos signos del internacionalismo y de la solidaridad de la vida contemporánea.

En todas las actividades intelectuales, artísticas, científicas, filantrópicas, morales, etc., se nota hoy la tendencia a construir órganos internacionales de comunicación y de coordinación. En Suiza existen las sedes de más de ochenta asociaciones internacionales. Hay una internacional de maestros, una internacional de periodistas, hay una internacional feminista, hay una internacional estudiantil. Hasta los jugadores de ajedrez, si no me equivoco, tienen oficinas internacionales o cosa parecida. Los maestros de baile han tenido en París un congreso internacional en el cual han discutido sobre la conveniencia de mantener en boga el **fox trot** o de resucitar la pavana. Se ha echado así las bases de una internacional de los bailarines. Más aún. Entre las corrientes internacionalistas, entre los movimientos internacionalistas, se esboza una que es curiosa y paradójica como ninguna. Me refiero a la internacional fascista. Los movimientos fascistas son, como sabéis, rabiosamente chauvinistas, ferozmente patrioterros. Ocurre, sin embargo, que entre ellos se estimulan y se auxilian. Los fascistas italianos ayudan, según se dice, a los fascistas húngaros. Mussolini fue una vez invitado a visitar Munich por los fascistas alemanes. El gobierno fascista de Italia ha acogido con simpatía explícita y entusiasta el surgimiento del gobierno filofascista de España. Hasta el nacionalismo, pues, no puede prescindir de cierta fisonomía internacionalista.

Décimosexta conferencia⁵

La revolución mexicana

Reseña periodística

Ante un numeroso auditorio ha ofrecido José Carlos Mariátegui en la Universidad Popular, su antepenúltima conferencia sobre la historia de la crisis mundial. El programa del curso asignaba a la conferencia un tema excepcionalmente interesante en los actuales momentos: La Revolución Mexicana. La Revolución Mexicana en el programa del curso de conferencias de Mariátegui no es naturalmente la actual guerra civil entre el gobierno del General Obregón y la facción de De la Huerta sino todo el trascendental período revolucionario iniciado con el derrocamiento de la dictadura de Porfirio Díaz por Francisco Madero.

Mariátegui expuso los orígenes de la Revolución Mexicana. Explicó la importancia sustantiva de la cuestión agraria en los últimos acontecimientos de la historia de México. Y se ocupó de los aspectos social y económico de la Revolución.

Historió el movimiento de Madero, las debilidades y transacciones que socavaron el gobierno de este generoso caudillo, la actividad reaccionaria que engendró el golpe de mano de Huerta, el asesinato de Madero. Pasó luego a examinar los sucesos que llevaron al poder al General Venustiano Carranza. Y se ocupó de la Constitución de 1917, ilustrando, sobre todo, sus artículos 27 y 123.

Habló en seguida del régimen de Obregón y la reforma agraria. Y dedicó después gran parte de su conferencia a la exposición de la obra educacional de José Vasconcelos. Exaltó la gran figura de Vasconcelos, su ideología revolucionaria, su alto y puro idealismo.

Finalmente expuso los diversos aspectos del movimiento social y proletario de México y concluyó invitando a los trabajadores a saludar en la Revolución Mexicana el primer albor de la transformación del mundo hispano-americano.

La concurrencia aplaudió largamente a Mariátegui y, a iniciativa del estudiante Luis F. Bustamante, acordó invitar al proletariado organizado a suscribir un mensaje de saludo a Vasconcelos y encargarse de su entrega a Víctor Raúl Haya de la Torre. El obrero Carbajo leyó una carta de Haya de la Torre, comunicando las primeras impresiones de su estada en México, que fue recibida con grandes aplausos.

⁵ Los editores de Historia de la Crisis Mundial no pudieron encontrar el manuscrito o notas del autor. Solo quedó la reseña periodística hecha por *La Crónica*, nro. 4233, Lima 25 de diciembre de 1923. https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/decima%20sexta%20conferencia.htm



“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023) Ciclo de lectura, debate y prospectiva

Materiales de trabajo Octava Sesión

Guía de trabajo para la octava sesión

Intelectuales, filosofía y revolución. p. 2

Conferencias:
Los intelectuales y la revolución
(pronunciada el 1 de diciembre de 1923) p. 8

La crisis filosófica
(Sin fecha) p. 10

Organiza:



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUR



Octava sesión: Intelectuales, filosofía y revolución

Conferencias

- Los intelectuales y la revolución (1 de diciembre de 1923)
- La crisis filosófica (sin fecha)

La primera de estas conferencias fue pronunciada en el local de la Federación de Motoristas y Conductores Públicos dado que en noviembre de aquel año la Federación de Estudiantes fue desalojada de su local en el parque de la Exposición (actual Museo de Arte de Lima - MALI). La segunda no llegó a dictarse, pero se cuenta con las notas del autor que aquí se reproducen. Si se revisa el programa de las conferencias,¹ se verá que estaba prevista una conferencia sobre “La crisis filosófica”, no así una sobre “Los intelectuales y la revolución”.

I

Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico.

Karl Marx y Federico Engels: *El Manifiesto Comunista*

Si bien el texto del Manifiesto no utiliza la palabra “intelectuales” sino *Bourgeoisideologen*, sin duda se refiere a esa peculiar categoría social a la que Mariátegui dedica una de las conferencias que comentaremos en esta sesión. La cita es, además, doblemente pertinente: no solo se refiere a un sector específico de la mencionada categoría social, se refería también -y en primer lugar- a los autores del *Manifiesto comunista*.

Las definiciones de *intelectual* que dan los diccionarios van desde la simplicidad literal del DRAE: “alguien dedicado a las ciencias o a las letras”, hasta la complejidad que recoge Wikipedia: “un intelectual es una persona que se compromete en el pensamiento crítico, la investigación y la reflexión sobre la realidad de la sociedad, y propone soluciones para sus problemas normativos”. Entre ambas se abre un abanico de definiciones que dan cuenta de opciones más globales frente a la sociedad y sus procesos.

Como toda categoría social, esta es también una construcción histórica. La función de pensar, analizar y proponer es tan antigua como la sociedad. Su diferenciación de otras funciones tuvo que ver con la aparición de la división del trabajo. Sin embargo, la categoría *intelectual* es propia

¹ Publicado en *Claridad*, Año I, N° 2. Lima, julio de 1923, pág.9. Accesible en <http://hemeroteca.mariategui.org/index.php/Detail/objects/45>

de la modernidad en tanto se diferencia del escriba, del clérigo, e incluso del maestro, sujetos de una u otra manera al poder político. Su diferenciación avanzó de la mano con el desarrollo de la sociedad civil como esfera autónoma y de la Ilustración como proceso político-cultural.

En Europa, desde fines del siglo XVII, y en América, desde mediados del XVIII, aparecieron “intelectuales” (o “ideólogos”) que comenzaron a pensar y proponer por fuera del poder oficial. Incluso, a veces, contra este poder. Se desarrollaron al amparo de algunos aristócratas ilustrados en los espacios que estos les abrieron: los “salones”. Entre ellos se tejieron lazos, a través del intercambio epistolar, configurando un espacio propio, “la República de las Letras”, que se expresó a través de revistas² y se materializó en las Academias que se fundaron para el desarrollo autónomo de las ciencias, ciertamente con las restricciones que les impuso al absolutismo de aquellos siglos. A lo largo del siglo XVIII, los “intelectuales” ganaron nuevos espacios: los cafés y sus equivalentes en países europeos y americanos.

En los procesos revolucionarios que se sucedieron desde 1770 en adelante (EE UU, Francia, Hispanoamérica) fue visible el rol de los “intelectuales” (o “ideólogos”) cumpliendo los roles antes mencionados, utilizando diversas tribunas y en particular la prensa. Fueron los protagonistas de los debates fundacionales de las repúblicas: federales contra unitarios, liberales versus conservadores, igualitarios contra unos y otros, etc. El poder, sin embargo, les sería esquivo.

Fue en el siglo XIX cuando la categoría “intelectual” adquirió las dimensiones que hoy le reconocemos. Y en particular se delimitó claramente la diferencia entre el académico y el intelectual. Si bien este habitualmente ha pasado por la universidad e incluso ocasionalmente ha ejercido la docencia, lo propio de él es la intervención en los asuntos públicos. En Alemania, fueron los “jóvenes hegelianos”, de 1830 en adelante, discípulos rebeldes del gran maestro, agudos críticos del orden existente, propulsores de radicales reformas a través de publicaciones que duraban lo que la censura tardaba en detectarlas. En la Rusia zarista fue la “intelligentsia” (término acuñado en Polonia), élite ilustrada, que estaba llamada a conducir la remoción de las estructuras arcaicas y opresivas del imperio; y cuyos avatares explican buena parte de la historia rusa desde mediados del siglo XIX en adelante.

El episodio decisivo en cuanto al perfilamiento de los intelectuales y su rol en la sociedad burguesa tuvo lugar en Francia a fines del siglo XIX. En la última década del siglo XIX tuvo lugar el célebre “affaire Dreyfus”. A fines de 1894 el capitán Dreyfus, judío-alsaciano, fue acusado de traición y condenado por, supuestamente, haber entregado información secreta a los alemanes. En el juicio y la condena se puso de manifiesto un agresivo antisemitismo en las élites y clases medias francesas. Frente a este, y defendiendo a Dreyfus, se perfilaron las voces de los intelectuales “dreyfusards”: Émile Zola, Octave Mirbeau y Anatole France.³

² La primera publicación periódica de este tipo fue el *Journal des Sçavans* (1665), la más conocida, *Nouvelles de la République des Lettres*, editada por Pierre Bayle (1684).

³ El impacto del caso Dreyffus en la sociedad francesa se expresó en una de las primeras películas de Georges Méliès, *L' Affaire Dreyfus* (1899). Ver aquí: <https://archive.org/details/LAffaireDreyfus1899>.

II

En *La iniciación de la República*, Jorge Basadre utilizó el término “intelectual” para caracterizar a Baquijano, “intelectual y aristócrata” para ser más precisos. Podría decirse que la categoría hubiese podido aplicarse también a otros “ideólogos” que se articularon en torno al *Mercurio Peruano* (1791-1795) y luego participaron en los debates fundacionales de la República. Los que sobrevivieron, se dispersaron y más de uno renegó de los ideales republicanos, como Riva Agüero, Vidaurre y Arce.

Alrededor de la mitad del siglo XIX apareció un conato de agrupamiento de intelectuales liberales que tuvo su momento estelar en la Convención Nacional que gestó la Constitución liberal de 1856. Su vigencia fue efímera. El siguiente momento de visibilización de un colectivo de intelectuales, bastante laxo, por cierto, tuvo lugar en torno a la *Revista de Lima* (1859-1863). Varios de sus promotores fundarían años después el Partido Civil. Este partido estuvo de lejos de ser el instrumento de cambio modernizador que promovieron algunos de los colaboradores en la mencionada revista.

Hasta Manuel González Prada, con la salvedad de Francisco de Paula Vigil, el rol de “intelectual” tuvo personeros intermitentes. El tránsito de la crítica a la acción política conllevó, en la mayoría de los casos, su cooptación por el poder estatal. Para eludir ese tránsito Vigil se dedicó en sus últimos años a la disputa político-teológica en torno a las atribuciones del poder eclesiástico. Y González Prada rehuyó dar viabilidad política a sus ideas radicales a pesar de haber fundado un partido, el Partido Unión Nacional (1891). Antes del fin de siglo, don Manuel ya se había convertido en el vocero intelectual del anarquismo en el Perú. En su perfilamiento como intelectual sin duda tuvo influencia el haber seguido de cerca el mencionado *Affaire Dreyfus* durante sus años de permanencia en Europa. Un texto decisivo en la construcción del rol de intelectual en la vida cultural y política peruana es, sin duda, la conferencia de don Manuel que se leyó en el local de la Federación de Panaderos Estrella Roja del Perú el 1º de mayo de 1905: “El intelectual y el obrero”.⁴ La otra vertiente que configura la función de intelectual a inicios del siglo XX es la de los jóvenes arielistas: José de la Riva Agüero, Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde. Los tres compartían una sólida formación académica y una adscripción —con matices— al positivismo y una voluntad de renovar la sociedad peruana “desde arriba”. Más allá de algunos libros muy valiosos, sus intentos de incursionar en política fracasaron, de allí la caracterización autocrítica que asumió Víctor Andrés Belaunde y dio título al mejor estudio disponible sobre ellos: “Sanchos fracasados”.⁵

En el momento en que Mariátegui pronunció su conferencia la función “intelectual” estaba relativamente perfilada en la sociedad peruana. Estaba clara la diferencia con el

⁴ Como parte de una muestra en torno a la obra de MGP, la Casa de la Literatura Peruana publicó una hermosa edición del texto de la conferencia. Accesible en:

https://www.casadelaliteratura.gob.pe/wp-content/uploads/2019/11/EL_INTELECTUAL_Y_EL_OBRERO.pdf

⁵ Osmar Gonzales Alvarado, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. PREAL. Lima. 1996.

“académico”. En muchos casos porque quienes ocupan cátedras eran mediocres repetidores. La crítica de estos fue una de las banderas de las reformas universitarias en el continente.⁶ Y en otros casos, los menos, porque se trataba de notables investigadores y/o docentes que habían decidido abstenerse de cualquier intervención pública.⁷

Esta conferencia apuntaba claramente hacia el nuevo y decisivo momento en la configuración de la función intelectual al interior del proceso político peruano cuyo espacio privilegiado sería la revista *Amauta* (1926-1930).

III

El asunto de los intelectuales ha sido un motivo de fuertes controversias al interior del marxismo. La cita del *Manifiesto* que encabeza estas notas es claramente insuficiente para explicar el desplazamiento que menciona. Puede leerse como una violación —o excepción— de uno de los supuestos de la teoría materialista de la historia al proponer que, en algunos casos, un proceso teórico es más fuerte que el condicionante material de las relaciones de producción y la situación de clase. También puede leerse como un llamado de atención frente a lecturas mecanicistas y casi “naturalistas” del marxismo. La salida probablemente está en entender que las “fuerzas materiales de producción” no incluyen solo el trabajo directo, las máquinas y la tecnología sino también las ciencias y su correlato filosófico. Una determinada comprensión del proceso histórico es fuerza productiva en tanto incide directamente en cómo se organizará la producción material y las relaciones sociales en torno a ella.

Eso es lo que captó de manera aguda Gramsci cuando definió la categoría “intelectual orgánico”. Para Gramsci, siguiendo en esto a Hegel, los intelectuales son los conectores entre la sociedad civil y el estado, dispositivos claves para la legitimidad del estado y la hegemonía de las clases dominantes. Entendida así, la categoría “intelectual” se extiende más allá de académicos y artistas. Incluye a todas y todos los que cumplen una función de conectores entre las diversas categorías sociales, así como entre estas y el estado. Técnicos, administradores, gerentes, funcionarios públicos, maestros, etc., son intelectuales al igual que artistas, científicos, investigadores, filósofos, etc. La diferencia central que establece Gramsci es entre intelectuales tradicionales e intelectuales orgánicos. Los primeros se reducen a reproducir el orden existente; los segundos emergen de la clase revolucionaria en función de elaborar nuevos principios y nuevas relaciones de producción y de vida. Desde la nueva materialidad elaboran una nueva concepción del mundo.

⁶ Al respecto hay numerosas crónicas del joven Mariátegui denunciando y burlándose de esa mediocridad. La figura emblemática fue, sin duda, Manuel Bernardino Pérez, diputado y catedrático sanmarquino, que es mencionado más de 100 veces en los *Escritos Juveniles*.

⁷ Un ejemplo de esto fue Hermilio Valdizán, uno de los fundadores de la psiquiatría peruana, a quien Mariátegui conoció en *La Prensa* y a quien reemplazó en la sección de hechos policiales. En la nota necrológica sobre el psiquiatra que se publica en [Amauta 30](#) (enero de 1930, p. 98) y que sin duda fue escrita por José Carlos se le reconoce su papel como científico investigador y humanista a la vez que se respeta su distancia frente a las preocupaciones ideológicas y políticas de otros integrantes de su generación.

A la luz de esta concepción “orgánica” de los intelectuales cabe revisar críticamente otras aproximaciones marxistas al asunto. Por ejemplo, la de Lenin en *Que hacer*. Allí, el líder bolchevique afirmaba que el rol de los intelectuales (teniendo como modelo la intelligentsia rusa de fines del siglo XIX) era fundamental para desarrollar una conciencia de clase socialista dado que “la historia de todos los países demuestra que la clase obrera, solo con sus esfuerzos, es capaz de desarrollar solamente una conciencia sindicalista”. A primera vista la tesis es poco dialéctica, sobre todo cuando se formula como la dicotomía desde dentro/desde fuera. Una visión dialéctica de la relación entre teoría y espontaneidad llevaría a formular la relación intelectuales/clase revolucionaria de manera más compleja. Por un lado, asumiendo que los intelectuales son también trabajadores, es decir fuerza productiva, y no un grupo social flotando en el aire; por otro, asumiendo que toda clase social tiene formas embrionarias de intelectuales en las diversas mediaciones entre sus diversos componentes, en sus relaciones con otras clases y con el Estado.

En el trato con el asunto de los “intelectuales” al interior de la historia del marxismo hay múltiples desarrollos teóricos, pero no solo eso, también procesos históricos de diverso signo. Períodos de reconocimiento del valor de la creatividad y el ejercicio de la crítica, períodos de dogmatismo y persecución. Tocaré en algún momento hacer el balance de esta historia.

En el terreno más amplio de la teoría crítica, de la reflexión comprometida con ideas básicas de humanidad, quizá valga como definición mínima la que propuso el filósofo norteamericano Richard Rorty: “Por tanto, la tarea del intelectual, con relación al progreso social, no es proveer teorías sociales refinadas, sino sensibilizarnos en relación al sufrimiento de otros, y refinar, profundizar, expandir nuestra habilidad para identificarnos con otros, pensar en los otros como nosotros mismos en forma moralmente relevante”.

IV

Sobre el segundo texto que comentaremos en nuestra sesión proponemos algunas preguntas para la conversación.

La primera: ¿Qué significa “crisis” en esta conferencia? Recordemos que todo el ciclo tiene un título que incluye la palabra crisis. Y que la palabra ha aparecido repetidas veces en las conferencias previas: crisis europea, crisis de la democracia, crisis de la social democracia, etc.

Para ubicar adecuadamente esta conferencia conviene recordar los párrafos finales de la primera conferencia. A continuación, un extracto de la misma:

La crisis mundial es, pues, crisis económica y crisis política. Y es, además, sobre todo, crisis ideológica. Las filosofías afirmativas, positivistas, de la sociedad burguesa, están, desde hace mucho tiempo, minadas por una corriente de escepticismo, de relativismo. El racionalismo, el

historicismo, el positivismo, declinan irremediabilmente. Este es, indudablemente, el aspecto más hondo, el síntoma más grave de la crisis. Este es el indicio más definido y profundo de que no está en crisis únicamente la economía de la sociedad burguesa, sino de que está en crisis integralmente la civilización capitalista, la civilización occidental, la civilización europea.

Tal como lo hemos comentado en sesiones previas, este párrafo y los siguientes pueden ser vistos como expresión de una visión catastrofista, apocalíptica de la revolución social. Sin duda, toda revolución tiene un componente con esas características, un momento destructivo. Y a la vez tiene un componente, un momento constructivo, fundacional que se enraíza en la historia previa. Y esto vale para la economía, la política, la ideología. De esta tensión entre ambos componentes nacieron los debates en torno a la “transición” a la nueva sociedad.

¿Cómo se da la revolución y la transición en el terreno de la ideología, de la cultura, de la hegemonía? (Reconociendo que cada una de esas palabras tiene alcances diferentes).

La conferencia describe y analiza el momento de crisis de la civilización occidental y anota apenas que lo único que queda en pie es “una fe: la de la revolución”. ¿Es eso suficiente para pasar de un momento destructivo al momento constructivo?

La pregunta anterior nos lleva directamente al contenido del proyecto político-cultural: *Amauta*.

La segunda pregunta relevante tiene que ver con el otro término incluido en el título: “filosófica”. ¿A qué se refiere aquí la palabra filosofía?

Esta se puede entender como disciplina académica, como actividad humana, como equivalente al espíritu de la época, o como una determinada doctrina filosófica. El primer párrafo de la conferencia presenta como sinónimos de filosofía: “intuición”, “actitud mental”, “ánima”.

Las notas de la conferencia, a la vez, hacen referencia a determinadas corrientes filosóficas. En apretada síntesis se menciona al idealismo moderno, al racionalismo, al historicismo y al relativismo. Sin embargo, el marxismo no aparece en esta historia. Pareciera que la crisis lleva a un punto muerto, el de la “duda, negación, relativismo” como se afirma en el último párrafo.

El tema quedó abierto y sería uno de los hilos conductores del debate en *Amauta*. En la revista se fueron publicando los textos que se compilarían luego en *Defensa del Marxismo*.

Anexos

Conferencia: Los intelectuales y la revolución⁸

Hace mucho tiempo que la sociedad burguesa está condenada por las obras más ilustres y puras de la Inteligencia y del Espíritu. Los pensadores y los artistas más esclarecidos de esta civilización capitalista han pronunciado contra ella agrias y tudentes requisitorias. Pero hoy que esta civilización capitalista crude, minada por el pensamiento revolucionario, muchos pensadores y muchos artistas ocupan una posición conservadora y reaccionaria. Leopoldo Lugones reniega sus bizarros días de socialista y, mancomunándose con la más grotesca fauna de la política argentina, se incorpora en el cortejo de Mussolini y del fascismo. Mauricio Maeterlink, poseído también de un miedo senil a la revolución social, hace una profesión de fe filofascista. Otros intelectuales, otros artistas, cerrando los ojos y el entendimiento al dilema fatal, se aferran a una fórmula transaccional y centrista: ni reacción ni revolución. Entre ellos recluta sus adherentes y sus fautores la ideología quáquera de la Sociedad de las Naciones y de Mr. Woodrow Wilson. Al lado de la revolución están las más altas y célebres inteligencias contemporáneas: Bernard Shaw, Anatole France, Romain Rolland, Knut Hamsun, Máximo Gorki, Bertrand Russell, Henri Barbusse, Miguel de Unamuno, etc. Pero la mayoría de los intelectuales y artistas oficialmente gloriosos no se atreven a enrolarse en los rangos multitudinarios de la revolución. A veces, el intelectual, el artista, llegan al dintel ideológico de la revolución. Y ahí vacila, titubea y, finalmente, retrocede. La civilización burguesa resulta así defendida por una generación de intelectuales y de artistas que se ha divertido otras veces en vituperarla y satirizarla.

Henri Barbusse dice: «Los intelectuales, los escritores, han cometido bastantes faltas, han aceptado bastantes capitulaciones. Hay bastantes manchas sobre su obra multiforme. Hay bastantes pactos y lazos ventajosos entre la producción literaria y los honores y el dinero. Hay bastantes Institutos y Sociedades domesticadas por el poder y la reacción, bastantes cofradías que pesan sobre el pensamiento en el nombre del sangriento chiste del orden consagrado».

Estas líneas de Barbusse (*Le Conteau entre les Dents*, 1921)⁹ indican una de las raíces del conservadorismo político de muchos representantes del arte, de la literatura y de la ciencia actuales. Sucede, realmente, que la burguesía es aún demasiado fuerte y rica para contar con una numerosa clientela intelectual. Pero ocurre, además, que la psicología y la mentalidad del intelectual y del artista se encuentran habituadas a una posición conservadora y saturadas de prejuicios y sentimientos burgueses. Han sido plasmadas, modeladas, por las sugerencias de un ambiente ideológica y físicamente conservador. Carecen, por ende, de la agilidad y de la sensibilidad precisa para una actitud mental y espiritual radicalmente nuevas. Oswald

⁸ *Bohemia Azul*, año 2, nro. 8, Lima, 24 de enero de 1923. La conferencia fue dictada el 1 de diciembre de 1923 en el local de la Federación de Motoristas y Conductores, como parte de la clausura del sexto ciclo de labores de la Universidad Popular. [Recorte de revista de la conferencia Los intelectuales y la revolución - Archivo José Carlos Mariátegui \(mariategui.org\)](#)

⁹ [Con el cuchillo entre los dientes].

Spengler escribe en el prólogo de su famoso libro *La Decadencia de Occidente* que para comprender su filosofía de la historia «hace falta una nueva generación que nazca con las disposiciones necesarias». La misma frase es aplicable a la Revolución. Para comprenderla, para sentirla, para amarla integralmente, hace falta también una generación que nazca con las disposiciones necesarias.

La inteligencia de los jóvenes está por eso, más cerca de la revolución que la inteligencia de los viejos. La juventud tiene mayor aptitud que la vejez para afiliarse a la revolución. Es espiritual y mentalmente más ágil, más sensible, más permeable. A la vejez se arriba casi siempre espiritual y físicamente arterioescleroso.

Este fenómeno tiene una de sus más nítidas e interesantes expresiones en la élite del socialismo y el proletariado. Casi todos los viejos hierofantes, casi todos los viejos profetas de la Revolución Social se muestran hoy mentalmente incapaces de organizarla y desencadenarla. Tienen miedo de lanzar al proletariado al asalto decisivo y final. Kautsky, Martov, Bernstein, Turati, Ferri, Iglesias, Adler, son los *leaders* y conductores de la Segunda Internacional, o sea del socialismo reformista, evolucionista, minimalista y homeopático. Los rangos de la Tercera Internacional, de la internacional comunista, están, en cambio, poblados de jóvenes.

Sincrónica, contemporáneamente, están en gestación el orden nuevo y la generación dotada de la capacidad y del espíritu necesarios para organizado, dirigirlo y defenderlo. La nueva generación nace exenta de las supersticiones, de los prejuicios y de los apocamientos que mantienen a las viejas generaciones, —con excepción de sus espíritus más superiores y clarovidentes— ligadas y uncidas al orden decadente, anquilosado, decrepito.

La hora es, pues, de la juventud. A la juventud le toca edificar la sociedad nueva. En el Perú aparecen los primeros trascendentes brotes de la generación renovadora. Esta generación se mostrará cada vez más limpia e inmune de prejuicios estúpidos y de gustos serviles. No sentirá ninguna nostalgia del pasado. No tendrá ningún apego enfermizo a la tradición. No suspirará por el virreinato, por sus balcones, sus celosías, ni sus escalas de seda. Y hundirá la mirada audaz y compasiva en la entraña cálida y sangrienta del presente.

Conferencia: La Crisis Filosófica¹⁰

Cada civilización tiene una propia intuición del mundo, una propia filosofía, una propia actitud mental que constituye su esencia, su ánima. La decadencia de una civilización está marcada por un desgaste, un debilitamiento, una quiebra de su ideología. Las ideas peculiares de una época son un síntoma, un índice importante. Las ideas brotan de la realidad e influyen luego, sobre esta, modificándola. El idealismo de Hegel y Fichte supone al espíritu una fuerza que adquiere consciencia de sí mismo al choque con el límite que le opone la realidad. Hay ideas efímeras, son las que no representan una época; pero todas las ideas son temporales. El espíritu humano actúa sobre la realidad y es, después, influido u modificado por esta. La metafísica tiene reacciones evidentes sobre la física social, sobre la realidad histórica. Efectos del descubrimiento copernicano. Muerte del antropocentrismo.

Ahora bien. Actualmente se siente el desgaste de la ideología de esta civilización. No es solo que la organización capitalista no satisface ya las nuevas direcciones y necesidades de las fuerzas productivas. Es que ha perdido su fe, su optimismo. Florecen desde hace algún tiempo manifestaciones filosóficas y artísticas que revelan el agotamiento de la civilización capitalista. Todas las tendencias son pesimistas, negativas, escépticas. El espíritu de la ideología contemporánea es relativista.

La sociedad burguesa para desarrollarse y desenvolverse tuvo necesidad de una fuerza espiritual que le abriese paso y le inyectase fe. Esa fuerza fue la filosofía racionalista. Sin la filosofía racionalista la burguesía no habría emprendido la abolición de las castas y de sus privilegios. Consiguientemente la burguesía no habría cumplido su misión. La Razón siguió su trayectoria revolucionaria. La Razón dijo que la igualdad era incompleta si era solo política, si no era también económica.

Como toda filosofía responde a una necesidad de la época que la genera, se inició entonces un proceso de revisión de la mentalidad racionalista. Aparecieron las ideas evolucionistas e historicistas.

La humanidad tiene una trayectoria determinada. No es posible forzar su rumbo, no es posible apresurar ni retardar su marcha. Toda la mentalidad burguesa se saturó de evolucionismo y de historicismo. El intelectualismo, el racionalismo de esta suponía la existencia de un mundo objetivo y absoluto. La humanidad creía en la ley inflexible del progreso. El futuro no sería sino la coronación del presente. Poco a poco aparecieron esfuerzos filosóficos destinados a minar el dominio de la razón, a valorizar el mundo de la intuición, del sentimiento, de la voluntad. El mundo comenzó a dudar de la efectividad del progreso, la civilización comenzó a desconfiar de sí misma. Finalmente, apareció la corriente relativista.

¹⁰ <https://archivo.mariategui.org/index.php/conferencia-la-crisis-filosofica>. Esta conferencia no llega a ser dictada. Estaba programada como la última conferencia para todo el ciclo. En su lugar, Mariátegui dedicó la conferencia a Lenin, recientemente fallecido. Se publicó por primera vez en la revista *Textual*, No 5-6 (1972).

El relativismo no se reduce a la teoría de Einstein que es ya bastante. Einstein no es sino un físico. Su teoría se llama teoría de la relatividad no porque Einstein la haya concebido como filosofía relativista sino Einstein ha tenido como punto de partida el principio del movimiento relativo de Galileo. El relativismo es un vasto movimiento del cual forman parte diversos fenómenos artísticos, científicos, etc. Ocurre que de repente la humanidad se ha puesto a pensar de una manera relativista. Relativista es Unamuno que sostiene la realidad de los personajes creados por la imaginación. Relativista es Pirandello que encuentra en el hombre un ser con mil fisonomías diferentes, todas ellas igualmente válidas. Relativistas son los cubistas que niegan la imagen permanente de las cosas. Relativista es la nueva filosofía de la historia de Spengler. Relativista es la filosofía del "como si" de Hans Vaihinger. Relativista es Ortega y Gasset no obstante su empeño de conciliar racionalismo y relativismo. La filosofía del punto de vista es auténticamente relativista.

Todo el pensamiento contemporáneo está saturado de duda, de negación, de relativismo. Muchos pensadores comparan esta época con la de decadencia romana. La cultura burguesa, la inteligencia burguesa, sin embargo, no son capaces de percibir su tramonto con toda la proposición. Anécdota del cónsul de Atenas.

Los relativistas concluyen en pleno pesimismo. Ortega Gasset habla del alma desilusionada, del alma servir. Solo hay una fe: la de la revolución.